



IBLIOTECA

CLÁSICA.

R  
72





1168501

DR

2072



*A. Ruiz*

LOS ANALES  
DE  
CAYO CORNELIO TÁCITO



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO XVIII

---

LOS ANALES

DE

CAYO CORNELIO TÁCITO

TRADUCIDOS POR

D. CARLOS COLOMA

~~~~~  
TOMO II  
~~~~~

Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Soria

2072

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESOSES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

—  
1910



---

# ANALES DE CAYO CORNELIO TÁCITO

---

## LIBRO UNDÉCIMO

---

### ARGUMENTO

Valerio Asiático muere por fraude de Agripina y de Vitelio. — Tásase el premio á los abogados. — El reino de los partos inquietado con guerras intestinas. — Hácense en Roma los juegos seculares. — Añade Claudio tres letras al alfabeto. — Trátase con esta ocasión del origen de las letras. — Itálico constituido rey de los queruscos. — Corbulón en la inferior Germania, severo y valeroso capitán. — Alcanza Curcio Rufo los honores triunfales: su calidad y fortuna. — Auméntase el número de los patricios. — Cuéntanse los ciudadanos. — Mesalina, la más deshonesta de las mujeres, se casa públicamente con Cayo Silio. — Sábelo su marido Claudio, y toma justa venganza de ella y de otros muchos por consejo de sus libertos. Esto en espacio de casi dos años.

---

### CÓNSULES

Año de Roma 800. De J.-C. 47	}	L. Vitelio III.
		T. Claudio César IV.
— 801. — 48	}	Aulo Vitelio.
		L. Vipsanio.

.....  
.....  
Porque tuvo opinión (1) que Valerio Asiático, honrado de dos consulados, había en otro tiempo sido su adúltero (2), y juntamente desalentada por los huertos que

---

(1) Mesalina.

(2) ¿De quién? Según los principales anotadores, de Popea.



Asiático había comprado de Lúculo, á quien adornaba con señalada grandeza, echó de manga á Suilio para que acusase á entrambos. Añadido Sosibio, ayo de Británico, para que con capa de celo y amor advirtiése á Claudio «de que la fuerza del oro y las riquezas en los particulares eran capitales enemigas del príncipe; que habiendo sido Asiático el principal autor de la muerte de Cayo César, no había dudado de aprobarlo en el parlamento al pueblo romano, ni de pedir descubiertamente la honra de tan gran maldad; que habiendo adquirido por esto un gran renombre en la ciudad, la fama se extendía por las provincias, y él se aparejaba para ir á los ejércitos de Germania, como hombre que, habiendo nacido en Viena, apoyado de muchas y poderosas alianzas y parentelas, podía fácilmente levantar los pueblos de su nación». Con esto Claudio, sin otras averiguaciones, despachó á Crispino, prefecto del pretorio, con una banda de soldados sueltos y diligentes, como si le enviara á reprimir los principios de una guerra; el cual, hallándolo en Baya, le prendió y trujo bien atado á Roma, donde, sin darle lugar de presentarse ante el Senado,

---

Burnouf lo declara así en el texto mismo de su traducción. Mesalina, cuya calculada crueldad era las más de las veces hija de los celos y de la codicia, movida por una parte por los que tenía de Popea, su rival en el amor del histrión Mæster, de quien estaba perdidamente enamorada, y por otra del deseo de apoderarse de los jardines de Lúculo, que poseía Asiático, supone, á fin de poder librarse de aquélla y hacerse dueña de éstos, la existencia de relaciones criminales entre Asiático y Popea, y busca acusadores para perderlos. Tal es el hecho con que principia el también mutilado libro XI, después de ese vacío de cuatro libros que debían abarcar los hechos acaecidos en el desastroso reinado del bárbaro Calígula y parte del no menos triste del débil Claudio, en el espacio de diez años, objeto de grave dolor para las letras, y sobre todo para la Historia, condenada á ignorar, acaso para siempre, cómo había pintado y juzgado Tácito al odioso hijo del más querido de los césares, Germánico, y al flojo y confiado esposo de Mesalina.

fué oído en el retrete del emperador en presencia de Mesalina.

Acusábale Suilio de haber conmovido los ánimos de la gente de guerra, ganándolos con dineros y deshonestidades, en orden á ejecutar con ellos cualquier maldad. Acumulábale también el adulterio de Popea, y finalmente, que habia hecho con su cuerpo oficio de mujer. Á esto, rompiendo el silencio el reo, «pregúntalo — dijo — á tus hijos, ¡oh Suilio!, que no me podrán negar que soy varón». Y entrando después de esto en sus defensas, movió grandemente á Claudio é hizo también llorar á Mesalina; la cual, saliendo de la cámara como para enjugarse las lágrimas, advirtió de paso á Vitelio que no dejase escapar aquel criminal. Y solicitando la ruina de Popea, envió quien con falsos asombros de una larga prisión, la incitase á quitarse voluntariamente la vida; tan sin sabiduría de César, que pocos días después preguntó á su marido Scipión, que comia con él, la causa por qué no habia traído consigo á su mujer, y él respondió que porque era muerta.

Claudio, pues, tomando acuerdo sobre la absolución de Asiático, Vitelio con lágrimas en los ojos, hecha conmemoración de la amistad vieja, y de cómo, juntos los dos, habian servido á Antonia, madre del príncipe, no olvidando los servicios que Asiático habia hecho á la República, y nuevamente en el viaje de Inglaterra, con todo lo demás que podia decir para mover á compasión, propuso que le fuese permitido escogerse la muerte, y Claudio con la misma clemencia lo concedió. Después de esto, aconsejado Asiático por algunos que escogiese una muerte blanda, cual lo era el privarse de la comida, respondió que renunciaba á tal beneficio; y habiendo usado de sus acostumbrados ejercicios, lavado su cuerpo y cenado alegremente, diciendo que le hubiera sido más

honroso morir á manos de las astucias de Tiberio ó por el impetu de Cayo César, que no por engaños de una mujer y por sentencia salida de la deshonesta boca de Vitelio, se hizo cortar las venas; habiendo querido antes ver el rimero de leña en que había de ser quemado su cuerpo, y hécholo mudar á otra parte para que el calor del fuego no marchitase la sombra de los árboles: con tanta seguridad y franqueza de ánimo caminó aquel último paso de la vida.

Después de esto, vueltos á juntar los senadores, prosiguió Suilio en acusar á dos ilustres caballeros romanos, ambos del sobrenombre de Petra. Fué la causa de su muerte el haber prestado la casa para las vistas y asignaciones de Valerio con Popea; si bien al uno de ellos se añadió el haber visto en sueños á Claudio con una corona de espigas de trigo, vueltas las aristas hacia atrás, y dicho que significaba hambre. Otros escriben que lo que vió no fué sino una guirnalda de pámpanos con las hojas marchitas y amarillas; atribuyéndole el intérprete á que moriría el príncipe á la fin de otoño. Mas lo que no se duda es que, sea el sueño el que fuere, no costó á él y á su hermano menos que la vida. Á Crispino se le dieron treinta y siete mil y quinientos ducados (un millón y medio de sestercios), honrándolo á más de esto con título de pretor. Añadió Vitelio que se diesen veinticinco mil (un millón de sestercios) á Sosibio, porque sirviendo á Británico con la enseñanza, servía también á Claudio con el consejo. Preguntado su parecer á Scipión, respondió «que sintiendo él lo que todos los demás en lo tocante á las faltas cometidas por Popea, no podía dejar de decir lo mismo que ellos»; que fué una discreta templanza entre el amor del marido y la necesidad de votar como senador.

Desde entonces Suilio fué continuo y cruel acusador

de los criminales, seguido de otros muchos, imitadores de su atrevimiento. Porque habiendo el príncipe usurpado todo el poder y autoridad de las leyes y de los magistrados, había dado materia á todo género de robos. Tal que no se vió jamás mercancía pública tan venal como la perfidia de los abogados. En cuya prueba, Samio, insigno caballero romano, habiendo dado á Suilio diez mil ducados (cuatrocientos mil sestercios), y cayendo en la cuenta de que le engañaba, en casa del mismo Suilio se dejó caer sobre la punta de su espada. Esto dió ocasión á que comenzando Cayo Silio, nombrado para cónsul (de cuyo poder y ruina diré en su lugar), se levantaron en pie los senadores á pedir la observancia de la ley Cincia (1), por la cual era antiguamente prohibido el recibir dinero ó presentes por defender las causas, Mas haciendo ruidos los interesados, Silio, poco amigo de Suilio, se encolerizó ásperamente, «contando ejemplos de los antiguos oradores, á los cuales bastó la fama con los venideros para un honesto premio de su elocuencia; que haciéndolo de otra suerte, se manchaba con la fealdad del oficio la hermosura de la reina de las artes. Fuera de que, no puede esperarse entera y franca lealtad cuando no se pone la mira sino en que sea mayor la ganancia; que defendiéndose las causas sin algún interés serían sin duda muchas menos, donde ahora se fomentan con él las enemistades, las acusaciones, los odios y las injurias; y así como la violencia de las enfermedades hinche las bolsas á los médicos, así la

---

(1) Cincio, tribuno de la plebe en el año 549 de la fundación de Roma, dió una ley acerca de los dones y regalos, por cuyo motivo la llamó Plauto *muneral*. Habiendo caído en desuso, fué restablecida por Augusto, confirmándola con un nuevo decreto del Senado, pero sin que por eso durase mucho tiempo su observancia.

peste de los pleitos enriquece á los abogados; que se acordasen de Cayo Asinio y de Mesala, y entre los modernos de Aruncio y de Esernino, los cuales llegaron á los mayores puestos por medio de su loable vida y elocuencia incorrupta». Dicho esto por el destinado para cónsul y consintiendo todos los otros, se preparaba un decreto para obligarlos á la ley de residencia, cuando Suilio, Cosuciano y los demás que veían ordenarse contra ellos, no ya el juicio (siendo la causa demasiado clara), sino la pena, se arrimaron á César, suplicándole no hiciese cuenta de las cosas pasadas; y haciendo con la cabeza señas de que era contento, comenzaron así: «¿Quién será aquel de tanta soberbia que presume esperar un renombre de eterna fama? Al uso y á la necesidad ordinaria se acude para que ninguno, por falta de abogados, quede por presa de los más poderosos. No se adquiere de balde la virtud de la elocuencia; ni es cordura desamparar los cuidados propios por desvelarse en los negocios ajenos. Muchos buscan la vida ejercitando la milicia, otros cultivando los campos, y ninguno desea cosa de la cual no tenga ya antevisto el fruto que se le espera. Asinio y Mesala, enriquecidos con los despojos de la guerra entre Antonio y Augusto, y los Eserninos y Aruncios, dejados por herederos de amigos riquísimos, trataron la profesión á lo grande; que tenían también ellos ejemplos aparejados para mostrar con qué recompensa y por cuán altos precios ejercitaron esta arte Publio Clodio y Cayo Curión; que ellos, de los medianos senadores, no pedían otra cosa á la República sino sólo aquello que se debe y puede pretender en tiempo de paz; que hasta el ínfimo vulgo procura merecer ilustrarse con la toga; mas quitadas las recompensas y premios de los estudios, ¿quién duda de que perecerán también los mismos estudios?» Parecióle al príncipe

estas razones de algún momento, y sólo quiso que se moderase la cantidad de dineros que se podían recibir, reduciéndolo á doscientos cincuenta ducados (diez mil sestercios) (1); y que de allí arriba quedasen culpados por la ley de residencia.

En este mismo tiempo, Mitrídates (aquel que dije arriba haber reinado en Armenia, que después fué traído á la presencia de Cayo César) volvió á su reino por consejo de Claudio, fiado en las fuerzas de su hermano Farasmanes, rey de los iberos, de quien fué avisado que los partos con sus discordias tenían poco cuidado de las cosas importantes de aquel reino, y de las menores ninguno. Porque durante muchos actos crueles de Gotarces (que habia intentado quitar la vida á su hermano Artabano y á su mujer é hijos, de quien también los demás vivían con espanto) se habian resuelto en llamar á Bardanes. Este, siendo como era atrevido y pronto para cosas grandes, habiendo caminado en dos días al pie de ochenta leguas (2), acomete y ahuyenta á Gotarces, desproveído y medroso; y sin poner dilación se apodera de los gobiernos vecinos, recibido de todos, salvo de los de Seleucia. Airado, pues, contra ellos, como contra gente que habia sido también rebelde á su padre, llevado del enojo más de lo que le conviniera en aquella sazón, determinó de poner sitio á aquella ciudad fortisi-

---

(1) La misma cantidad prefirió Nerón, según Suetonio. Muchas veces se repitió esta ley, pues daba lugar á ella la corrupción de los Tribunales. Trajano concedió á los abogados esta misma cantidad, con la circunstancia de dar concluidos los asuntos. Este es también el honorario que señala Ulpiano para la defensa de cada pleito, ley I, de var. et ext. cognt.—(Nota de la E. E.)

(2) (El original dice tres mil estadios). Probablemente el pequeño estadio de Aristóteles, en cuyo caso sería la distancia de setenta y cinco leguas francesas. Cuesta trabajo concebir tanta velocidad.

ma de murallas, rodeada de un gran río y bien proveida de municiones. Entretanto Gotarces, reforzado del poder de los dahos y de los hircanos, renueva la guerra, y Bardanes, constreñido á levantarse de sobre Seleucia, lleva su ejército á los campos bactrianos.

Con esto, hallándose divididas las fuerzas de Oriente con gran incertidumbre del suceso, se dió comodidad á Mitrídates de ocupar el reino de Armenia, sirviéndose para expugnar los lugares difíciles del valor de los soldados romanos, y de los iberos para correr y robar la campaña. No hicieron los armenios otra resistencia después de la rota de Demonactes, prefecto suyo, que se atrevió á presentar la batalla. Quien dió algún impedimento fué Cotis, rey de Armenia la Menor, habiendo acudido á él algunos de los principales; mas refrenado por cartas de César, cayó todo en manos de Mitrídates, mucho más cruel y riguroso que convenia á un reino conquistado de nuevo. Los reyes partos, pues, mientras se hacen rostro para llegar á la batalla, al improviso concluyen la paz. Habiendo Gotarces descubierto la traición de sus vasallos, y avisado á su hermano; llegados tras esto á vistas, estuvieron al principio suspensos, y dándose después las manos sobre los altares de los dioses, concertaron de vengar las traiciones de sus enemigos y de acomodarse entre sí. Pareció más á propósito Bardanes para quedar en la posesión del reino; y Gotarces, por quitar toda sospecha de emulación, se retiró bien adentro en Hircania. En volviendo Bardanes, se le rindió la ciudad de Seleucia, siete años después de su rebelión, no sin vergüenza de los partos, viendo que había podido burlarse tanto tiempo de ellos una ciudad sola.

Pasó después á la conquista de las provincias más principales, y preparándose para recuperar la Armenia, le detuvo Bibio Marso, legado de Siria, amenazando de



hacerle la guerra. Gotarces en tanto, arrepentido de haber cedido á su hermano el reino, y llamado de la nobleza, á quien la paz hace más dura de sufrir la servidumbre, junta el ejército y se da la vuelta del río Erinde (1), en cuyo tránsito, habiendo peleado diversas veces, quedó al fin la victoria por Bardanes, el cual con prósperas batallas sujetó á aquellas tierras hasta el río Sinden, que divide los dahos de los arios. Allí puso fin á sus felices progresos, porque los partos, aunque se hallaban victoriosos, rehusaron el hacer más la guerra tan lejos de sus casas. Con esto, levantadas memorias en testimonio de sus grandezas y de que ningún otro de los Arsacidas había llegado á sacar tributos de aquellos pueblos, dió la vuelta cargado de gloria, hecho por esto más fiero y más intolerable á sus súbditos, los cuales, conjurados mucho antes contra él, hallándole desapercibido y atento á la caza, le matan estando todavía en la flor de su juventud. Mas pocos de los antiguos reyes se le aventajaron en esplendor, si hubiera sabido hacerse amar de sus vasallos como supo hacerse temer de sus enemigos. Por la muerte de Bardanes quedaron los partos divididos en la elección de nuevo rey. Inclinábase muchos á Gotarces y otros é Meherdates, hijo de Frahates, el que tuvimos en rehenes. Obtuvo finalmente Gotarces el reino; mas en viéndose señor del cetro real, con su crueldad y lujuria necesitó á los partos á rogar secretamente al príncipe romano que quisiese enviar á Meherdates para poseer el reino paterno.

Debajo de estos mismos cónsules se vieron los juegos seculares (2) del año ochocientos de la fundación de

---

(1) Es, según Rickius, el que coloca Tolomeo entre la Hircania y la Media con el nombre de Charondas.

(2) Fueron instituidos, según unos, en el año 245 de Roma, después de la expulsión de los reyes, y en el año 353, según

Roma, y sesenta y cuatro de Augusto, que los celebró. Dejo las razones que movieron á entrambos principes, habiéndolas notado largamente en los libros que escribí de los hechos del emperador Domiciano, el cual hizo también celebrar los juegos seculares, que más particularmente observé, por hallarme uno de los Quince Varones sacerdotes y entonces pretor. No lo digo por vanagloria, sino por hacer saber que antiguamente el colegio de los Quince Varones tenia aquello á su cargo, y que los magistrados más particularmente ejecutaban el oficio de las ceremonias. Estando Claudio sentado á los juegos del circo, como representasen los mozos nobles á caballo el de la guerra de Troya, y estuviese entre ellos Británico, hijo del emperador, y Lucio Domicio, adoptado y después llamado al Imperio con el sobrenombre de Nerón, se tomó por ruin agüero que el pueblo alabase más á Domicio. Divulgábase también que en su niñez se habian visto cerca de él dragones como que le guardaban, cosa inventada para igualar con esta fábula á los milagros extranjeros, porque él mismo, poco acostumbrado á menoscabarse lo que se contaba en su favor, solia decir que sólo se había visto en su cámara una culebra.

Mas esta inclinación y favor del pueblo venia de la memoria de Germánico, de cuyos hijos no había otro nieta varón; y la piedad común que se tenia de su madre Agripina se aumentaba á causa de la crueldad de Mesalina, la cual, su contraria y enemiga siempre, lo mostraba entonces mucho más, sin que bastase cosa alguna á divertirla de buscarle cada día delitos y acusadores, sino la nueva ocupación, ó por mejor decir locu-

---

otros. Celebrábanse cada ciento diez años, por haberlo así mandado un oráculo sibilino, y durante tres días y tres noches.

ra, en que la tenían envuelta los amores de Cayo Silio, el más hermoso y gallardo mozo de Roma, de quien se aficionó tan fieramente, que por gozársele á solas le hizo repudiar á su mujer Junia Silana, nobilísima matrona. Conocía Silio el mal y el peligro á que se ponía; mas era cierta su muerte si se retiraba, y viviendo, todavía le quedaba alguna esperanza de encubrir el caso, consolándose entretanto con grandes premios y con poder esperar las cosas futuras gozando de las presentes. Ella, no ya escondidamente, sino con gran acompañamiento, iba muchas veces á buscarle á su casa, le llevaba á su lado cuando salía fuera, le cargaba de riquezas y de honras, y á lo último, como si se hubiera pasado á Silio la fortuna imperial, los esclavos, los libertos y los aparatos del príncipe no se veían ya sino en casa del adúltero.

Mas Claudio, olvidado de las cosas de su casa, usurpando el oficio de censor, corrigió con rigurosos edictos los desórdenes que el pueblo hacía en el teatro, en donde habían cargado de injurias á muchas mujeres ilustres, y á Publio Pomponio, varón consular, que daba las poesías á los representantes. Reprimió también por ley el rigor de los acreedores, prohibiéndoles el dar dineros á usura á hijos de familia á pagar cuando muriesen sus padres. Trujo á la ciudad fuentes de agua encañadas desde los collados Simbruínos (1). Añadió y pu-

---

(1) He aquí lo que dice Plinio, XXXV, 24, acerca de este sorprendente trabajo: «Ninguno de los acueductos anteriores puede compararse en el coste al de la última obra de este género empezada por Calígula y terminada por Claudio. Los arroyos Curtio, Ceruleo y Anio Novo han sido traídos de cuarenta millas de distancia y elevados á una altura tal que se derraman por todas las colinas de Roma. Gastáronse en ella cincuenta y cinco millones y medio de sestercios. Si se considera con atención la increíble cantidad de agua que se ha traído para el consumo público,

blicó en su nombre nuevas formas de letras al alfabeto (1), mostrando que el griego tampoco se comenzó y perfeccionó todo de una vez.

Los egipcios, antes que las demás naciones, expresaron sus conceptos por figuras de animales, y las más antiguas reliquias de la memoria humana se ven esculpidas en sus piedras, con que se atribuyen á sí la invención de las letras. De allí los fenices, á causa de que eran señores de la mar, las trujeron á Grecia, atribuyéndose la gloria de inventores de los trabajos ajenos. Porque es común opinión que Cadmo, llevado en la armada de los fenices, fué, para los pueblos todavía toscos de la Grecia, autor de esta arte. Otros dicen que Cecrope, ateniense, ó Lino, tebano, inventaron diez y seis figuras de letras; y en tiempo de los troyanos, Palamedes, argivo, añadió cuatro, y que después otros, y particularmente Simónides, inventaron las demás. En Italia lo aprendieron los toscanos de Damarato, corintio, y los aborígenes de Evandro, de Arcadia. Y la forma de los caracteres latinos es la misma de que usaban los más antiguos griegos; mas tampoco á nosotros nos las dieron todas juntas al principio, habiéndose añadido las demás después, con cuyo ejemplo Claudio añadió otras

---

para los baños, fuentes, canales, jardines, arrabales y casas de campo; si se examinan las arcadas construídas para traerla de tan lejos, los montes que ha sido necesario atravesar, los valles que se ha tenido que terraplenar, no se podrá menos de convenir en que no hay en el mundo ninguna maravilla que tenga tanto derecho á nuestra admiración como ésta.»

(1) Claudio había compuesto antes de ser emperador un libro sobre la necesidad de completar el alfabeto. No es extraño, pues, que intentase realizarlo, como en efecto lo intentó, inventando tres letras, á saber: el digamma eólico, cuya forma es una *f* inversa; el antisigma, ó sea dos *cc* vueltas, y otra que no se sabe cuál era. Únicamente la primera estuvo en uso mientras vivió Claudio. — (Nota de la E. E.)

tres letras, las cuales, usadas mientras él vivió y olvidadas después, se ven hoy en día en planchas de metal fijadas en los templos, adonde se pusieron para publicar los decretos del pueblo.

Después de esto propuso en el Senado el caso del colegio de los adivinos, llamados arúspices, «para que se diese orden como por negligencia no se olvidase el uso de la más antigua disciplina de Italia; pues que muchas veces, durante las adversidades de la República, se habían hecho venir diferentes personas, por cuyo medio, restaurándose una vez las ceremonias, se habían observado después mejor. Y que los toscanos más principales, con este ejemplo, de su mera voluntad ó persuasión del Senado romano, habían aprendido la ciencia, propagándola después en sus sucesores; cosa que parecía ya tomarse con gran tibieza por el descuido que la República tiene en conservar las buenas ciencias y por el gusto de dejar prevalecer á las supersticiones extranje-ras. Que á la verdad iban todas las cosas por el presente con prosperidad; mas que era necesario dar gracias por ello á la benignidad de los dioses, y procurar que los ritos sagrados á que se atendía durante los tiempos dudosos, no se pudiesen en olvido en la prosperidad». Dió esto ocasión á que se hiciese un decreto por *Senatus consulto*, en que se ordenó que los pontífices viesen lo que de allí adelante se había de observar en lo tocante á los arúspices.

En este mismo año la nación de los queruscos pidió rey de Roma, habiendo perdido toda su nobleza en las guerras civiles, y no quedando de la sangre real sino uno solo, llamado Itálico, que residía en Roma. Era éste hijo de Flavio, hermano de Arminio, y de una hija de Catumero, príncipe de los catts, de hermosísimo aspecto, ejercitado en las armas y en el andar á caballo á

nuestro modo y al suyo. Y así César, reforzándole de dineros y dándole gente de guerra para su guardia, le exhortó á recibir con ánimo generoso el honor para que era llamado de los suyos. Y le advirtió de que era el primero que, habiendo nacido en Roma, no como rehén, sino como ciudadano, salía de ella para reinar en un reino extranjero. Fué al principio muy agradable á los germanos su venida, y más echando de ver que, como no interesado en sus discordias, trataba con igual afición á todos. Celebraban y loaban en él, unos su cortesía y su templanza, virtudes agradables á los mejores, y el verle muchas veces borracho y deshonesto le granjeaba las voluntades de los más, como vicios agradables á aquellos bárbaros. Ya comenzaba á ser famoso, no sólo en los lugares cercanos, sino también en los apartados, cuando los que se habían engrandecido con las parcialidades, temiendo á su poder por sospechoso, recurrieron á los pueblos vecinos, poniéndoles por delante que á un mismo tiempo se destruía la libertad de Germania y se aumentaba el poderío de Roma. «¿Tan estériles serán estas provincias —decían—, que no producirán alguno digno de ocupar el lugar de príncipe, sin que sea forzoso haber de levantar sobre todos la raza de una espía como Flavio? Poca necesidad teníamos de desterrar á Arminio, de cuyo hijo, criado entre los enemigos, podía temerse con razón el verle ocupar el reino, como inficionado de alimentos, de servidumbre y de culto del todo extranjeros, si reinando Itálico conserva el ánimo del padre, que fué el mayor enemigo y persecutor de su patria y de sus dioses domésticos.»

Con este y semejantes artificios juntaron grandes fuerzas. No era menor el número de los que seguían á Itálico, en cuyo favor decían «que no se había metido él entre ellos contra su voluntad, antes le habían ido

ellos mismos á buscar, y que pues excedía en nobleza á todos los demás, que hiciesen prueba de su valor y verían si se mostraba digno de haber tenido á Arminio por tío y por abuelo á Catumero. Que no le avergonzaba ninguna de las acciones de su padre, pues sabía todo el mundo que había conservado sin quiebra la fe que con voluntad de los germanos dió una vez al pueblo romano. Y finalmente, que era notable injusticia cubrirse con capa de libertad los que, degenerando de su particular nobleza y procurando la ruina del bien público, no tenían otra cosa en que confiar sino en las sediciones». Hacia alrededor de él extraordinarias muestras de regocijo el vulgo; y victorioso el rey en una porfiada batalla dada entre aquellos bárbaros, ensoberbecido después por la prosperidad de la fortuna, fué echado del reino; y rehaciéndose de nuevo con las fuerzas de los longobardos, con prósperos y adversos sucesos iba trabajando el estado de los queruscos.

En este tiempo los caucios, apaciguadas las disensiones domésticas y alegres con la muerte de Sanquinio, en tanto que acaba de llegar Corbulón, que le sucedió en el cargo, hacen diversas correderías en la Germania inferior á orden de Gannasco, su capitán, el cual, de nación caninefate, habiendo militado entre nuestra gente auxiliaria mucho tiempo, y huyéndose después, hecho corsario, con algunos bajeles ligeros inquietaba en particular las riberas de los galos, sabiendo que como gente rica no eran aptos para la guerra. Mas Corbulón, entrando en la provincia, primero con diligencia y cuidado y después con gran reputación, cuyo honrado progreso tuvo principio de esta milicia, enviando galeras por el Rhin y otros bajeles menores, conforme á la capacidad del fondo, por los lugares anegados, navilios y cortaduras, echó á fondo y tomó las fustas enemigas,



haciendo retirar á Gannasco con afrenta y pérdida. Hecho esto y compuestas bastantemente las cosas, redujo las legiones, olvidadas ya de las faenas y trabajos y sólo amigas del saco y de la presa, á las antiguas costumbres, prohibiendo que ninguno se apartase de la ordenanza ni trabase escaramuza sin orden; que las guardias, las centinelas y los demás oficios militares, tanto de noche como de día, se hiciesen siempre con las armas áuestas. Dicen que hizo morir á dos soldados, uno porque trabajaba sin espada en las trincheras, y otro porque cavaba en el foso sin más armas que sólo la daga, que á la verdad fué sobrado rigor y quizá hablilla; pero lo cierto es que tuvo origen de la severidad del capitán, para que se entienda cuán inexorable debia de ser en los delitos graves, pues se creia de él que aplicaba tan gran castigo á las culpas ligeras.

Basta que este terror causó en los soldados y en los enemigos diversos efectos: en los nuestros aumentó el valor, y en los bárbaros mortificó la fiereza; y hasta los frisones, que después de la rebelión comenzada, tras la rota de Lucio Apronio, se habian mostrado enemigos ó poco fieles á nuestro partido, dando rehenes vinieron á poblar las tierras que les asignó Corbulón. Él mismo les ordenó Senado, magistrados y leyes. Y para quitarles la ocasión de menospreciar algún día sus mandamientos, fortificó un puesto capaz de tener en él buena guarnición, y á un mismo tiempo envió gente á exhortar á los caucios mayores á rendirse, y juntamente por armar traición á Gannasco. No dejaron de hacer efecto las asechanzas, ni se pueden vituperar contra un fugitivo y violador de fe. Por la muerte de Gannasco se alteraron los ánimos de los caucios, y Corbulón echó con esto entre ellos una semilla de rebelión, la cual, aunque agradaba á muchos, habia otros que lo tomaban

mal. «¿Para qué es bueno — decían ellos — provocar al enemigo? La adversidad, visto está que resulta siempre en daño de la República; la prosperidad dará sin duda nombre de valeroso al capitán, pero harále molesto y formidable en tiempo de paz á un príncipe cobarde.» Y dijeron bien, porque no sólo no consintió Claudio que se hiciesen en Germania nuevos esfuerzos de guerra, pero dió orden que se retirasen las guarniciones de acá del Rhin.

Y de hecho le llegaron á Corbulón las cartas en esta substancia cuando estaba ya moviendo la tierra para plantar los alojamientos en país enemigo. Él, oyendo una tan súbita resolución y tomado al improviso, puesto que se le representaron á un mismo tiempo muchas cosas en la fantasía, el miedo que tenía al emperador, el menosprecio en que le tendrían aquellos bárbaros y la burla que harían de él los confederados, todavía diciendo solas estas palabras: «¡Oh, qué dichosos fueron antiguamente algunos de los capitanes romanos!», dió la seña para retirarse. Con todo eso, por que los soldados no estuviesen ociosos, les hizo hacer un canal de cerca de seis leguas entre la Mosa y el Rhin, para enjugar aquel país, gastado de las inciertas inundaciones del Océano; y César, aunque le negó la guerra, no dejó de concederle las insignias del triunfo. Poco después obtuvo la misma honra Curcio Rufo (1), por haber abierto en los campos matiacos (2) una mina de plata, aunque de poco provecho y de menos dura. Mas á las legiones, á más del peligro, era desagradable el trabajo de agotar aguas, cavar la tierra y hacer debajo de ella

---

(1) Este Curcio Rufo quieren algunos que fué Q. Curcio, el que escribió la vida y hechos de Alejandro. — (N. del T. E.)

(2) Comarca de la Germania, más allá del Rhin.

lo que en campaña abierta se hace con dificultad; oprimidos los soldados de tan penosos y bajos ejercicios, y porque en otras provincias se padecía lo mismo, escribieron secretamente cartas en nombre de los ejércitos, suplicando al emperador que de allí adelante á cualquiera á quien diese cargo de gobernar ejércitos le diese, ante todas cosas, las insignias y honores triunfales.

Del origen de Curcio Rufo, hijo, según han dicho algunos, de un gladiator, no quería referir mentira, puesto que me avergüenzo de decir verdad. En llegando á edad juvenil, siguió en África al cuestor á quien tocó aquella provincia; y hallándose en Adrumeto al mediodía, paseándose pensativo debajo de unos soportales, se le apareció una sombra en figura de mujer mayor que humana, de quien oía esta voz: «Tú eres Rufo, aquel que vendrá á ser procónsul en esta provincia.» Con este agüero, hinchándosele el corazón de grandes esperanzas, se volvió á Roma, donde con la liberalidad de sus amigos y con su ingenio levantado, alcanzó el oficio de cuestor; y después de esto, entre muchos nobles competidores, por voto del príncipe, la pretura; cubriendo Tiberio la bajeza de su nacimiento con estas mismas palabras: «Á mi me parece que Curcio Rufo es hijo de si mismo.» Con esto y con vivir después muchos años, siempre maligno adulator con los mayores, arrogante con los inferiores y con los iguales insufrible, alcanzó el imperio consular, las insignias triunfales y á lo último el gobierno de África, donde, muriendo, cumplió el pronóstico fatal.

En Roma entretanto, sin causa descubierta entonces ni sabida después, entre el concurso de los que saludaban al príncipe fué hallado con armas ofensivas Gneo Nonio, insigne caballero romano, el cual, habiendo confesado de sí, aunque después le despedazaron á tor-

mentos, no fué hacerle posible revelar los cómplices, ó que no los tuviese, ó porque no le faltó valor para encubrirlos. En este mismo consulado se decretó, á proposición de Publio Dolabela, que la fiesta de gladiatores se hiciese cada año á costa de los que llegasen al grado de cuestores. En el tiempo antiguo servía este cargo de recompensa de la virtud, y entonces podían todos los ciudadanos, confiados en su bondad y méritos, pedir cargos y magistrados, sin ninguna distinción de edad, pudiendo obtener hasta en la primera juventud los consulados y las dictaduras. Mas los cuestores se ordenaron desde que los reyes mandaban á Roma, como lo muestra la ley Curiata (1), renovada por Lucio Bruto. Quedó después de ellos en los cónsules la autoridad de elegirlos, hasta que el pueblo quiso también esta honra para sí, siendo los primeros que salieron nombrados por él Valerio Potito y Emilio Mamercio, con obligación de seguir los ejércitos (2), treinta y tres años después que

---

(1) Llamábase así al acto por el cual el pueblo romano, reunido en curias, confirmaba un testamento ó una adopción, ó aquel por el que investía á los magistrados del mando militar, *imperium*, y sin el cual no poseían más que la autoridad civil, *potestas*. «Aquí se trata—dice Burnouf—de la ley que regulaba el poder de los reyes y que se renovaba al principio de cada reinado. Bruto la renovó también, á fin de conferir á los cónsules los mismos poderes que habían tenido los reyes, á quienes venían á reemplazar.»

(2) En este caso se aparta Tácito de Livio y de otros muchos: Primeramente — dice — fueron creados los cuestores militares, después se crearon otros dos urbanos, y á esto dice Livio, IV, 43, que al principio no había sino dos urbanos, añadiendo posteriormente otros dos militares que ayudasen á los cónsules cuando estaban para marchar á la guerra. Toda esta disputa juzga Ernesto que se reduce á que siempre hubo cuestores creados por los cónsules; pero teniendo éstos precisión de valerse en la guerra de los cuestores, á cuyo cargo estaba el manejo del dinero, fué también preciso que ellos fuesen creados por el pueblo en los comicios curiados, para que se hiciesen cargo de la

fueron echados los tarquinos. Creciendo después los negocios, se añadieron otros dos para que residiesen en Roma. Doblóse tras esto el número luego que acabó de ser tributaria Italia, para exigir los pechos y alcabalas de ellas y de las provincias. Después, por una ley de Sila, llegaron á ser veinte para henchir el Senado, á quien había dado autoridad de juzgar el mismo Sila. Y aunque después cobraron los caballeros la autoridad de juzgar, se concedían con todo eso graciosamente las cuesturas, según la calidad de los pretendientes ó facilidad de los que las daban, hasta que por consejo de Dolabela se pusieron como al encante.

Siendo cónsules Aulo Vitelio y Lucio Vipsanio, tratándose de rehenchir el Senado, y los principales de la Galia que se llama *Comata*, habiendo ya mucho antes alcanzado alianza y título de ciudadanos romanos, pidiendo con esta ocasión el participar de los honores dentro de la ciudad, la dieron para hacerse varios discursos. Disputóse este negocio delante del príncipe con diversas opiniones. Sustentaban los unos «que no era tanta la enfermedad de Italia que no bastase á proveer de sujetos para el Senado de su ciudad; que los naturales habitantes habían bastado en otro tiempo á henchir los pueblos de su misma sangre, y que no eran de menospreciar las costumbres de la antigua República, y más contándose hasta hoy nobilísimos ejemplos de lo que ha podido su imitación para levantar los ánimos

---

milicia. Esto se infiere de que por la ley Curiata se creaban cuestores que asistiesen á los cónsules y á los mismos procónsules. Cuidaban del Tesoro público, después iban á campaña, y por esta razón en tiempo de guerra casi siempre estaban fuera de la ciudad, de donde provino la costumbre de crearse dos urbanos cuando los cónsules salían á la guerra. — ERNESTO. —  
(*N. de la E. E.*)

á honradas acciones, y encaminar á la gloria y á la virtud el buen natural romano. ¿Tan poco les parece—decían—haber los venetos y los insubros penetrado hasta la curia, que pretenden ahora arrojarnos en ella una muchedumbre de extranjeros para tenernos en esclavitud? ¿Qué lugar tendrán de aquí adelante los pocos nobles que nos quedan en los honores de la República, ó algún pobre senador latino? ¿Ocuparlo han aquellos ricos cuyos abuelos y bisabuelos, siendo capitanes de naciones enemigas, con las armas y con la fuerza degollaron nuestros ejércitos y sitiaron en Alesia al divo Julio? Mas todo esto fué, como dicen, ayer; vengamos á ejemplos más antiguos. ¿Qué diremos de aquellos que quemaron la ciudad, y con sus propias manos destruyeron el Capitolio y el altar de Roma! Concedáseles que gocen del nombre de ciudadanos y que sean tenidos por tales; mas cuanto á las insignias de senadores y honores magistrales, no se comuniquen con tanta facilidad.»

Mas no movido por estas y semejantes razones el príncipe, mostró luego que lo entendía de otra suerte, y mandado juntar otra vez al Senado, comenzó así: «Mis antepasados (1) (de los cuales el primer Claudio, de origen sabino, fué hecho juntamente ciudadano y patricio romano) me exhortan á tratar las cosas de la República con los mismos consejos que ellos, transfiriendo aquí todo lo que se halla ser bueno y provechoso en otra

---

(1) Este discurso de Claudio existe casi entero grabado en unas tablas de bronce que fueron descubiertas en Lión, donde se conservan, en 1528. Al comparar este monumento histórico con el texto de Tácito, se ve una grande analogía entre uno y otro, en lo cual, si no una prueba, se reconoce un indicio de que cuando nuestro historiador hace hablar á sus personajes, á la vez que les presta su estilo y elocuencia, procura ser fiel á la verdad histórica.

parte. Porque no ignoro que los Julios fueron llamados de Alba, los Coruncanios de Camerio, los Porcios de Túsculo, y por no escudriñar las cosas más antiguas, de Toscana y de Lucania, y de todas las partes de Italia, se fué llamando gente para entrar en el Senado. Finalmente, se extendió la ciudad hasta los Alpes, tal, que no sólo los particulares, mas las tierras y naciones enteras se iban acrecentando debajo de nuestro nombre. Entonces tuvimos quieta y segura paz en casa y florecimos en daño de los extranjeros, cuando, recibidos como ciudadanos á los de allá del Po, y juntando á este cuerpo las fuerzas de las provincias, como si fueran innumerables legiones esparcidas por el mundo, pudimos subvenir y ayudar al Imperio, ya debilitado. ¿Arrepentimonos por ventura de tener acá los balbos de España y tantos hombres ilustres de la Galia Narbonense? Viven todavía sus descendientes, sin reconocernos ventaja en el amor de esta patria. ¿De qué tuvo origen la ruina de los lacedemonios y atenienses, puesto que fueron grandes en las armas, sino de haber tratado como á extranjeros á todos los pueblos que sojuzgaban? No lo hizo así nuestro fundador Rómulo, el cual, con singular prudencia, supo tener á muchos pueblos en un mismo día por enemigos y por ciudadanos suyos. Reinado han ya extranjeros en esta ciudad, y no es cosa nueva, como muchos piensan, el darse tal vez los magistrados á hijos de libertos, sino muy usada en la antigua República. Si habemos peleado contra los senones, los volscos y los equos, ¿no formaron muchas veces ejércitos contra nosotros? Si nos ganaron la ciudad los galos, ¿no nos obligaron los toscanos á darles rehenes, y los samnites á pasar debajo de su yugo? Y si traemos á la memoria todas las guerras, veremos que ninguna se acabó más brevemente que la de los galos, con los cuales ha-



bemos tenido después firme y continua paz. Y así, ahora que se han mancomunado con nosotros en las costumbres, en las artes y en los parentescos, más vale que nos traigan acá sus riquezas y su oro, que no dejárselas gozar á solas. Todas las cosas, padres conscriptos, que ahora se tienen por antiquísimas, fueron ya en otro tiempo nuevas. Los magistrados populares se crearon después de los patricios, los latinos siguieron á los populares, y tras los latinos vinieron todas las demás gentes de Italia. Envejeceráse esto también, y lo que ahora extendemos con ejemplos, servirá de ejemplo á nuestros sucesores.»

Á la oración del príncipe siguió luego el decreto de los senadores, y los eduos fueron los primeros que en Roma recibieron la facultad de poderlo ser, honrándolos con esto á causa de la antigua confederación, visto que solos ellos entre todos los galos usan el nombre de hermandad con el pueblo romano. En los mismos días hizo César escribir en el número de los patricios á todos los más viejos senadores ó hijos de padres ilustres, habiéndose reducido á pocas las familias que Rómulo llamó del linaje mayor y Lucio Bruto del menor; acabadas también las que el dictador César substituyó con la ley Casia, y Augusto con otra ley llamada Senia. Agrandando á todos estos oficios amorosos para con la República, se ejecutaron con mucha alegría de César, que era censor, el cual, pensada después la forma en que podia sacar del Senado á algunos senadores conocidamente viciosos, se sirvió de una harto apacible y nueva, aunque con cierta apariencia de la antigua severidad. Hizo advertir á cada uno «que examinase su vida y su propia conciencia, y pidiese facultad de salir del orden senatorio, asegurándoles que les sería concedida, y que los reformados del Senado serían nombrados por

él juntamente con los que se excusaban, para que de esta manera, templándose el juicio de los censores con el respeto de haber cedido voluntariamente, se aligerase la infamia». Por estas cosas propuso el cónsul Vipsanio «que fuese llamado Claudio padre del Senado, á causa de que, habiéndose hecho demasiado común el nombre de padre de la patria, los méritos para con la República debían honrarse también con títulos y renombres nuevos». Mas él hizo callar al cónsul, ofendido de la sobrada adulación. Hizose después la descripción y muestra general del pueblo que llamaban Lustró (1), y fueron escritos seis millones nuevecientos cuarenta y cuatro mil ciudadanos. Aquí tuvo fin la ignorancia y descuido de Claudio para las cosas de su propia casa, hallándose forzado no mucho después á echar de ver las maldades de su mujer y castigarlas, para encenderse luego en deseo de unas bodas incestuosas.

Ya Mesalina, empalagada de la abundancia de los adúlteros, pasaba á extraordinarias maneras de deshonestidades, cuando Silio, ó por su locura fatal, ó porque juzgase que peligro tan grande como el que corria no podía remediarse sino con otro mayor, comenzó á representarle descubiertamente «que no consentía ya el estado de sus cosas el esperar más en la vejez del príncipe. Convienen — decía él — los consejos sabios á los que se hallan sin culpa; mas para las maldades manifiestas no hay otro remedio que acudir por él al atrevimiento. Añadía que se veían ya muchos cómplices estimulados del mismo temor; que él se hallaba sin mujer y sin hijos, aparejado á casarse con ella y con resolución de adop-

---

(1) La cifra que arroja el censo, y acerca de la cual están discordes los manuscritos, era la de todos los ciudadanos esparcidos en las provincias.

tar á Británico; que daría ya con esto á Mesalina la misma grandeza y autoridad con seguridad entrambos, si prevenían á Claudio, hombre no menos precipitoso en la ira que fácil á ser insidiado». Fueron oídas con poca atención estas palabras, no por amor que ella tuviese á su marido, sino por sospecha de que llegado Silió á ser emperador la menospreciaría como adúltera, y que la maldad que se cometía y aprobaba por evitar el peligro, en saliendo de él sería estimada por su justo valor. Dióle con todo esto gusto el nombre de casamiento, por el exceso de la infamia, que es el postrer apetito y último deleite de los que del todo se entregan al vicio. Y sin diferirlo más de cuanto Claudio se ausentase, como lo hizo yendo á ofrecer ciertos sacrificios á Ostia, celebró su matrimonio con todas las solemnidades nupciales.

No dudo de que parecerá cuento fabuloso el escribir que ha sucedido entre los hombres una temeridad semejante, como que en una ciudad donde todo se sabe y nada se disimula, se haya visto un hombre, y ése nombrado para cónsul, que á día señalado se case con la mujer del príncipe, llamados testigos para verificar y firmar de sus nombres como se juntaban por causa de tener hijos; y que ella oyese las palabras de los sacerdotes llamados auspices, prestase su consentimiento, sacrificase, asistiese entre los convidados, pasase el día entero en circunstancias y actos lascivos y la noche en todo aquello que se acostumbra entre marido y mujer (1). Y la verdad es que no he ido en busca de estas

---

(1) Según la forma legal, la cual requería que estuviese la nueva casada en el regazo del marido. Esta costumbre la explica Juvenal en este verso:

*Ingens caena, sed et gremio jacuit nova nupta mariti,*

cosas para contar milagros, y que no lo son, sino una relación pura de lo que vieron y dejaron escrito nuestros antiguos.

Llena, pues, con esto de horror y espanto la casa del príncipe, especial entre los de más autoridad para con él que se veían con mayor ocasión de temer mudanza en las cosas, no discurrían como hasta allí con secretas murmuraciones, sino á la descubierta, diciendo «que mientras Mesalina escondía sus adúlteros industriosamente en los retretes del príncipe, había á la verdad deshonor, pero no peligro; mas ahora, visto está que un mancebo tan noble, admirado por su gentileza, seguido por su juventud y por estar tan vecino al consulado, se apercibe á mayores esperanzas, y se trasluce lo que pretende y lo que puede suceder tras el matrimonio». Tenían á la verdad razón de temer, «considerando la falta de entendimiento en Claudio, y que teniéndole de todo punto sujeto su mujer, habían sido ejecutadas diversas muertes por su mandado de ella». En contrario, el natural del emperador, fácil á ser llevado á cualquier cosa, les daba esperanza «de que, previniéndole con la atrocidad del delito, sería posible encaminar que la condenase y oprimiese antes de caer en que era culpada». Mas el peligro consistía en dar oídos á su defensa, conviniendo hacer de manera que hallase cerrado los del príncipe, aunque entrase confesando la culpa.

Juntados, pues, Calixto, nombrado ya por mí en la muerte de Cayo César; Narciso, autor de la muerte de Apio, y Palante, entonces gran privado, trataron si era bien apartar á Mesalina del amor de Silio con secretas amenazas, disimulando todo lo demás; pero medrosos

---

cual si esto fuese ceremonia indispensable de las bodas. — LIP-  
SIO. — (Nota de la E. E.)

de provocarse ellos mismos su propia ruina, desistieron de ello. Palante, por vileza de ánimo; Calixto, por la experiencia que tenía en el gobierno de la corte pasada, y por saber que se conservaba más segura la grandeza con los consejos prudentes que con los precipitados. Sólo Narciso fué siempre de un parecer, mudando sólo de lo acordado el no adelantarse en palabras de manera que la pusiesen en sospecha de delito ó de acusadores. Éste, pues, aguardando con cuidado alguna buena ocasión, y viendo que Claudio se detenía mucho en Ostia, persuadió á dos mancebas con quien más particularmente trataba el emperador á emprender la denunciación, cargándolas de dádivas y promesas, y mostrándolas que, derribada la emperatriz, crecería su autoridad.

Con esto la una de ellas, llamada Calpurnia, aguardando tiempo de hallar sólo á César, echándosele á los pies, comienza á decir á voces que Mesalina se había casado con Silio; y juntamente pregunta á Cleopatra, su compañera, que sólo aguardaba aquello, si tenía noticia de aquel caso. Y haciendo ella señas con la cabeza que sí, pide que llamen á Narciso, el cual, pidiendo á César perdón de lo pasado y de haberle callado los tratos que Mesalina tenía con Vectio y con Plaucio, añade: «También ahora, señor, callaría de buena gana sus adulterios, y si en mí fuese, le dejaría gozar al adúltero de la casa, de los esclavos y de los demás arreos y aparatos imperiales, con tal que te restituyese la mujer y rompiese los capítulos matrimoniales. ¿Por ventura, señor, ha llegado á tu noticia tu divorcio? Porque el pueblo, el Senado y los soldados han visto las bodas de Silio; y si le das tiempo, no tardará mucho el nuevo marido en apoderarse de Roma.»

Entonces Claudio, convocados sus principales amigos,

pregunta lo que saben de esto, primero á Turriano, comisario de los trigos, y después á Lusio Geta, capitán de las cohortes pretorias. Confesándolo éstos también, comenzaron todos los otros á rodearle y á hacer estruendo, diciendo á grandes voces «que fuese luego á los alojamientos de los pretorianos, y confirmándolos en su devoción, tratase antes de asegurar su persona que de tomar venganza». Lo cierto es que Claudio quedó tan atónito y con tanto miedo, que preguntó muchas veces si estaba el Imperio por él, ó si acaso era Silio todavía hombre particular. Mas Mesalina, nunca tan desenfrenada como entonces en sus deleites y desórdenes, estando ya el otoño muy adelante, celebraba en su casa la fiesta de las vendimias. Unos pisaban las uvas, otros daban vueltas al husillo y hacian correr el mosto á las cubas por sus canales, y las mujeres, vestidas de pellejos, andaban por todo dando grandes saltos como las que suelen celebrar los sacrificios á Baco, hasta que en ellos dan muestras de enloquecer del todo. Ella, con los cabellos sueltos por las espaldas, blandiendo el tirso (1), tenía á su lado á Silio vestido de hiedra, calzado con una cierta forma de borceguies llamados coturnos, y dejando caer la cabeza á una parte y á otra, mientras en torno de ellos discurría bailando y dando voces un desvergonzado y disoluto coro de mujeres. Dicen que Vectio Valente, habiendo, por travesura ó por mostrar su agilidad, trepado hasta la cumbre de un árbol muy alto, preguntado lo que descubría desde allí, respondió que veía venir de hacia Ostia una terrible y

---

(1) Era un palo largo cuya cabeza ó puño estaba formado de una piña; de un ramo de hiedra ó de pámpanos. Era atributo de Baco, cual lo era el caduceo de Mercurio. Al principio hacía las veces de tal una lanza con el hierro cubierto como acabamos de indicar.

furiosa tempestad, ó que se le representase alguna sombra de esto, ó que saliéndole de la boca aquellas palabras acaso, vinieron después á tomarlas por pronóstico de lo que sucedió.

En tanto, no por fama incierta, sino por diversos mensajeros, es avisada Mesalina de que Claudio lo sabe todo y que viene resuelto en tomar venganza. Con esto, retirándose ella á los huertos que fueron de Lúculo, y Silio, por disimular el miedo, á los negocios del foro, mientras los demás van doblando cantones y procurando esconderse, alcanzados por los centuriones, eran presos y maniatados dondequiera que se hallaban ó en público ó escondidos. Mas Mesalina, puesto que las adversidades que le sucedían le quitaban el miedo de tomar consejo, se resuelve con todo en salir al encuentro al marido y en hacerse ver de él; cosa que otras veces le había sido de provecho, ordenando que Británico y Octavia fuesen á abrazar á su padre. Rogó también á Vibidia, la más antigua de las vírgenes vestales, que fuese á aplacar al pontífice máximo y á pedirle en su nombre misericordia. Ella, en compañía de solas tres personas (de tal manera se halló desamparada de todos en un momento), después de haber caminado á pie de todo lo largo la ciudad, subió en una carreta de las que suelen limpiar la basura de los huertos y tomó el camino de Ostia, sin hallar quien se compadeciese de ella : tan aborrecible la había hecho para con todos la fealdad de sus maldades.

Temblaba César con todo eso de miedo, porque no se fiaba mucho de Geta, capitán de los pretorianos, como hombre liviano y de poca firmeza, tanto en el bien como en el mal. Y así Narciso, acompañado de otros que tenían el mismo miedo que él, advirtió á César que no quedaba otro camino para la seguridad de su vida sino



transferir por sólo aquel día el cargo de los soldados en alguno de sus libertos, ofreciéndose él á tomarle. Y porque en el camino de Roma no le pudiesen mudar de propósito Lucio Vitelio y Publio Largo Cecina, pide lugar en la misma carroza donde iba Claudio, y realmente le toma.

Corrió después de esto una voz harto constante de las palabras que iban saliendo de la boca del príncipe, el cual unas veces vituperaba las maldades de su mujer, otras volvía á traer á la memoria su matrimonio y la tierna edad de sus hijos, sin que Vitelio dijese jamás otras palabras que «¡Oh infame cosa; oh maldad grande!» Y por más que Narciso procuró persuadirle á que se declarase y dijese lo que sentía sin rebozo, no pudo sacarle de palabras de dos sentidos, y tales, que después del suceso las pudiese interpretar al que mejor le estuviese; y con su ejemplo hizo lo mismo Largo Cecina. Ya se mostraba en presencia de todos Mesalina, dando grandes voces á César que oyese á la madre de Octavia y de Británico, mientras levantando también la suya el acusador y haciendo ruido, procuraba encaminar á otra parte la vista del príncipe, acordándole á Silio y á sus bodas, y entregándole en sus manos ciertas memorias donde estaban escritas todas sus deshonestidades. Y no mucho después, entrando por la ciudad, se le presentaran delante los comunes hijos, si Narciso no hubiera mandado apartarlos de allí. No pudo hacer lo mismo con Vibidia, la cual, con palabras ásperas y resentidas, no sin cargar en ellas á César, le pidió con grande instancia que no consintiese que su mujer fuese condenada antes de ser oídas sus defensas. Respondió á esto Narciso que el príncipe la escucharía y tendría lugar de purgarse del delito; pero que ella entretanto, pues era religiosa, se fuese á ocupar en sus sacrificios.



Fué cosa digna de admiración el silencio que á todo esto tuvo Claudio. Y Vitelio no mostró tener más noticia del caso; pero todo obedecía al liberto, el cual manda que se abra la casa del adúltero y que vaya allá el emperador, mostrándole de paso en el patio la estatua del padre de Silio, prohibida por decreto del Senado, y después todo aquello que poseyeron antiguamente los Neronos y los Drusos, dado por Mesalina á Silio en premio del adulterio y de la deshonra del príncipe, el cual, encendido con esto en cólera, y viéndole el liberto que arrojaba amenazas, le lleva á los alojamientos, teniendo prevenida antes la junta de los soldados para oír la plática. Y amonestado de Narciso á que les hablase, gastó pocas palabras; porque cuanto más justo era el dolor, tanto más le tapaba la boca el haber de pronunciar su propia vergüenza. Entonces se levantó una común y continuada voz de los soldados, pidiendo los nombres de los delincuentes y su castigo. Y el mismo Silio, que había sido traído al Tribunal, no tentó el pedir defensa ó dilación alguna, antes rogó que se le apresurase la muerte; dando con esto ejemplo á los demás ilustres caballeros romanos para desear morir con la misma presteza. Ticio Próculo, á quien Silio había encargado la guardia de Mesalina; Vectio Valente, que se ofrecía á dar bastante prueba de los cómplices en el delito, después de haberse confesado él por uno de ellos; Pompeyo Urbico y Saufeyo Trogo, fueron llevados á ajusticiar como partícipes del caso. Decio Calpurniano, también capitán de las guardias que se hacían de noche; Sulpicio Rufo, procurador de los juegos públicos, y Junio Virgiliano, senador, fueron castigados con la misma pena.

Sólo Mnester alcanzó alguna dilación; porque, rasgadas las vestiduras, daba voces «que mirase las señales de

los azotes, y que se acordase de las palabras con que le había mandado que obedeciese á los mandamientos de Mesalina; que los otros se habían dejado inducir al mal con esperanzas ó con dádivas, mas él por fuerza y necesidad, no habiendo alguno en tan conocido peligro de morir como él, si imperaba Silio». Conmovido César con estas razones, y viéndole los libertos ya inclinado á la misericordia, le forzaron con decirle que no era bien perdonar á un representante después de haber condenado á tantos varones ilustres, y que en tan grave culpa importaba poco haber entrado voluntariamente ó por fuerza. Tampoco se admitió la disculpa de Traulo Montano, caballero romano. Era éste un mozo de gran modestia y de hermosísimo aspecto; el cual, sin solicitarlo él, fué en una sola noche llamado y después de ella desechado de Mesalina, con igual incontinencia en el apetito que en el menosprecio. Á Suilio Cesonino y á Plaucio Laterano se perdonó la pena de muerte. Á Plaucio, por los muchos méritos de su tío paternal, y Cesonino fué defendido de sus propios vicios, como quien en aquella sucia y abominable compañía había servido de mujer.

Mesalina en tanto alargaba la vida en los huertos de Lúculo, componiendo peticiones, algunas llenas de confianza y otras de enojo: tan vencida la tuvo la soberbia hasta en los últimos accidentes. Y si Narciso no le hubiera solicitado la muerte, fuera posible que la ruina cayera sobre el acusador; porque Claudio, llegado á casa y recreado con un banquete aparejado en buena sazón, después que comenzó á calentarse del vino, mandó que se notificase luego á aquella miserable (usó — dicen — de esa misma palabra) que el día siguiente compareciese á defender su causa. Notado esto bien por los que estaban presentes, viendo que se amortiguaba la ira y que

comenzaba á ocupar su lugar el amor, medrosos de que si llegaba la noche, ya cercana, y con ella la memoria del lecho conyugal se ablandaría del todo, toma Narciso el negocio á su cargo, y da orden con resolución al tribuno y centuriones que estaban de guardia en palacio, que, en virtud de la que él tenía de César, fuesen luego adonde estaba Mesalina, y allí mismo la matasen; enviando con ellos á Evodo, uno de los libertos, por asistente y ejecutor. Éste, yendo con gran diligencia á los huertos, la halló tendida en tierra, y sentada junto de ella á su madre Lépidia; la cual, mal avenida con la hija en su prosperidad, movida al fin á compasión en aquel último trance, la estaba persuadiendo á que no aguardase al matador; que, estando ya al fin de su vida, no le quedaba que apetecer sino una honrada muerte. Mas en aquel ánimo, estragado con todo género de sensualidades, no podía haber ningún estímulo de honra ni de valor; y así no le respondía con otra cosa que con lágrimas y suspiros vanos. Entonces, rompidas las puertas del ímpetu de la gente, comparecieron el tribuno y el liberto, aquél con silencio, y éste injuriando á Mesalina con vituperios serviles.

Conoció á este punto ella el estado de sus cosas, y tomando el puñal, mientras se toca levemente con él la garganta y el pecho, sin ánimo ni fuerzas para herirse, la atraviesa el tribuno de una estocada. Hecho esto, se concedió el cuerpo á su madre. Estaba todavía en la mesa Claudio, cuando fué avisado que Mesalina era muerta, sin declarar si había sido por su mano propia ó por ajena; ni él cuidó de preguntarlo; antes pidió de beber y pasó adelante con la solemnidad del banquete. Ni en los días siguientes dió señal ninguna de odio, de alegría, de ira ó de tristeza, ni de algún otro afecto humano, ni cuando veía alegres á los acusadores, ni me-

nos cuando se le presentaban tristes y llorosos sus hijos. Ayudando también el Senado á este sobrado olvido con decretar que se quitasen de los lugares públicos y particulares el nombre y las estatuas de Mesalina. Á Narciso se dieron las insignias de que usaban los cuestores, grado, aunque honrado, harto pequeño para su grandeza; siendo el mayor privado después de Palante y de Calixto, de los cuales procedían malisimas consecuencias, no siendo castigados sus delitos.

---

## LIBRO DUODÉCIMO

### ARGUMENTO

Claudio determina de casarse. — Propónensele mujeres, y prefiere á las demás á Agripina, hija de su hermano Germánico. — Decreta las bodas el Senado, y á su modo dispensa en el parentesco. — Mátase Lucio Silano, destinado yerno de César. — Alzase el destierro á Séneca. — Octavia, hija de Claudio, casa con Nerón. — Piden de Roma los partos por rey á Meherdates, el cual, peleando con Gotarces, queda roto. — Mitrídates tienta de recuperar el reino de Ponto, y rendido, viene á Roma. — Lolía, mujer ilustre, condenada por artificio de Agripina. — Ensancha Claudio el circuito de la ciudad. — Nerón Domicio adoptado por Claudio. — Colonia edificada en los Ubios. — Los cattsos corren la inferior Germania y son rotos. — Vanio, rey de los suevos, echado del reino. — Cuéntanse los sucesos de Publio Ostorio en Inglaterra, y la presa del rey Caractaco. — Británico pospuesto á Nerón por engaño de Agripina. — Prodigios en Roma y carestía. — Guerra entre iberos y armenios, en que se interesan las armas de romanos y partos. — Furio Escriboniano desterrado. — *Senatus consulto* de Claudio contra las mujeres que se casan con esclavos. — Movimientos en Judea entre soldados y naturales. — Claudio sangra el lago Fucino después de haber hecho en él una batalla naval. — Establece la autoridad de los procuradores de provincias. — Concede inmunidad á los coenses. — Perdona por algunos años el tributo á los bizantinos. — Lépidia hecha morir. — Claudio muere con veneno por obra de su mujer Agripina, y apodérase del imperio Nerón.

Esto en espacio de seis años.

### CÓNSULES

Año de Roma 802.	De J.-C. 49	{	C. Pompeyo.
			Q. Veranio.
—	803.	—	50 {
			C. Antistio.
			M. Sullio.
—	804.	—	51 {
			T. Claudio César V.
			Sev. Cornelio Orfito.

Año de Roma 805.	De J.-C.	52	{	P. Cornelio Sila.
			{	L. Salvio Otho.
—	806.	—	53	{
			{	D. Junio Silano.
			{	Q. Haterio.
—	807.	—	54	{
			{	M. Asinio Marcelo.
			{	M. Aclio Aviola.

La muerte de Mesalina puso en revuelta la casa del príncipe, contendiendo entre sí los libertos sobre cuál había de trazarle mujer, viéndole resuelto á no estar sin ella, como nacido para serles sujeto. No era menor entre ellas la emulación, exagerando cada una su nobleza, su hermosura y sus riquezas, para mostrarse dignas de tan gran matrimonio. Con todo eso, la principal duda viene á quedar entre Lolia Paulina, hija de Marco Lolio, varón consular, y Julia Agripina, hija de Germánico, favorecidas, ésta de Palante y aquélla de Calixto. Narciso ayudaba á Elia Petina, del linaje de los Tuberos. Claudio, arrimándose ya á un partido ya á otro, según le arrebatava la fuerza de la persuasión, viéndolos discordes, los llama á consejo y ordena que funden en razones sus opiniones.

Narciso anteponía el primer matrimonio en que había vivido con Petina; la familia común (porque Claudio tuvo en ella á su hija Antonia), que no causaría en casa novedad alguna volviendo á ella la primer mujer, en la cual no había que temer aborrecimiento de madrastra contra Británico ni Octavia, prendas las más cercanas á su propia sangre. Calixto en contrario alegaba el haber sido ya reprobada con largo divorcio, y que el llamarla ahora la haría volver con mayor arrogancia y soberbia; que era mucho mejor recibir á Lolia, porque no habiendo jamás tenido hijos, entraría ajena á toda emulación en casa y serviría de madre á los de su marido. Mas Palante hallaba en Agripina esta ventaja más, que traía consigo un nieto de Germánico, digno en todo y por

todo de la fortuna imperial; que siendo, como era, de nobilísimo linaje, de conocida fecundidad, y hallándose en la flor de su juventud, era mejor volver á unir en los descendientes de entrambos la sangre de la familia Claudia, que no dar lugar á que pudiese llevarse ella consigo á otra casa el esplendor y grandeza de los Césares.

Prevalcieron al fin estas últimas razones, ayudadas de los regalos y caricias de Agripina; la cual, so color del parentesco, visitando muy á menudo á su tío, le obligó á preferirla á todas las demás y á dejarle gozar del poderío de esposa antes de serlo. Porque en viéndose segura del casamiento, comenzó á designar mayores cosas, trazando el casar á su hijo Domicio, habido de su primer marido, Gneo Domicio Acnobarbo, con Octavia, hija de César; cosa á que no se podía llegar sin gran maldad y falta de fe, habiéndola ya César desposado con Lucio Silano, y adelantado al mozo, notable también por otras consideraciones, con las insignias triunfales y con la magnificencia de los juegos de gladiadores que se hicieron en nombre suyo, todo en orden á granjearle el aplauso y amor de la plebe. Pero nada parecía difícil en el ánimo de un príncipe privado de voluntad, juicio y aborrecimiento, sino cuanto se le infundía y mandaba que tuviese.

Vitelio, pues, escondiendo debajo del nombre de censor los engaños serviles, pronosticando el nuevo gobierno que se aparejaba, deseoso de ganar la gracia de Agripina con hacerse partícipe de sus designios, comenzó á acusar criminalmente á Silano de sospecha de amores incestuosos con su hermana Junia Calvina, que poco antes había sido nuera del mismo Vitelio, tomando ocasión de una gran amistad que había entre los dos, aunque poco recatada, y principalmente de la gran belleza y desenvoltura de Junia. Y César, llevado del ex-



cesivo amor que tenía á su hija, daba oídos á estas sospechas contra el yerno. Silano, sin alguna noticia de estas asechanzas y hallándose por suerte aquel año pretor, se vió en un punto privado de oficio de senador por decreto del censor Vitelio, dado que poco antes se había renovado la matrícula del Senado con la ceremonia llamada Lustró. Al mismo punto rompió César el parentesco, y Silano fué forzado á renunciar el magistrado de pretor, dándose por lo restante del tiempo á Eprio Marcelo.

En el consulado de Cayo Pompeyo y Quinto Veranio comenzó la fama á divulgar el casamiento, concluído ya entre Claudio y Agripina, y no menos el amor ilícito; mas no por esto se aventuraban á celebrar solemnemente las bodas, no habiendo ningún ejemplo de haberse casado un tío con la hija de su hermano. Antes se temía que, reprobadas del pueblo como ilícitas y entendido el incesto, había de ocasionar aquel menoscabo dañosos efectos á la República. Y de hecho no se supieran resolver, si Vitelio no se encargara de ello con sus artificios. Porque preguntando á César si obedecería en este caso al pueblo y á la autoridad del Senado, y habiendo respondido él que en esto era como los demás ciudadanos y demasiado flaco para repugnar al consentimiento universal, le ordena que le espere dentro de palacio. Entrando él en la curia, significando que tenía que tratar de una cosa importantísima para la República, pedida licencia para hablar primero que todos, comenzó á decir: «Que á los gravísimos trabajos que sufría el príncipe en el gobierno del mundo convenia ayudar de manera que, aliviado de los cuidados caseros, pudiese atender á los públicos con mayor comodidad; que él no hallaba mayor ni más honesto alivio para quien ha de censurar y corregir á todos que la propia mujer á quien

tener por compañera en los sucesos prósperos y en los dudosos, y con quien poder comunicar los más secretos pensamientos, y entregar los propios hijos; y más no siendo Claudio hombre desordenado, en deleites lascivos, sino desde su primera juventud obediente á las leyes.»

Después de haber hecho este exordio con palabras encaminadas á disponer los ánimos de los senadores, viendo que aprobaban lo dicho con adulación semejante á la suya, toma otra vez la mano, diciendo: «Que pues concordaban todos en casar al príncipe, convenía escogerle una mujer señalada, capaz para tener hijos y de inculpable vida; que no era necesario hacer larga pesquisa para mostrar que Agripina excedía á todas las demás en claridad de sangre; que habia hecho prueba de su fecundidad, y juntamente se hallaban en ella todas las partes que se podían desear en una mujer honesta; que era cosa digna de gran ponderación el hallarse, por la providencia de los dioses, viuda (1), para que pudiese casar con ella un príncipe que no habia admitido jamás otro amor que el de su propia mujer; que habían oído decir á sus padres, y aun vistolo ellos mismos, que algunos de los Césares, por sólo su gusto, tomaban las mujeres á sus propios maridos; cosa bien apartada de la modestia presente, la cual para lo venidero podría servir de ejemplo de la forma en que debían tomar mujer los emperadores. Parecernos ha por ventura novedad el casarnos con las hijas de nuestros hermanos; sin embargo, es cosa muy usada entre otras naciones y no prohibida por ley alguna. También los casamien-

---

(1) Agripina lo era, en efecto, á la sazón del orador Crispino Pasieno, con el cual se había casado después de la muerte de Cn. Domicio, padre de Nerón, á quien, según se cree, envenenó para gozar más pronto de los bienes que en su testamento le legaba.

tos entre primos hermanos, no usados antiguamente, se han ido frecuentando con el tiempo, acomodándose la costumbre á la necesidad, y lo que ahora parece nuevo, será también de las cosas que vendrán á ser imitadas con el tiempo.»

No faltaron algunos que á porfía unos de otros salieron con gran furia del Senado, sustentando que cuando César pusiese largas al matrimonio, convenia forzarle á que le hiciese. Juntóseles con esto una gran multitud de gente de toda broza, gritando á una voz «que el pueblo romano queria lo mismo». Y Claudio, sin esperar otra cosa, sale á la plaza, dejándose encontrar de los que iban viniendo á regocijarse con él y á darle la enhorabuena. Entrado tras esto en el Senado, pide que se haga un decreto en que se declaren por ilícitos de allí adelante los casamientos entre tio y sobrina. Con todo eso no se halló quien desease semejantes bodas, sino un caballero romano llamado Tito Aledio Severo, y aun éste, dijeron muchos que lo hizo en gracia y adulación de Agripina. Desde el casamiento tomó la ciudad nueva forma, gobernándolo todo la emperatriz, no por vía de deshonestidades como Mesalina, que se burlaba del Imperio romano, mas haciéndose servir y obedecer como si fuera varón. En lo público se mostraba severa, y muchas veces soberbia: no había en su casa cosa deshonesto, sino cuanto le convenia para mandar. Á su inmensa codicia servía de cubierta el deseo de tener una masa con que acudir á las necesidades del Imperio.

El mismo día de las bodas se mató Silano, ó que hasta entonces le hubiese durado la esperanza de vivir, ó que escogiese aquel día por hacer el caso más digno de aborrecimiento. Su hermana Calvina fué desterrada de Italia. Añadió Claudio que se hiciesen los sacrificios conforme á las leyes y ceremonias del rey Tulo, por los

pontifices, en el bosque consagrado á Diana, en satisfacción del pecado de Silano y Calvina, no sin risa universal de que en tales tiempos se tratase de penas y purificaciones por amores incestuosos. Agripina, pues, por no darse á conocer solamente en las cosas mal hechas, impetró remisión de su destierro á Anneo Séneca, y juntamente el oficio de pretor, sabiendo que daba gusto al pueblo por el esplendor de sus estudios, y porque Domicio saliese de la niñez á la juventud debajo de la doctrina de tal maestro, y pudiese gozar de sus consejos para efectuar las esperanzas del dominio á que aspiraba; creyendo que con la memoria de este beneficio le sería tan fiel, cuanto por la de la injuria enemigo á Claudio.

Tras esto se tomó resolución de no esperar más en concluir lo tratado; induciendo con muchas promesas á Memmio Polión, electo cónsul, á que en son de decir su voto, exhortase á Claudio que hiciese el casamiento de Octavia con Domicio; cosa no ajena á la razón, en orden á la edad de entrambos, y que podía servir de abrir el camino á mayores cosas. Votólo así Polión, usando casi las mismas palabras que poco antes había usado Vitelio; con que Octavia quedó otorgada con Domicio, y él, á más del primer parentesco, hecho con éste yerno de César, ayudado de las astucias de su madre y del artificio de los que, por haber acusado á Mesalina, podían temer de su hijo, comenzó á igualarse con Británico.

Por este tiempo los embajadores de los partos, enviados, como he dicho, á pedir á Meherdates, entrando en el Senado, declararon sus Comisiones de esta manera: «Que no venían allí olvidados de la confederación que tenían con el pueblo romano, ni por rebelarse al linaje de los Arsacidas, sino para pedir el hijo de Vonón, nieto de Frahates, contra el duro imperio de Gotarces, intolerable igualmente á los nobles y al pueblo. El cual,

habiendo consumido y acabado con muertes violentas á sus hermanos y á sus parientes, sin perdonar á los muy apartados, no contento con esto, añadía mayores crueldades, matándoles á sus mujeres preñadas y á las crianzas de sus tiernos hijuelos, mientras imprudente en la paz y desdichado en la guerra, iba cubriendo con crueldades su natural cobardía; que era muy antigua y comenzada de consentimiento público la amistad que profesaban con nosotros, y no menos justo socorrer á los amigos émulos en fuerzas, y que no nos confesaban inferioridad sino por cortesía; que no se daban por otra causa en rehenes los hijos de los reyes, sino para que, en cansándose del imperio de algún rey de los admitidos por sucesión, pudiesen recurrir al príncipe y senadores por otro mejor, como criado entre sus costumbres.»

Y después que hubieron dicho estas y otras muchas razones á este propósito, comenzó César su oración, discurrendo de la grandeza y majestad del Imperio romano, de los buenos oficios recibidos de los partos, igualándose en esto con el divo Augusto, y contando cómo le pidieron también rey, sin hacer mención de Tiberio, puesto que, como dicho es, les envió á Frahates. Añadió por instrucción y avisó á Meherdates (hallábase allí presente) «que no imaginase que iba en calidad de señor á mandar á esclavos, sino en la de gobernador á regir ciudadanos; que usase clemencia y justicia, virtudes cuanto menos conocidas de los bárbaros, tanto más aparejadas á ser sufridas por ellos». Volviéndose después á los embajadores, celebra las alabanzas del mozo, llamándole «alumno y crianza de la ciudad, y en particular su probada modestia; mas que con todo eso les convenía sufrir el natural y condición de los reyes, no menos que el irse á la mano en mandarlos; que el Imperio

romano había llegado á tanta grandeza y á tal colmo de gloria, que hasta en las naciones extranjeras deseaba quietud». Mandó después á Cayo Casio (1), que gobernaba á Siria, que acompañase al joven hasta la ribera del Éufrates.

Era Casio el más célebre jurisperito de aquella edad, y si bien (cuando falta por el ocio la disciplina militar) la paz no diferencia á los negligentes de los solícitos, todavía en la manera posible, no habiendo guerra, procuraba instituir la costumbre antigua, ejercitando las legiones con el mismo cuidado y vigilancia que si tuviera el enemigo á la frente; juzgando convenir así á la fama de sus mayores y del linaje de los Casios, celebrado también entre aquellas naciones. Convocados, pues, por Casio todos los que habían sido de parecer de pedir de Roma el rey, alojó su campo en Zeugma, que es la parte por donde el río se puede pasar más fácilmente. Casio, viendo que habían llegado ya los nobles partos y Acbaro, rey de los árabes, advirtió á Meherdates que el impetu ardiente de los bárbaros suele entibiarse con el tiempo y convertirse después en traiciones, para cuyo remedio convenia darse prisa por acabar lo comenzado. Fué menospreciado este consejo por engaño de Acbaro, habiendo entretenido en la ciudad de Edesa muchos días al incauto Meherdates, el cual tenía á los regalos y vicios por el colmo de su grandeza. Y así, llamado de Carhenes, que prometía con sólo usar diligencia todas las cosas en su favor, marchó, no por el camino derecho de Mesopotamia, sino torcido por la vía de Armenia, impracticable en aquella sazón por ser á la entrada del

---

(1) Uno de los asesinos de César, el cual había defendido la Siria contra los partos después de la derrota de Craso, de quien había sido cuestor.

invierno, tal que, trabajados de las nieves y de los montes, al calar últimamente en las llanuras, se juntaron con Carhenes.

Pasado tras esto el río Tigris, llegaron á los Adiabenos, cuyo rey Jazates, sobre tener hecha pública confederación con Meherdates, secretamente se inclinaba con mayor fe á Gotarces. Tomóse de paso con todo esto la ciudad de Nino, antiguo asiento de los reyes de Asiria, y el castillo de Arbela, famoso por la última batalla entre Alejandro y Darío, con la cual feneció la grandeza de los persas. Entretanto, hacia Gotarces en el monte llamado Sambulo votos á los dioses de aquel lugar, el más reverenciado de los cuales es Hércules. Este suele en ciertos tiempos advertir en sueños á los sacerdotes que pongan cerca del templo caballos aderezados para ir á caza. Los caballos, en poniéndoles las aljabas llenas de todo género de flechas, discurriendo sueltos por aquellos bosques, las tornan á la noche vacías, volviendo ellos ijadeando y llenos de sudor. Entonces el mismo Hércules, apareciéndoles en sueños también la siguiente noche, les avisa de los bosques por donde han corrido, y saliendo ellos, hallan por todas partes el destrozado y matanza de las fieras.

Mas Gotarces, no teniendo aún reforzado bastante su ejército, se servía por reparo del río Corma. Y aunque los enemigos le provocaban cada día á la batalla por embajadas y motejándoles de cobardes, él se andaba entreteniéndose, mudando alojamientos y procurando de secreto comprar voluntades, obligando á los enemigos á mudar de fe. Los primeros en quien hicieron efecto estas trazas fueron Jazates Adiabeno y el rey Acbaro con sus árabes, ó por la natural liviandad de aquella gente, ó por haber enseñado la experiencia que los bárbaros quieren más pedir rey de Roma que tener-



le. Meherdates, despejado de tan gran ayuda y sospechoso de traición en los que le quedaban, tomó por último remedio tentar la fortuna y venir á la batalla. No la rehusó Gotarces, animado con las fuerzas que le faltaban al enemigo. Peleóse con gran mortandad y estuvo el suceso en duda hasta que Carhenes, rotas las escuadras que se le opusieron y pasando adelante demasiadamente, fué, por un escuadrón que entraba de refresco, acometido por las espaldas y roto. Entonces, perdida toda esperanza Meherdates, fiado en las promesas de Parraces, amigo de su padre, fué por él con engaño preso y entregado al vencedor. El cual, no como pariente ó como hombre de linaje arsacido, mas vituperándolo como extranjero y romano, cortándole primero las orejas, le concedió la vida por ostentación de su clemencia y de nuestra deshonra. Murió poco después de este suceso Gotarces de enfermedad, y fué llamado al reino Vonón, que gobernaba entonces á los medos. No le sucedió á éste cosa próspera ó adversa digna de memoria, habiendo reinado poco tiempo y con menos reputación; viniendo á parar después el imperio de los partos en su hijo Vologeso.

Mas Mitridates, rey de Bósforo, el cual, habiendo perdido todas sus fuerzas y poder, andaba por esto vagabundo, después que supo que Didjo, capitán romano, se había partido con el nervio del ejército y que quedaba en el nuevo reino Coti, mozo de poca experiencia, y pocas cohortes á cargo de Julio Aquila, caballero romano, estimando á entrambos en poco comienza á levantar aquellas naciones y á animar á los fugitivos, y finalmente, juntando un buen ejército, desbarata al rey de los dandarides (1) y se apodera del reino. Á la noticia

---

(1) Estrabón cuenta á los dandarides entre los meotas, pue-

que se tuvo de estos sucesos, y temiéndose que Mitridates no se aparejase para asaltar el Bósforo, Aquila y Coti, no confiando en sus propias fuerzas, porque Zor-sines, rey de los siracos, se había vuelto á declarar por enemigo, recurrieron ellos también á las ayudas extranjeras, habiendo enviado embajadores á Eunón, el más principal entre los adorsos (1), con el cual no hubo dificultad en asentar la liga, parangonándole la potencia romana contra un rebelde como Mitridates. Concertaron, pues, que Eunón hiciese la guerra con la caballería y los romanos emprendiesen los cercos y expugna-ciones de las ciudades; puestos en ordenanza, marchaban con la vanguardia y retaguardia de adorsos, en medio de las cohortes romanas, y los bosforanos armados á nuestro modo.

Echado de esta suerte el enemigo de la tierra, se llegó á Soza, ciudad de la Dandarica, desamparada por Mitridates; donde, fiando poco del pueblo, se deja bastante presidio. Pasados de allí á las tierras de los siracos y atravesando el río Panda, pusieron sitio á la ciudad de Uspe, situada en alto y fortalecida de buenos fosos y murallas, salvo que éstas no eran de piedra, sino de zanzos de ambas partes y terraplenados en medio, ni hábiles al fin para resistir asaltos. Y así, arrimándoles algunas torres de madera de tanta altura que sobrepujaban los muros, los soldados romanos dentro de ellas con hachos de fuego, dardos y otras armas arrojadizas, ponían en desorden y confusión á los sitiados, tal, que si no sobreviniera la noche, fuera en un mismo día la ciudad acometida y tomada.

---

blos sármatas que habitaban en la costa oriental del mar de Azof (Palus-Meotides), entre el Kuban y el Don ó Tanais.

(1) Todos estos reinos están situados á lo último de Europa, hacia el río Tanais.—(Nota del T. E.)

El día siguiente enviaron embajadores pidiendo perdón y la vida para los hombres libres, dejando á discreción diez mil esclavos que había dentro. No se aceptó esta condición, porque parecía crueldad matar los rendidos, y no matándolos, imposible guardar bien tanta multitud. Y así, deseando hacerlos morir con razón de guerra, se dió la señal á los que ya habían escalado el muro para que los pasasen á cuchillo. El estrago de los uspenses espantó á todos los demás, considerando que no había lugar seguro, pues que no menos que las personas quedaban también sobrepujadas y sujetas al mismo ímpetu y furor las armas, las murallas, eminencia de sitios, ríos caudalosos y ciudades fuertes. Zorsines, habiendo bien considerado lo que le estaba mejor, favorecer las cosas de Mitridates reducidas á última desesperación, ó proveer á las de su reino paterno, en prevaleciendo en él la comodidad y provecho de su gente, dando rehenes, vino á postrarse de hinojos ante la imagen de César con mucha gloria del ejército romano, el cual, sin perder gota de sangre de los suyos, es cosa cierta que se hallaba victorioso menos de tres jornadas del río Tanais. Mas no fué tan felice la vuelta, porque algunas naves que venían por aquel mar, arribando á las riberas de los tauros, fueron presas de aquella gente bárbara, á cuyas manos murió el prefecto de una cohorte y muchos centuriones.

Mitridates en tanto, faltándole el socorro de las armas, consulta y discurre entre sí la persona cuya misericordia le convenía más experimentar. Tienta á su hermano Cotis como á quien, sobre haberle sido antes traidor, entonces le era declarado enemigo. De los romanos no había en el ejército ninguno de tanta autoridad á cuyas promesas se debiese dar entero crédito. Y resolviéndose acudir á Eunón, con quien no tenía enemista-

des particulares y se hallaba en gran reputación por la nueva amistad que habia asentado con nosotros, acomodándose de hábito y de aspecto conveniente á la presente fortuna, entra en su palacio, y abrazado con las rodillas de Eunón, le dice estas palabras: «Aquel Mitridates perseguido de los romanos tan largos años por mar y por tierra, viene ahora voluntariamente á ponerse en tus manos. Haz lo que te pareciere del sucesor del gran Aquemenes; que esto sólo no me han podido quitar mis enemigos.»

Mas Eunón, conmovido del esplendor de aquel varón y de la mudanza de su fortuna, y no menos de los generosos ruegos que usaba, levanta y anima al suplicante, loándole el haber escogido al pueblo adorso para alcanzar perdón por medio de su amistad. Despacha tras esto embajadores á Roma con cartas para César de este tenor: «Que la conformidad y semejanza de la fortuna fué siempre la primer ocasión de amistad entre los emperadores romanos y los reyes de otras grandes naciones; mas que la que habia entre él y Claudio procedia de la verdad con que se podia llamar común aquella victoria; que no era posible dar más generoso fin á una guerra que perdonando al enemigo; que en prueba de esto no se le quitó cosa alguna de su estado al vencido Zorsines. Y que así, conociendo por mayor el delito de Mitridates, no pedian para él otra cosa que la vida y no ser llevado en el triunfo.»

Claudio, aunque era benigno con la nobleza extranjera, estuvo todavía dudoso entre si recibiria al preso con el perdón de la vida, ó si le conquistaria con las armas. De la una parte le obligaba el dolor de la injuria y deseo de venganza; de la otra discurrían algunos «el yerro que era emprender una guerra tan apartada por caminos difíciles, la mar sin puertos, los reyes feroces,

el pueblo vagabundo y sin asiento, el país estéril, donde de la tardanza resultaría pesadumbre, y de la presteza peligro; aventurábase á ganar poco loor con la victoria, y á padecer con la pérdida gran mengua de reputación; que era mejor aceptar las condiciones ofrecidas y conceder la vida á un foragido; que cuanto ella más le durase en su pobreza, tanto más continuado y largo sería el castigo». Persuadido Claudio con estas razones, escribió á Eunón «que Mitritades verdaderamente merecía tal castigo que pudiese servir de ejemplo á los demás, y que no le faltaban fuerzas para dársele; mas que los antiguos romanos se habían preciado siempre de ser tan fieros y rigurosos contra los enemigos, cuanto benignos y fáciles con los que se ponían humildes en sus manos, y que los triunfos no se alcanzaban sino después de haber sojuzgado pueblos y reinos enteros».

En recibiendo esta carta fué entregado á los nuestros Mitridates y llevado á Roma por Junio Silón, procurador de Ponto. Dijose que habló Mitridates á César con mayor libertad de lo que pedia su fortuna. Y el vulgo engrandeció sus palabras, afirmando que fueron éstas: «No pienses, ¡oh César!, que he sido yo enviado á tu presencia; de mi voluntad vengo, y si no lo crees, suéltame y venme á buscar.» La misma entereza mostró en el aspecto, sin dar algunas señales de temor mientras rodeado de guardas fué mostrado *pro rostris* al pueblo. Á Silón se dieron por decreto las insignias consulares, y á Aquila las pretorias.

En este mismo consulado Agripina, tenaz en el aborrecimiento y enemiga mortal de Lolia por haber competido con ella en el casamiento del príncipe, inventa delitos, y halla acusador que la culpe de haber consultado con caldeos y magos, y de haber interrogado al simulacro de Apolo Clario sobre el matrimonio con el

emperador. Con esto Claudio, sin oír á la culpada, después de haber dicho en el Senado muchas cosas de su nobleza, y como era hija de una hermana de Lucio Volusio y biznieta de un hermano de Cota Mesalino, que había sido casada con Memmio Regulo, callando de industria su casamiento con Cayo César, añadió que los consejos y designios de aquella mujer eran perniciosos á la República, y que así, conviniendo el apartar de ella toda ocasión de maldad, convenía también confiscar los bienes á Lolia y desterrarla de Italia. Con que de todas sus inmensas riquezas no se le dejó más que por valor de ciento y cincuenta mil ducados (cinco millones de sestercios) (1). Fué también destruida Calpurnia, mujer ilustre, porque el príncipe sin algún mal pensamiento, en cierta conversación acaso, la alabó de hermosa, que fué causa de que la violencia de Agripina no llegase á hacer contra ella todo lo que podía. Á Lolia se le envió un tribuno para que la hiciese morir. Cadio Rufo, acusado por los bitinios, fué también condenado por la ley de residencia.

Á los de la Galia Narbonense, por el notable respeto y reverencia que habían mostrado siempre para con el Senado, se concedió el mismo privilegio de que gozaban los sicilianos, esto es, que pudiesen ir á visitar sus haciendas sin licencia del príncipe (2). Los itureos y judíos, muertos sus reyes Soemo y Agripa, fueron agre-

(1) Plinio refiere, á propósito de Lolia, que en una cena de bodas se presentó á los convidados con un adorno de perlas y esmeraldas que valía cuarenta millones de sestercios. Sus inmensas riquezas eran fruto de los escandalosos robos de su abuelo Lolio.

(2) Ni aun en los tiempos de la República ningún senador podía viajar sino con licencia ó como delegado del Gobierno. Los emperadores limitaron todavía este derecho, y Claudio se reservó el concederlo á sí solo y sin el concurso del Senado, como se había verificado hasta entonces.

gados á la provincia de Siria. Decretóse que el agüero de la salud (1), olvidado ya por veinticinco años, se renovase y se continuase para lo de adelante. Acrecentó Claudio el circuito de Roma (2) al uso antiguo, que daba facultad á quien aumentaba el imperio de poder ensanchar también los términos de la ciudad. Si bien ninguno de los capitanes romanos, aun después de haber sojuzgado grandes naciones, se valió de este privilegio, si no fueron Lucio Sila y el divo Augusto.

Por lo que toca á los reyes, hay varias opiniones si lo hicieron por vanagloria ó porque realmente sus acciones lo mereciesen. Mas no será fuera de propósito dar cuenta del primer circuito que tuvo Roma, y cuál fué el que Rómulo le dió. Abrióse, pues, un surco para designar con él el ámbito que habia de tener la ciudad, desde el mercado de los bueyes, donde hasta hoy se ve aquel toro de bronce, porque este animal es propio para

(1) Especie de adivinación que se empleaba cuando la República gozaba de una paz completa, para saber si aprobaban su continuación los dioses.

(2) Hízolo después que se hubo agregado al Imperio la Bretaña. He aquí la inscripción en que se testifica este hecho:

TI. CLAVDIVS  
 DRVSI. F. CÆSAR  
 AVG. GERMANICVS  
 PONT. MAX. TRIB. POT.  
 VIII. IMP. XVI. COS. IIII  
 CENSOR PP  
 AVCTIS. POPVLI. ROMANI  
 FINIBVS POMERIVM  
 AMPLIAVIT. TERMINAVIT.

Tanto en la lápida que acabamos de transcribir, copiada de las anotaciones de la edición castellana, como en el texto latino de Tácito, se usa la voz *pomerium*, que traduce nuestro Coloma por circuito. «Si se atiende tan sólo á la etimología, dice T. Livio, la palabra *pomerium* significa que está detrás de las murallas. Sin embargo, se la emplea para designar el espacio sin edificar que los etruscos consagraban al construir una ciudad y que la circufa tanto interior como exteriormente.»



el arado, que abrazaba el gran altar consagrado á Hércules. De allí se fueron poniendo piedras á trechos y espacios determinados, bajando por las raíces del monte Palatino hasta el altar de Conso (1). De allí á las curias viejas (2), y después á la capilla de los dioses Lares. Porque se tiene por cierto que la plaza llamada Foro Romano y el Capitolio no fueron agregados á la ciudad por Rómulo, sino por Tito Tacio. Después de esto el circuito de Roma se ha ido aumentando conforme á sus riquezas y buena fortuna, y los términos que entonces le puso Claudio son fáciles de conocer, fuera de que se hallan escritos en los libros de los actos públicos.

En el consulado de Cayo Antistio y de Marco Suilio, por obra y autoridad de Palante se solicitó la adopción de Domicio. Dependía Palante absolutamente de Agripina, como medianero de su matrimonio, y hallábase con nueva obligación y atadura por el adulterio que cometía con ella, «á cuya causa incitaba á Claudio á que proveyesse á la necesidad de la República, rodeando de fuerzas suficientes la niñez de Británico; que de esta manera florecieron para con el divo Augusto los hijos de su mujer, aunque pudiera hacer fundamento en sus nietos propios; y Tiberio, antes que á su natural descendencia, se había resuelto en adoptar á Germánico; que no le convenía menos á él armarse de un mancebo capaz de llevar sobre sus hombros parte de la carga». Ven-

(1) Era el mismo dios á quien se adoraba también con el nombre de Neptuno ecuestre, y cuya fiesta sirvió de pretexto para el robo de las Sabinas. Como dios del consejo, tenía en el gran circo un altar medio hundido en el suelo, para dar á entender que los designios deben ser secretos.

(2) Nombre que se daba á las curias edificadas por Rómulo. Las curias eran los edificios donde se reunían en días determinados los miembros que formaban una curia, ya para ofrecer sacrificios á los dioses, ya para celebrar comidas en común. Había, además de ellas, la en que se reunía el Senado.

cido, pues, de estas razones Claudio, prohiendo á Domicio, le antepone á su propio hijo Británico con solos dos años más de edad, después de haber hecho sobre esto una oración en el Senado, fundándola en las mismas razones que le había infundido el liberto. Notaban los curiosos que no se hallaba otra adopción hasta entonces en el linaje de los Claudios Patricios, habiéndose continuado por sucesión desde Ato Clauso.

Diéronse con todo gracias al príncipe, aunque con más exquisita adulación para con Domicio, haciendo ley que pasase á la familia Claudia con el nombre de Nerón. Agripina fué engrandecida también con el sobrenombre de Augusta. Hechas estas cosas, no quedó hombre alguno tan sin piedad que no se compadeciese de la mala fortuna de Británico. El cual, dejado solo poco á poco hasta de sus oficiales esclavos, á quien, por apartarlos de él, sin sazón ni tiempo ocupaba su madrastra en mayores oficios, conociendo la falsedad, lo recibiría como por menosprecio suyo. Porque, según dicen, no dió muestras de tener poco entendimiento, ó por ser ello así, ó porque la compasión común de sus peligros le conservó en esta opinión, sin que llegase á experimentarla.

Mas Agripina, por hacer ostentación de su grandeza hasta en las naciones confederadas, manda que en una villa de los Ubios donde ella había nacido se junten los soldados veteranos en forma de colonia, y se funde allí una ciudad, á quien hizo llamar de su nombre. Y acaso había sucedido que cuando pasó esta nación de esta parte del Rhin, fué su abuelo Agripa el que la recibió debajo de su protección y amparo. En estos mismos tiempos hubo alguna alteración y miedo en la superior Germania, por la bajada que hicieron los catts, robando y destruyendo la tierra, con cuyo aviso Lucio Pomponio, legado de aquella provincia, añadidos á las gentes

de socorro de los vangiones y nemetos (1) los caballos legionarios, los advirtió á que con diligencia se opusiesen á los enemigos que saqueaban la tierra, y que si los hallaban desbandados, rodeasen de improviso y acometiesen por todas partes. Siguió la industria de los soldados al consejo de su capitán, porque divididos en dos tropas, los que tomaron por el camino de la mano izquierda embisten y rompen á los enemigos, al mismo tiempo que, acabando de llegar cargados de presa, se entregaban en poder de los deleites y del sueño. Aumentó el gusto de este suceso el haber librado de servidumbre á algunos soldados de los que cuarenta años antes se perdieron en la rota de Varo.

Mas los otros que habian tomado por la mano derecha, que era el camino más corto, encontrando por frente al enemigo, que se atrevió á hacerles rostro, hicieron en él mayor estrago; con que cargados de presa y reputación, dieron la vuelta al monte Tauno, donde Pomponio los esperaba con las legiones, por si los cattos, con deseos de vengarse, diesen ocasión para venir á la batalla. Mas ellos, por temór de no ser cogidos, por una parte de los romanos y por otra de los queruscos, con quien están en perpetua guerra, enviaron embajadores y rehenes á Roma, y á Pomponio (2), de quien no quedó otra fama á sus sucesores sino de gloria de poesia, fué decretado el honor triunfal.

Por el mismo tiempo, Vanio, á quien Druso César habia hecho rey de los suevos, fué echado del reino, habiendo sido muy estimado antes y amado de sus súbditos; mas aumentándole la soberbia la duración del dominio, ellos mismos le hicieron traición, tanto por

---

(1) Hoy los de Worms y Espira. — (*Nota del T. E.*)

(2) Fué poeta trágico.

haberse hecho aborrecer de sus vecinos, como por las discordias domésticas. Fueron los autores Vibilio, rey de los hermonduros, y Vangión y Sidón, sobrinos del mismo Vanio, hijos de una hermana suya. Y Claudio, aunque rogado diversas veces, no quiso poner sus armas entre las discordias de aquellos bárbaros; sólo prometió á Vanio seguro refugio cuando quedase vencido. Escribió con todo eso á Publio Atilio Histro, gobernador de Panonia, que alojase una legión y el mayor golpe de gente auxiliaria que pudiese escoger de la provincia sobre la ribera del Danubio, por socorro de los vencidos y espanto de los vencedores, para que, ensoberbecidos en los sucesos prósperos, no se atreviesen á perturbarnos nuestra paz, visto que cada día iban bajando grandes fuerzas y multitud de ligios y otras naciones á la fama de aquel reino lleno de riquezas, aumentadas en espacio de treinta años por Vanio con ladronicios y tributos. Las fuerzas de Vanio consistían en gente de á pie de sus vasallos; la caballería que le servía eran sármatas jacigios, muy inferiores á la cantidad de los enemigos, á cuya causa había determinado de retirarse á las fortalezas y alargar la guerra.

Mas los jacigios, impacientes de estar cercados, corriendo en torno las campañas, le pusieron en necesidad de venir á la pelea, obligado también de ver que los ligios y hermonduros acometían por aquella parte. Salido, pues, Vanio de sus fuertes y venido á batalla, fué roto, aunque con harta loa en su adversa fortuna de haber peleado valerosamente y recibido honradas heridas, haciendo rostro al enemigo. Mas viendo que ya no era de provecho su resistencia, se retiró á la armada que le esperaba en el Danubio. Y seguido después de los de su bando, pobló en Panonia, donde se les asignaron tierras en que vivir. Dividieron entre sí el reino Vangión

y Sidón, conservándose en señalada fidelidad para con nosotros; mas con sus súbditos, ó por defecto suyo ó por naturaleza de aquellos pueblos, siendo amados al principio con gran afecto, fueron con otro mayor aborrecidos después.

Por otra parte, llegado Publio Ostorio, vicediretor, á Inglaterra, halló todas las cosas en conocida confusión y desorden, corriendo y devastando los enemigos las campañas de los confederados con tanta mayor violencia cuanto que por ser el capitán nuevo, sin conocer aún su ejército y con el invierno en casa, tenían menos temor de ser acometidos por nuestras fuerzas. Mas Ostorio, sabiendo que los primeros sucesos suelen engendrar confianza ó temor, sacando en campaña con gran velocidad algunas cohortes, va á buscar al enemigo; y muertos los que hicieron resistencia, sigue á los que andaban desbandados, por impedir que no se volviesen á juntar otra vez. Y porque la paz ofensiva y poco fiel no concedía quietud al capitán ni á los soldados, se apareja á quitar las armas á los sospechosos y á tenerlos refrenados, rodeándolos con los alojamientos, como ya lo estaban de los dos rios Antona y Sabrina (1). Los iceños, gente valerosa y no trabajada hasta entonces en ninguna guerra, fueron los primeros que rehusaron de obedecer, como más ofendidos que otros por haber venido voluntariamente á nuestra amistad; y con su ejemplo hicieron lo mismo las naciones circunvecinas, eligiendo un puesto para pelear, rodeado de una cierta forma de trincheras que suelen hacer los villanos para

---

(1) Este último es el Saverne. El Auvora, no Antona, como leyó nuestro traductor, se cree ser el Avón, afluente del Saverne, si bien Cambden y Cellarius son de parecer que es el Nen ó Nyne, que pasa por Northampton y desagua en el mar del Norte.

guardar sus campos, y con la entrada angosta para dificultar el paso á los caballos. El capitán romano, puesto que hallándose sin el nervio de las legiones tenía solamente consigo la gente auxiliaria, se prepara para embestir á aquellas fortificaciones; y dispuestas las cohortes al asalto, sirviéndose en aquella ocasión también de sus caballos, dada la seña, rompen los nuestros los reparos y deshacen á los enemigos, hallándose embarazados en sus propias defensas. Los cuales, por la mancha que les ponía á sus conciencias la rebelión, y viendo que les tenían tomados todos los pasos, hicieron grandes y señaladas pruebas de su valor. Marco Ostorio, hijo del legado, ganó la honra de haber salvado en la pelea un ciudadano romano.

Con la rota de los icenos, acomodadas las cosas hasta en los ánimos que más vacilaban entre la paz y la guerra, pasó el ejército contra los cangios (1), donde se robó y taló la tierra, no atreviéndose los enemigos á presentar la batalla; y si tal vez con estratagemas ó emboscadas acometían á los desbandados, pagaban siempre la pena de su atrevimiento. Ya se había acercado Ostorio á la costa de la mar que mira á la isla de Hibernia, cuando le llamaron á sí las discordias nacidas entre los brigantes (2), con firme resolución de no ponerse á nuevas empresas hasta haber dado fin á las primeras. Mas los brigantes, muertos algunos de los que primero tomaron las armas, se sosegaron por virtud del perdón que se concedió á los demás. Á la gente de los siluros (3),

---

(1) Habitaban al norte del país de Gales, cerca de los ordoviscos.

(2) Residían al norte de los cangios y de los ordoviscos, en los que son en el día condados de Lancaster, Cumberland, Durham y York.

(3) Habitaban el mediodía del país de Gales, entre el Saverne y el mar de Irlanda.

que ni por severidad ni por clemencia mudaba de propósito, para dejar de hacer la guerra, convino apretar asentando en sus tierras los alojamientos de las legiones; y por efectuarlo con mayor facilidad y presteza, Ostorio fundó en el país conquistado al enemigo una colonia de buen golpe de valerosos soldados veteranos, llamada Camaloduno (1), para servirse de ella de socorro contra los rebeldes, y de acostumar á los confederados á vivir conforme á las leyes.

Pasó después contra los siluros, los cuales, á más de su natural ferocidad, fiaban mucho en la fuerza y poder de Caractaco, á quien no menos los sucesos dudosos que los prósperos habían engrandecido de manera que excedía á todos los demás capitanes ingleses. Éste, superior en las astucias y en la noticia de la tierra, aunque muy inferior en el valor de los soldados, pasó la guerra á los ordoviccas, arrimándosele también los que temían nuestra paz. Y así, resuelto en llegar al último trance, ocupó un puesto con la entrada y la salida dañosas para nosotros y aventajadas para él. Entonces aloja su ejército en unos montes de difícil subida, fortificando los pasos por donde se podía penetrar más fácilmente con levantar una cierta forma de trincheras de piedra. Por frente corría un río con vados inciertos y peligrosos, y detrás de los reparos se pusieron diferentes tropas de gente escondida de aquellas naciones. Andaban las cabezas y capitanes rodeando á los suyos, exhortándolos, aliviándoles el temor y aumentándoles las esperanzas con todo aquello que se suele decir para mover los ánimos militares á pelear con valor y resolución. Caractaco, co-

---

(1) Según unos Colchester, pero según los citados Cambden y Cellarius es Malden, más abajo de Colchester, hacia el Sur y en el país que habitaban los trinobantes.



riendo por todas partes, «juraba que aquel día la batalla había de recuperarle la libertad ó ser principio de una eterna servidumbre. Invocaba también los nombres de sus predecesores que echaron de la isla á César, dictador, por virtud de los cuales vivían exentos de los segures y tributos romanos, y se conservaban los cuerpos de sus mujeres é hijos incorruptos y enteros». A estas ó semejantes palabras gritaba el vulgo, jurando todos según los ritos de su propia religión, que nadie desampararía su puesto por armas ni por heridas.

Maravilló al capitán romano la prontitud y alegría grande de los enemigos, y de nuevo le espantaba el río que tenía delante, la fortaleza de las defensas, la altura de los montes y el ver todas las cosas llenas de peligrosas y casi invencibles dificultades. Los soldados pedían á voces la batalla, asegurando que todo aquello era fácil de vencer con el valor; y el decir lo mismo los prefectos y tribunos, acrecentaba mucho el ardor del ejército. Ostorio, reconocidos primero los lugares inaccesibles y los que se podían penetrar, saca fuera los soldados á grados y bien dispuestos, y pasa sin dificultad el río. Mas en llegando á los reparos, mientras se peleó con las armas arrojadizas, llevaron los nuestros lo peor y hubo de nuestra parte más muertos y heridos; pero en formando la tortuga con los escudos (1), y pudiendo echar á una parte y á otra aquellas piedras bastas y mal compuestas de las trincheras, y, finalmente, en llegando á las manos sin ventaja, los bárbaros se retiraron á las cumbres de los montes. Pero allí fueron

---

(1) Hacer la tortuga era cubrirse todos con escudos las cabezas, y recibir sobre ellos y ellas á otros soldados que peleaban de más alto. — (*N. del T. E.*). — Véase en nuestra edición de Salustio la nota 70 á la *Guerra de Jugurta*, en que se explica con alguna mayor extensión qué era y cómo se formaba aquella.

también acometidos de los nuestros, tanto por los armados á la ligera como por los de grave armadura : aquéllos con todo género de armas arrojadizas, y éstos en ordenanza cerrada; estando en contrario turbadas las escuadras inglesas, porque entre ellas no habia coseletes ni celadas con que cubrirse de los golpes; y si tentaban el defenderse de nuestros auxiliares, los legionarios los derribaban con los dardos y con las espadas, y los que escapaban de éstos, quedaban muertos por los montantes y picas de los auxiliares (1). Fué nobilísima esta victoria, y quedando en prisión la mujer y una hija de Caractaco, fueron poco después recibidos sus hermanos á merced.

Él, pues, como quiera que todas las cosas son poco seguras en la adversidad, habiendo recurrido á la fidelidad de Cartismandua, reina de los brigantes, fué preso y entregado al vencedor nueve años (2) después que se comenzó la guerra en Inglaterra. De donde pasada la fama de su nombre á las islas y provincias circunvecinas, era celebrado hasta en Italia, deseando ya cada cual ver á un hombre que por tantos años había menospreciado nuestras fuerzas. Estaba también en Roma en gran estima el nombre de Caractaco; y César, mientras

---

(1) Los que traduce Coloma por montantes, *spathæ*, eran unas espadas largas y anchas de dos filos y con punta muy aguda, bastante parecidas á las espadas que usa la Caballería, aunque algo más cortas. La pica, *hasta*, era una especie de lanza, ó mejor acaso venablo ó lanza corta, que servía para herir de cerca y que se usaba además como arma arrojadiza. Componíase de tres partes distintas, á saber : la cabeza, *cuspis*, de bronce ó de hierro, el asta, por lo común de madera de fresno, y el regatón, también de metal, que servía para fijarla verticalmente en el suelo y de arma ofensiva cuando se rompía la punta.

(2) Parece haber error en este número, pues habiendo empezado la guerra en el tercer consulado de Claudio, y segundo de L. Vitelio, no habían transcurrido desde entonces más que siete años.

ensalzaba el honor propio, añade reputación al vencido; porque convocado el pueblo como para un famoso espectáculo, puestas en armas las cohortes pretorias en la plaza que está delante los alojamientos, comparecieron primero los criados y allegados del rey, los aderezos y jaeces de sus caballos, las cadenas y collares de oro, y otras cosas de este género ganadas por él en las guerras extranjerías; seguían sus hermanos, su mujer y su hija, y, finalmente, fué mostrado él mismo. Los ruegos de todos los otros no correspondieron á la nobleza de sus linajes; tanto fué lo que se mostraron temerosos. Mas Caractaco, no dando ni en el rostro ni en las palabras señal alguna de pedir misericordia, llegando junto al Tribunal donde estaba César, habló de esta suerte:

«Si como no me ha faltado nobleza y buena fortuna hubiera yo tenido discreción para saberme moderar en las prosperidades, fuera posible haber venido á esta ciudad antes amigo que prisionero. Ni te hubieras desdenado, ¡oh César!, de recibir con estas condiciones de paz á un hombre de ilustres y claros antepasados y que mandaba á tantas naciones. Mi presente calamidad, cuanto es más miserable para mí, tanto es para ti gloriosa y magnífica. Tuve caballos, vasallos, armas y riquezas. ¿Qué maravilla si lo he perdido todo á pesar mío? ¿Por ventura sólo porque queréis mandar á todos se sigue que todos han de admitir voluntariamente la servidumbre? Si yo me hubiera rendido y entregado desde el principio, ni mi fortuna ni mi reputación campearan tanto. Á mi muerte seguirá luego el olvido; mas si me concedes la vida, quedará por eterno ejemplo de tu clemencia.» Dichas estas palabras por Caractaco, César le perdonó á él, á su mujer y á sus hermanos; los cuales, sueltos de las cadenas, fueron todos á dar las gracias á Agripina, que estaba en otro Tribunal apa-

rente y alto, no lejos del César, usando de los mismos loores y agradecimientos que habían usado con su marido. Cosa verdaderamente nueva y repugnante á la costumbre de los antiguos el ver á una mujer sentada entre los estandartes y banderas romanas; mas ¿qué mucho, si se atrevía á decir públicamente que era compañera en el Imperio, fundado por sus antepasados?

Después de esto, mandados juntar los senadores, hicieron largos y magníficos discursos engrandeciendo la prisión de Caractaco, y pintando aquel espectáculo por no menos noble y digno de memoria que cuando Publio Scipión mostró al pueblo el rey Sifaze, Lucio Paulo á Perseo, ó cualquier otro en que los antiguos capitanes mostraron reyes presos y vencidos al pueblo romano. Á Ostorio se dieron las insignias, cuya fortuna, pasando hasta entonces prósperamente, mudó después de forma, ó porque, quitado de por medio Caractaco, dando los nuestros por acabada la guerra, se tuviese menos cuenta de lo que fuera razón con la disciplina militar, ó porque los enemigos, por la compasión de tan gran caudillo, quedasen más animados á la venganza. Porque habiendo cercado por todas partes al prefecto del campo y á las cohortes legionarias que Ostorio había dejado en los siluros, con orden de levantar algunos fuertes en lugares y puestos acomodados, si los que estaban en los villajes y castillos vecinos no acudieran prestamente al socorro, fueran todos pasados á cuchillo. Con todo eso, murieron allí el prefecto y ocho centuriones, con la gente más valerosa y granada de todos los manípulos. Poco después rompieron también á nuestra gente que forrajaba y á las compañías de caballos que le hacían escolta.

Con este aviso envió Ostorio contra el enemigo las cohortes de infantería más desembarazadas; y no fue-

ran de provecho para detener á los fugitivos si las legiones no se opusieran en batalla y mostraran el rostro, con cuyas fuerzas al principio se igualó la refriega y después llevamos nosotros lo mejor, si bien pudo huir el enemigo con poco daño por beneficio de la noche. Hubo después de éstos varios reencuentros, y lo más de ordinario á modo de ladronicios, por los bosques y por los pantanos, según que la suerte ó la virtud ofrecía ocasión al valor de cada uno. Unas veces llevados de temeridad impensada, otras del deseo de la presa, ya con orden de sus cabezas y ya sin ella; todo esto con particular obstinación de los siluros, que andaban irritados de ciertas palabras que se publicó haber dicho el capitán romano; es á saber: «Que así como en otro tiempo habían sido extirpados de su patria los sicambros y transportados á la Galia, asimismo convenia destruir y acabar del todo el nombre de los siluros.» Encendidos, pues, con esto, deshicieron dos cohortes de auxiliares, que por avaricia de sus capitanes andaban robando con poco recato, y prendieron muchos; con cuya libertad y con el beneficio de restituir la presa, procuraban obligar á la rebelión á las demás naciones; cuando Ostorio, cansado de la pesadumbre de tantos cuidados, dejó los de la vida, no sin gran alegría de los enemigos, que le tenían por capitán de estima, y porque, si no en batalla, era al fin muerto en la guerra.

Sabida por César la muerte del legado, por que la provincia no estuviese sin gobernador, envió en su lugar á Aulo Didio, el cual, pasando allá con diligencia, halló las cosas aún en peor estado que las había dejado su antecesor. Había peleado entretanto desgraciadamente la legión que estaba á cargo de Manlio Valente, y los enemigos engrandecían la fama de aquel suceso por dar terror al nuevo capitán; y aun él hacía lo mismo en

orden á ganar mayor loor cuando por su medio se apaciguasen aquellas inquietudes, y á tener más justa excusa en el suceso contrario. Hecho este daño por los siluros, corrian largamente la tierra, hasta que fueron rechazados por Didio, que salió contra ellos. Después de la prisión de Caractaco, el mejor capitán que les quedaba á los enemigos era Venusio, de la ciudad de los brigantes; fiel, como dije arriba, mucho tiempo á los romanos, y defendido de sus armas mientras tuvo por mujer á la reina Cartismandua; mas nacida después discordia entre ellos, é inmediatamente la guerra, habia tomado también las armas contra nosotros; y Cartismandua, con astucias, prendió al hermano y otros parientes de Venusio. Con esto, encendidos los enemigos y estimulados de la ignominia que les causaba el sujetarse al imperio de una mujer, con un ejército de escogida y generosa juventud le acometen el reino. Mas antevisto por los nuestros este peligro, y enviadas en socorro de la reina las cohortes romanas, tuvieron una batalla bien reñida, cuyo principio dudoso tuvo muy alegre fin. Peleó con igual suceso la legión que gobernaba Cesio Nasica, porque á Didio, cargado de años y lleno de honras, le bastaba hacer la guerra por ministros y tener apartado al enemigo. He juntado las cosas de estos dos vicepretos, Ostorio y Didio, aunque sucedidas en muchos años, por la dificultad que causara el dividir las para retenerlas en la memoria.

Volviendo ahora á la orden de los tiempos, digo que siendo cónsules Tiberio Claudio la quinta vez, y Servio Cornelio Orsito, se anticipó el dar á Nerón la toga viril (1), para que pareciese con esto capaz de ocuparse

---

(1) Nerón entraba á la sazón en los catorce años, y la toga viril no se tomaba hasta cumplidos éstos.

en el manejo de los negocios públicos. Y César en esta parte se dejó vencer con facilidad por la adulación del Senado, que Nerón pudiese administrar el consulado á los veinte años de su edad, y que entretanto, nombrado así para cónsul, tuviese fuera de Roma la autoridad proconsular, y que fuese llamado príncipe de la juventud. Dióse tras esto en su nombre el donativo á los soldados, y á la plebe el congiario. Á los juegos del circo, que se celebraban en orden á granjear el favor del vulgo, fueron llevados Británico, vestido con la vestidura pueril llamada pretexta, y Nerón en hábito triunfal, para que viendo el pueblo al uno con traje de emperador y al otro de muchacho, supiese lo que había de creer de la fortuna de entrambos. Los centuriones y tribunos que mostraban compadecerse de la mala fortuna de Británico fueron removidos de sus oficios, unos con causas fingidas, y otros so color de acrecentamientos. Y cuanto á los libertos, si sabían de algunos que conservasen para con su señor lealtad y fe incorrupta, al momento los despedían y apartaban con los mismos pretextos. Encontrándose una vez Nerón y Británico, Nerón saludó á Británico por su nombre y él le llamó Domicio. Esto, como origen y principio de discordias, contó Agripina á su marido con mucho sentimiento, diciendo «que se menospreciaba la adopción; que se anulaba en casa del príncipe lo que se había hecho con decreto del Senado y voluntad del pueblo, y que si no se castigaba la malicia de los que aconsejaban á Británico el usar de tan injuriosas palabras, reventaría con daño universal de la República.» Alterado, pues, Claudio con estas cosas y acriminándolas por graves delitos, hizo morir y desterrar á los mejores maestros que tenía su hijo, entregándole en poder de maestros escogidos por su madrastra.



No se atrevía con todo eso Agripina á poner en ejecución las cosas de mayor consideración que tenía trazadas, hasta quitar del cargo de los pretorianos á Lusio Geta y Rufio Crispino, los cuales creía que acordándose de los beneficios recibidos por Mesalina, serian obligados y dependientes del todo de sus hijos. Y así, mostrando á Claudio que las cohortes, con la ambición de dos cabezas, podian dividirse en parcialidades, y que se conservaría mejor la disciplina militar gobernándolas uno solo, hizo de suerte que al fin se transfirió el cargo de aquellas guardias en Burrho Afranio, hombre señalado en cosas de guerra, mas que no ignoraba á instancia de quién había alcanzado aquel puesto. Quiso también Agripina señalar más altamente su grandeza y majestad con subir al Capitolio en carroza; cosa concedida antiguamente á solas las sacerdotisas y á las estatuas consagradas á los dioses, y que aumentó grandemente la veneración de esta mujer, la cual, con ejemplo único hasta nuestros dias, fué hija, hermana, mujer y madre de emperador. Entre estas cosas, su principal defensor y gran privado Vitelio, ya en la última vejez (tan incierto y peligroso es el estado de los grandes) fué acusado por Junio Lupo, senador, de majestad ofendida y de haber deseado el Imperio. Y hubiera dado oídos César á esta acusación, si dejándose llevar más de las amenazas que de los ruegos de Agripina, no se doblara á castigar al acusador con prohibirle el agua y el fuego. No quiso Vitelio que se le diese mayor castigo.

Sucedieron aquel año muchos prodigios. Pusiéronse sobre el Capitolio aves infaustas y de mal agüero. Cayeron muchas casas por los continuos terremotos, y mientras va pasando de sus limites el temor con la huida universal y confuso tropel del vulgo, quedaron

oprimidos los más débiles. La esterilidad de la cosecha y la hambre que de esto resultó, era también tomado por prodigio; tal, que no contentándose el pueblo con hacer sus quejas en secreto, hallándose un día Claudio en su tribunal administrando justicia, le cercan por todas partes con gritos sediciosos, y llevándole de vuelta hacia un rincón de la plaza, le apretaban allí, hasta que hubo de romper con una tropa de soldados de su guarda por medio de aquella enfadosa muchedumbre. Es cosa cierta que en Roma no había que comer sino sólo para quince días; mas por la gran bondad de los dioses y blandura del invierno, que concedió libre comercio por la mar, la ciudad fué socorrida en su necesidad extrema. Y con todo eso es verdad que Italia solía proveer de vituallas á provincias muy distantes; ni ahora padecemos hambre porque la tierra sea menos fértil que entonces; mas queremos antes cultivar las provincias de África y Egipto, y poner la vida del pueblo romano á discreción de las naves y de la fortuna.

En este mismo año la guerra que se levantó entre los armenios y los iberos fué ocasión de grandes movimientos entre los partos y romanos. Mandaba á la gente de los partos Vologeso, el cual, nacido de una griega, manceba de su padre, había, por consentimiento de sus hermanos, alcanzado el reino. Farasmanes tenía antigua posesión de los iberos, y su hermano Mitridates poseía con nuestras fuerzas á los armenios. Tenía Farasmanes un hijo llamado Radamisto, de hermoso aspecto, gallarda disposición y fuerzas notables, y junto con esto, no estando mal instruido en las astucias de su padre, le hacian todas estas cosas famoso entre sus vecinos. Éste, con mayor atrevimiento y más de ordinario que debiera para encubrir sus ambiciosos deseos, solía decir que para gozar de un reino tan pequeño como el de Iberia

era sobrada dilación la que le causaba la vejez de su padre. Sabido esto por Farasmanes, viéndole tan deseoso de reinar presto, y no temiendo menos de la prontitud y favor de sus vasallos para con él, que de verse ya casi al fin de su vida, resuelto en alimentarle con otras esperanzas, le muestra el reino de Armenia y le trae á la memoria cómo después de echados los partos le había dado él mismo á Mitrídates; mas que convenia á diferir la vía de fuerza y procurarle oprimir impensadamente con engaños. Siguiendo, pues, este consejo Radamisto, y fingiendo estas reñidas con su padre, como quien se hallaba incapaz de poder sufrir más los aborrecimientos de su madrastra, se va á su tío, del cual, recibido con mucha benignidad y tratado como hijo, comienza á levantar los ánimos de los principales armenios á deseo de novedades; mientras Mitrídates, no pensando en cosa menos que en recatarse de él, trataba de procurar su reconciliación.

Radamisto, tomando á la intercesión del tío por capa y color de su vuelta, torna á su padre y le da cuenta de cómo todo lo que se podía conseguir con engaño quedaba ya á punto, y que sólo faltaba lo que había de ejecutarse con las armas. Fingió en tanto Farasmanes las causas de la guerra, conviene saber, «que cuando él la tuvo con el rey de los albanos, acudiendo á los romanos por socorro, le había su hermano hecho contrario; injuria que la determinan á vengar con su total destrucción». Entrega tras esto un grueso ejército á su hijo, el cual hizo con él una entrada tan improvisa en Armenia, que obligó á Mitrídates á dejar la campaña y á retirarse al castillo de Gorneas, seguro por la fortaleza de su sitio, por la guarnición romana que se hallaba en él á cargo de Celio Polión, prefecto, y Casperio, centurión. De ninguna cosa tienen menos noticia los bárbaros que

del uso de las máquinas y del arte de las expugnaciones, supuesto que nosotros tenemos muy bien entendida esta parte de la milicia. Y así Radamisto, habiendo probado las defensas de la plaza, no sólo en vano, pero á su costa, asentó sobre ella el sitio. Y viendo que los enemigos no tenían temor alguno de sus fuerzas, tentó la avaricia del prefecto, comprándole con dineros la entrega del castillo, no sin repugnancia grande de Casperio y protestas de que no permitiese que un rey confederado y un reino, dádiva del pueblo romano, se vendiesen infamemente por dinero. Á lo último, porque Polión se excusaba con la multitud de los enemigos y Radamisto con las órdenes apretadas de su padre, asentadas primero treguas, se sale Casperio del castillo para ir, cuando no pudiese remover á Farasmanes de la guerra, á dar cuenta á Tito Umidio Quadrato, presidente de Siria, del estado en que se hallaban las Armenias.

Partido el centurión, quedando el prefecto á sus anchuras, como libre de la guardia, comenzó á exhortar á Mitrídates «que escuchase los conciertos, acordándole las obligaciones fraternales; que al fin Farasmanes era mayor de edad, que tenía por mujer á una hija suya, y juntamente era suegro de Radamisto; que no rehusarían los iberos la paz, aunque superiores en fuerzas; que estaba harto conocida la poca fidelidad de los armenios, pues como veía, no le quedaba otro refugio que el de aquella fortaleza, y ésa falta de vituallas; y, finalmente, que no quisiese aventurar con las armas lo que podía obtener sin sangre». Mientras va difiriendo Mitrídates la resolución de cosa tan ardua, teniendo ya por sospechosos los consejos del prefecto por haber tenido trato con una de sus concubinas, y reputándole á esta causa por hombre aparejado á cometer cualquier maldad por dinero, llega Casperio á Farasmanes y le

requiere que dé orden á los iberos para que levanten el cerco. Él, respondiendo en público palabras de dos sentidos, y dándole algunas veces esperanza, adquiere con secretos mensajeros á Radamisto que solicite cuanto le sea posible la expugnación. Aumentóse entretanto el precio de la maldad, con parte del cual, sobornando Polión en secreto á los soldados, los induce á pedir la paz con amenazas de que se saldrían del castillo. Forzado Mitridates con esta necesidad, señala el día y el lugar en que se habían de estipular los conciertos, y sale del castillo.

Radamisto, en viéndole, se le arroja en los brazos, y fingiendo obediencia y respeto, le llama muchas veces suegro y padre. Añade á más de esto el juramento de no ejercitar contra él hierro ó veneno. Luego le lleva á un bosque sagrado cerca de allí, diciendo «que tenia en él preparado el sacrificio para autenticar la paz con testimonio de los dioses». Usan aquellos reyes cuando hacen sus confederaciones asirse de las manos derechas, entremezclando los dedos unos con otros, y juntando los pulgares se los atan estrechamente hasta que, recogida en las puntas la sangre, con un ligero corte se sacan algunas gotas de ella y se la lamen el uno al otro. Esta suerte de confederación y amistad se tiene por la más sacramental y estrecha, al fin, como consagrada con la propia sangre. Mas esta vez el que apretaba el lazo, haciendo como que caía, se abraza con las rodillas de Mitridates y da con él en tierra, y en un punto acudiendo los demás, lo encadenan y ponen grillos á los pies, cosa ignominiosa entre aquellos bárbaros. Luego el vulgo, á quien él había tratado con aspereza, cargándole primero de vituperios, amenazaba de poner en él las manos, si bien no faltaban en contrario algunos que se doliesen de semejante mudanza de fortuna. Seguiale su

mujer, y acompañada de sus pequeños hijuelos, rompía el aire con gemidos. Pónenlos en diversos carros cubiertos y cerrados hasta que Farasmanes ordenase lo que se había de hacer de ellos. El cual, vencido antes del deseo de reinar que del amor fraternal y aun del de su propio hijo, mostrando el ánimo pronto á ejecutar cualquier maldad, sola ésta le faltó por hacer; que al fin no quiso verlos matar ante sus ojos, y Radamisto, casi como acordándose del juramento, no ejercitó hierro ni veneno contra su hermana y tío, pero tendido en tierra, cubriéndolos con cantidad de ropa, los ahogó. Hasta los hijos de Mitridates, porque habían llorado la desventura de sus padres, fueron degollados.

Quadrato, presidente, como se ha dicho, de Siria, avisado de la traición hecha á Mitridates y de que ocupaban el reino los matadores, juntado el Consejo dió cuenta de lo sucedido, pidiendo los votos sobre si se había de tomar venganza. Pocos cuidaban del bien público, y los más, aficionados al partido más seguro, concordaban «en que se debían oír siempre con gusto las maldades cometidas por los bárbaros, y que convenia alimentar entre ellos enemistades, aborrecimientos; consejo usado diversas veces por principes romanos, los cuales, so color de liberalidad, concediéndoles la misma Armenia, les había dado ocasión de varias disensiones y guerras. Que se gozase en buena hora Radamisto el reino mal ganado, infame y odioso á todos. El haberlo adquirido por tan malos medios era de más provecho para los romanos que si le hubiera ganado con reputación»; y al fin prevaleció este voto. Con todo eso, por que no pareciese que se aprobaba tan gran maldad, y medrosos de que mandase César contra lo acordado, se despacharon mensajeros á Farasmanes para que saliese de los limites de Armenia y sacase también de ella á su hijo.

Era en aquella sazón procurador de Capadocia Julio Peligno, por su vileza y cobardía y por la fealdad de su cuerpo despreciable y ridículo, aunque gran privado de Claudio desde que, siendo hombre particular, gustaba de entretener su vil y floja ociosidad con la conversación de semejantes truhanes. Este, pues, juntado el mayor número de gente auxiliaria que pudo sacar de la provincia, y entrando en Armenia como para recuperarla, mientras se ocupa en robar y ofender antes á los aliados que á los enemigos, desamparado de los suyos y acometido por aquellos bárbaros, faltándole todo otro refugio y socorro, acude al mismo Radamisto, donde vencido y obligado de sus dádivas, por su propio motivo y sin ser requerido para ello le incita y persuade á tomar las insignias reales, y él mismo asiste á la ceremonia, no sólo como autor de ella, sino como uno de la guardia de su persona. Divulgada la fama de esta indignidad y bajeza, por que no se pensase que todos los demás eran como Peligno, se envió á Helvidio Prisco (1), legado, con una legión, para que proveyese á aquellas cosas desordenadas y confusas conforme le aconsejasen el tiempo y las ocasiones. Pasado, pues, Helvidio con diligencia al monte Tauro, tenía ya compuestas muchas cosas, más con blandura que con fuerza, cuando le llegó orden de que diese la vuelta á Siria, por no dar con aquello ocasión á los partos de romper la guerra.

Cuyo rey Vologeso, no pareciéndole perder la que se le ofrecía de cobrar el reino de Armenia, poseida ya por sus pasados y ocupada entonces pérfidamente por

---

(1) Este fué yerno de Traseas, de quien adelante se hace honrada mención.—(Nota del T. E.)—Tácito habla, en efecto, muchas veces de él, no sólo en los *Anales*, sino en sus *Historias*, en su *Agrícola* y en el *Diálogo de los oradores*.



un rey extranjero, junta un ejército con intento de poner en él á su hermano Tiridates, por que no quedase ninguno de su familia sin reinar. Á la llegada de los partos desampararon sin resistencia el reino los iberos, rindiéndose las principales ciudades de Armenia, es á saber, Artajata y Tigranocerta. Después de esto, el rigor del invierno, la poca provisión de vituallas y, por ocasión de ambas cosas, la peste que sobrevino en el ejército, forzaron á Vologeso á dejar la empresa comenzada. Con esta ocasión entra de nuevo Radamisto en Armenia, por hallarla vacia de defensores; gobernándose con mayor crueldad y rigor que antes, como contra gente que le había desamparado y que en cualquier ocasión haría lo mismo.

Mas ellos, aunque habituados á la servidumbre, perdida del todo la paciencia, rodean con tanto impetu el palacio real, que no le dejaron otro refugio que la ligereza de sus caballos, con que sacó de peligro á sí y á su mujer. Ella, hallándose preñada, sufrió como pudo la primera huída, necesitada del temor y obligada del gran amor que tenía á su marido. Mas cuando por el continuo y acelerado movimiento sintió que se le abría el vientre y desencajaban las entrañas, inhábil para sufrir más trabajo, ruega á su marido que con una honesta muerte la libre de las afrentas del cautiverio. Él, abrazándola al principio, la anima y la exhorta á tener paciencia, maravillado algunas veces de su gran valor, y otras movido del temor de que, si la dejaba, no la gozase otro. Finalmente, vencido de la violencia del amor y probado en todo ejemplo de maldades, empuñando el alfanje y dándole con él una gran herida, la lleva á la ribera del río Araxes y la arroja en él, para que ni aun el cuerpo quedase en poder del enemigo. Él, con mayor prisa entonces, llega finalmente á Iberia,

reino de su padre. En tanto Zenobia (así se llamaba esta mujer), llevada primero del río y arrojada á la orilla por una creciente sosegada y mansa, echándola de ver ciertos pastores y viendo que todavía respiraba y daba muestras de estar viva, juzgándola por persona noble, á causa de la hermosura y gravedad de su rostro, le atan la herida y la aplican á ella rústicos medicamentos, con que cobró salud. Sabido después su nombre y suceso, la llevan á la ciudad de Artajata, de donde, por mandado de aquella República, fué enviada á Tiridates, que la recibió benignamente y la trató y honró como á reina.

En el consulado de Fausto Sila y Salvio Otón fué desterrado Furio Scriboniano, porque habia procurado saber por via de astrólogos caldeos cuándo moriría el príncipe. Era tenuta también por cómplice en el delito su madre Junia, como impaciente del primer caso por que habia sido desterrada. Y el acordarse Claudio de que Camilo, padre de Scriboniano, habia movido antes las armas en Dalmacia, le hacía que atribuyese hasta esto á clemencia suya, visto que de nuevo perdonaba la vida á aquel linaje enemigo. Mas con todo eso no vivió el desterrado, sea que le llegó la muerte por su curso natural ó por veneno, supuesto que se dijeron ambas cosas y que cada uno lo entendió como quiso. Hizo después de esto el Senado un terrible decreto, aunque vano y sin fruto, por virtud del cual se desterraban de Italia todos los matemáticos. Después de esto el príncipe oró en público en alabanza de los que por verse pobres renunciaban voluntariamente la orden senatoria, y reformó á otros porque añadieron á su pobreza la desvergüenza de quedarse.

Entre estas cosas se propuso en Senado la pena que merecian las mujeres que se casaban con esclavos, y

ordenóse que las que cayesen en este yerro sin sabiduría del señor quedasen por esclavas; mas que si el señor lo consentía, fuesen tenidas por libertas. Barea Sorano, nombrado para cónsul, propuso que á Palante, á quien César había publicado por autor de este consejo, se diesen las insignias pretorias y trescientos y setenta y cinco mil ducados (quince millones de sestercios); añadiendo Scipión Cornelio «que debían dársele públicas gracias, porque descendiendo de los reyes de Arcadia, anteponía el servieio público á su antiquísima nobleza, y se contentaba con sólo tener lugar entre los ministros del príncipe». Mas Claudio afirmó que Palante se contentaba con el honor, y cuanto á lo demás, escogía el quedarse dentro de los límites de su antigua pobreza. Y de hecho se fijó este decreto del Senado en público, grabado en bronce, por el cual era loado y engrandecido este liberto con todo aquello que se solía atribuir á la antigua templanza y parsimonia, sin embargo de que llegaba el valor de su hacienda á siete millones y medio de oro (trescientos millones de sestercios).

No procedía con la misma modestia un hermano suyo llamado Félix (1), poco antes puesto al gobierno de la Judea; el cual, confiado en la grandeza y apoyo de Palante, le parecía que podía cometer toda maldad sin castigo. A la verdad, los judíos habían dado muestras de rebelarse al principio de la sedición, cuando rehusaron de obedecer á Cayo César, por otro nombre Calígula. Mas sabida su muerte se quietaron, salvo que les quedaba entero el miedo de que otro príncipe no les mandase lo mismo (2). Entre tanto Félix iba acriminan-

---

(1) Este es ante quien fué llevado San Pablo á Cesarea. (Act., cap. XXIII.)—(Nota del T. E.)

(2) Lo que les mandó Calígula, según Josefo, fué que pusie-

do estos delitos con aplicar remedios fuera de tiempo, teniendo por imitador en todo mal consejo á Ventidio Cumano, que tenia á su cargo parte de la provincia, dividida de esta suerte: que á Ventidio obedecían los galileos, y á Félix los samaritanos; naciones antiguamente discordes entre sí, y entonces con más descubierto aborrecimiento, por el poco respeto con que trataban á sus gobernadores. Llegaba el negocio á robarse unos á otros á la descubierta; enviaban cuadrillas de ladrones, hacían emboscadas, y algunas veces llegaban á justas batallas; y de cualquier manera presentaban los despojos y la presa á los procuradores de su provincia. Los cuales al principio se alegraban; mas creciendo después poco á poco los males y daños, interesando también las armas militares, para encaminar su sosiego murieron á sus manos muchos soldados, y se abrasara en guerra toda la provincia si Quadrato, presidente de Siria, no proveyera de remedio. No se puso duda en castigar de contado con pena de muerte á los judíos que habían tenido atrevimiento de matar á los soldados romanos. Cumano y Félix procuraban poner largas á su negocio particular, porque Claudio, sabida la causa de la rebelión, había dado autoridad de juzgar también las culpas de los procuradores al presidente Quadrato, Mas él, poniendo á Félix entre los jueces, recibéndole y dándole asiento en el Tribunal, entibió el ardor de los acusadores. Y al fin fué sólo Cumano castigado por las maldades de entrambos, con que se quietó la provincia.

No mucho después los villanos de la nación de los cilices, llamados Clitas, que ya otras muchas veces se habían alborotado, tomadas las armas debajo de la con-

---

sen en el templo de Jerusalén su estatua galileos y samaritanos, enemigos entre sí.—(Nota del T. E.)

ducta de Trosobor, su capitán, ocuparon la aspereza de los montes, y plantando allí su alojamiento bajaban hacia las ciudades y costas marítimas, inquietando los labradores por los campos y atreviéndose á robar y saquear á los mercaderes y gente de mar. No contentos con esto, pusieron sitio á la ciudad de Anemuria, y rompieron el socorro de caballería enviado de Siria á cargo del prefecto Curcio Severo; porque siendo la tierra áspera y cómoda sólo á gente de á pie, no se pudieron valer de los caballos. Antioco después, rey de aquellas costas, usando de buenas palabras y lisonjas para con el pueblo y de engaños contra el capitán, dividiendo primero las fuerzas de aquellos bárbaros y quitando la vida después á Trosobor, junto con algunos de los principales, sosegó á los demás con la clemencia.

Por este mismo tiempo, habiendo Claudio hecho abrir y cortar un monte entre el lago Fucino (1) y el río Liris, para que pudiese ver más número de gente la grandeza de aquella obra, se preparó en el mismo lago una batalla naval, como hizo antes Augusto, cavando para esto un estanque de acá del Tiber, aunque con bajeles pequeños y en menos número. Hizo Claudio poner en orden cien galeras de tres y de cuatro órdenes de remos por banco, y guarnecerlas con diez y nueve mil hombres, ciñendo en torno las orillas del lago con una calzada como si fuera tierra firme, fundada sobre gruesas estacas trabadas y reforzadas entre sí, para quitar á los combatientes la esperanza de la huida. Abrazaba con todo eso el circuito bastante espacio para el uso de los remos, y para conocer el arte de los pilotos en el divertir ó procurar el encuentro, y en las demás cosas que se

---

(1) En el día lago Celano, en el Abruzo ulterior. El río *Lirim* es el Garigliano.

acostumbran en batallas de mar. Estaban sobre las calzadas las cohortes pretorias y la gente de á caballo, y tenian delante de si grandes torres y plataformas, desde donde podian descargar las balistas y catapultas. Lo restante del lago ocupaban las dos armadas que habian de pelear, con las galeras empavesadas y á punto de guerra; y como si fuera todo aquello un teatro, se hinchieron de innumerable cantidad de gente, venida de las tierras comarcanas y de la misma Roma á ver aquel espectáculo y dar gusto al principe, no sólo las riberas y los collados, sino las cumbres más altas de los montes. Estaba Claudio con el vestido imperial llamado paludamento (1), y no lejos de él Agripina con un manto de brocado de oro corto á lo soldadesco (2), ambos en soberbios tronos. Peleóse, aunque entre malhechores, con ánimo de hombres valerosos, y después de largo combate y muchas heridas, mandando poner fin á la batalla, fueron los combatientes librados del último trance.

Mas acabada la fiesta y abierto el camino al agua, se echó de ver la poca diligencia de los ingenieros; porque ni á los lados ni en medio del lago habian ahondado lo

---

(1) Era el manto militar que llevaban los generales y jefes superiores sobre su armadura, sujeto al hombro por un broche, igual al *sagum* que llevaba sobre la suya el soldado, sólo que era más grande, de un tejido más fino y de un color más delicado y rico, tal como el azul claro, el escarlata ó púrpura. Se equivoca, pues, el traductor español al llamarle *vestido imperial*, ya que era únicamente una pieza del traje, y aun ésta no peculiar y exclusiva de los emperadores.

(2) El original dice simplemente *chlamide curata*. Era la clámide una especie de manto de origen griego y que no empezó á generalizarse hasta muy tarde entre los romanos, algo más corto que el llamado *paludamento*. Algunas, aunque raras veces, lo usaron también las mujeres. El llamarle el traductor *manto corto á lo soldadesco* sería acaso para dar á entender, no que los soldados usasen una *clámide más corta*, sino que se parecía en serlo al *sagum* ó manto de los soldados.

que era menester. Y así poco tiempo después se ahondaron más las zanjas, y para juntar otra vez la multitud, se hizo en el mismo lugar el espectáculo de gladiadores, habiendo hecho fabricar puentes sobre el lago, capaz de representar en ellos una batalla terrestre. Fuera de esto, el banquete que César había hecho aparejar sobre la sangradura del lago dió ocasión de un gran espanto á los convidados; porque reventando la fuerza del agua, comenzó á llevarse tras sí todo lo que estaba cerca y á somover y atormentar lo demás con el estruendo y son horrible. Con esto Agripina, valiéndose de la ocasión que le daba el miedo de su marido, acusó de codicioso y de ladrón á Narciso, ministro de aquella obra; pero no calló él tampoco, vituperando en ella la insolencia mujeril y sus demasiado levantadas esperanzas.

En el consulado de Decio Junio y Quinto Haterio, Nerón, ya de diez y seis años, consumó el matrimonio con Octavia, la hija de César. Y para hacerle resplandecer con la ostentación de sus honestos estudios y con la gloria de la elocuencia, habiéndose encargado de defender la causa de los lienses, y contando con mucha elegancia cómo los romanos descendían de Troya, y que Eneas había sido autor y origen del linaje de los Julios, y otras cosas antiguas que tienen de lo fabuloso, obtuvo que de allí adelante fuesen francos y libres de todos pechos, imposiciones y cargas públicas. Por intercesión del mismo orador fué ayudada la colonia bononiense, maltratada del fuego, con un donativo de doscientos cincuenta mil ducados (diez millones de sestercios); se volvió á los de Rodas la libertad (1), diversas veces quitada y restituida, según que lo granjeaban socorriendo al

---

(1) Les había sido quitada nueve años antes por haber puesto en cruz á algunos ciudadanos romanos.



pueblo romano en las guerras extranjeras, ó delinquiran con inquietud y sediciones domésticas; y á los apamieneses, casi asolados de un terremoto, se perdonó el tributo por cinco años.

Mas Claudio era inducido con las mañas de Agripina á ejercitar muchos actos de crueldad; porque deseando ella ardientemente los huertos de Estatilio Tauro, famoso por sus grandes riquezas, le procuró la ruina, siendo el acusador Tarquicio Prisco. Éste, habiendo sido legado de Tauro cuando tuvo el proconsulado de África, vuelto á Roma, le acusaba de algunas cosas contra la ley de residencia, y á más de esto le imponía delitos de supersticiones mágicas. Tauro, indigno de aquel tratamiento, no pudiendo sufrir más el falso acusador, antes de la sentencia del Senado, se mató con sus manos. Sin embargo, Tarquicio fué echado de la curia, habiendo tenido más votos el parecer contrario al gusto de Agripina por el universal aborrecimiento contra este mal fin.

En el mismo año se oyó muchas veces decir al príncipe que las cosas establecidas judicialmente por sus procuradores habian de tener la misma fuerza que si las ordenara él. Y porque no pareciese que había dicho aquellas palabras acaso sin fundamento, se proveyó lo mismo con decreto del Senado, y mucho más favorablemente que antes lo estaba. Porque el divo Augusto permitió que se pudiesen tratar todo género de causas, conforme á las leyes, ante los del estamento de caballeros que presidiesen en Egipto, mandando que sus decretos fuesen tenidos como hechos por los magistrados romanos; por las otras provincias después, y en la misma Roma, se permitió á los del dicho estamento el conocer de muchas cosas que antiguamente solían tocar á la jurisdicción de los pretores. Mas ahora Claudio les entregó todo el poder y autoridad, sobre cuya posesión se

compitió tanto en Roma con sediciones y con armas, como fué cuando á instancia de los Sempronios se pusieron los caballeros en posesión de ejercer actos judiciales, ó cuando las leyes Servilias (1) restituyeron otra vez al Senado esta autoridad. Y sobre esto principalmente peléaron en los tiempos pasados Mario y Sila. Mas entonces los estamentos de que se hacía el cuerpo de la ciudad estaban con las voluntades encontradas, prevaleciendo en el gobierno público los más poderosos. Cayo Opio y Cornelio Balbo fueron los primeros que

---

(1) *Cum Sempronii rogationibus*. «Hasta el tiempo de los Gracos los jueces — dice Montesquieu (*Espir. de las leyes*) — eran elegidos en el orden de los senadores. Tiberio (*léase Cayo*) alcanzó que lo fuesen de entre los caballeros, y tal era la importancia que daba el tribuno á esta reforma, que se jactaba de haber, con una sola rogación, debilitado considerablemente el orden senatorio.» Esta rogación ó ley, llamada Sempronía del nombre de la familia de su autor, era una verdadera revolución en favor del pueblo, puesto que los caballeros no formaban aún un orden distinto y se hallaban por su prestigio y sus riquezas al frente del partido popular.

«En 648, quince años después de la muerte de C. Graco — dice Burnouf —, el cónsul C. Servilio Cepio creyó poner fin á los bandos que traían agitada la República y conciliar los intereses de todos, dividiendo las funciones de jueces entre los senadores y los caballeros. Mas, como sucede con frecuencia cuando se pretende satisfacer exigencias encontradas, cediendo un poco á cada una de ellas, su rogación le atrajo el odio del pueblo, que dió en llamarle protector del Senado, *patronus senatus*, quien por su parte tampoco le agradeció lo que en favor suyo creía haber hecho. Seis años después otro Servilio, el famoso Servilio Glaucia, devolvió los juicios á los caballeros, con exclusión de los senadores. En 663 el tribuno Livio Druso quiso restituirlos, al menos en parte, al Senado; mas aquel mismo año fueron abolidos su ley y todos los actos de su tribunado. Dos años más tarde se dió otra ley con el mismo objeto por el tribuno Plaucio Silvano. Sila, durante su dictadura, devolvió el derecho de juzgar á los senadores; mas en 684 el pretor L. Aurelio Cotta, secundado por Pompeyo, á la sazón cónsul, repartió ese derecho entre los senadores, los caballeros y los tribunos del Tesoro. Tales fueron las principales alternativas por que pasó el poder judicial durante el siglo VII de Roma.»

con las fuerzas de César pudieron libremente tratar las cosas de paz y arbitrar las de guerra. No habrá necesidad que cansemos en nombrar tras esto á los Matios y á los Vedios y á otros muchos poderosos caballeros romanos que alcanzaron el mismo poder; pues Claudio no se desdeñó de igualar<sup>1</sup> consigo y con las leyes á los libertos, á quien encargó las cosas de su hacienda.

Propuso después que se concediese exención de tributos á los de la isla de Coe, alegando muchas cosas tocantes á su antigüedad. Conviene saber que los argivos traídos por Ceo, padre de Latona, habían sido los primeros habitantes de aquella isla, á la cual llegado después Esculapio, trujo consigo el arte de la Medicina, en que principalmente alcanzó gran fama entre sus descendientes, refiriendo consecutivamente los nombres de todos y el tiempo en que florecieron. Dijo más: «Que Jenofonté, su médico, descendía de aquella familia, cuyos ruegos debían admitirse, concediendo de allí adelante á los de Coe exención y franqueza de todos tributos, para que, libres de esta vejación, habitasen aquella isla consagrada y obligada al culto de tan gran dios.» No hay duda de que pudiera contar de los mismos muchos méritos para con el pueblo romano y no pequeñas victorias alcanzadas en su compañía. Mas Claudio, con su acostumbrada facilidad, no usó de otro color para encubrir lo que hacía en gracia de uno sólo.

Mas los de Bizancio, alcanzada licencia de hablar, mientras ruegan al Senado que los descargue de los excesivos tributos que pagaban, repitieron todo cuanto les podía ser de provecho en su pretensión. Comenzaron por la confederación asentada con nosotros cuando hicimos la guerra al rey de Macedonia, llamado por su vileza Filipo falso. Y prosiguieron con que después de esto habían enviado su ejército en nuestra ayuda con

Antioco, Perseo y Aristónieo, y ayudado Antonio en la guerra contra los corsarios; trayendo también á la memoria los ofrecimientos y servicios que habían hecho á Sila, á Lúculo y á Pompeyo. Y, finalmente, alegraron los recientes méritos para con los Césares, cuando se hallaban en aquellas partes, las comodidades dadas á sus capitanes y á sus ejércitos en sus pasajes y tránsito de mar y tierra, portes de vituallas y otras cosas necesarias.

Porque los griegos fundaron á Bizancio en el extremo y remate de Europa sobre el estrecho que la divide de Asia; y fué así, que consultando con el oráculo de Apolo Pitio sobre el puesto donde edificarían una ciudad, les dió por respuesta «que tomasen asiento frontero de la tierra de los ciegos». Esta obscura y ambigua respuesta se facilitó considerando la ceguedad de los calcedonios, los cuales, habiendo aportado allí primero, no advirtiendo la comodidad del mejor sitio, escogieron el peor. Tiene Bizancio el territorio fertilísimo y el mar fecundo, porque una cantidad infinita de pescado, saliendo del Ponto Euxino medroso de los grandes peñascos que hallan atravesados debajo de las ondas, dejando el curso de la otra costa, se arroja todo dentro de aquellos puertos. Cosa que habiendo sido primero causa de sus ganancias y trato, y después de infinitos pechos y cargas insoportables, les obligaba á pedir fin ó por lo menos alivio á tanto peso; ayudándoles el príncipe con decir que merecían ser aliviados, cuando no hubiera otra consideración que lo que habían padecido en las últimas guerras de Tracia y del Bósforo; y á esta causa se les perdonaron los tributos por cinco años.

Siendo cónsules Marco Asinio y Manio Acilio, la frecuencia grande de prodigios que se vieron pronosticó y amenazó mudanza en peor en el estado de las cosas.

Abrasáronse con fuego del cielo algunas banderas y tiendas de los soldados. Asentóse un enjambre de abejas en la cumbre del Capitolio. Nacieron criaturas con dos cabezas, y de una puerca, algunos lechones con uñas de ave de rapiña. Contábase también entre los prodigios el haberse disminuido el número de todos los magistrados, muriendo en pocos meses un cuestor, un edil, un tribuno, un pretor y un cónsul. Mas la que excedía á todos en temor era Agripina, por ocasión de ciertas palabras que oyó decir á Claudio estando tomado del vino; esto es, que había nacido con aquel hado de haber de sufrir las maldades de sus mujeres y castigarlas después. Y así con este miedo se resuelve en solicitar sus trazas, habiendo antes hecho condenar á muerte á Domicia Lepida por ocasiones bien leves y competencias femeniles; porque siendo Lepida hija de la menor Antonia, sobrina de Augusto, y ella prima hermana de Germánico, padre de Agripina, añadido á esto ser hermana de Gneo Domicio, su primer marido, se tenía por tan noble como ella. Ni en hermosura, edad y riqueza se diferenciaban mucho. Ambas á dos deshonestas, infames, soberbias y competidoras entre sí, no menos en los vicios que en las grandezas y dones de fortuna. Era terrible el contraste de quién podría más con Nerón, la madre ó la tía; porque Lepida, con halagos y con dones granjeaba el ánimo del joven; donde en contrario Agripina, siempre fiera, siempre amenazadora, quería bien haber dado á su hijo el Imperio, pero no sufrirle emperador.

Imputósele, pues, á Domicia que había procurado casar con el emperador por vía de hechizos y abominables invocaciones, y que turbaba la paz de Italia con la ruin disciplina en que tenía á las tropas de esclavos que poseía en Calabria. Y por estas causas fué condenada

á muerte, con repugnancia y contradicción grande de Narciso, el cual, sospechoso cada día más de Agripina, era fama haberse dejado decir semejantes palabras entre sus amigos y familiares: «Que de cualquier manera tenía cierta su perdición y ruina, ora imperase Británico, ora Nerón; mas que había recibido tantas mercedes de César y reconocía tales obligaciones, que no quería aplicar el precio de su propia vida sino á sólo aquello que había de redundar en mayor servicio del mismo César; que á instancia suya habían sido acusados y convencidos Mesalina y Silio, sin que parase el daño en aquello, pues de nuevo se ofrecían las mismas causas de acusación, y á él el mismo peligro imperando Nerón. Si no, veamos, por otra parte—decía él—: ¿de qué príncipe puedo yo esperar agradecimiento si llega Británico á ser emperador? Trastornarse ha toda la casa con asechanzas de la madrastra, y será mi mayor delito el no haber de callar la deshonestidad de Mesalina, como si ahora faltasen cosas de este género que acriminar en Agripina; preguntenselo á su adúltero Palante, y verán cómo á trueque de reinar no hace caso de honra, de vergüenza, ni de su propio cuerpo.» Diciendo estas ó semejantes palabras muchas veces, abrazada á Británico, rogando á los dioses que le dejasen llegar á edad madura; y tendiendo las manos ora á él, ora á los mismos dioses, pedía á ellos que le diese presto fuerzas para extirpar los enemigos de su padre, y á él que, en teniéndolas, no dilatase más el tomar venganza de los matadores de su madre.

En medio de tanta carga de cuidados enferma Claudio, y para cobrar fuerzas con la templanza de los aires y bondad de aquellas aguas salutíferas, se va á Sinuesa. Agripina entonces, resuelta ya mucho antes á cometer su maldad, abraza la ocasión que se le ofrecía, y no ne-

cesitando de persona alguna para la ejecución, consulta solamente de la calidad del veneno. Porque temía que siendo su efecto violento y repentino se descubría fácilmente la maldad, y si le escogía de operación tardía y enfermiza, corría peligro que llegado Claudio al fin de su vida y advertido del engaño, no volviese al amor de su propio hijo. Pareció, pues, que convenía buscar alguna cosa exquisita que, turbándole primero el entendimiento, le acabase la vida poco á poco. Escogióse para esto una singular maestra de semejantes compuestos, llamada Locusta (1), condenada poco antes por inventora de venenos, y guardada largos días por uno de los instrumentos del Estado. Por artificio, pues, de esta mujer se preparó la ponzoña, y el ministro que la dió á Claudio fué uno de sus eunucos, llamado Haloto, que solía llevar la vianda y hacer la salva (2).

(1) Famosa envenenadora. Nada pinta mejor la terrible habilidad de esta mujer infame, á la vez que la inmoralidad del gobierno imperial, que la frase de Tácito en que se dice que fué guardada largos días por uno de los instrumentos del Estado (*et diu inter instrumenta regni habita*). Después del envenamiento de Británico, Nerón la colmó de favores y le dió algunos discípulos para que los instruyese en su arte infernal. Locusta halló al fin en el reinado de Galba el castigo que merecían sus crímenes.

(2) Porque hacía que sus ministros registrasen vianda y bebida. Al que se le daba este empleo, se ve frecuentemente en las inscripciones que se le daba el nombre de *prægustator*, y también *apotione*. Esta costumbre fué desconocida de los romanos en tiempo de la República libre, la cual se conjetura por poderosas razones principió desde el imperio de Augusto, según una inscripción que se halla en Roma, y dice así :

GENZO  
CÆLI HERODIANUN.  
PRÆPUSTATOR  
DIVI AUGUSTI  
IDEM POSTEA VILLICUS IN  
HORTIS SALLUSTIANIS  
DECESSIT NONIS AUGUSTIS  
M. COCCEIO MERVA } COSS.  
C. VIBIO RVFINO }



Fueron después tan notorias estas cosas, que los escritores de aquel tiempo dejaron dicho hasta que el veneno se le dió en un guisado de hongos, de que solía gustar mucho, y que no se conoció tan presto la violencia del tósigo, ó por la tontedad de Claudio ó por su embriaguez. Y sobreviniéndole luego flujo de vientre, comenzó á dar muestras de mejoría. Aterrorizada, pues, Agripina y no haciendo caso de la nota que se le había de seguir, á trueque de escapar del peligro que se le aparejaba, mete á la parte á Jenofonte, médico, confidente ya suyo en este caso, el cual es fama que so color de provocarle á vómito, le tocó la garganta con una pluma untada de un veneno subitáneo, sabiendo que las grandes maldades se comienzan con peligro y se acaban con recompensa.

Convocábase entretanto el Senado, y los cónsules y sacerdotes hacían votos por la salud del príncipe, cuando muerto él ya, le procuraban calentar con paños y con fomentos, mientras se acomodaban las cosas para confirmar el imperio de Nerón. Antes de esto, Agripina, mostrándose aparentemente vencida de dolor, con achaque de buscar algún alivio, tenía abrazado apretadamente á Británico, llamándole verdadero retrato de su padre y entreteniéndole con diferentes ocasiones, todo para estorbar que no saliese de su cámara, donde estaba. Detuvo también á Antonia y á Octavia, sus hermanas, habiendo cerrado todas las puertas y puesto guardias, echando muy de ordinario voz de que mejoraba el príncipe, para que los soldados se entretuviesen con buenas esperanzas, y por aguardar el punto feliz

---

Lo tuvo también Tiberio y otros. Esta costumbre, según parece y es creíble, vino principalmente de los persas, en donde se acostumbra probar la comida antes de empezar á comer. — LIPSIO. — (Nota de la E. E.)

señalado por los astrólogos caldeos para comenzar su empresa.

Llegado, pues, el mediodía de los trece de octubre, abiertas de golpe las puertas de palacio, Nerón, acompañado de Burrho, se muestra á la corte que, á uso de guerra, estaba de guardia; adonde por advertimiento del capitán fué recibido con alegres aclamaciones y después metido en una silla de manos. Dicese que muchos estuvieron suspensos, mirando y preguntando por Británico, y que no mostrándose alguno que pudiese oponerse á lo contrario, siguieron al príncipe que se les ofrecía. Llegado, pues, Nerón á los alojamientos, después de haber hablado allí como convenia al tiempo presente y prometido el donativo, conforme á la libertad que usó su padre, fué saludado emperador. Siguiéron al aplauso de los soldados los decretos de los senadores y el consentimiento de las provincias. Á Claudio se decretaron honores celestes y se le celebraron solemnes exequias, conforme á las que se hicieron al divo Augusto, compitiendo en esto Agripina con la grandeza de su bisabuela Livia. No se recitó el testamento por no alterar los ánimos del vulgo con el enojo y desabrimiento de ver preferido en el Imperio el antenado al hijo.

---

## LIBRO DÉCIMOTERCIO

### ARGUMENTO

Silano, procónsul de Asia, muerto con veneno por fraude de Agripina.—Muere también Narciso, liberto.—Claudio, enterrado con exequias censorias, es alabado del príncipe.—Buenos principios de Nerón, que deja muchas cosas al arbitrio del Senado.—Los partos aspiran al reino de Armenia, á quien se opone Domicio Corbulón.—Ama Nerón á la liberta Acte, con enojo grande de su madre Agripina, á cuya causa le quita el hijo mucha parte de su poder y de su gracia.—Palante, liberto, es removido de sus grandes cargos.—Británico, muerto con veneno, y su enterramiento acelerado.—Agripina acusada de deseo de novedades y absuelta por su hijo.—Lascivias y desórdenes nocturnos de Nerón.—Contiéndese sin resolución sobre el volver á la servidumbre á los libertos ingratos.—Condenaciones y muertes de muchos hombres ilustres.—Nueva discordia con los partos sobre la Armenia, para cuya guerra restituye Corbulón en sus soldados la antigua disciplina militar.—Entra Corbulón en Armenia; gana algunos castillos; toma y quema la ciudad de Artajata.—Rehusa el rey Tiridates la batalla.—Publio Sullio es condenado en Roma.—Culpa y reprende á Séneca Octavio.—Sagita mata á su adúltera Poncia, porque rehusa el casamiento.—Hácese culpado un esclavo suyo con generoso ejemplo de fidelidad.—Comienza Nerón á amar á Popea Sabina, de cuyas costumbres y vida se da cuenta.—Cornelio Sila, desterrado á Marsella, es sospechoso al príncipe.—Témplase la maldad y tiranía de los cogedores de las rentas públicas.—Levántanse en Germania los frisones, y tratan, aunque en vano, de poblar junto al Rhin.—Ocupan luego los mismos campos los angrivarios, con el mismo suceso.—Pelean los catts y ermonduros con gran estrago de los catts.

Todo esto en espacio de cuatro años.

### CÓNSULES

Año de Roma 808.	De J.-C.	55	} Nero Claudio César. L. Antístio Veto.
—	809.	—	
			} Q. Volusio Saturnino. P. Cornelio Scipión.

Año de Roma 810. De J.-C.	57	} Nero Claudio César II. L. Calpurnio Pisón.
—	811. —	

El primero que corrió fortuna en el nuevo principado fué Junio Silano (1), procónsul de Asia, á quien maquinó la muerte Agripina sin sabiduría de Nerón, no porque se la hubiese concitado con viveza de ingenio, siendo persona descuidada, simple y tan despreciada de los emperadores pasados, que Cayo César le solía llamar oveja de oro, mas porque habiendo Agripina trazado la muerte á Lucio Silano, su hermano, temía no tomase él á su cargo la venganza. Murmurábase públicamente entre el vulgo que á Nerón, salido apenas de pañales y llegado al Imperio con infames medios, se le antepondría un hombre como Silano, de edad madura, inculpable, de gran nobleza y, lo que entonces se estimaba en mucho, descendiente de los Césares, porque también

---

(1) Como en Tácito se hace frecuente memoria de los Silanos, nos ha parecido oportuno dar noticia de los principales individuos de esta familia, según el orden de los tiempos, principiando desde los que florecieron en el reinado de Tiberio.

*C. Junio Silano*, hijo de Cayo. Fué cónsul con Dolabela reinando Augusto y en el año 763 de Roma, procónsul de Asia en tiempo de Tiberio, condenado por defraudador de las rentas públicas y últimamente desterrado á la isla de Citeres. (Tácito, *An.*, lib. III, 66 y siguientes.)

*M. Junio Silano*, hijo de Marco. Fué cónsul en el reinado de Tiberio en 771, y procónsul de Africa en el de Calígula (Tácito, *Hist.*, IV, 48), de quien fué suegro. Se suicidó por orden del mismo.

*Décimo Junio Silano*, hermano del anterior. Fué desterrado por crimen de adulterio con Julia, nieta de Augusto. Habiéndosele levantado más adelante el destierro por influencia de su hermano Marco, volvió á Roma, donde vivió sin alcanzar nuevos honores. (Tác., *An.*, III, 224.)

*Appio Junio Silano*. Fué cónsul en tiempo de Tiberio en 780, consuegro, según Suetonio, de Claudio, procónsul de España,

Silano era rebisnieto de Augusto (1). Esta fué la causa de su muerte. Los ministros fueron Publio Celere, caballero romano, y Elio, liberto, procuradores en Asia de la hacienda particular del principe. Éstos dieron el veneno al procónsul en un banquete con más publicidad de la que hubiera menester para tenerlo secreto. Con la misma presteza fué derribado Narciso, liberto de Claudio, de cuyo contraste con Agripina he ya tratado arriba. Hízose poniéndole primero en una dura y áspera prisión, y reduciéndole á tal necesidad y miseria, que hubo de tomar voluntariamente la muerte. Fué esto sin sabiduría del principe, con cuyos vicios, hasta entonces disimulados, de avaricia y prodigalidad admirablemente se conformaba.

Y hubiéranse ejecutado otros muchos homicidios semejantes si Afranio Burrho y Aneo Séneca no se interpusieran. Estos ayos y guías de la juventud del prin-

esposo primero de Emilia Lepida y después de Domicia Lepida, madre de Mesalina, y una de las víctimas de Claudio.

*L. Junio Silano*, hijo del anterior. Estuvo casado con Octavia, hija de Claudio. Vióse obligado por Agripina á darse la muerte. (*An.*, XII, 4, 8.)

*M. Junio Silano*, el que se cita en el pasaje á que se refiere esta nota, hermano del anterior. Fué cónsul con Valerio Asiático en 796, y procónsul de Asia. Murió envenenado por Nerón, según Plinio, y según Tácito por Agripina.

*D. Junio Silano Torcuato*, cónsul en 806. Fué víctima también de Nerón. (*An.*, XII, 58, y XV, 35.) Algunos le creen hermano de los dos anteriores.

*L. Junio Silano*, sobrino de Torcuato. Fué condenado á muerte por el mismo emperador. (*An.*, XVI, 9.)—LIPSIÓ.

(1) Como aparece del siguiente árbol genealógico sacado de Justo Lipsio:

JULIA, hija de Augusto, esposa de M. AGRIPA.

JULIA, esposa de L. EMILIO PAULO.

EMILIA LEPIDA. — APPIO JUNIO SILANO.

L. SILANO y M. SILANO, *de quo hic*.

cipe, conformes entre sí en la partición de la autoridad, eran por diversos caminos igualmente grandes. Burrho le instruía en los cuidados militares, severidad y gravedad de costumbres; Séneca, en los preceptos de la elocuencia y en una cortés y honesta humanidad; ayudándose el uno al otro para sostener más fácilmente la peligrosa edad del príncipe con deleites permitidos, cuando se resolviese á menospreciar el camino de la virtud. Ambos tenían perpetua guerra contra la ferocidad de Agripina, la cual, ardiendo de todos los perversos apetitos que pueden caber en un mal gobierno, tenía de su parte á Palante, autor de sus bodas incestuosas y de la infeliz adopción, por cuyo medio encaminó Claudio su propia ruina. Mas ni Nerón se domesticaba con esclavos, ni Palante, excediendo los límites serviles, dejaba de enfadarle cada día más con su desapacible arrogancia. Con todo eso, honraba César en lo público cuanto le era posible á su madre. Y al tribuno, que según la costumbre militar le pidió una vez el nombre (1), le dió éste: MADRE BONÍSIMA. Decretó también el Senado que la acompañasen dos lictores, y que fuese hecha sacerdotisa flamínica de Claudio, cuyas exequias se hicieron como se acostumbraban hacer las de los censores, y tras ellas fué consagrado y puesto en el número de los dioses.

El día de las exequias recitó el príncipe sus alabanzas, y mientras se entretuvo en engrandecer su nobleza, contar sus consulados y triunfos de sus predecesores, él y todos los oyentes estuvieron con grande atención. También se oyeron con aplauso el amor que tuvo

---

(1) Esto es, la señal ó tablilla que se daba á los tribunos; como diríamos en el día, *el santo y seña*. Daban esta seña el cónsul ó pretor, ó el jefe superior del ejército, pero el tribuno del pretorio sólo la recibía del príncipe. — (Nota de la E. E.)

á las artes liberales, y lo que exageró la tranquilidad en que había estado la República durante su gobierno; mas después que pasó á tratar de su providencia y sabiduría, no hubo quien pudiese templar la risa, sin embargo del mucho artificio con que Séneca compuso aquella oración, habiendo poseído aquel gran hombre un ingenio apacible y acomodado á los oídos de aquel tiempo. Notaban los viejos, cuya ociosa ocupación no pasa de comparar las cosas pasadas con las presentes, que Nerón fué el primero entre los emperadores que hubo menester valerse de elocuencia ajena. Porque César, dictador, fué émulo de los oradores antiguos; Augusto, de pronta y desembarazada elocuencia conveniente á un príncipe; Tiberio sabia también perfectamente el arte con que iba pesando sus palabras y declarar sus conceptos, unas veces en sentido eficaz y varonil, y otras cerrado y ambiguo. Ni en Cayo César pudo la lesión del entendimiento impedirle la fuerza de la elocuencia. Claudio, finalmente, cuando hablaba de pensado hablaba bien y con elegancia; mas Nerón desde sus tiernos años torció á otras cosas la viveza de su ingenio: á esculpir, pintar, á entrenarse en la música y ejercitarse á caballo, y tal vez cuando componía versos daba muestras de tener algunos principios de letras.

En lo demás, acabados que fueron todos los fingimientos de tristeza, entrando Nerón en el Senado y dichas algunas cosas de la autoridad de los senadores y de la unión de los soldados para con él, dió cuenta de sus designios y de los ejemplos que quería imitar para gobernar bien la República; y que no teniendo instruida su juventud en armas civiles ni en discordias domésticas, no conservaba aborrecimientos, ni memoria de ofensas, ni deseos de venganzas. Discurrió tras esto sobre la forma de gobierno que pensaba seguir en el futu-



ro principado, apartándose de todo aquello cuyo aborrecimiento estaba todavía corriendo sangre. «Porque no era su intención adjudicarse todas las cosas para evitar que, encerrándose dentro de una casa los acusadores y los reos, no se diese el absoluto dominio de todos al gobierno de pocos. En su corte no habría cosa vendible, ni en ella se abriría camino á la ambición, porque eran dos cosas separadas y distintas su casa y la República; que tuviese el Senado muy en buena hora sus ordinarios cuidados y antigua autoridad; que Italia y las provincias públicas viniesen á pedir justicia al Tribunal de los cónsules, y que tocase á ellos el introducirlos y darles audiencia en el Senado (1); que él no quería para sí otra ocupación que cuidar de los ejércitos que se enviase á las provincias.»

Y cumplió su palabra, porque muchas cosas se remitiéron al arbitrio del Senado, y entre otras, que ninguno se vendiese por dinero, presentes ó promesas para orar en favor de alguno ó defender su causa; que ni tampoco los nombrados para los cuestores fuesen obligados á celebrar á su costa el espectáculo de gladiadores (2). Cosa que el Senado obtuvo á pesar de Agripina, que defendió el voto contrario, so color de que se

(1) Estableció que los cónsules introdujesen al Senado á los que viniesen de las provincias á pedir justicia. Esta oración de Séneca fué tan agradable á los senadores que, como dice Jifilino, se esculpió en una columna de plata, y se leía todos los años al tomar posesión los cónsules; ni era este modo de decretar nuevo en el Senado: lo único que había de singular era esculpirlo en plata, pues siempre, aun las oraciones de los príncipes, se esculpían en bronce y se leían en las calendas de enero. — LIPSIO. — *(Nota de la E. E.)*

(2) Alude á la abolición del decreto de Claudio, el cual, por consejo de Dolabela, estableció que se celebrasen los juegos gladiatorios todos los años con los dineros de los que conseguían la cuestura. Este decreto de Nerón lo abolió por segunda vez Domiciano. — LIPSIO. — *(Ibid.)*

anulaban y pervertían los decretos de su marido. Juntaban á título de tratar de esto en palacio los senadores, para que, dando muestras de tener cerradas las puertas, pudiese asistir ella sin ser vista, y oír por detrás de una cortina lo que se tratase; y hasta una vez, orando los embajadores de Armenia sobre cierta causa de su gente ante Nerón, ella se iba á subir al mismo asiento imperial con intención de presidir juntamente con él en este acto; y lo hiciera si Séneca, viendo á los demás turbados y medrosos, no hubiera advertido á Nerón que saliese al encuentro á su madre; con que, so color de reverencia, se remedió aquella deshonra.

Hacia la fin del año llegaron á Roma unas nuevas que á toda la ciudad pusieron en revuelta y turbación; es á saber: que los partos habían bajado otra vez al reino de Armenia y echado de él á Radamisto; el cual, habiéndose apoderado muchas veces del reino y huido otras tantas de él, últimamente se había resuelto también en desamparar la guerra. Discurriase á esta causa en Roma, pueblo amigo de juzgarlo todo, diciendo unos «que cómo era posible que un príncipe, salido apenas de los diez y siete años de su edad, tuviese fuerzas para sustentar sobre sus hombros tan gran peso ó discreción para rehusarle. Júzguese — decían ellos — el recurso que puede tener la República á un mozo gobernado por una mujer, sino es remitir las batallas, los sitios de tierras y los demás oficios militares á la administración de sus ayos y pedagogos». Decían otros en contrario, «que antes se podía tener por felicidad grande el suceder aquella inquietud en el tiempo presente y no en el de Claudio; pues su débil vejez y natural flojedad, que le hacían incapaz de sufrir los trabajos de la guerra, no se la dejaran gobernar sino por las órdenes y mandatos de sus esclavos y libertos; mas que Burrho y Séneca eran

al fin conocidos y probados en el manejo de muchos negocios; que le faltaba poco al emperador para llegar á la edad robusta, visto que Gneo Pompeyo, de diez y ocho años, y Octavio César, de diez y nueve, sostuvieron el peso de las guerras civiles; que se ejecutaban mejor muchas cosas de los grandes principes con el favor de la fortuna y con el buen consejo que con las armas y con la mano; que era buena ocasión aquella para echar de ver si quería servirse de buenos ó de ruines amigos, introduciendo sin pasión alguna antes un capitán insigne y valeroso, que otro rico y levantado por medio de favores, sobornos y ambición».

Mientras en el vulgo se hacían estos y semejantes discursos, manda Nerón «que la juventud escogida en las provincias vaya en suplemento de las legiones orientales, y que las mismas legiones se arrimen todo lo posible al reino de Armenia; que los dos antiguos reyes Agripa y Antíoco (1), con sus gentes, entren en las tierras de los partos; que se fabriquen puentes sobre el Éufrates; y finalmente, que la Armenia Menor se dé á Aristóbulo, y á Sohemo la región de Sofenes, con insignias y ornamentos reales». Mas habiéndosele descubierto en buena ocasión un competidor á Vologeso en el reino, no menos que su propio hijo Vardanes, dejaron los partos á la Armenia casi defiriendo la guerra.

Mas en el Senado todas estas cosas se amplificaban por la adulación de los que votaron «que se hiciesen procesiones en acción de gracias, y que el príncipe en aque-

---

(1) Este Agripa es el hijo del otro Agripa, llamado el joven, que fué rey de la Galia (*sic*) Traconitide (región de la Palestina entre el monte Libano y el lago de Tiberiades) y parte de la Judea. De éste habla Joséfo, libro 20. *Antíoco* era rey de Comagena, parte de la Cilicia, y el mismo que menciona el mismo escritor en el libro 19. — (*Nota de la E. E.*)

llos días usase de vestiduras triunfales; que entrase en Roma con el triunfo de ovación, y que su estatua, de igual grandeza que la de Marte vengador, se colocase en el mismo templo». Decretaron todas estas cosas los senadores, además de su acostumbrada adulación, alegres de ver que había escogido para la defensa de Armenia á Domicio Corbulón, pareciendo que con aquello se abría un ancho camino al valor y á la virtud. Las fuerzas de Oriente se dividieron de esta manera: que una parte de los auxiliaarios con dos legiones quedasen en Siria á cargo del legado Quadrato Ummidio, y á Corbulón se le diesen otros tantos soldados romanos y confederados, añadiendo las cohortes y bandas de caballos que invernaban en Capadocia. Dióse orden que los reyes confederados obedeciesen conforme á las necesidades de la guerra, puesto que todos servían de mejor gana debajo de la mano de Corbulón, el cual, por corresponder á su fama, que es cosa que ayuda mucho en las nuevas empresas, apresurando su camino, encontró á Quadrato en Egea (1), ciudad de Cilicia. Habíase adelantado Quadrato á recibirle allí, porque si acaso Corbulón entraba en Siria para entregarse de la gente asignada, no llevaba tras sí los ojos de todos con la grandeza de cuerpo y magnificencia de palabras; siendo hombre que, á más de su experiencia y sabiduría, procuraba ganar el favor del vulgo hasta con la ostentación de semejantes vanidades.

Sin embargo, enviaron entrambos mensajeros á Vologeso, persuadiéndole á que escogiese antes la paz que la guerra, y á que, dados rehenes, continuase la acos-

---

(1) Ciudad marítima de la Cilicia, no lejos de Iso. Créese que debió estar situada donde está hoy el fuerte de Arás, en el golfo de Alejandreta.

tumbrada reverencia y el antiguo respeto que sus antecesores solían tener al pueblo romano. Y así Vologeso, ó por aparejarse á la guerra con más comodidad y juntar fuerzas iguales al enemigo, ó por ventura deseando apartar de sí con nombre de rehenes á los que tenía por sospechosos en el Estado, entrega á los romanos todos los más principales de la familia Arsacida, recibidos del centurión Ostorio, enviado por Ummidio, que acaso se hallaba cerca de aquel rey, con quien había ido á tratar otros negocios anteriores. Lo cual sabido por Corbulón, envió luego á Arrio Voro, prefecto de una cohorte, para entregarse de ellos. Nació de aquí contienda y malas palabras entre el prefecto y el centurión; mas por no hacerse espectáculo de aquellos extranjeros, convinieron en remitirse al arbitrio de los mismos rehenes y de los embajadores que los llevaban; los cuales, por la reciente gloria de Corbulón y por una cierta inclinación para con él hasta en sus enemigos, le prefirieron á Ummidio; de que se movió discordia entre los generales, doliéndose Ummidio de que se le quitase de las manos el fruto de lo que había alcanzado por su consejo y solicitud. Mas Corbulón protestaba en contrario que no se había dispuesto el rey á ofrecer los rehenes hasta que, por la elección que se hizo de su persona para general de aquella empresa, se le convirtió la esperanza en temor. Nerón, por acomodar las diferencias entre ellos, mandó que se publicase cómo por los prósperos sucesos de Quadrato y de Corbulón se había podido añadir la corona de laurel á los fasces imperiales (1). He

---

(1) Cuando un general había alcanzado una victoria—dice en su Dic. Rich—, se adornaban con hojas de laurel las haces que llevaban delante de él, y los emperadores añadían también una corona ó un ramo de laurel á las suyas en honor de sus generales que se hubiesen hecho dignos de aquella distinción. Más

puesto juntas todas estas cosas, aunque sucedieron en el siguiente consulado.

En este mismo año pidió César al Senado que con su decreto se dedicase una estatua á Gneo Domicio, su padre, y que se diesen las insignias consulares á Labeón Asconio, que habia sido su tutor; y juntamente prohibió que á él se le dedicasen estatuas de oro y plata macizas, como se le ofrecieron. Y aunque ordenaron los senadores que de allí adelante se contase el principio del año desde el primer día de diciembre, en que nació Nerón, quiso con todo eso conservar la antigua religión de comenzarle en las calendas de enero; y no consintió que se admitiese la acusación que cierto esclavo hacia contra Carinate Celere, senador; ni quiso que se tratase de castigar á Julio Denso, caballero inculpaado de que favorecía á Británico.

Siendo cónsules Claudio Nerón y Lucio Antistio, como jurasen los magistrados de observar y obedecer los actos, esto es, las leyes y ordenanzas de los principes, no consintió que Antistio, su colega, jurase de obedecer á los suyos (1) con grandes alabanzas que le dieron los se-

---

adelante, empero, como observa Lipsio, se vino á corromper esta costumbre por la adulación, y se estableció que las haces de los principes estuviesen siempre laureadas para que se distinguiesen de las de los demás magistrados. No se sabe á punto fijo cuándo se principiaron á usar las haces laureadas; lo cierto es que poco á poco se fueron introduciendo no sólo laureadas, sino también doradas. Claudiano en su panegirico al sexto consulado de Horacio, dice:

*Agnoscut rostra curules  
Auditas quondam desuetaque cingit,  
Regius auratis fora fascibus Ulpia lictor.*

(1) «No sé — dice Lipsio — que en los tiempos de la libertad se jurase nunca por los actos de nadie; jurábase, sí, por las leyes. En cuanto á los actos de los magistrados, eran sometidos, al ser relevados éstos de su cargo, al juicio del Senado, que los confir-

nadores, para que el ánimo juvenil, levantado con la gloria de las cosas livianas, le fuese continuando en las mayores. Poco después dió otras nuevas muestras de benignidad con Plaucio Laterano, restituyéndolo al orden senatorio de que había sido privado por el adulterio de Mesalina, prometiendo clemencia en sus ordinarias oraciones, las cuales Séneca, ó por testificar la bondad de la doctrina que le enseñaba, ó por ostentación de su ingenio, publicaba por boca del príncipe.

Menoscabada en tanto poco á poco la autoridad de Agripina, se enamoró Nerón de una liberta llamada Acte (1), haciendo participantes del secreto á Otón y á Claudio Seneción, bellísimos mozos: Otón, de familia consular, y Seneción, hijo de un liberto de César; al principio sin sabiduría de la madre, y después á pesar suyo. No lo contradecían los amigos más viejos y criados más graves del príncipe, porque desfogando sus deseos con esta mujercilla sin agravio de nadie (visto que, ó por su destino, ó porque de ordinario prevalecen los gustos ilícitos, no se inclinaba á Octavia, noble verdaderamente y de señalada bondad), temían que cuando se le impidiese no encaminase su gusto á estupro de mujeres ilustres.

Bramaba Agripina de haber de sufrir el tener por émula á una liberta y por nuera una esclava, y de semejantes consideraciones mujeriles; y sin tener paciencia ni aguardar á que su hijo se arrepintiese ó se empalagase, cuanto más le daba en rostro con su bajeza, tanto

---

maba ó anulaba. Los triunviros fueron los primeros que establecieron el jurar ellos mismos y hacer jurar á los demás que mirarían como inviolables y sagrados los actos de Julio César. Este juramento tuvo lugar el 1.º de enero del año 712.»

(1) Esta mujer era oriunda del Asia, y Nerón, para ennoblecerla, decía que descendía del rey Atalo.—(Nota de la E. E.)



más fieramente le encendia; hasta que, vencido de la fuerza del amor, acabó de romper con su madre, entregándose del todo á Séneca. De cuyos amigos, Aneo Sereno (1), con fingirse enamorado de la misma liberta, habia al principio encubierto los amores del mozo, pres-tándole el nombre, para poder dar en público á la liberta todo lo que el príncipe le daba de secreto. Entonces Agripina, encaminando sus astucias por otra vía, acomete al hijo con lisonjas, ofreciéndole su propia cámara y su mismo regazo para encubrirle los apetitos de la juventud y de la suma grandeza. Confesando á más de esto haber sido fuera de propósito su sobrada severidad, y pidiendo que se valiese de sus riquezas, poco menores que las imperiales. Y así como se habia mostrado antes excesiva en refrenar al hijo, así ahora lo era también en sometérsele y humillarse demasiado. No engañó á Nerón esta mudanza; antes fué causa de que, temerosos sus mayores amigos y privados, le rogaban que se guardase de las asechanzas de aquella mujer, terrible siempre y atroz, y en aquella ocasión también falsa. Acaso aquellos dias, visitando Nerón la recámara donde conservaban los arreos y atavíos con que las mujeres y madres de emperadores solian resplandecer á vista del pueblo, escogiendo algunos vestidos y joyas de valor, hizo de ello un presente á su madre; sin mostrarse escaso, visto que, como se le daba de buena gana, procuró enviar de lo mejor y de lo más estimado. Mas Agripina se alteró mucho, diciendo «que no se hacia aquello para aumentar sus arreos, sino para excluirla de todos los

---

(1) Prefecto de las guardias nocturnas, y, según Plinio, de la guardia de Nerón. Séneca habla de él como de su amigo, y como tal le dedicó sus libros de *Tranquillitate*. ERNESTO.—(Nota de la E. E.)—Algunos han deducido de la semejanza de su nombre que podía ser pariente del filósofo.

demás; y que su hijo daba y repartía lo que enteramente le había dado ella».

No faltaron algunos que refirieron estas palabras aun en peor sentido á César; el cual, enojado contra aquellos en quienes estribaba la soberbia de su madre, quitó á Palante el cargo que le dió Claudio, por cuyo medio le había hecho árbitro y superintendente universal del Imperio. Dijose que saliendo este liberto de palacio con grande acompañamiento, y viéndole Nerón, le motejó harto á propósito, diciendo así: «Parece que va Palante á renunciar el oficio» (1). Verdad sea que Palante había hecho pacto con el príncipe que no se le pudiese hacer cargo de cosas pasadas, y que las cuentas entre él y la República se tuviesen por fenecidas sin alcance de una parte ni de otra. Desatinada con esto Agripina, comienza á despeñarse en amenazas, no absteniéndose de amenazar al príncipe y de decir á sus propios oídos «que ya era hombre Británico, verdadera sucesión y digno heredero del imperio paterno, gobernado ahora por un injerto adoptivo que debía su grandeza á los agravios y engaños hechos por su madre. No quiero de hoy más—decía—procurar que no se manifiesten todos los desastres de esta infelice casa, y en primer lugar mis bodas, mis venenos. Sólo este consuelo me han dejado los dioses, que vive mi antenado; iré con él á los alojamientos militares; veráse de esta parte la hija de Germánico, y de aquella Burrho, infame y vil, y el desterrado Séneca; el uno con su mano cortada y el otro con su lengua de maestro de escuela pretender el gobierno del género humano». Alzaba tras estas palabras las manos al cielo,

---

(1) El texto dice *ut ejuraret*; acción que hacían todos los magistrados cuando expiraban sus oficios, jurando que se había gobernado con entereza; y para esto acostumbraban ir muy acompañados.—(Nota del T. E.)

añadiendo injurias, invocando al ya consagrado Claudio á las almas infernales de los Silanos, y tantas otras maldades que no le habian sido de provecho.

Turbado por estas cosas Nerón y acercándose el día en que Británico cumplía los catorce años de su edad, comenzó á considerar entre sí mismo, unas veces el ímpetu violento de su madre, otras el gentil natural y amable condición del mozo, habiendo poco antes experimentado en cierta ocasión la gran parte que tenia en la gratitud y amor del pueblo. Fué el caso que en los días de las fiestas de Saturno, entre los otros juegos en que se recreaban los de aquella edad, sacando por suerte el oficio de rey y tocándole á Nerón, mandó á los otros diversas cosas capaces de poderse hacer sin vergüenza. Llegado á mandar á Británico, le ordenó que, levantado en pie y en medio de todos, comenzase á cantar alguna cosa, creyendo que, ño acostumbrado á saberse gobernar entre personas sobrias, cuánto y más entre borrachos, habia de dar ocasión á que se burlasen de él; mas Británico, con generoso atrevimiento, comenzó á cantar unos versos (1), en que vino á significar cómo habia sido echado de la suma grandeza y de la silla de su padre; cosa de que nació una general compasión, tanto más á la descubierta quanto la noche y la licencia de los juegos habia quitado la obligación de disimular. Nerón, pues, conocido el cargo que se le hacia, comenzó á abo-

(1) Se cree que fueron los siguientes de la *Andrómaca* de Ennio, citados por Cicerón, *Tuscul.*, III, 19 :

O pater, o patria, o Priami domus,  
 Septum altisono cardini templum!  
 Vidi ego te, abstante ope barbarica,  
 Tectis caelatis, laqueatis,  
 Auro, obere instructam regifice:  
 Hæc omnia vi vidi inflamari,  
 Priamo vi vitam avitari,  
 Joves aram sanguine turpari.

rrecer á Británico de suerte, que apretándole cada día más las amenazas de Agripina, no hallándose delitos que acumularle, ni atreviéndose á hacer matar descubiertamente á su hermano, trazó de hacerlo de secreto. Para lo cual manda aparejar el veneno por obra de Polión Julio, tribuno de una cohorte pretoria, que tenia en guardia á la malvada Locusta condenada por inventora de venenos y famosa por sus maldades; porque ya mucho antes estaba prevenido que ninguno de los que asistian al servicio de Británico hiciese caso de honra ni de lo que debía á su obligación. Diósele el primer veneno por mano de sus mismos ayos; el cual, ó por no ser demasiado vehemente, ó porque se hubiese preparado de operación lenta y tardía, causándole alteración de vientre, lo echó de sí. Mas Nerón, impaciente de sufrir tanto la ejecución de su maldad, amenaza al tribuno y manda que se dé la muerte á la hechicera; porque mientras miraban al decir de la gente y á prevenirse de defensas retardaban su seguridad; y ofreciéndole ellos después de hacerle morir con la misma presteza que si le mataran á hierro, junto á la cámara del principe se hizo el compuesto del veneno, escogiéndole, entre otros muchos que se probaron, por el más violento.

Acostumbrábase en aquel tiempo que los hijos del principe comiesen en mesa aparte, con aparatos más moderados, en compañía de otros nobles de su edad, á vista de sus parientes más cercanos. Comiendo, pues, así Británico, porque á su vianda y bebida se hacia de ordinario la salva, por no causar sospecha con dejar esta costumbre, ni manifestar el delito con la muerte de dos, se invento este engaño. Trújosele á Británico la bebida sana y sin veneno, y hecha la acostumbrada salva, aunque tan caliente, que no pudiéndola beber, se templó con agua fria atosigada; y en bebiendo, de tal

manera penetró por todos los miembros, que en un instante perdió la voz y el espíritu. Medrosos los que comían con él, los menos discretos huyeron, y los de más entendimiento quedaron atónitos y con los ojos clavados en Nerón; el cual, recostado en la mesa, como si aquella no fuera obra de sus manos, dijo «que sin duda era aquél uno de los desmayos ó mal de corazón que Británico padecía desde su niñez, y que poco á poco le volvería el sentido y la vista». Mas en Agripina se echó de ver tal espanto y un ánimo tan alterado, por más que procuró encubrirlo con el semblante del rostro, que se vió bien claro que no era más cómplice en el delito que Octavia, hermana de Británico, la cual (Agripina) perdió en él su postrer refugio, y conoció con este ejemplo la maldad del parricidio. Octavia también tuvo particular terror del caso, dado que en aquella tierna edad se había enseñado á encubrir el dolor, el amor y los demás afectos y pasiones del ánimo. Así, pues, tras un pequeño espacio de silencio se volvió al regocijo del banquete.

Concurrieron la muerte y el entierro de Británico en una misma noche, estando ya prevenido el aparato fúnebre, que fué bien moderado. Sepultóse con todo eso en el campo Marcio, con una tempestad de agua tan grande, que creyó el vulgo pronosticar la ira de los dioses contra aquella maldad, de la cual era el autor disculpado por muchos, considerando las discordias antiguas de ambos hermanos y que el reino es incompatible. Refieren muchos escritores de aquellos tiempos que Nerón, algunos días antes de la muerte de Británico, se había aprovechado sucia y torpemente de él diversas veces; tal, que no podia parecer antes de tiempo ni cruel el homicidio, aunque abusando con él la santa libertad de la mesa, sin darle tiempo tan solamente de abrazar á su hermana y despedirse de ella, y hecho delante de

los ojos de su enemigo en aquella última sangre de los Claudios, manchada antes con estupro que con veneno. Excusóse con un edicto César de haber hecho apresurar las exequias de Británico, mostrando «que era instituto de los mayores el quitar presto delante de los ojos los muertos en tan tierna edad, sin entretenerlos á vista del pueblo con oraciones y con las acostumbradas pompas funerales. Y que él, habiendo perdido el socorro y ayuda de un hermano y reduciendo todas sus esperanzas á la República, debían tanto más los senadores y el pueblo amparar á un príncipe, résiduo de aquella familia, nacida para la suma grandeza».

Hizo después grandes dádivas y mercedes á sus mayores amigos, y no faltó quien vituperase á los que, haciendo profesión de gravedad y entereza, se dividieron entre sí, como si fueran despojos de enemigos, las casas, las heredades y las quintas. Otros fueron de opinión que los forzó á ello el príncipe, como quien sabía en su conciencia la maldad que había cometido, y pensaba borrar la memoria de ella obligando con beneficios á los grandes y poderosos. No se mitigaba la ira de Agripina con ninguna largueza ni liberalidad; antes amparaba y favorecía á Octavia, y hablaba muy á menudo y en secreto con los amigos. Y á más de su natural avaricia, recogiendo dineros por todas vías como en socorro de sus trabajos, acariciaba á los tribunos y centuriones, honrando el nombre y la virtud de los nobles que habian quedado en la ciudad, á modo de introducir parcialidades y buscar cabeza. Cayendo en esto Nerón, mandó que se le quitase la guardia de soldados que antes tenía como mujer de emperador, y entonces como madre, y juntamente la de alemanes (1) que se le había añadido

---

(1) Así como el príncipe tenía dos géneros de guardias, así

para honrarla más. Y porque no fuese frecuentada de la muchedumbre de gente que iba á cortejarla, apartó casa, aposentando á su madre en las que fueron de Antonia; y todas las veces que iba á visitarla se hacía acompañar de una buena tropa de centuriones, y en saludándola, se despedía.

No hay cosa entre los mortales tan deleznable y pe-  
recedera como la fama y reputación de grandeza no sostenida con sus mismas fuerzas. Al momento desampararon todos los umbrales de Agripina. Ninguno iba á visitarla, ninguno iba á consolarla, salvo algunas pocas mujeres; y éstas está todavía en duda si era por amor ó por aborrecimiento. Una de las cuales era Julia Silana, aquella que, como dije arriba, fué casada con Cayo Silio y repudiada de él por obra de Mesalina, mujer de señalada nobleza, de hermosura lasciva, y que había sido largo tiempo amada de Agripina hasta que se desaviniaron con secretas ofensas; porque Agripina había divertido á Sestio Africano, mozo noble, del matrimonio con Silana, diciendo de ella que era deshonesta y que inclinaba ya á la vejez; no porque ella quisiese para sí á Africano, sino porque él no gozase de sus grandes riquezas, hallándose ella sin herederos. Y así, ofreciéndosele á Silana esperanza de vengarse, apareja por acusadores á Titurio y Calvisio, dos de sus allegados, para que

---

también Agripina, la cual se componía de soldados pretorianos, germanos ó alemanes, según Suetonio. Hacía mucho tiempo que los germanos tenían este honor, pero antes de ellos lo tuvieron los españoles. El mismo Suetonio dice que Julio César tenía para su guardia una cohorte de españoles, y Augusto de calagurritanos (de Calahorra), los cuales fueron despedidos y recibidos en su lugar los germanos; pero éstos fueron también separados por la sospecha que hizo concebir al príncipe la desgracia de Varo. Lipsio es de opinión que Augusto los volvió á recibir. Tiberio los tuvo al principio de su reinado, y después de él otros emperadores hasta Galba.—(Nota de la E. E.)



dejando á una parte las cosas viejas de que tantas veces se le habia hecho cargo, como el haber llorado la muerte de Británico y divulgado los malos tratamientos de Octavia, la acusasen de que habia determinado de levantar y engrandecer para cosas nuevas á Rubelio Plauto (1), el cual por su madre descendia del divo Augusto en el mismo grado que Nerón, y casando con él, apoderarse otra vez del Imperio y afligir de nuevo la República. Confirieron esto Titurio y Calvisio con Atimeto, liberto de Domicia, tía de Nerón; el cual, alegre del aviso, porque entre Domicia y Agripina habia celos y enemistades sobre la privanza, construyó á Paris, representante, liberto también él de Domicia, á poner con presteza estas cosas en los oídos del principe, y agravar el delito.

Había ya pasado gran parte de la noche, y Nerón estaba todavía borracheando, cuando entró Paris, como solia entrar otras veces á aquellas horas, para asistir á los vicios y desórdenes del principe y acrecentarlos. Y aparejándose primero á representar en el rostro una gran tristeza, declaró punto por punto todos los indicios

---

(1) Era hijo de Rubelio Blando, esposo de Julia, hija de Druso y nieta de Tiberio. Así, pues, era descendiente en cuarto grado de Augusto, aunque por adopción y como sigue: AUGUSTO; 1, TIBERIO, hijo adoptivo; 2, DRUSO, hijo de Tiberio y de Vipsania Agripina; 3, JULIA, hija de Druso y de Livia, esposa de Rubelio Blando; 4, RUBELIO PLAUTO. De él es de quien habla Juvenal en los siguientes versos, donde, ora sea por error del poeta ó de los copistas, se le llama *Blando* como á su padre:

His ego quem monui? tecum es mihi sermo, Rubelli  
 Blande; tumes alto Drusorum stemmate tanquam  
 Feceris ipse aliquid, propter quod nobilis esses,  
 Ut te conciperet quæ sanguine fulget Juli,  
 Non quæ ventoso conducta sub aggere texit.

Rubelio, denunciado junto con Agripina, escapó esta vez; pero fué por poco tiempo, como puede verse en el mismo Tácito, libro XIV, 22 y 58, donde cuenta su destierro y después su muerte.

del caso, como se los habían pintado á él. Con que puso á Nerón en tal terror, que no sólo determina de dar la muerte á su madre y á Plauto, sino también quitar á Burrho el cargo de los pretorianos, como hechura de Agripina y persona que deseaba pagarle por aquel camino el beneficio. Escribe Fabio Rustico que ya se había escrito á Cecina Tusco que viniese á encargarse de aquellas guardias, mas que por obra de Séneca fué conservado Burrho en su dignidad. Plinio y Cluvio dicen que no se dudó jamás de la fe del prefecto. Á la verdad, halló á Fabio muy inclinado á loar á Séneca, con cuya amistad floreció. Yo, que acostumbro á escribir llanamente todo aquello en que los autores concuerdan, en viéndolos discordes entre sí, pienso calificar las opiniones poniendo sus nombres. Amedrentado Nerón y deseoso de dar la muerte á su madre, no lo difiriera si Burrho no le hubiera prometido de hacerla morir en el mismo punto que fuese convencida del hecho. «Mas que á nadie, cuanto más á su madre propia, se podían negar las defensas; que no habían comparecido aún los acusadores, ni se había oído otra cosa que el dicho de un enemigo respecto á la casa en que vivía; que no alababa las resoluciones tomadas de noche, y más en noche de banquete, pues cuanto se hiciese en ella estaba más cerca de ser tenido por temeridad que por prudencia.»

Mitigado con esto el temor del príncipe, y venido el día, se va el prefecto á notificar la acusación á Agripina, para que se justifique ó pague la pena. Llevó Burrho comisión de hacer la embajada delante de Séneca, asistiendo también algunos libertos para notar las palabras que se dirían. Y habiendo Burrho declarado los delitos y sus autores, usó después de grandes amenazas. Mas Agripina, no pudiendo olvidar su fiereza natural y so-

brado brío, «No me maravilla—dijo—que Silana, que jamás parió, ignore los afectos y pasiones maternas. No se pueden trocar y olvidar tan fácilmente los hijos por las madres, como por las mujeres deshonestas los adúlteros. Y si Titurio y Calvisio, después de haber consumido en glotonerías sus haciendas, quieren dar á una vieja este último contento de tomar á su cargo el acusarme, no por eso es razón que yo quede expuesta á la infamia del parricidio ó en el pecho de César la sospecha de él. Daría gracias por cierto á Domicia hasta del mal que me desea, si toda su emulación para conmigo fuese sobre cuál de las dos quiere más á mi Nerón. ¿Qué tiene que ver este cuidado con estarse ella ahora en compañía de su adúltero Atimeto y de su Paris, comediante, inventando fábulas, como si hubieran de representarlas en el teatro? Estábase ella labrando sus estanques y pesqueras de Bayas cuando con mi consejo se procuraba la adopción, la autoridad proconsular, la nominación para ser cónsul, y se aparejaban las demás cosas que me parecían á propósito para que Nerón obtuviese el Imperio. Si hay alguno que presuma convenirme de haber en Roma solicitado los ánimos militares, ó procurado que en las provincias se falte á la fidelidad debida al Imperio romano, ó, finalmente, que he sobornado á los esclavos y libertos en orden á cometer tan gran maldad, dígame: ¿pudiera yo vivir debajo del imperio de Británico, de Plauto ó de cualquier otro que hubiese gobernado la República? ¿Faltarán por ventura en este caso acusadores que pusieran por delante, no sólo las palabras dichas inadvertidamente por impaciencia de amor materno, sino delitos de que no puede ser absuelta una madre sino de su propio hijo?» Movidos los que asistían con estas palabras, y haciendo todo lo posible por mitigar su cólera, pidió que quería verse

con su hijo, delante del cual no quiso tratar de su inocencia por no mostrar que tenía necesidad de defenderse, ni de los beneficios que la había hecho por no zaherírseles. Sólo pidió y obtuvo castigo para los acusadores y premio para los amigos.

Á Fenio Rufo se dió la superintendencia de las provisiones; á Aruncio Stela, la comisión de ordenar las fiestas que preparaba César, y á Cayo Balbilo (1), el gobierno de Egipto. Designóse también el gobierno de Siria á Publio Anteyo, mas burlado con diversos artificios, al fin no salió de Roma. Silana fué desterrada perpetuamente, y lo mismo Calvisio y Titurio, aunque por tiempo limitado. Á Atimeto se dió pena de muerte, y fuera lo propio de Paris si no le librara lo mucho que pudo con el príncipe el ser éste uno de los principales ministros de sus lujurias. De Plauto no se trató cosa por entonces.

Fueron acusados poco después de esto Palante y Burrho de haber consentido en hacer emperador á Cornelio Sila, no menos por la claridad y nobleza de su sangre que por la afinidad que tenía con Claudio, como marido de su hija Antinia. Autor de esta acusación fué un cierto hombre llamado Peto, harto conocido por el oficio que tenía de cobrar y vender los bienes de los deudores al Tesoro público, y después mucho más por la vanidad y mentira que usó en este negocio. Sin embargo, no fué tan agradable la inocencia de Palante, cuanto insufrible y demasiada su arrogancia, porque nombrados sus libertos por cómplices, con quien él confería estos intentos, respondió: «Que en su casa no

---

(1) Séneca, *Quæst. natur.*, IV, 2, le llama el mejor de los hombres y el más extraordinario en todo género de conocimientos.

acostumbraba mandar cosa alguna sino por señas, ó con la cabeza, ó con las manos, y cuando era necesario declarar muchas, tomaba por expediente el darlas por escrito, por no acompañar su voz con la de gente tan baja.» Burrho, aunque culpado en esta causa, concurrió entre los jueces y dió su voto. Fué al fin desterrado el acusador, y quemáronse unos papeles suyos en que iba sacando á luz las Memorias ya olvidadas del Erario.

Al fin de este año se quitó el cuerpo de guardia de una cohorte que solía asistir cuando se celebraban fiestas en el teatro para dar aquella apariencia de libertad, y por que los soldados, quitada la ocasión de mezclarse en la licencia de los teatros, viviesen con mayor disciplina; y juntamente por probar si la plebe se conservaba en modestia sin aquel freno. También César, por consejo de los arúspices, purificó la ciudad con sacrificios, habiendo tocado un rayo en los templos de Júpiter y de Minerva.

Siendo cónsules Quinto Volusio y Publio Scipión, gozaban los de fuera de una ociosa paz, y dentro de Roma se padecía grandemente por las crueles, feas y pesadas travesuras que andaba haciendo de noche Nerón, vestido de traje de esclavo por no ser conocido, discurriendo desenfrenadamente por las calles, tabernas y burdeles de la ciudad, acompañado de muchos que robaban las cosas que estaban para venderse, hiriendo á los que encontraban tan sin conocerse unos á otros, que en cierta escarapela sacó muy bien señalada la cara el mismo Nerón. Mas después que se supo que era él el que hacía estos robos y desafueros, comenzaron á ir en aumento las injurias contra hombres y mujeres de calidad; porque muchos con esta licencia, y aprovechándose del nombre de Nerón, en tropas y en cuadrillas hacían lo mismo; tal, que en siendo de noche, esta-

ba la ciudad como entrada por enemigos y dada á saco. Julio Montano, del orden senatorio, mas que no había aún comenzado á ejercer oficios públicos, acometido acaso en una noche obscura por el principe, porque haciendo rostro le rechazó valerosamente, y conociéndole después le pidió perdón, como si con aquello le diera en rostro y le ofendiera, le forzó á que se diese la muerte. Hecho con esto Nerón más temeroso y más cauto, usó de allí adelante el acompañarse de soldados y gladiadores, ordenándoles que le dejasen á él comenzar las pependencias como solo á solo, y hallada resistencia demasiada se mostrasen con sus armas. Hizo también con no castigar los delitos, y aun con dádivas, que las diferencias de los juegos y fiestas públicas, y las parcialidades de los representantes llamados histriones, se redujesen casi á batallas formadas, recreándose de estar escondido á verlo, y muchas veces descubierto, hasta que creciendo los desórdenes del pueblo con las parcialidades, y temiéndose mayores inconvenientes, no se halló otro remedio sino echar de Italia á los histriones y volver á poner en el teatro la guardia de soldados.

Por este mismo tiempo se trató en el Senado de los engaños que hacían los libertos á sus señores, y se pidió con gran instancia que contra los que fuesen ingratos al beneficio de su libertad, se diese poder á los señores para revocársela; y no faltaban senadores que fuesen de este parecer. Mas no atreviéndose los cónsules á hacer esta proposición sobre el caso sin sabiduría del principe, le avisaron de la intención del Senado, por si gustaba hacerse autor de aquel decreto, visto que no había sino pocos senadores de contrario parecer, siendo muchos los que murmuraban y se quejaban á voces de que hubiese llegado á tal término el atrevimiento de los

libertos, que consultaban entre sí sobre si ofrecerían voluntariamente las espaldas á los azotes, ó resistirían con fuerza cuando tratasen de darles aquella su ordinaria pena los mismos que disuadían ahora su castigo. «¡Qué otra cosa — decían — se concede al dueño ofendido que desterrar al liberto fuera de las cinco leguas de la ciudad á las riberas de Campania! Las demás acciones, iguales y comunes, las tienen con los otros ciudadanos. Necesario es señalar contra ellos alguna arma que no pueda ser menospreciada; ni á los libertos mismos les debe ser enojoso el conservar la libertad por la misma obediencia y sumisión con que la ganaron. Con razón, pues, deben ser vueltos á la servidumbre los convencidos notoriamente de ingratitud, para que obre el temor lo que no pudo el beneficio.»

«En contrario — decían otros —, que la culpa de pocos había de dañar á solos ellos, sin perjudicar al común de todos los libertos, cuyo cuerpo estaba muy extendido por la ciudad, habiendo salido de él mucha parte de las tribus, las decurias, los ministros de magistrados y de sacerdotes y gran número de cohortes levantadas en la ciudad; que de ellos descendían muchos caballeros y no pocos senadores; que si se apartaban los libertinos de entre los demás, se echaría de ver la falta de gente bien nacida (1); que no sin causa, dividiendo los antiguos las órdenes y grados de calidad entre los ciudadanos de

---

(1) Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, XV, comenta de esta suerte la idea de Tácito: «Déjase comprender claramente — dice — que cuando en el Gobierno republicano hay muchos esclavos, es necesario emanciparlos en gran número. El mal está en que si existen demasiados esclavos, pueden difícilmente ser contenidos, y si se tienen muchos libertos, no pueden vivir y se convierten en una carga para la República, la cual corre además de esto un grave peligro, ya sea de la abundancia de éstos, ya de la multitud de aquéllos. Conviene, pues, que la ley atienda á remediar



Roma (1), habían dejado al arbitrio de cada uno el dar libertad á los esclavos, para que tuviese lugar el arrepentimiento, ó la nueva gracia; que aquellos á quien su señor no hacía libres delante los magistrados, arrastraban todavía sus hierros de la servidumbre. Y que así, que considerase cada cual los méritos de su esclavo antes de darle lo que una vez concedido no se podía quitar.» Y al fin prevaleció esta opinión. César escribió al Senado que se examinasen bien en particular las cosas de los libertos cuando fuesen acusados por sus señores; mas que en común no se innovase cosa alguna contra aquella gente. No mucho después se le quitó á

---

ambos inconvenientes, y las muchas que se hicieron en Roma en favor ó en contra de los esclavos, ora para facilitar, ora para dificultar las emancipaciones, manifiestan con sobrada evidencia lo embarazado que se hallaba el Gobierno acerca de este particular. Hasta hubo épocas en que no se atrevió á legislar sobre este punto; y así, por ejemplo, cuando en tiempo de Nerón se pidió al Senado que se permitiese á los dueños volver á la esclavitud á los siervos ingratos, el emperador escribió que era mejor resolver los casos particulares que tomar una medida general.»

(1) Este es uno de los varios pasajes que hay en la versión de Coloma que no se entienden ó se entienden mal, á menos de conocer el latín y poder buscar en el original la claridad de que la traducción carece. Dice Tácito que para eso se establecieron dos especies de manumisiones, á fin de dar lugar al arrepentimiento ó á un nuevo beneficio, ya que el esclavo no manumitido por vindicta quedaba en cierto modo sujeto todavía á la servidumbre, etc. — «De dos maneras — dice Lipsio — se daba la libertad, unas veces pública y otras privadamente, que también se llamaban justa é injusta: la pública ó justa era la que se hacía por medio de la vindicta, censo ó testamento; la particular ó injusta, la que se hacía entre amigos, bien por carta ó bien en el banquete... Los que recibían la libertad con la manumisión justa, quedaban enteramente libres; los otros aun quedaban con algún género de sujeción y podían volver á la esclavitud. Puteano cita cierto fragmento antiguo de un jurisconsulto, que dice: *Hi qui domini, etc.*, y añade: *sed nunc habent*; así, por el miedo de esta segunda servidumbre (de que se habla también en la Novela LXXVIII) dice Plauto: *Sed mellore est opus auspicio, liber perpetuo ut siem.*» — (Nota de la E. E.)

Domicia, tía de Nerón, el poderío sobre su liberto Paris, con color de que se seguía en aquello derecho civil, no sin vituperio del príncipe por cuya orden se había ventilado y resuelto la causa de su libertad.

Quedaba con todo eso una cierta apariencia de república; porque movida diferencia entre Vibulio, pretor, y Antistio, tribuno del pueblo, sobre que el tribuno había hecho librar á ciertos insolentes fautores de los histriones presos por orden del pretor, los senadores aprobaron la captura y reprendieron al tribuno de su presunción. Prohibióse tras esto á los tribunos del pueblo «el usurpar la autoridad de los pretores y de los cónsules, y de citar á su Tribunal persona alguna de Italia con quien se pudiese proceder conforme á las leyes municipales»; y Lucio Pisón, nombrado para cónsul, añadió «que tampoco pudiesen los tribunos en sus propias casas castigar á ninguno; y que los cuestores del Erario no pusiesen en los libros públicos las condenaciones hechas por ellos antes de cuatro meses, y que fuese lícito á los condenados dentro de este término contradecirlas, y esperar lo que conforme á justicia resolviesen los cónsules». Reformóse más estrechamente la potestad de los ediles, y ordenóse lo que podían prender los curules y los plebeyos, y hasta qué cantidad hacer pagar de pena. Esto dió ocasión á Elvidio Prisco, tribuno del pueblo, de mostrar la enemistad particular que tenía con Obultronio Sabino, cuestor del Erario, tomando por capa el haberse gobernado ásperamente contra los pobres, haciéndoles vender al encante sus propios bienes para pagar las penas confiscadas.

Pasó después de esto el príncipe el cuidado de los libros de las rentas públicas de los cuestores á los prefectos, habiéndose variado diversas veces la forma de esto. Porque Augusto concedió al Senado que pudiese

elegir los prefectos á cuyo cargo estuviese el Tesoro público. Después, sospechando de la negociación de los votos, se sacaron por suerte de entre los del orden pretorio. Tampoco duró esto mucho, cayendo tal vez la suerte en personas inméritas. Entonces Claudio restituyó de nuevo en este cargo á los cuestores, concediéndoles otros honores y oficios públicos, por que no ejerciesen el suyo con negligencia de miedo de ofender á algunos. Mas por ser éste el primer magistrado que se daba á la gente moza, venía á faltar la ayuda del juicio que se adquiere con la edad; y así, Nerón escogió después hombres que hubiesen sido pretores y de conocida y larga experiencia.

Debajo de estos mismos cónsules fué condenado Vipsanio Lenate por haber gobernado con avaricia la provincia de Cerdeña. Y Cestio Proculo fué absuelto en su residencia, renunciando la causa los acusadores. Clodio Quirinal, prefecto de la chusma de la armada que asistía en Ravena, habiendo con la crueldad y con la lujuria tiranizado á Italia como si fuera la nación más infima y de menor nombre, previno la condenación dándose la muerte con veneno. Aminio Rebio, tenido por uno de los más célebres jurisperitos de la ciudad y de excesivas riquezas, no pudiendo sufrir los trabajos y dolores de una vejez enferma, se libró de ella cortándose las venas y despidiendo el espíritu con la sangre, contra lo que se esperaba de un hombre infame y afeminado como él; pues nadie creyó que tuviera fortaleza de ánimo para quitarse la vida con sus manos. Mas Lucio Volusio pasó de esta vida con egregia fama, después de haber vivido noventa y tres años, dejando gran hacienda y bien ganada, y conservando la amistad de tantos emperadores sin ofensa de nadie.

En el consulado de Nerón la segunda vez, y de Lucio

Pisón, sucediendo pocas cosas dignas de memoria, si ya no se le antoja á alguno henchir sus libros con alabar los fundamentos y trabazón con que César fabricó la máquina del anfiteatro en Campo Marcio; habiéndose observado siempre, para mayor decoro del pueblo romano, que las cosas ilustres se registren en los anales, y las de este género en los actos diarios de la ciudad. Diré con todo eso cómo se reforzaron de veteranos las colonias de Capua y de Nocera, y que se dió á la plebe de Roma el donativo llamado congiario, de cuatro escudos (cuatrocientos sestercios) por cabeza, y se metió en el Erario un millón de oro (cuarenta millones de sestercios) por conservar el crédito al pueblo. Quitóse también la imposición de cuatro por ciento de los esclavos que se vendian, aunque más en apariencia que en efecto, porque pagándola el vendedor, venía á desembolsar esto más el que compraba. Hizo un edicto César en que mandó que ningún magistrado ó procurador de provincia hiciese espectáculo de gladiadores ó de fieras, ni otro género de fiestas públicas; porque antes no maltrataban menos á los súbditos por medio de semejante liberalidad, que con lo que robaban y cohechaban en el oficio, mientras procuraban valerse del regocijo y aplauso popular para cubrir los delitos de sus gustos.

Hízose también un decreto por el Senado que miraba á la seguridad y al castigo de los esclavos; es á saber: que si alguno fuese muerto por sus propios esclavos, fuesen obligados á la misma pena que los matadores los que, habiendo ya alcanzado libertad por testamento, habitasen en la misma casa del señor. Restituyóse al orden senatorio Lucio Vario, consular, del cual habia sido reformado por delitos de avaricia. Y Pomponia Grecina, matrona ilustre, mujer de Plaucio, el que volviendo de Inglaterra entró en Roma con el triunfo de

ovación, acusada de religión extranjera, fué remitida al juicio de su propio marido; el cual, vista la causa, conforme al uso antiguo, en presencia de sus parientes y examinada la honra y la vida de su mujer, la dió por inocente. Vivió Pomponia largos años en continua tristeza. Porque después de muerta Julia, hija de Druso, por asechanzas de Mesalina, cuarenta años continuos no vistió sino luto, ni fué vista jamás alegre: lo que hecho sin peligro en tiempo de Claudio, le fué á ella de reputación en los otros tiempos.

En el mismo año fueron acusados muchos, entre los cuales lo fué Publio Celere por los de Asia; y no hallando César de justicia camino para absolverle, fué alargando la causa hasta que murió de vejez. Porque habiendo, como se ha dicho, Celere muerto al procónsul Silano, con esta gran maldad cubría todas las demás. Habían los cilicios acusado á Cosuciano Capitón de hombre vicioso, avariento y lleno de maldades, tal, que le había parecido que podía atreverse á usar en la provincia las mismas insolencias que usó en la ciudad. Éste, después de haber contrastado largos días la perseverancia de los acusadores, renunció las defensas y fué condenado por la ley de residencia. Eprio Marcelo, acusado de los de Licia por haber contravenido á la misma ley, se ayudó de suerte con inteligencias, que algunos de los acusadores, como si hubieran perseguido á un inocente, fueron condenados á perpetuo destierro.

Siendo la tercera vez cónsul Nerón, entró con él en el consulado Valerio Mesala, cuyo bisabuelo, el orador Corvino, se acordaban algunos pocos viejos haberle visto compañero de Augusto, rebisabuelo de Nerón. Mas á esta noble familia se añadió también la honra de una pensión anual de doce mil quinientos ducados (medio millón de sestercios), para que Mesala pudiese susten-

tar la pobreza en que, sin culpa suya, había caído. Ordenó también el príncipe que se diese un tanto al año á Aurelio Cota y á Haterio Antonino, puesto que ambos habían disipado desordenadamente sus antiguas riquezas. En el principio de este año la guerra que se había movido entre romanos y partos sobre el reino de Armenia, diferida hasta entonces con ligeros movimientos, se reforzó vivamente; porque ni Vologeso quería que su hermano Tiridates fuese despojado del reino que tenía de su mano, ni que le poseyese por beneficio de otro príncipe; y Corbulón juzgaba por cosa conveniente á la grandeza del pueblo romano el cobrar lo que antiguamente conquistaron Lúculo y Pompeyo. Los armenios con su incierta fe convidaban á la guerra á los unos y á los otros; aunque por la vecindad del sitio y semejanza de costumbres parece que se conformaban más con la condición de los partos, como emparentados con ellos, y, no habiendo gozado nunca de libertad, más inclinados á su servidumbre.

Pero á Corbulón daba más trabajo el corregir los defectos de sus soldados, que cuidado el haber de castigar la deslealtad de los enemigos. Porque las legiones que habían pasado de Siria, flojas y perezosas por la costumbre de una larga paz, sufrían con gran dificultad los trabajos y ejercicios de la milicia romana, siendo certísimo que en aquel ejército había veteranos que jamás habían tenido ocasión de entrar de guardia ni de hacer una centinela; del cavar fosos y levantar trincheras se admiraban como de cosas nuevas y maravillosas; acostumbrados á andar sin celadas, corazas y otro cualquier género de armas; á estarse por las guarniciones pacíficas lucidos y ocupados en sus ganancias. Y así Corbulón, dando licencia á los que por vejez ó enfermedad no estaban de servicio, pidió que se hiciesen nuevas

levas para rehenchir las legiones. Y á este fin se levantó mucha gente por las provincias de Galacia y Capadocia. Á más de la cual, se le envió una legión de las de Germania con los caballos de ellas y algunas cohortes de naciones. Tuvo Corbulón el ejército en campaña debajo de tiendas cubiertas de pieles, aunque el invierno fué tan riguroso y el hielo tan continuo, que no se podían plantar los partellones sin primero cavar con grande afán la tierra. Á muchos se les helaron las extremidades de los dedos, y algunos murieron en la centinela. Por cosa señalada se notó que un soldado que traía un haz de leña se le helaron de suerte las manos, que, asidas á la fajina, las arrojó de los brazos, quedándose solo los troncos de ellos. Corbulón, vestido harto ligeramente, con la cabeza descubierta, hallándose siempre en la ordenanza cuando se marchaba, y en los trabajos loando los valerosos y confortando los débiles, daba á todos un natural y propio ejemplo. Y porque con todo eso habia muchos que por el rigor del tiempo y de la milicia se huían y desamparaban el campo, libró en el rigor toda la fuerza del remedio; porque allí no se perdonaba como en los demás ejércitos á primera y á segunda culpa, mas quien se atrevía á desamparar una vez la bandera, lo pagaba luego con la vida; remedio que calificó la experiencia por más saludable y mejor que la piedad y misericordia. Porque entre éstos fueron muchos menos los que desampararon el campo, que entre los otros donde se perdonaba.

Entretanto, Corbulón, habiendo tenido las legiones en los alojamientos hasta que entrase bien adelante la primavera, y puestas en lugares convenientes las cohortes auxiliares, les advirtió que en manera alguna fuesen ellos los primeros á trabar la batalla. El cuidado de gobernar estos presidios le dió á Pactio Orfito, que habia



sido primipilar. A éste, aunque había escrito al general que los bárbaros estaban desapercibidos y que se ofrecía buena ocasión de darles una mano, se le respondió que no saliese de sus fuertes hasta que le llegasen mayores fuerzas. Mas él, menospreciando este mandato, á la llegada de algunas pequeñas tropas de caballos venidos de los castillos circunvecinos, que poco experimentados pedían la batalla, llegando á las manos, fué roto. Y con su daño, atemorizados los que habían de socorrerle, se pusieron también en huida hasta sus alojamientos. Sintió mucho este suceso Corbulón, el cual, después de haber reprendido á Pactio, quiso que él, los prefectos y soldados todos alojasen fuera de los reparos, teniéndolos en aquella vergüenza hasta que los perdonó á ruego de todo el ejército.

Mas Tiridates, demás de su propia gente, ayudado también de las fuerzas de Vologeso, su hermano, inquietaba la Armenia, no ya con corredurías, sino con guerra descubierta, saqueando y destruyendo á los que sabía que permanecían en nuestra devoción. Y en saliendo á él con golpe de gente, burlaba nuestras diligencias, volando á una parte y á otra, y espantando más con la fama que con las armas. Corbulón, después de haber diversas veces tentado en vano la batalla, forzado con el ejemplo del enemigo á llevar la guerra á varias partes, dividió sus fuerzas, con orden de que á un mismo tiempo los legados y prefectos asaltasen diversos lugares. Y juntamente avisa al rey Antíoco que se arrieme á los presidios vecinos á su reino. Porque Farasmanes, después de haber muerto á su hijo Radamisto, que le era traidor, por mostrar que nos era fiel ejercitaba con mayor afecto su antiguo aborrecimiento contra los armenios. Aquí también fué la primera vez que, llamados en favor nuestro los insiquios, gente nunca antes

confederada con los romanos, corrieron la parte más montuosa y áspera de Armenia. Tal, que no saliéndole bien sus designios á Tiridates, se resolvió en enviar embajadores que en nombre suyo y de los partos supiesen de él la causa «por qué habiendo dado poco antes rehenes y renovado la amistad, que al parecer abría la puerta á nuevos beneficios, se tratase de quitarle la antigua posesión de Armenia. Para cuyo remedio no había tratado de moverse Vologeso, deseoso de acabar aquellas diferencias antes con la razón que con la fuerza. Mas que si con todo era así que había de llegarse á las armas, le advirtiesen, que no faltaría en los Arsacidas aquel valor y fortuna tantas veces experimentados con estrago y muertes de los romanos». Respondió á esto Corbulón, sabiendo muy bien que Vologeso se hallaba ocupado en castigar la rebelión de los hircanos, persuadiendo á Tiridates «á que, arrimadas las armas, acometa á César con ruegos, último y necesario camino para conservarse en el reino sin sangre; siguiendo antes el más breve y oportuno remedio, que la esperanza remota y tardía».

Resolvieron después, visto que por medio de embajadas y mensajeros no se llegaba al punto principal de la conclusión de la paz, que, señalado lugar y tiempo, se estableciesen vistas entre los dos. Decía Tiridates que traería una guardia de mil caballos, y que no se curaba de cuántos soldados pudiese llevar consigo Corbulón, con tal que, á uso de paz, viniesen desarmados de corazas y de celadas. Por cualquier hombre, por inexperto que fuese, cuanto más por un capitán tan viejo y prudente, estaba fácil de conocer la astucia bárbara; pues era cierto que sólo por engañarle tomaba para sí el número menor, dando el mayor á los nuestros, para que, oponiéndose á la caballería del rey, ejercitada en el uso de las flechas, los cuerpos desarmados, fuese de ningún

provecho la multitud. Con todo eso, Corbulón, disimulando y fingiendo no haberlo entendido, respondió que el parlamento que se había de tener sobre negocio tocante al bien público, era mejor tenerle en presencia de ambos ejércitos. Y á este efecto elige un puesto en donde de la una parte se levantaban apaciblemente ciertos collados para recibir la infantería en sus escuadrones, y de la otra se extendía un hermoso llano, cómodo para poner en ala tropas de caballos. Al día señalado se presentó Corbulón, teniendo á sus costados las cohortes confederadas y los socorros de los reyes, y en medio la legión sexta, con la cual había mezclado tres mil soldados de la tercera, que había hecho venir la noche antes de los otros alojamientos; pero debajo de una sola águila, por no hacer muestra de más que una legión. Tiridates, hacia la tarde, se mostró tan apartado, que podía antes ser visto que oído. De esta manera, sin llegar al parlamento, el capitán romano hizo volver su gente á los alojamientos.

El rey, ó que sospechase de algún engaño viendo mover las legiones hacia diversas partes, ó por impedirnos las vituallas que venían del mar Ponto y de la ciudad de Trapisonda, se partió á gran priesa. Mas no pudo embestir el convoy de las vituallas, por venir por la vía de los montes y guardado de buena escolta. Y Corbulón, por no llevar el negocio en largas, y por necesitar á los armenios á defender sus cosas propias, determinó de destruir los castillos circunvecinos; y él mismo toma para sí la expugnación del más fuerte, llamado Volando. Los menos importantes cometió á Cornelio Flaco, legado, y á Isteo Capitón, teniente de maestro de campo general (1). Con esto, reconocidas las defensas enemi-

---

(1) Nuestros lectores podrán aceptar ó no esta denominación

gas y proveídas las cosas convenientes para el combate, amonesta á sus soldados «que se apresuren en quitar aquel refugio y retirada al enemigo vagabundo; el cual, rehusando igualmente la batalla y la paz, confesaba con la huida su cobardía y falta de fe. Y que así procurasen sin dilación ganar á un mismo tiempo honra y provecho». Hechas, pues, del ejército cuatro partes, á unos mandó hacer la tortuga para debajo de ella arrimarse y zapar la muralla; á otros con escalas ordena que trepen hasta las almenas del castillo; á otros muchos manda que arrojen con ingenios hachas y lanzas de fuego. Alojáronse también en los lugares competentes los honderos y los que tiraban la mano, para con piedras y pelotas de plomo tirar continuamente á las defensas, haciendo igual por todas partes al enemigo el daño y el temor. Fué tal después el ardor y fiereza del ejército, que antes que pasase la tercera parte del día fueron barridos los muros de defensores, rotas las puertas, escaladas las murallas y muertos todos los mayores de catorce años, sin pérdida de un soldado tan sólo de nuestra parte, y pocos heridos. Vendida, pues, al encante la turba inútil de viejos, mujeres y niños, quedaron las demás cosas por premio del vencedor. La misma fortuna tuvieron el

---

tratándose de ejércitos romanos. Nosotros preferimos dejar á las cosas su propio nombre y llamarle á Capitón *prefecto del campamento*, sobre todo cuando, como en el caso actual, no se pueden con exactitud equiparar las atribuciones de un jefe militar con ninguno de los cargos de nuestra milicia. He aquí lo que dice el autor inglés del *Dic. de antig. romanas y griegas*, tantas veces citado, acerca de ese empleado: «Era un oficial agregado á cada legión romana, que tenía á su cargo el escoger el sitio á propósito para sentar los reales, proporcionar á los soldados los instrumentos y materiales necesarios para ello, vigilar la construcción de las obras de defensa, cuidar de los bagajes de las legiones, atender á los enfermos y heridos, á los abastos, máquinas de guerra, etc.»

legado y el teniente maestro de campo general, habiendo ganado en un día tres castillos; los demás se rindieron, parte de miedo y parte de voluntad de los moradores. Esto dió ánimo á los nuestros de hacer la empresa de Artajada, cabeza del reino. Con todo eso, no pareció llevar las legiones por el camino más corto, por no descubrirse á los tiros del enemigo al pasar el puente del río Araxes, que baña los muros de la ciudad, sino por el vado más ancho y más apartado. Tiridates en tanto, combatido de la vergüenza y del temor, porque dejando asentar el cerco mostraba lo poco que se podía confiar en sus fuerzas, y tentando el socorro temía el encerrarse con su caballería en aquellos lugares estrechos y embarazosos, se resolvió, finalmente, en mostrarse en batalla y darla aquel propio día si se le ofrecía ocasión, ó fingiendo retirarse, procurarla para ejecutar algún engaño. Así, pues, al improviso rodea las escuadras romanas que marchaban, no ignorándolo nuestro capitán; el cual, para remedio de este acometimiento, había ordenado el ejército de suerte que pudiese juntamente defenderse y marchar. La tercera legión llevaba el lado derecho, el siniestro la sexta, en medio la gente escogida de la décima; el bagaje marchaba cerrado dentro de la ordenanza, y la retaguardia iba defendida de mil caballos, á quien se ordenó que siendo acometidos de cerca peleasen, mas que no siguiesen al enemigo aunque le viesen huir. En los cuernos marchaban los infantes flecheros y el resto de la caballería, habiendo extendido algo más el cuerno siniestro hacia abajo de los collados, por que si el enemigo se atrevía á entrar por allí á la carga, pudiese ser ofendido en forma de arco por la frente y por el fondo de nuestro ejército. Tiridates acometía á los nuestros por todas partes, aunque sin arrimarse á tiro de dardo, unas veces amenazando la arremetida,

otras mostrándose medroso, para dar ocasión de apartarlos de la ordenanza y oprimirlos en desorden. Mas viendo que cada cual estaba advertido y que sólo un decurión de caballos, que saliendo de su tropa temerariamente quedó atravesado de saetas, con cuyo ejemplo los demás se hicieron más obedientes, acercándose ya la noche, se retiró.

Corbulón, plantado en aquel mismo lugar su alojamiento, estuvo en duda si con las legiones desembarazadas era bien seguir á la noche el camino de Artajata, para ponerle sitio, pensando que Tiridates se habría metido dentro. Mas advertido por los espías de que tomaba otro camino, incierto si hacia los medos ó los albanos, se resolvió en esperar el día, enviando delante los armados á la ligera, para que entretanto rodeasen los muros y comenzasen el sitio á lo largo. Mas los de la ciudad, abriendo las puertas, se dieron á discreción y á merced de los romanos, que fué su salvación; porque la ciudad se hizo ceniza y se desmanteló hasta los cimientos, por no poderse sustentar sin grueso presidio, en razón del gran circuito de los muros, no teniendo nosotros tantas fuerzas que bastasen para dividirlos en presidios y continuar la guerra en campaña. Y si se dejaba entera y sin guardia, no se sacara provecho alguno ni honra de haberla ganado. Añaden que se vió aquí un milagro, como cosa sucedida por voluntad de los dioses, que estando todo lo demás ilustrado con la luz del sol, aquel espacio solo que rodeaban los muros fué en un instante cubierto de una nube obscurísima, separada de la claridad con espesos relámpagos y rayos, tal, que casi visiblemente se echaba de ver que concurría la ira divina en la destrucción de aquella ciudad. Fué por estos sucesos Nerón saludado con nombre de emperador, y por decreto del Senado se hicieron procesiones y roga-

tivas á los dioses, se le dedicaron al príncipe estatuas y arcos, y concediósele que fuese perpetuamente cónsul. Decretóse también que el día de la victoria, en el que vino la nueva y el día en que se refirió al Senado fuesen solemnizados como fiestas, y otras cosas semejantes, en que excedieron tanto de los términos debidos, que Cayo Casio, consintiendo en todas las demás cosas, dijo «que si se hubiesen de dar gracias á los dioses conforme á la benignidad de la fortuna, no sería bastante todo el año para emplearle en fiestas y procesiones; mas que era necesario compartir los días sagrados y los útiles de manera que se pudiese satisfacer á las cosas divinas sin daño de las humanas».

Después de esto, un reo que había combatido con varios accidentes y granjeado el aborrecimiento de muchos, fué acusado y condenado, no sin vituperio de Séneca. Éste fué aquel Publio Suilio que imperando Claudio se dió á conocer por hombre terrible y venal; ni con la mudanza de los tiempos se mostró tan humilde como sus enemigos desearan; siendo de tal condición que gustaba más de parecer culpado que suplicante. Túvose por cierto que sólo para poderle oprimir se renovó el *Senatus consulto* y la pena de la ley Cincia contra los que se atreviesen á defender causas por dinero. No se abstenía Suilio de formar quejas y publicar vituperios contra los que mandaban; hecho más libre, demás de su natural ferocidad, por su extrema vejez, diciendo contra Séneca : «Que era enemigo de los amigos de Claudio, por quien justísimamente había sido desterrado; que acostumbrado á estudios viles y á enseñar á gente moza, ignorante y sin experiencia, tenía envidia á los que ejercitaban en defensa de los ciudadanos su elocuencia incorrupta y viva; que él había sido cuestor de Germánico, y Séneca adúltero de su casa,



¿Será, por ventura — decía él —, tenido por más grave delito recibir premio dado voluntariamente por el litigante en paga de honrados trabajos, que violentar los retretes y lechos de las mujeres de la casa del príncipe? ¿Con qué sabiduría, con cuáles preceptos de filósofos en solos cuatro años de amistad con el príncipe ha podido juntar Séneca cerca de ocho millones de oro (trescientos millones de sestercios) de hacienda? Si no veamos: ¿hace otra cosa en Roma que coger, como con red barrera, legados de testamentos, haciendas de los que mueren sin hijos, y con las excesivas usuras destruir á Italia y á las provincias? Yo, en contrario, con moderada hacienda, pero ganada con mi trabajo, quiero más sufrir las calumnias, los peligros y cualquier otra persecución, que sujetar mi antigua y bien ganada reputación á una repentina felicidad.»

No faltó quien refiriese á Séneca las mismas palabras, y quizá en peor sentido. Halláronse acusadores que denunciaron contra Suilio cómo cuando tuvo á su cargo la provincia de Asia había saquedo los confederados y robado el Tesoro público. Después, porque de esto había impetrado un año de tiempo para justificarse, pareció más expediente que se comenzase por los delitos hechos en Roma, para lo cual estaban á mano los testigos. Decían los tales «que Suilio, con la crueldad de sus acusaciones, había necesitado á Quinto Pomponio á emprender guerra civil; que había hecho morir á Julia, hija de Druso, y á Sabina Popea; que había oprimido con engaño á Valerio Asiático, á Lucio Saturnino y á Cornelio Lupo; que habían sido condenadas por su orden escuadras enteras de caballeros romanos, y, finalmente, le imputaban á él todas las crueldades de Claudio». Excusábase él con decir «que no había emprendido alguna de estas cosas voluntariamente, sino por orden del prin-

cipe»; hasta que le atajó César diciendo «que le constaba por las memorias y escritos de su padre no haber forzado jamás á ninguno á tomar á su cargo acusaciones». Entonces acude por excusa á las órdenes y mandatos de Mesalina, con que comenzó á desacreditar sus defensas; porque «¿cómo era posible — decían — que no se hallase otra lengua que la de Suilio para servir á la crueldad de aquella mujer deshonesta? Que era tanto más conveniente y justo castigar los ministros de las cosas atroces, cuanto que después de quedarse con el precio de sus maldades, procuraban ellos cargar la culpa sobre las espaldas de otros». Con esto, quitándole una parte de sus bienes, dándose otra parte á su hijo y á su nieta, y sacándose también lo que por testamento de su madre y de su abuelo le pertenecía, fué desterrado á las islas Baleares, no perdiendo jamás el ánimo en la discusión de la causa, ni menos después de la condenación. Dijose que sufrió alegremente aquella soledad y destierro, viviendo una vida regalada y espléndida. Y queriendo los acusadores que se procediese contra Nerulino, su hijo, en odio de su padre, imputándole de hechizos y otros delitos, se interpuso el príncipe, diciendo que se había ya cumplido bastante con el castigo.

En este tiempo Octavio Sagita, tribuno del pueblo, fuera de juicio con los amores de Poncia, mujer casada, comprando primero el adulterio con grandes dádivas y después el divorcio prometiendo de tomarla por mujer, concerta las bodas. Mas Poncia, en viéndose suelta del primer matrimonio, comienza primero á poner dilaciones, diciendo que su padre no consentía. Y, finalmente, entrando en esperanza de marido más rico, le falta á la palabra y se desdice de la promesa. Octavio en contrario, quejándose unas veces y otra amenazando, llamaba á los dioses por testigos de cómo habiendo perdido por su

amor la reputación y la hacienda, determinaba de entregarle lo que solamente le quedaba, que era la vida. Mas después, viendo que estimaba en poco todo esto su ingrata Poncia, la pide, como por despedida y último consuelo, las vistas de una noche sola, para poderse animar con aquel favor á pasar lo restante del tiempo que viviría sin ella. Señálase la noche, y Poncia encarga el cuidado de su cámara á una criada, sabedora de todo el secreto. Octavio, acompañado de solo un liberto, acudió á lo aplazado sin otras armas que un puñal escondido debajo de la ropa. Entonces, como sucede entre enamorados, después de muchos desdenes, contiendas, ruegos, zaherimientos y satisfacciones, pasada buena parte de la noche en sus deleites, encendido Octavio en cólera y celos, hiere á Poncia, que no se temía de cosa alguna, y atravesándola el pecho la mata. Corre la criada al ruido, y herida también, dejándola desmayada en el suelo y á su parecer muerta, se sale furioso de la casa. El día siguiente, sabido el homicidio, no había quien dudase del matador; porque estaba convencido Octavio de haber estado con ella toda la noche pasada. Mas el liberto afirmaba haber él cometido el delito por vengar la injuria de su señor; y ya, con la grandeza del ejemplo había movido los ánimos de algunos, cuando la criada, vuelta en sí del desmayo de las heridas, declaró la verdad del caso. Con que citado el tribuno ante los cónsules por el padre de Poncia, en deponiendo el oficio de tribuno, fué condenado por sentencia del Senado en virtud de la ley Cornelia, hecha contra los homicidas (1).

---

(1) La llamada *lex Cornelia de sicariis* fué promulgada por Sila, siendo dictador, en 673 de Roma. Imponíanse en ella la pena de confiscación y destierro en una isla. A los culpables de humilde condición se les castigaba con la pena capital.

Otra no menos notable deshonestidad dió principio aquel año á más graves males en la República. Vivía en Roma Sabina Popea, hija de Tito Olio; mas había tomado el apellido de su abuelo materno, Popeo Sabino, varón de ilustre memoria, cuya casa resplandecía con honras consulares y con triunfos. Porque Olio, sin llegar á tener oficios de honra en la República, naufragó con la amistad de Seyano. No le faltó á esta mujer ninguna cosa, sino la honestidad del ánimo. Porque su madre, que excedió á todas las de su tiempo en hermosura, le había dado igualmente fama y beldad, hacienda la que bastaba para conservar el esplendor de su linaje, habla graciosa é ingenio acomodado á ser lasciva y parecer honesta. Dejábase ver pocas veces en público, y ésas con el rostro medio cubierto, ó por cansar menos la vista, ó porque de aquella manera parecía más hermosa. No hizo jamás cuenta de honra, ni de fama, ni distinción de adúlteros á maridos; y sin entregarse á los ajenos apetitos, ni aun á los suyos, solamente encaminaba su afición adonde imaginaba que había de sacar provecho. Esta, pues, siendo casada con Rufo Crispino, caballero romano, de quien había tenido un hijo, la trujo Otón á su voluntad, tanto por verle mozo, disoluto y gastador, como por la privanza grande que alcanzaba con Nerón. Y no se dilató mucho el juntar el matrimonio con el adulterio.

Mas Otón, ó poco recatado con la fuerza del amor, ó por aficionar al príncipe y aumentar su grandeza, domesticándose con él y cebándole con el sainete de los comunes amores, no hacía otra cosa en su presencia que alabar la hermosura, donaire y gracia de su mujer. Y hubo quien le oyó decir muchas veces, levantándose de cenar con el príncipe, «que se iba alegre á gozar de aquel asombro de hermosura y nobleza, concedido á él

solo, aunque deseado de todos por última felicidad». Á estos y á otros semejantes incentivos no se puso mucha dilación; y alcanzada licencia de visitar á Popea, se sirvió al principio de lisonjas y artificios del arte, fingiendo que no podía resistir á su deseo, y confesándose ya por del todo rendida á la hermosura de Nerón. Mas en viéndole en el lazo, comenzó á ensoberbecerse y á decir, si la detenía consigo una noche ó dos, «que era casada, que no quería deshacer aquel casamiento, habiéndole sabido ganar la voluntad Otón con una manera de vida y costumbres en que ninguno se le igualaba; que Otón sí que era hombre magnifico en su trato y en el atavío de su cuerpo, viéndose en él muchas cosas que le hacían digno de la suma grandeza, y no Nerón, pues se sujetaba á los amores de Acte, infame y vil esclava, de cuya conversación y trato servil no podía haber aprendido otra cosa que pensamientos y acciones del mismo jaez». Quitasele con esto á Otón la demasiada familiaridad; después la entrada en la cámara y acompañamiento del príncipe; y al fin, por no tenerle competidor en Roma, le envía al gobierno de Lusitania, adonde estuvo hasta las guerras civiles, viviendo, no como se juzgaba, de la infamia de su vida pasada, sino con entereza y prudencia; mostrándose tan desordenado y disoluto en el ocio, cuanto modesto en el poder y en el mando.

Hasta este punto procuró Nerón poner velo y capa á sus maldades. Temíase principalmente de Cornelio Sila (1), á cuyo espíritu descuidado y flojo daba nombre de disimulación y astucia; temores falsos en que le puso uno de sus libertos llamado Grapto, hombre que por

---

(1) Esposo de Antonia, hija de Claudio, á quien Palas y Burrho quisieron, al menos se les acusó de ello, dar el imperio.

mucha edad y larga experiencia era practiquísimo en palacio, donde se había criado desde el tiempo de Tiberio. Ponte Mole era en aquel tiempo un puesto muy celebrado adonde acudía de noche gran cantidad de gente desocupada á recrearse, y Nerón iba allí muchas veces por poder atender á sus desórdenes más libremente, siendo, como era, fuera de la ciudad. Fingió, pues, con esta ocasión el liberto que volviéndose una noche Nerón por los huertos Salustianos, por buena suerte había escapado las asechanzas que Sila le tenía aparejadas en la via Flaminia, que era por donde acostumbraba tornarse á palacio. Y sirvióle de ocasión para su mentira el suceder casualmente aquella noche que, volviéndose por la misma calle algunos de los acompañantes del príncipe, ciertos insolentes, con la licencia juvenil, harto practicada entonces, les habían tocado arma falsa, sin que fuese conocido en la cuadrilla criado ni allegado alguno de Sila, cuyo natural pusilánime y de todo punto incapaz de acciones atrevidas estaba bien ajeno de todo delito. Con todo eso, como si fuera convencido legitimamente, le mandan que deje la patria y que se encierre dentro de los muros de Marsella.

En este mismo consulado fueron oídos los diputados de Puzol (Puzzoles), enviados del Senado y del pueblo de aquella ciudad separadamente, quejándose los unos de la violencia de la plebe, y los otros de la avaricia de los magistrados y gente principal. Y habiendo pasado la revuelta de piedras y amenazas de fuego á las armas y á los homicidios, fué escogido Cayo Casio para que fuese á remediar aquel desorden. Mas porque ni unos ni otros podían sufrir su demasiada severidad, pidiéndolo él al Senado, se encargó aquello á los dos hermanos Escribonios, dándoles una cohorte pretoria; con cuyo temor y con el castigo de pocos volvió aquel pueblo á su quietud.

No referiría aquí un divulgadísimo decreto del Senado, en virtud del cual se daba licencia á la ciudad de Zaragoza (Siracusa) de Sicilia de exceder el número estatuido para celebrar el juego de gladiadores, si habiendo contradicho Peto Trasea, no se diera ocasión á los murmuradores de reprender su opinión, diciendo: «¿Á qué propósito, si cree Trasea que la República necesita la libertad senatoria, apura y contradice cosas tan leves? ¿Por qué no persuade ó disuade en materia de paz, de guerra, de tributos, de leyes ó de otras cosas semejantes, sobre las cuales se funda la grandeza romana? Es lícito á los senadores, en teniendo facultad de decir su parecer, hacer las proposiciones que quieren en orden al bien de la República y pedir que se voten. ¿Por ventura no hay otra cosa que enmendar, sino que en Siracusa no se hagan fiestas con tan grandes gastos como hasta aquí, y más estando las demás por todas las partes del Imperio tan bien en orden, como si en lugar de Nerón que las gobierna las gobernara Trasea? Y si á todas ellas las dejamos correr con tanta disimulación, ¿cuánto más nos debemos abstener de cansarnos en buscar remedio á las frívolas, vanas y sin substancia?» Trasea, en contrario, á sus amigos, que querían saber de él la causa por qué había hecho aquello, respondía «que él corregía semejantes decretos, no porque le faltase noticia del estado de las cosas presentes, sino celoso de la reputación de los senadores, por que se echase de ver que no faltaría cuidado para las cosas grandes en quien le tenía para las que de suyo eràn tan menudas».

En el mismo año, habiéndose quejado diversas veces el pueblo de los excesos que hacían los cogedores de las rentas públicas, estuvo Nerón á pique de quitar todas las imposiciones y derechos, haciendo aquel nobilísimo presente al linaje humano. Pero los más viejos del Sena-



do, alabando primero su grandeza de ánimo, detuvieron aquel primer ímpetu, mostrándole que la grandeza del Imperio se aniquilaría del todo si se disminuían los frutos y rentas con que se sustentaba la República, porque quitados una vez los derechos de entradas y salidas, se seguiría el pedir luego que se quitasen también los tributos, y que muchas de estas imposiciones se habían ordenado por diversos cónsules y tribunos aun cuando estaba en su flor la libertad del pueblo romano, asentando y estableciendo con el tiempo las demás con tal proporción, que la entrada de las rentas correspondiese con la salida de los gastos; que á la verdad convenía reprimir la codicia de los cogedores, para que las cosas que se habían sufrido tantos años sin pesadumbre, no se hiciesen insoportables con el aborrecimiento de nuevas extorsiones.

Hizo á esta causa un edicto el príncipe, ordenando «que se publicasen los establecimientos de las aduanas públicas que hasta entonces se habían tenido secretos, y que lo que no se pidiese dentro del año no se pudiese pedir después; que en Roma el pretor, y en las provincias los pretores ó procónsules, pudiesen conocer sumariamente de las quejas que se diesen contra los cogedores ó arrendadores; que se conservase su exención á los soldados, salvo en el trato y mercancía», y otras muchas cosas puestas en razón, las cuales, observadas poco tiempo, se olvidaron después del todo. Queda con todo eso la reformatión del cuarenteno y cincuenteno, y de los otros nombres semejantes que los colectores habían hallado para disimular sus extorsiones. Moderóse el precio de las tratras de trigo en las provincias ultramarinas; ordenóse que no se contase por hacienda de mercaderes el valor de los navíos con que contratasen, y que por ellos no pagasen tributo alguno.

Tras esto absolvió César á Sulpicio Camerino y Pomponio Silvano, acusados por la provincia de África, donde habian sido procónsules. Camerino era imputado antes de haber usado crueldad con algunos pocos particulares que de dineros mal llevados. Silvano, rodeado de un gran tropel de acusadores que pedían tiempo para producir los testigos, instando el reo que se le admitiesen luego sus defensas. Para cuyo buen despacho no le aprovechó poco el ser rico y verle viejo y sin hijos, aunque alcanzó después más vida que los que le habian ayudado con esperanza de heredarle.

Hasta este tiempo habian estado quietas las cosas de Germania por la industria y cuidado de los capitanes romanos, los cuales, viendo lo poco en que se estimaban ya las insignias del triunfo y cuán comúnmente se daban, juzgaban por cosa digna de mayor reputación el conservar la paz. Gobernaban entonces ambos ejércitos Paulino Pompeyo y Lucio Vetere, y por no tener los soldados ociosos, acabó Paulino la calzada comenzada por Druso sesenta y tres años antes con intento de refrenar el curso del Rhin; y Vetere se preparaba para juntar los ríos Arar y Mosela, haciendo un foso entre ellos (1), para que, llevados de Italia los ejércitos por mar al Ródano y de él al Arar, pudiesen llegar al Océano, entrando por el dicho foso en la Mosela, y de ella en el Rhin. De suerte que, quitadas así las dificultades del viaje, se hiciesen navegables entre sí y se comunicasen aquellas dos riberas de Occidente y Septentrión. Tuvo envidia á la gloria de esta obra Elio Gracil, legado de la Galia Bélgica (2), y procuró apartar de ella á Vetere,

---

(1) Navigio, entre el Arar (hoy la Sona) y la Mosela.—(Nota del T. E.)

(2) Son hoy las provincias de Lorena y Champaña y todo el curso de la Mosela hasta que desagua en el Rhin. Algunos, y no

poniéndole miedo y diciéndole que no metiese las legiones en provincia que no era de su gobierno, ni procurase granjear la gracia y benevolencia de las Galias, añadiendo muchas veces «que se guardase de hacer con aquello sospechoso al emperador», espanto harto practicado para divertir los ánimos de generosas empresas.

Con esto, continuándose el ocio en los ejércitos romanos, pasó voz que se había quitado la autoridad á los legados de llevar la gente contra el enemigo. Con esta confianza, los frisonos, enviando su juventud por los bosques y pantanos y llevando la gente inútil por los lagos, se arrimaron á la orilla del Rhin y ocuparon las tierras y campañas desiertas, reservadas para el uso de los soldados romanos y para su aprovechamiento; siendo autores de esta salida Verrito y Maloriges, que gobernaban á esta nación de los frisonos, sujeta por entonces á los germanos. Ya habían edificado casas, sembrado y labrado la tierra como cosa suya, cuando Dubio Avito, sucesor de Paulino en aquella provincia, amenazándolos con las armas romanas si no volvían á ocupar su antiguo asiento ó impetraban de César la nueva habitación, forzó á Verrito y Maloriges á que escogiesen el postrer partido. Los cuales, llegados á Roma para este efecto, mientras solicitaban su despacho con Nerón y él se le dilataba ocupado en otros negocios, entre las cosas que se suelen mostrar á los bárbaros por ostentación de nuestra grandeza, los hicieron entrar en el teatro de Pompeyo para que viesen el excesivo número de gente que había en la ciudad. Estándose, pues, allí ociosos, como gente que no entendían aquella suerte de juegos ni se deleitaban de verlos, mientras van pregun-

---

sin causa, cuentan también á las provincias de Artois y He-nao.—(Nota del T. E.)

tando particularmente de quién eran aquellos asientos en lo cavo del teatro (1) y se informan de las diferencias de los estamentos y calidades, cuáles eran de caballeros, cuáles de senadores, echaron de ver entre los asientos de los tales algunos hombres vestidos en traje de forasteros; y preguntando quién eran, cuando oyeron que aquella era honra que se hacía á los embajadores de las naciones que excedían á las demás en valor y en afición al pueblo romano, diciendo á grandes voces QUE NADIE ENTRE LOS MORTALES, EN VALOR Y EN FE, PODÍA ANTEPONERSE Á LOS GERMANOS, parten y van á sentarse entre los senadores. Cosa que, tomada bien por los circunstancias, se tuvo por uno de aquellos impetus antiguos y loable emulación. Nerón los hizo á entrambos á dos ciudadanos romanos, y mandó á los frisonos que dejasen los campos que habian ocupado; y porque rehusaron de obedecer, la caballería auxiliaria que repentinamente cargó sobre ellos, los obligó á desalojar, dejando muertos ó presos los que se atrevieron á hacer resistencia.

Ocuparon luego aquellos mismos campos los ansibarios, nación más poderosa no sólo por su muchedumbre, sino también por la compasión que les tenían los pueblos comarcanos; porque echados de sus tierras por los caucios, no hallando donde reposar, pedían con ruegos un destierro seguro. Traía esta gente por cabeza á un varón señalado entre ellos, y no menos fiel para nosotros, llamado Boyocalo. Éste, contando cómo había estado en prisión cuando se rebelaron los queruscos por mandado de Arminio, y que había militado después debajo del gobierno de Tiberio y de Germánico, á cincuen-

---

(1) *Consessum caveæ*, dice el original. Llamábase *cavea* al recinto donde estaban sentados los espectadores, y *consessus* á la reunión de éstos.

ta años de servicio quería añadir por nuevo mérito el someter su nación á nuestro imperio. «¿Qué necesidad hay—decía él—de que tanta tierra esté ocupada y sirva de sólo apacentar el ganado mayor y menor de los soldados? Resérvese en buen hora para esto la parte de los campos que pareciere bastante, aunque sea á costa de la hambre de los hombres, con tal que no queráis más un desierto y una soledad baldía que la compañía de una gente tan vuestra devota. Estos campos sobre que se litiga fueron antiguamente de los chamavos, después de los tubantes, y tras éstos de los usipios. Así como vemos que el cielo es habitación de los dioses, asimismo se concedió la tierra al linaje humano. De que infiero que las que se hallan vacías de moradores son y deben ser públicas y comunes.» Tras esto, mirando al sol y llamando á los demás planetas, como si los tuviera presentes les preguntaba «si por ventura les era agradable el mirar aquellos campos desiertos y deshabitados, y que antes que sufrir esto derramasen la mar sobre los usurpadores de la tierra».

Conmovido Avito de estas palabras, después de haber respondido en público á los ansibarios, dijo: «Que se había de sufrir el imperio y mando de los más poderosos; que era voluntad de los mismos dioses, á quien ellos invocaban; que se diese y se quitase todo á arbitrio de los romanos, y que no presumiese nadie ser juez de ellos, sino ellos mismos.» Dijo en particular á Boyocalo «que á él, en memoria de la amistad que había tenido con el pueblo romano, le daría campos y tierras en que vivir». Mas él, rehusando el ofrecimiento como premio de traición, añadió estas palabras: «Faltarnos puede á la verdad tierra donde vivamos, pero no donde muramos»; y así se partieron de las vistas con los ánimos indignados. Los ansibarios llamaban para ayudarse de

ellos en la guerra á los bruteros, tenteros y otras naciones más apartadas. Avito, habiendo avisado á Curtilio Mancía, legado del ejército superior, que pasase el Rhin y mostrase las armas á las espaldas, entró con las legiones por las tierras de los tenteros amenazando de ponerlas á saco si no se apartaban de la Liga. Desistiendo, pues, los tenteros de lo ofrecido, amedrentados los bruteros con el mismo temor y desamparando los demás confederados los peligros ajenos, viéndose solos los ansibarios, hubieron de tornar atrás á las tierras de los usipios y tubantes, de donde, expelidos también, caminando de allí á los cattos y después á los queruscos, tras una larga peregrinación, vagabundos, pobres y enemigos de todos, fué, finalmente, muerta la juventud, y los de edad inútil y flaca divididos en presa.

En el mismo verano hubo una gran batalla entre los hermonduros y los cattos, mientras cada cual de estas dos naciones procuraba apoderarse de un río que las divide, cuyas aguas producen gran copia de sal (1), en que, demás del gusto con que acostumbran tratar sus cosas por vía de armas, los incitaba cierta superstición admitida entre ellos de que aquellos lugares están los más cercanos al cielo y que de ninguna otra parte oyen los dioses de más cerca los ruegos de los mortales. Afirmando proceder de aquí que por gracia particular de los mismos dioses nacía la sal en aquel río y en aquellos bosques no como en las otras naciones por la creciente del mar, secándose después las aguas, sino por medio de la que se echaba sobre una gran hoguera, quejándose del contraste y pelea de los dos elementos agua y fuego. El suceso, pues, de esta batalla, que dejó victoriosos á los hermonduros, ocasionó la total ruina de los cattos,

---

(1) Probablemente el Saale ó Sala.

porque ambas naciones habían consagrado á Marte y á Mercurio los escuadrones contrarios, si eran vencedores; y en cumplimiento de este voto, los caballos, los hombres y todo lo demás que se quitase á los vencidos había de ser muerto y sacrificado. Y así cayeron aquí sobre los catts las amenazas que ellos mismos habían echado sobre sus enemigos. En este mismo tiempo la ciudad de los juhones, nuestra confederada, fué afligida de un daño repentino, porque salieron fuegos de la tierra que abrasaban las aldeas, las caserías y sembrados, caminando siempre hacia los muros de la colonia (1) poco antes edificada. No se apagaban estos fuegos con lluvia que cayese del cielo, ni con agua del río, ni con otra cualquiera humedad que arrojasen sobre ellos, hasta que á falta de otros remedios, y con el enojo que aquellos villanos recibían con tan gran estrago, algunos de ellos comenzaron á tirar piedras desde lejos, con que se amortiguaron algún tanto las llamas; y pudiéndose llegar más cerca les daban con palos y las azotaban como si fueran bestias. Á la postre arrojan sobre el fuego paños y hasta los vestidos para sofocar el incendio, los cuales, cuanto más sucios y traídos estaban, tanto mejor apagaban el fuego (2).

---

(1) Colonia Agripina. — *(Nota del T. E.)*

(2) No puede uno menos de admirarse al ver cómo un hombre de una inteligencia tan elevada como Tácito creía en semejantes cuentos; mas la antigüedad, semejante en esto á la Edad Media, era muy inclinada á dar crédito á lo maravilloso, y no se tomaba mucho trabajo en averiguar la verdad ó falsedad de los hechos extraordinarios ó que en su ignorancia le parecían tales. Algunos anotadores han querido hallar la explicación del hecho que refiere Tácito en los fenómenos físicos, y creyeron encontrarlo en la tradición desfigurada de alguna erupción volcánica; nosotros, empero, somos de parecer que es muy difícil, si no imposible, dar explicaciones satisfactorias cuando se trata de anécdotas tan inverosímiles, y que no debemos ver en ellas más



En este mismo año la higuera llamada Ruminal (1), que está en la plaza donde se hacen las juntas del pueblo, que ochocientos y treinta años antes cubrió la niñez de Remo y Rómulo, habiendo perdido sus ramos y comenzado á secarse ya por el tronco, se tuvo por prodigio de mal agüero, hasta que volvió á reverdecer con nuevos pimpollos.

---

que una prueba de la excesiva credulidad de los hombres de aquellas edades.

(1) De *Ruma*, nombre primitivo de Roma, y en latín antiguo, pecho, teta. Es el árbol de Roma, que más tarde cambió la *u* de la palabra etrusca en *o*, en cuanto el orgullo nacional se complugó en hacer derivar el nombre de la ciudad soberana de una palabra griega que significa *fuerza*. (Véase acerca de esto la erudita disertación de Burnouf, tomo III, págs. 450 á 455.)

---



## LIBRO DÉCIMO CUARTO

### ARGUMENTO

Nerón, enfadado de su madre, al fin la mata. — Excúsase de este hecho en el Senado, que no sólo se lo perdona, pero se lo alaba. — Quita tras esto la represa á toda maldad, vicio y bajeza. — Guía carros y canta en el teatro. — Juegos quinquenales instituidos en Roma, con varios pareceres del vulgo. — Rubelio Plauto es desterrado. — Gobiérnase en Armenia egregiamente Corbulón. — Toma á Tigranocerta y pone por rey á Tigranes. — Entra Suetonio Paulino en la isla de Mona, en Inglaterra. — Revuélvese la isla. — Acude Suetonio, y en una batalla vence al enemigo y sosiega la provincia. — El prefecto de Roma es hallado muerto en su casa. — Litígase el cumplimiento de la ley sobre el castigar la familia, y prevalece el parecer de Casio. — Modérase la ley de majestad. — Muere Burrho. — Séneca, envidiado de los malos, pide licencia á César y no la alcanza. — Tigelino, dueño del manejo de los negocios, procura acreditarse con la muerte de Plauto y de Sila. — Nerón repudia á Octavia y se casa con Popea. — Altérase por este caso el pueblo, y al fin matan á Octavia en la isla Pandataria. Esto en cosa de cuatro años.

### CÓNSULES

Año de Roma 812.	De J.-C. 59	{	C. Vipsiano Aproniano.
		{	C. Fonteio Capitón.
— 813.	— 60	{	Nerón Claudio César IV.
		{	Coso Cornelio Lentulo.
— 814.	— 61	{	C. Cesonio Peto.
		{	C. Petronio Turpiliano.
— 815.	— 62	{	P. Mario Celso.
		{	L. Asinio Galo.

Siendo cónsules Cayo Vipsanio y Fonteio, no dilató más Nerón la maldad que muy de atrás tenía pensada, aumentándosele la osadía con la costumbre de ser emperador, y ardiendo cada día más en el amor de Popea,

la cual, no esperando que él se casase con ella ni que repudiase á Octavia mientras vivía Agripina, usaba muchas veces de palabras picantes, y otras, por vía de donaire culpaba al príncipe, llamándole pupilo, como aquel que sujeto á las órdenes ajenas no sólo no era emperador, pero tampoco libre. «Porque ¿á qué ocasión difería tanto sus bodas? ¿Desagradábale acaso su hermosura? ¿Ofendiale la grandeza de sus abuelos, honrados con tantos triunfos? ¿Temía su fecundidad y entereza de ánimo, ó que, efectuado el casamiento, no descubriese los agravios hechos al Senado, y el enojo del pueblo contra la soberbia y avaricia de su madre? Si es así—decía ella—que Agripina no puede sufrir una nuera que no sea molesta y enojosa á su hijo, restitúyanme á mi marido Otón, con quien iré de muy buena gana á cualquier parte del mundo, á trueque de oír y no ver las afrentas que se hacen al emperador, y excusar que no vayan tan mezcladas con mis peligros.» Estas y otras semejantes palabras, que lágrimas y artificios eficaces de la adúltera hacían más penetrativas, no eran prohibidas por nadie, deseando todos ver menoscabado el poder de Agripina, y no persuadiéndose alguno á que el aborrecimiento de su hijo pudiera llegar á quitar la vida á su propia madre.

Escribe Cluvio que Agripina, con el ardiente deseo que tenía de conservar su grandeza, llegó á tal término que, cuando pasado mediodía se hallaba Nerón más encendido con las viandas y el vino, y, finalmente, borracho, le visitaba muchas veces ofreciéndosele compuesta y aparejada para cometer con él abominable incesto, y que echando de ver los que le estaban cerca por los besos deshonestos y caricias lascivas los mensajeros de tan feo delito, Séneca, contra los regalos mujeriles, había buscado remedios que lo fuesen también, haciendo que

la liberta Acte, mostrándose congojada, no menos de la infamia de Nerón que de su propio peligro, le dijese «que estaba ya muy divulgado el incesto, que se alababa de ello su madre y que los soldados no estaban puestos en sufrir un príncipe menospreciador de la religión». Fabio Rústico dice que no nació este deseo de Agripina, sino de Nerón, y que fué apartado de él por astucia de la misma liberta. Mas en lo que escribe Cluvio convienen los demás autores, á que también se inclina la fama; ó porque Agripina hubiese concebido en su ánimo un deseo tan desordenado y tan contra naturaleza, ó porque cualquier apetito sensual es más creíble en una mujer que en los años de su niñez, movida de deseo de mandar, había consentido á los apetitos deshonestos de Lepido (1), entregándose después por la misma causa á Palante, y habituada á cualquier maldad desde que se casó con su tío.

Nerón, pues, comienza á recatarse de estar á solas con ella; y cuando, por su recreación, se iba á los huertos y quintas que tenía en Tusculo y en Ancio, la alababa de que buscaba la quietud y desterraba de sí la ociosidad. Finalmente, habiéndole acabado de enfadar del todo, en cualquier parte que estuviese, determinó de matarla, consultando solamente si la mataría con veneno ó con hierro ó con otro género de violencia. Agrádole al principio el veneno; mas si se le daba en la mesa del príncipe, no se podía atribuir al acaso, y más con el reciente ejemplo de la muerte de Británico; fuera de la dificultad grande que traía consigo el tentar los minis-

---

(1) M. Emilio Lepido, favorito de Calígula y esposo de Drusila, había tenido relaciones criminales con las otras dos hermanas Julia Livia y Agripina. Si tales abominaciones tenían lugar en la familia augusta, ¿qué debía suceder en las demás familias y clases de la sociedad!

tros y criados de una mujer que, con la experiencia y uso de tantas maldades, vivía tan advertida contra cualquier asechanza, que usando de remedios preservativos, tenía ya hecho el cuerpo á prueba de cualquier ponzoña. Si se mataba con hierro, juzgaban todos que era imposible ocultar el delito; dudándose también de hallar persona que dejase de rehusar el cometerle. Mas Aniceto, liberto, capitán de la armada que residía en Miseno, y ayo que había sido de Nerón en su niñez, movido de enemistad particular con Agripina, propuso cierta invención de fabricar una galera con tal artificio que, abriéndose por una parte, la anegase en la mar antes que ella pudiese caer en el engaño. Añadió Aniceto que no había cosa tan sujeta á los casos fortuitos como la mar; y que viéndola perecer por naufragio, ¿quién sería tan maligno que atribuyese á traición el daño ocasionado por el viento y sucedido en el agua, y más pudiendo después el principe dedicarle templo, ofrecerle altares y cubrirse con otras semejantes muestras de piedad?

Contentó la industria de Aniceto, ayudada también del tiempo con la ocasión de quincuatuos (1), fiestas de

---

(1) Suetonio los llama los cinco días solemnes. Horacio, las fiestas *quinquattras*, por el motivo de ser éstos los días de Minerva, festivos para los niños y mozos. De los niños habla Horacio:

Puer et festus quinquatribus olim,  
Exiguo gratoque fruaris tempore raptim;

y Simaco, en el libro V, *Nempe Minerva*, etc. Las ferias se hacían con el fin de divertir á los niños, y los espectáculos de gladiadores, para esparcimiento de los mozos. Ovidio hace mención de ellos, diciendo:

Sanguine prima vacat, nec fas concurrere ferro, etc.,

y en los siguientes versos manifiesta su nacimiento al sexto día después de los idus de marzo. — (Nota de la E. E.)

dicadas á Minerva que Nerón celebraba en Baya, con que pudo sacar de Roma á su madre, usando de halagos y persuasiones y diciendo que se habían de sufrir los enojos paternos y que era justo hacer los hijos todo lo de su parte para aplacarles el ánimo; y hacíalo él porque pasando voz de que madre é hijo se habían reconciliado, viniese ella á su poder con mayor confianza, cebándola también con aquellas fiestas y regocijos, cosa con que se engaña más fácilmente la credulidad de las mujeres. Sale tras esto á recibirla á la marina, porque ella venía de Ancio; y dándole la mano al saltar en tierra y abrazándola, la lleva á Baulo: así se llamaba la casa de placer que, bañada del mar, se asienta en aquella ensenada, entre el cabo de Miseno y el lago de Baya. Estaba entre las galeras una la más adornada y compuesta, como si hasta esto hubiera hecho aparejar Nerón en honra de su madre, la cual solía gustar de que la llevasen por aquellas costas en alguna galera, con la mejor gente de marina por remeros. Túvosele aparejado un banquete de cena, para que la noche ayudase también á encubrir la maldad. Es cierto que Agripina fué advertida de la traición, y que mientras estuvo dudosa en si le daría crédito, mostró gustar de que la llevasen en silla á Baya. Más recibida aquella noche con mucho amor y puesta por su hijo en el lugar más honrado de la mesa, las caricias y regalos grandes le aliviaron el miedo; porque discurriendo Nerón con su madre, unas veces familiarmente y entreteniéndola con conversaciones juveniles, y otras componiendo el rostro con severidad, dando á entender que trataba con ella cosas muy graves, entretuvo la cena lo más que pudo; y acabada, la acompañó hasta el mar, clavando á la despedida los ojos en ella y abrazándola con mayor ternura de lo que acostumbraba, ó por cumplir en todo con la disimulación, ó porque



aquella última despedida de su madre, que iba á morir, le enterneciese algún tanto el ánimo, aunque fiero y cruel.

Permitieron los dioses que hiciese una noche muy serena y que estuviese la mar muy sosegada para convencer mejor aquella maldad. No se había alargado mucho la galera, llevando consigo Agripina dos de sus criados, de los cuales Creperio Galo estaba en pie cerca del timón, y Aceronia, recostada junto á los pies de Agripina, que acababa de echarse en una camilla, contaba con gran regocijo el arrepentimiento de Nerón y con cuánta facilidad había la madre vuelto á cobrar su gracia, cuando, dada la seña, cae el techo de aquella parte, que venía bien cargado de plomo, y cogiendo debajo á Creperio, le mata al punto. Agripina y Aceronia fueron defendidas por ser de su parte las paredes que sostenían el techo más altas y casualmente más fuertes; y así no cayeron, aunque doblaron con la fuerza del peso. No seguía tras esto el acabarse de abrir la galera como estaba trazado, por la confusión grande en que se hallaban todos, y porque los ignorantes del engaño, que eran los más, impedían á los sabedores y ejecutores de él, los cuales tomaron por partido dar á la banda y trabucar la galera. Mas no pudiendo concertarse todos en un caso tan repentino, cargando los que no sabían el intento á la otra parte, dieron lugar á que la galera no se anegase tan presto y que con menos peligro pudiesen tratar todos de salvarse arrojándose en la mar. Mas Aceronia, poco discreta, mientras dice á voces que es Agripina y pide ayuda para la madre del príncipe, con las batayolas, con los remos y con las demás armas navales que se hallaban á mano, le quitaron la vida. Agripina, callando y presto, menos conocida, se salvó, aunque herida en un hombro. Y procurando ganar á nado

la orilla, fué socorrida por algunas barquillas de la costa que llegaron al ruido, en las cuales por el lago Lucrino fué llevada á su quinta; donde considerando y discutiendo en sí el fin para que había sido llamada con cartas tan engañosas, el fingimiento de tantas honras y caricias tan particulares, y que la galera había naufragado junto á la costa sin fuerza de viento ni choque de escollo, y comenzando á abrirse por la parte superior, como si fuera edificio terrestre, advirtiendo la causa de la muerte de Aconia y su propia herida, juzgó por último remedio, para evitar las esechanzas, fingir no haberlas entendido. Con esto envió un recado á su hijo por un liberto suyo llamado Agerino, diciéndole «cómo por la benignidad de los dioses y en virtud de la buena fortuna del príncipe había escapado de tan grave accidente; pidiéndole que sin dejarse llevar del amor que le tenía ni atemorizándose del peligro de su madre, difiriese el visitarla por entonces, que necesitaba mucho de reposo». Entretanto, fingiendo seguridad de ánimo, atiende á curar la herida y á restaurar las fuerzas del cuerpo. Mandó tras esto que se buscara el testamento de Aconia y que se inventariasen y sellasen sus bienes, que fué sólo lo que hizo sin disimulación.

Mas Nerón, que aguardaba el aviso de que se hubiese ejecutado la maldad, sabe que se había escapado su madre, herida livianamente, y que el caso había pasado de manera que no se podía dudar del autor. Entonces, perdido del todo el ánimo, juraba con la fuerza del temor «que ya estaba cerca de allí su madre; que venía sin duda á tomar venganza; que armaría los esclavos ó incitaría la cólera y furor de los soldados contra él; que acudiría al favor del Senado y del pueblo, representando el naufragio, la herida, la muerte de sus amigos; que no le quedaba ya remedio si Burrho y Séneca no se le

buscaban con la agudeza de sus ingenios», á los cuales había hecho llamar en sabiendo el suceso; dúdase si estos dos personajes tuvieron antes noticia del trato de Aniceto. Entrambos estuvieron gran rato suspensos y sin hablar palabra, por no trabajar en vano disuadiéndole su determinación; echando de ver por otra parte que había ya llegado el negocio á término que el no asegurarse de Agripina era condenar á muerte á Nerón. Con todo eso, Séneca, aunque solía ser más pronto en responder, pone los ojos en Burrho como si le preguntara si se debía encomendar á sus soldados aquella muerte. Él, entendiéndole, respondió: «Que hallándose los pretorianos tan obligados á toda la casa de los Césares y á la memoria de Germánico, no tendrían ánimo para emprender una crueldad como aquella con su propia hija; que acabase Aniceto de ejecutar lo que había prometido.» El cual, sin dilación alguna, pide que se le encargue la última ejecución de aquella maldad. Animado con estas palabras Nerón, confiesa «que aquel día se le daba el Imperio, no avergonzándose de reconocer tan gran dádiva de un liberto. Dicele que se dé prisa y que lleve gente de confianza y sobre todo obediente». Aniceto, oyendo decir que había venido Agerino enviado por Agripina, aparece en su fantasía un paso de comedia que representar él mismo para dar mejor color á su maldad, y fué hacer como que alzaba del suelo un puñal de los pies de Agerino, mientras refería su embajada; y luego, como si le hubiera cogido en el delito de haber venido á matar al príncipe, ase de él y le manda poner en hierros, para poder fingir con esto que Agripina había trazado á su hijo la muerte, y que, avergonzada de que se hubiese descubierto tan gran maldad, se la había dado ella á sí misma.

Divulgado en tanto el peligro de Agripina, como si

hubiera sucedido acaso, todo el mundo corría á la ribera de la mar desde donde le tomaba la voz. Unos subían sobre los muelles, otros se embarcaban en los primeros barcos que topaban; muchos entraban por el agua delante todo lo que podían apear, y desde allí ofrecían las manos á los que venían, procurando salvarse á la orilla. Al fin toda aquella costa se hinchó de lamentos, de gritos, de votos y de demandas y respuestas inciertas y confusas, concurriendo gran multitud de gente con luces; y como entendieron que Agripina era viva y estaba libre de peligro, se preparaban para irse á alegrar con ella, cuando al comparecer de una gruesa escuadra de gente armada que los amenazó, se esparcieron todos á diferentes partes. Aniceto, habiendo rodeado de soldados la quinta donde estaba Agripina, y derribando la puerta, se fué asegurando de todos los esclavos y criados que encontraba hasta llegar á la de la cámara en que dormía guardada de pocos, habiéndose huído los demás, medrosos de los que impetuosamente iban entrando. Había dentro de la cámara una luz harto pequeña, y sola una esclava; y Agripina por momentos se iba afligiendo más, viendo que ni le enviaba á visitar su hijo ni Agerino volvía. Casi en aquel punto había mudado de aspecto la marina, dejándola sola y desierta toda aquella confusa muchedumbre de gente: de otra parte estruendo y ruidos repentinos, indicios del último trabajo que se le aparejaba. Tras esto, yéndose también de allí la esclava, al punto que Agripina le decía: «Y¿ tú también me desamparas?», vió entrar en su cámara á Aniceto, acompañado de Herculeo, capitán de una galea, y de Oloarito, uno de los centuriones de la armada; y vuelta á Aniceto, le dijo «que si venía á visitarla, podía volverse y decir que estaba mejor; mas que si era su venida á cometer alguna maldad, no pensaba creer que

fuese con orden de su hijo el mandarle á él ejecutar tan injusto parricidio». No respondiendo á esto los matadores y rodeando todos la cama, fué Herculeo el primero que la hirió en la cabeza con un bástón. Ella, viendo al centurión que con la espada desnuda venía para matarla, descubrió el vientre y dijo á grandes voces: «Hiéreme aquí»; y de esta suerte, dándole muchas heridas, la acabaron de matar.

En esto convienen todos los autores. Mas que Nerón después consideró el cuerpo de su madre muerta y alabó su hermosura, habiendo algunos que lo afirman, hay otros que lo niegan. Fué quemado su cuerpo la misma noche en una camilla donde se solía reclinar para comer y con viles exequias. Y mientras Nerón imperó no se recogieron ni enterraron sus cenizas. Después, por diligencias de algunos criados suyos, alcanzaron un ordinario sepulcro entre el camino que va al monte Miseno y la quinta de César, dictador, que colocada en altísimo sitio, señorea aquellos senos del mar que tiene debajo. Después de encendida la hoguera, un liberto suyo llamado Mnester se atravesó con su espada el pecho; no se sabe si por amor que tuviese á su señora, ó por miedo de otra muerte más cruel. Tenía Agripina creída y menospreciada muchos años antes la muerte de que acabó; porque consultando con los caldeos sobre la fortuna que había de tener Nerón, le respondieron que sería emperador y que mataría á su madre. Y ella respondió: «Mate, con tal que reine.»

Mas César no acabó de conocer el exceso de su malidad hasta que la hubo cometido. Pasando lo que le quedaba de la noche unas veces pensativo y sepultado en silencio, otras atemorizado y como fuera de sí, saltaba del lecho, esperando la luz con tanto asombro y alteración como si el día le hubiera de traer una muerte vio-

lenta y cruel; hasta que yendo por consejo de Burrho los centuriones y tribunos á besarle la mano y á darle el parabién de que hubiese escapado del peligro no antevisto y de la maldad de su madre, comenzó á cobrar ánimo á fuerza de adulaciones. Fueron después los amigos á dar gracias á los dioses por su salud; y á su ejemplo las villas circunvecinas de la provincia de Campania, con sacrificios en los templos y embajadas que le enviaban, dieron muestra de su alegría. Él, con varias disimulaciones, no sólo fingía estar triste, pero en orden á declarar el sentimiento que le causaba la muerte de su madre, quería con lágrimas dar á entender que aborreecía su propia vida.

Mas como no se mudan las formas y figuras de los lugares como los rostros de los hombres, aborreciendo la vista infelice de aquel mar y de aquellas riberas (había también algunos que afirmaban oírse en las cumbres de aquellos collados horribles trompetas y llantos alrededor del túmulo materno), se retiró á Nápoles y de allí escribió al Senado una carta de esta substancia: «Que Agerino, uno de los más favorecidos libertos de su madre, había sido enviado por ella con armas secretas para quitarle la vida; y que ella, con el remordimiento de conciencia, había pagado la pena, cual se debía, á tan gran maldad.» Añadía después otros delitos viejos: «Que había querido hacerse compañera con él en el Imperio; que las cohortes pretorias prestasen el juramento en mano de una mujer; que hiciese la misma indignidad el Senado y el pueblo, y que después de haber procurado estas cosas en vano, con el aborrecimiento que cobró á los soldados, al Senado y á la plebe, disuadía el donativo y el congiario, maquinando contra la vida de los ciudadanos más ilustres.» Ponderaba lo que le había costado el remediar que no entrase en el Senado y que no

respondiese á las embajadas de las naciones extranjeras. Y tomando de aquí ocasión para vituperar los tiempos de Claudio, imputaba todas las maldades de aquel imperio á su madre, diciendo que su muerte se debía contar entre las felicidades de la República. Y, finalmente, relataba el naufragio con gran desenfado. Mas, ¿quién había de ser tan simple que lo tuviese por caso fortuito, ni creyese que una mujer escapada por milagro enviase á un hombre solo para romper con un puñal las cohortes y armadas imperiales? Tal, que no sólo Nerón, cuya crueldad vencía á las quejas de todos, pero también Séneca quedaba inculpado, cuando no por otra cosa, á lo menos porque con aquel modo de escribir había firmado de su nombre la confesión del delito.

Mas con todo esto, con espantos á competencia de aquellos grandes, se decretó que se hiciesen procesiones y plegarias públicas por todos los templos y altares de los dioses; que los cinco días festivos llamados quincuatriuos, en los cuales se había descubierto la traición, se celebrasen cada año con juegos públicos; que se pusiese una estatua de oro de Minerva en la curia y á su lado otra del príncipe, y que el día en que nació Agripina fuese contado entre los infelices y de mal agüero. Trasea Peto, acostumbrado á dejar pasar las adulaciones de los otros ó con silencio ó con ligero consentimiento, se salió entonces del Senado, con que se causó á sí mismo graves peligros y no dió á los demás principio de libertad. Sucedieron muchos prodigios, aunque vanos y sin efecto. Una mujer parió una culebra; á otra mató un rayo estando en el acto venéreo con su marido. Obscurecióse repentinamente el sol y fueron heridas de fuego del cielo catorce partes de la ciudad. Todas las cuales cosas sucedían tan sin cuidado y providencia de los dioses, que continuó Nerón muchos años en el imperio y en sus



maldades; el cual, por hacer más aborrecible la memoria de su madre, y por dar á entender que faltando ella sería más benigno, restituyó á la patria á Junia y Calpurnia, mujeres ilustres, y á Valerio Capitón y Licinio Gabolo, que habían sido prefectos, desterrados por Agripina. Permitió ni más ni menos que se trujesen á Roma las cenizas de Lolia Paulina y se hiciese sepulcro, librando de la pena á Titurio y á Calvisio, desterrados poco antes por él, porque Silano había acabado sus días en Tarento, de vuelta de aquel su apartado destierro, ó porque comenzaba ya á declinar la grandeza de Agripina, por cuya enemistad había padecido aquel trabajo, ó porque se le había ya pasado el enojo.

Mientras Nerón, entreteniéndose por los lugares de Campania, alargaba su partida para Roma, dudoso de cómo había de entrar en ella, si procurando confirmar la obediencia del Senado ó granjeando el favor del pueblo, los ruines que le andaban cerca, de los cuales no se vió jamás corte tan bien proveída, en contrario de todo esto, le decían: «Que el nombre de Agripina era tan aborrecido en Roma que con su muerte se había encendido más para con él el amor popular; que fuese sin temor y experimentase el respeto y veneración en que era tenido.» Tras esto, pidiéndole que vaya delante quien avise de como va el príncipe, hallaron á la entrada todas las cosas más bien dispuestas de lo que habían prometido. Saliéronle á recibir las tribus, el Senado en hábito de fiesta, cuadrillas de mujeres casadas y de sus hijos, repartidas conforme á la edad y al sexo. Veíanse todas las calles por donde iba pasando con gradas y tablados, donde se hacían todas las diferencias de juegos y fiestas que se suelen hacer en los triunfos. Con esto, lleno de arrogancia y soberbia y como victorioso de la pública servidumbre, entra en la ciudad, sube al Capi-

tolio, y allí da gracias á los dioses y ofrece sacrificios. Quita después la represa á todo aquel género de desórdenes y apetitos, que, aunque mal corregidos, le habia ido obligando á diferir el respeto de su madre, aunque siempre le tuvo poco.

Cosa vieja era ya en él gustar de entretenerse en guiar carros de cuatro caballos; tenía también otro estudio poco menos vergonzoso, que era cantar al son de la citara cuando cenaba, de la manera que suelen los que cantan en las comedias y otras fiestas públicas; calificándole con decir «que habian hecho aquello muchas veces los reyes y capitanes antiguos; que era muy celebrada la música de los poetas, los cuales se servían de ella para alabar á los dioses, porque la música estaba consagrada al dios Apolo. Y que con el mismo traje de que él usaba en tales ocasiones se veía figurada aquella principal deidad que pronostica las cosas por venir, no sólo en las ciudades de los griegos, pero también en los templos de Roma». Y ya no era posible irle más á la mano, cuando les pareció á Séneca y á Burrho que era cordura concederle una de estas dos cosas, por que no las quisiese entrambas; y así le hicieron cercar de muros un espacio de tierra en el valle Vaticano, donde pudiese correr y regir caballos á su gusto, sin comunicarse á los ojos de todos. Mas él poco después hizo convocar al pueblo romano, el cual comenzó á darle mil loores, como es la costumbre del vulgo apetecer deleites y pasatiempos, especial cuando es el principe el que los invita y provoca. Mas aunque publicaba él mismo su propia vergüenza, no sólo no le causó, como pensaron, hartura y empalago, antes le sirvió de incentivo para apetecer estas cosas con mayor afecto. Y pareciéndole buen camino para disminuir su infamia el tener compañeros en ella, hizo que muchos descendientes de familias nobles salie-

sen á representar en el teatro, comprándolos con dinero para este vil ejercicio; cuyos nombres me ha parecido callar, por ser ya muertos y en honra de sus mayores, y porque toda la culpa queda en quien gastaba dineros, antes por incitarlos al mal que por que no le cometiesen. Forzó también con grandes dádivas á algunos caballeros romanos bien conocidos á ofrecer sus personas para salir á los juegos y ejercicios del anfiteatro, si ya no concedemos que los precios de quien puede mandar obran lo mismo que la fuerza y necesidad de obedecer.

Mas con todo eso, por no quitarse de golpe el velo de la vergüenza presentándose personalmente en el teatro, ordenó los juegos llamados Juveniles (1), para cuyo ejercicio daban á porfia su nombre todos y se hacían alistar, sin que la nobleza, la edad ni las honras alcanzadas fuese de impedimento alguno para dejar de ejercitar el arte de los histriones griegos y latinos, hasta llegar á hacer gestos y meneos mujeriles; y aun las mujeres ilustres no imaginaban sino cosas torpes y feas. En la alameda que hizo plantar Augusto junto al lago en que por su orden se representó una batalla naval, se edificaron cantidad de tabernas y bodegones para que en ellas se vendiese toda aquello que pudiera servir para incitar la gula y la lujuria, contribuyendo para ello indiferentemente todos los buenos por fuerza y los disolutos por ostentación y vanidad. Fué creciendo con esto la maldad y la infamia, de suerte que en el tiempo en que más estragadas estuvieron las costumbres, no se vió tan abominable avenida de lujurias como las que concurrieron en este abismo de suciedades. Si la vergüenza es una

---

(1) Según Dión, LXI, 19, Nerón instituyó estos juegos al nacerle barbas, cuyos pelos consagró á Júpiter Capitolino después de haberlos encerrado en una cajita de oro.

virtud que se conserva con dificultad aun en los actos y estudios deshonestos, bien se puede juzgar lo que sería en donde todas las competencias se fundaban sobre quién tendría más vicios, y el lugar que se daría á la virtud, á la honestidad, á la modestia ó á cualquier otra buena y loable costumbre. Últimamente el mismo Nerón, acompañado de todos sus privados y familiares, se presentó en el tablado, templando con gran arte y atención las cuerdas de su instrumento, y pensando lo que había de cantar. Habíase llegado también á la fiesta la cohorte que estaba de guardia, y los centuriones y tribunos; y Burrho, aunque triste y corrido de ver un acto tan vil, no se atrevía á dejarle de loar como los demás. Entonces primeramente fué cuando se escribieron en lista los caballeros romanos llamados augustanos (1), notables todos por su edad juvenil, fuerza y gallardía; parte de los cuales se movieron á ello por ser naturalmente libres y sin vergüenza, y los demás por la esperanza que les daba para engrandecerse el seguir el gusto del príncipe. Todos éstos andaban hundiendo las calles de día y de noche, dando grandes palmadas en señal de regocijo, y celebrando con títulos y nombres divinos la hermosura y voz de Nerón, con que vinieron á hacerse conocer y estimar de todos, más que si toda su vida hubieran resplandecido en ejercicios de virtud.

Mas por que no se publicasen del emperador solamente estas habilidades en juegos y pasatiempos, dió en mostrar afición á componer versos, juntando no sólo á los excelentes de esta profesión, sino á cuantos sabia tener algunos principios de poesía. Á todos éstos hacia

---

(1) Esa tropa, cuyo número se elevó hasta cinco mil, se reclutaba entre el pueblo. Los mejores, si no únicos títulos para entrar en ella, eran la robustez de los pulmones y la sonoridad de la voz. Los jefes recibían cuarenta mil sestercios de paga.

sentar cabe sí, los cuales, tomando los versos que Nerón iba componiendo de repente, y mezclándolos con los que ya ellos traían pensados, los trababan unos con otros y hacían de todos juntos una poesía, supliendo á las palabras en cualquier manera que él las pronunciase; confusión que se echa bien de ver en los mismos versos, flojos, traídos por los cabellos, sin elegancia ó ímpetu poético y, al fin, partos de diferentes entendimientos. Gastaba también parte del tiempo, después de levantadas las mesas, en oír disputas de filósofos, por el gusto que le daba el ver la variedad de sus opiniones, y no faltaban algunos que, aunque profesores de gravedad en el rostro y en la voz, deseaban ser vistos entre los pasatiempos imperiales.

En este mismo tiempo, de una ocasión harto ligera nació una matanza bien grande entre los habitantes de Nocera y de Pompeya, en el juego de gladiadores que se hacía por orden de Livineyo Régulo, aquel que, como dije, fué privado de la dignidad de senador. Porque provocándose estos dos pueblos uno á otro con injurias, por medio de la licencia que se suele tomar la plebe en semejantes concursos, llegaron primero á tirarse piedras y después á menear las armas, prevaleciendo la parte de los pompeyanos, donde se hacía la fiesta. Fueron, pues, llevados á Roma muchos de los nocerinos heridos y estropeados, donde llegaron otros llorando la muerte de sus hijos y de sus padres. Remitió el príncipe el conocimiento de esta causa al Senado, y el Senado á los cónsules; de los cuales, vuelta de nuevo al Senado, se prohibió á los pompeyanos el hacer semejantes juntas por tiempo de diez años, y se deshicieron los colegios que habían instituído contra las leyes. Livineyo y los otros movedores de la revuelta fueron castigados con destierro perpetuo.

Pedio Bleso fué privado de la dignidad senatoria, acusado por los cirenenses de haber violado el tesoro de Esculapio, y que en cierta leva que habia hecho de soldados se habia dejado cohechar con intercesiones y con dineros. Estos mismos cirenenses acusaban también á Acilio Estrabón, á quien envió Claudio con autoridad pretoria á componer las diferencias movidas por las tierras que fueron del rey Apión (1); las cuales, dejadas por él, junto con el reino, al pueblo romano, usurpaban mucha parte de ellas los confrontantes, fundados en una larga, aunque tiránica posesión, con la misma porfía que si las poseyeran con buen título. Y así, por haber sentenciado contra ellos Estrabón, cobraron gran aborrecimiento al juez, y el Senado respondió que no teniendo noticia de las comisiones que Estrabón habia recibido de Claudio, era fuerza consultarlo con el príncipe. El cual, sin embargo que aprobó la sentencia, escribió que con todo eso queria ayudar á los confederados, y que les hacia merced de los que ya ellos se habian usurpado.

Poco después murieron Domicio Afro y Marco Servilio, varones ilustres que en su tiempo florecieron, alcanzando los supremos honores y singular elocuencia. Domicio fué famoso en defender causas en público; Servilio se acreditó siguiendo largo tiempo el foro, y después escribiendo los sucesos de Roma; vivió una vida llena de gentileza y aseo, con que acrecentó su renombre, y así como igualó en el ingenio á Domicio, asimismo fué muy diferente de él en las costumbres.

Siendo cónsules la cuarta vez Nerón y Cornelio Coso,

---

(1) Descendiente de los Lagidas. Fué el último soberano de esa parte de la Libia, en la cual habia las ciudades de Berenice, Tolemaida y Cirene, pues legó sus Estados al pueblo romano en el año 660 de Roma.

se instituyeron en Roma los juegos quinquenales (1) á la usanza de los combates griegos. De esto se hablaba variamente en el pueblo, como siempre sucede en las cosas nuevas. Porque algunos decian «que Gneo Pompeyo habia sido también culpado por los antiguos, porque hizo el teatro de asiento y firme; porque antes, para semejantes juegos se solian hacer los asientos y gradas en la ocasión, y pasada la fiesta se deshacian, y que si se traian á la memoria con tiempos más antiguos, se hallaría que acostumbraba el pueblo á mirar los espectáculos en pie, teniendo consideración á que si se sentaban gastarían todos los días floja y ociosamente. Mas que con no observarse después el estilo antiguo, jamás se ha visto que los pretores en las fiestas que se celebraban hubiesen obligado á ciudadano alguno no sólo á entrar en ellas, pero tampoco á mirarlas. En lo demás, decían éstos, desusadas poco á poco las costumbres de la patria, se acaban de arruinar del todo con los vicios que se traen de fuera; tal, que ya se ve en nuestra ciudad cuanto puede corromper y ser corrompido, y nuestra juventud, degenerando de su antigua nobleza, anda desalentada por los ejercicios extranjeros, cursando las escuelas de las luchas, profesando una vida ociosa, amores torpes y, lo que es peor, dando por autores de ello al príncipe y al Senado, y no se engañan; pues no sólo permiten estos vicios, pero fuerzan á que se hagan, obligando á los principales de Roma á que, so color de recitar oraciones y poesías, manchen sus honras entrando

---

(1) Existen monedas de Nerón en las que se ve una mesa con corona y una paldera con esta inscripción: CERTA. QVINQ. ROM. CONS., ó sea: *Certamen quinquennale Romæ constituit*. Lipsio, de quien es esta nota, presume que Nerón tomó la idea de estos juegos de los napolitanos, los cuales los habian instituido en honor de Augusto.—(Nota de la E. E.)



en el tablado; con que no les falta ya sino desnudarse en carnes, embrazar los cestos (1) y estudiar las tretas de este vil ejercicio, en vez de la milicia y de las armas. ¿Aprenderán con esto por ventura la ciencia de los agüeros, la forma de guiar las decurias de los caballeros, el oficio noble del jugar, ó basta para todo ello el entender bien los quebrados de la música y admirar la dulzura de los instrumentos y suavidad de las voces? Y por remate, por que no quède momento de tiempo que dar á la vergüenza y al recato, han añadido las noches á los días, á fin de que en aquella confusa mezcla de gente todo atrevido y desvergonzado, con la comodidad de la noche, pueda poner las manos en lo que apeteció de día».

Agradaba en contrario á muchos aquella libertad; mas no atreviéndose á alabarla descubiertamente, la cubrían con honestos títulos, diciendo «que tampoco los antiguos, según la fortuna de entonces, aborrecieron el gusto de semejantes juegos y espectáculos, en cuya prueba fueron ellos los que hicieron venir de Toscana los representantes llamados histriones; de los turios los combates de á caballo (2), y después de conquistadas

---

(1) Dábase este nombre á una especie de manoplas que se usaban para el pugilato y que consistían en correas que se ataban alrededor de las manos y de los puños y que subían á veces hasta los codos, armadas de pedazos de plomo ó de clavos de metal.

(2) También dice Livio, libro I, 31, que el juego de caballos trae su origen de los tuscos: *Ludicrum fuit*, etc., y siendo antiquísimo en Roma este certamen, apenas se puede creer que hubiera venido de países tan distantes, particularmente cuando la Grecia Magna y toda aquella región en que estaban situados los turios no era tan conocida de los romanos, y esto le movió á Lipsio á separarse de Tácito, dando á entender que los turios eran vecinos de los tarentinos, vencidos por éstos, según cuenta Estrabón, los cuales tenían un lugar llamado Sibaris, célebre

Asia y Acaya, habían celebrado los juegos públicos con mayor aparato y curiosidad, sin que por esto se hubiese visto ningún hombre de calidad tan poco cuidadoso de su honra que se atreviese á mezclarse en los ejercicios del teatro en doscientos años que habían pasado desde el triunfo de Lucio Mummio, que fué el primero que dió á los romanos este linaje de entretenimientos; que el teatro perpetuo se había hecho por ahorrar el gasto de levantarle y edificarle cada año; que no se consumían por esto las haciendas propias de los magistrados, ni se daba ocasión al pueblo de pedir los combates al uso griego, haciéndose todo á costa de la República; que las victorias de los oradores y poetas servían de despertar los ingenios de la juventud; que á ninguno, por grande que sea el cargo de su judicatura, debe ser desagradable el acomodar los oídos á los ejercicios honestos y pasatiempos permitidos; que aquellas pocas noches que cada cinco años se conceden, en las cuales con tantas luces no se puede encubrir cosa ilícita, eran más para recrear los ánimos que para iniciar á vicio y disolución». Y á la verdad pasaron estas fiestas sin alguna notable honestidad, ni el pueblo anduvo demasiado en sus competencias; porque aunque volvieron á salir al tablado los pantomimos, se les prohibió el intervenir en las contiendas sagradas. Ninguno llevó el premio de la elocuencia; sólo á César declararon por vencedor; y entonces se dejaron de traer vestidos á la usanza de los griegos que habían usado muchos aquellos días.

Pareció en estos mismos días un cometa de los cuales tiene por opinión el vulgo que pronostican mudanza de rey. Y así, como si hubieran acabado con Nerón, no se

---

por su amenidad. Augusto condujo allí una colonia y tropas.—  
(Nota de la E. E.)

discurría sino sobre quién sería bueno para emperador; celebrando todos á una voz á Rubelio Plauto, que por parte de madre descendía de la familia Julia. Vivía éste á lo antiguo, y deleitábase en vestir un traje grave y severo y de tener su casa llena de castidad y apartada de conversaciones. Y cuanto más encogido le tenía el miedo, en tanta mayor estima se conservaba su reputación. Aumentó este rumor otra interpretación no menos vana que se hizo de un rayo; porque estando Nerón comiendo junto á los estanques Simbruinos en una casa de placer llamada Sublaco (1), tocó á las viandas y derribó las mesas. Y porque fué en los confines del Tívoli, donde Plauto tenía su origen de parte de padre, creían que le destinaban los dioses la grandeza del Imperio. Y de hecho comenzaron á favorecerle muchos que por una desordenada ambición, las más veces engañosa y falsa, suelen irse tras las cosas nuevas y peligrosas. Turbado de esto Nerón, escribió á Plauto «que mirase por sí y procurase apartarse de los que con malignidad le infamaban. Y que, pues tenía en Asia muchas posesiones heredadas de sus abuelos, podía pasar allá seguramente y sin cuidado su juventud»; y así, con su mujer Antistia y algunos pocos de sus familiares se retiró á aquellas partes. En estos días, el desordenado deseo que tenía Nerón de satisfacer en todo sus apetitos, le ocasionó vituperio y peligro grande; porque habiendo entrado á nadar en la fuente del agua Marciana (2), que se había

---

(1) Tácito hace mención de los montes Simbruinos en el libro XI, 13. Plinio, III, 17 (12) habla de tres lagos muy deliciosos formados por el Anio ó Teverón, que han dado nombre al sitio llamado *Sublaqueum*.

(2) Era uno de los más célebres acueductos de la antigua Roma. Plinio, XXXI, 3, le supone construido por el rey Anco Marcio, y dice que fué restaurado por el pretor Q. Marcio Rex, y más tarde por Agripa. Pero lo más probable es que Quinto

traído á la ciudad, parecía que con haberse lavado en ella se hubiesen profanado aquellas sacras bebidas y la religión de aquel lugar; con que, sobreviniéndole una enfermedad muy peligrosa, se atribuía la causa de ella á la ira de los dioses por aquel desacato.

Corbulón, después de haber destruído la ciudad de Artajata, pareciéndole á propósito el valerse de aquel terror para apoderarse de Tigranocerta, con cuya ruina se acabaría de amedrentar el enemigo, ó perdonándola ganaría él para sí fama de clemente, caminó la vuelta de allá con su ejército, no dando muestras de enojo con hacer daño en la tierra, por no quitarle la esperanza de perdón, ni yendo tampoco sin su acostumbrada vigilancia; teniendo bastante noticia de la poca firmeza de aquella gente, y de que así como era vil en los peligros, asimismo era infiel en viendo la ocasión. Los bárbaros, según la inclinación y naturaleza de cada uno, cuáles se iban entregando voluntariamente, y cuáles desamparaban los lugares retirándose á sitios fuertes y montuosos. Y hubo muchos que con sus mujeres y cosas de más estima se escondieron en cuevas. Y asimismo el capitán romano procedía diversamente con ellos, mostrándose piadoso con los humildes, diligente con los fugitivos, y con los que buscaban escondrijos fiero y cruel, abrasándolos dentro con hinchir las bocas y respiraderos de las cuevas de fajina y sarmientos encendidos. Al pasar por los confines de los mardos (1) le acometió aquella gente,

---

Marcio lo mandase construir, siendo pretor, en el año 608 de Roma, y que su sobrenombre de *Rex* por un lado, y por otro la vanidad romana bastaron para acreditar la opinión contraria. Todavía se ven en Roma imponentes ruinas de ese magnífico acueducto.

(1) Según Anquetil Duperron, era un pueblo pastor que habitaba primitivamente al este del mar Caspio, y que á consecuencia de emigraciones totales ó parciales, se estableció suce-

acostumbrada á robar á los caminantes y á retirarse luego, tomando por guardia la aspereza de los montes. Á estos destruyó Corbulón, echándoles en su tierra á los iberos; con que á costa de sangre extranjera castigó la temeridad de los enemigos.

Pero él y su ejército, aunque no recibieron daño por las armas, no dejaron de padecer muchos trabajos por falta de vituallas; tal, que cuando por buena suerte hallaban algún ganado, eran forzados á matar la hambre con carne sola. Añadiase la gran falta de agua y ardor del estío. Mas todo esto y el fastidio de tan larga jornada no era posible mitigarse con otra cosa que con la paciencia del general y el verle sufrir más incomodidades y trabajos que al menor soldado. Con esto llegaron al fin á tierras cultivadas, donde segaron los panes; y de dos castillos donde se habían retirado los armenios, tomaron el uno al primer asalto, y el otro, que hizo resistencia, se hubo de rendir con cerco. Pasados de allí á las tierras de los tauranicios, escapó Corbulón de un notable y no antevisto peligro; porque no lejos de su tienda fué hallado un bárbaro con armas, persona de alguna cuenta entre ellos; el cual, examinado con tormentos, confesó la orden de la traición, el modo con que pensaban ejecutarla y los cómplices de que él era cabeza; y después de convencidos, fueron castigados los que con fingidas muestras de amistad tramaban la maldad. Poco después llegaron los diputados de Tigranocerta ofreciendo las llaves de su ciudad, y el pueblo pronto á obe-

---

sivamente en la Carmania desierta, en las puertas Caspias, en la Media Atropatene, al norte del Euxino, y que al través de la ruina de los imperios y bajo las dominaciones de los persas, de los griegos, de los partos y de los romanos, supo, á favor de su vida nómada y de sus costumbres salvajes, conservar su nacionalidad é independencia.

decer al capitán romano, á quien en señal de que le admitirían en fiel hospedaje, le presentaron una corona de oro. Recibióla Corbulón, y con grande honra á los diputados, despachándolos seguros de que no quitarían privilegio alguno á la ciudad para que con mayor prontitud se conservasen enteros en su obediencia.

Mas entrando en ella, no fué posible ganar sin batalla el castillo real, donde se había recogido la juventud feroz con intento de defenderle; la cual, atreviéndose á salir á pelear fuera de los reparos, rechazados al principio valerosamente, cedieron al fin á los asaltos. Sucedian todas estas cosas con tanta facilidad por hallarse los partos ocupados en la guerra con los hircanos; los cuales habían enviado embajadores al príncipe pidiéndole que los admitiese en su confederación, alabándose de que por prendas de esta amistad inquietaban y entretenían á Vologeso. Y volviendo ya estos embajadores de Roma, Corbulón, porque pasado el Éufrates no cayese en manos de las guardias que allí tenia el enemigo, los hizo acompañar de buena escolta hasta las orillas del mar Bermejo (1), desde donde, procurando apartarse de los confines de los partos, volvieron finalmente á su patria.

Y habiéndose sabido que entraba Tiridates por las tierras de los medos, en los últimos limites de Armenia, enviado delante al legado Verulano con la gente de socorro, siguiéndole Corbulón con las legiones á diligencia, le forzó á retirarse bien lejos y á dejar los pensamientos de la guerra. Estaba Corbulón comenzando á dar á saco la tierra y destruyendo á fuego y sangre todas las que había visto que nos eran contrarias y seguían

---

(1) Los antiguos comprendían bajo este nombre no sólo los golfos Arábigo y Pérsico, sino hasta una parte del mar de las Indias.

la voz del rey, y, finalmente, tomando la posesión de Armenia y usando de ella como de cosa propia, cuando llegó elegido por Nerón para el dominio de aquel reino Tigranes, nieto del rey Archelao, de la nobleza de Capadocia, aunque por haber estado en Roma muchos años en rehenes, había abatido su ánimo hasta mostrar una paciencia servil. Éste no fué recibido con gusto de todos, durando todavía la afección en algunos para con los del linaje Arsacida; sin embargo, aborreciendo los más la soberbia de los partos, querían antes el rey dado por los romanos. Añadiósele á Tigranes un presidio de mil legionarios, tres cohortes auxiliares y dos bandas de caballos. Y por que más fácilmente pudiesen defender el nuevo reino, se ordenó á Trasipoli, Aristobulo y Antíoco que cada uno por su parte confinante, cuando fuese necesario, acudiese á su defensa. Tras esto, sucediendo la muerte de Ummidio, legado de Siria, se dió aquella provincia á Corbulón, para donde se partió.

En aquel año Laodicea, una de las más ilustres ciudades de Asia, arruinada en un terremoto, se restauró con sus propias riquezas, sin ayuda ni socorro nuestro. Y en Italia la antigua ciudad de Puzol alcanzó de Nerón el privilegio y nombre de colonia (1). Los veteranos

---

(1) ¿Alcanzaron los puteolos el derecho de colonia? Este lugar, según dicen Livio y Veleyo, había mucho tiempo que gozaba de este derecho, y comenzó esta colonia de los puteolos á los 560 años de la fundación de Roma, siendo cónsules P. Scipión Africano y Tit. Sempronio; lo confirman algunas inscripciones, y entre ellas la siguiente, que dice:

AB COLONIA. DEDUCTA.  
ANNO. XC.  
ET ÆDILIS. COLON. PUTEOLANORUM.  
ET GENIO. COLONIAE. PUTEOLANORUM.

No desagrada á Lipsio el parecer de Pighi, que lee: *Puteoli nonum jus coloniarum*. — (Nota de la E. E.)



señalados para poblar en Tarento y en Antio no suplieron la falta que había de moradores, habiéndose huído muchos á las provincias donde habían militado, y muchos, no acostumbrados al matrimonio (1) ni á criar los hijos, dejaban las casas yermas y sin sucesión; porque no se juntaban ya para fundar una colonia, como antes solian las legiones enteras con tribunos, centuriones y con todas las órdenes militares, para que, unidos y aficionados entre sí, formasen una república; sino de diversas escuadras, sin conocerse unos á otros, sin cabezas, sin amor recíproco, los juntaban repentinamente como si fueran hombres de otro mundo; tal, que con razón se podía llamar antes muchedumbre que colonia.

Puso orden el príncipe en las elecciones de pretores, que se acostumbraban hacer á voluntad del Senado; y esto á causa de las grandes negociaciones, favores y sobornos con que se hacían, dando el gobierno de tres legiones á tres de aquellos pretendientes que excedían

---

(1) Antes del emperador Severo, el soldado romano no podía contraer el *conjugium* ó matrimonio, según las leyes romanas, que tan sólo podía verificarse entre un ciudadano y una ciudadana, y que era el único por el cual se transmitían á los hijos los títulos y los derechos de sus padres. Permitíase con todo á los soldados una especie de unión, llamada *matrimonium*, acaso porque los hijos que de él nacían no tenían más estado que el de la madre, *matris*. A esas mujeres se les llamaba, sin embargo, *Uxores*, esposas, y el soldado podía tenerlas en los diferentes países donde servía, y como los hijos que de ellas nacían no podían ser ciudadanos, sino que permanecían extranjeros ó esclavos, sus padres no se tomaban el trabajo de mantenerlos (*neque liberis aliendis sueti*), sino que los abandonaban ó vendían. El abate Brotier menciona dos licencias otorgadas, la una por Galba y la otra por Domiciano, á dos soldados extranjeros que habían servido con distinción por espacio de veinticinco años, en las cuales se ve que, al darles el título de ciudadanos para ellos y sus descendientes, se les concedía como una recompensa el *conjugium romanum* con las esposas con que estaban unidos al recibir la licencia. Si tenían muchas, no se autorizaba el matrimonio más que con una.

el número de las plazas vacas. Aumentó también la dignidad de los senadores, mandando que los que apelasen de los jueces particulares al Senado corriesen riesgo de pagar la misma cantidad de dinero que solían pagar los que apelaban al emperador; porque antes era esta apelación libre y sin pena alguna. Al fin de este año Vivio Secundo, caballero romano, acusado de los mauritanos, fué condenado por la ley de residencia y desterrado de Italia, valiéndole, para no llevar mayor pena, el favor de su hermano Vivio Crispo.

En el consulado de Cesonio Peto y Petronio Turpiliano recibieron los romanos una gran rota en Inglaterra, donde, como tengo dicho, no había el legado Avito hecho otra cosa que conservar lo ganado; y á su sucesor Veranio, habiendo con ligeras correrías saqueado las tierras de los silures, le atajó la muerte los progresos de la guerra; hombre tenido, mientras vivió, por famoso en severidad y entereza; mas, por lo que se coligió después de las últimas palabras de su testamento, muy ambicioso. Porque después de largas lisonjas para con Nerón, añadía «que si le durara la vida dos años más, le hubiera acabado de sojuzgar aquella provincia». Gobernaba entonces á Inglaterra Paulino Suetonio, en ciencia militar y en fama con el pueblo, que no deja ninguno sin darle competidor, igual á Corbulón; y deseaba, con domar á aquellos rebeldes, igualar la gloria de haber el otro recuperado el reino de Armenia. Y así, resuelto en acometer la isla de Mona (1), llena de valerosos pobladores y receptáculo de fugitivos, hizo fabricar naves chatas, respecto al poco fondo y mal seguro de aquel

---

(1) Existen dos islas de este nombre, una de que habla César, y es la llamada en el día *Man*, y otra, que es la mencionada en este pasaje por Tácito, y corresponde á la que es conocida con el nombre de *Anglessey*.

mar, para con ellas pasar la infantería. Siguiendo, pues, los caballos por aquellos bajos, y donde hallaban las aguas altas nadando, pasaron á la isla.

Estaban los enemigos á la lengua del agua en varios escuadrones espesos de hombres y de armas, corriendo entre ellos mujeres con el cabello suelto, en hábito fúnebre, como se suelen pintar las furias infernales, con hachas encendidas en las manos. Y los druidas, dando vueltas alrededor de los suyos, alzaban las manos al cielo, concitando con horribles imprecaciones la ira de los dioses contra los soldados romanos; los cuales, con la novedad de aquellos aspectos, quedaron al principio tan asombrados, que casi con los cuerpos y miembros pasados, y sin movimiento ni defensa, se ofrecían á las heridas enemigas. Mas animándolos el general, avergonzándose unos de otros para no temer á un ejército mujeril ni á vanos asombros, pasan adelante con las banderas, y embistiendo á los que hacían resistencia, los envuelven en sus mismos fuegos. Puso tras esto Paulino buena guarnición en los lugares vencidos, y mandó talar aquellos bosques consagrados con crueles supersticiones; porque tenían por cosa lícita sacrificar allí los cautivos, bañar con su sangre los altares y consultar á los dioses por medio de las entrañas humanas. Mientras Suetonio Paulino andaba ocupado en esta empresa, tuvo aviso de una repentina rebelión de la provincia.

Prasutago, rey de los icenos, muy esclarecidos por sus grandes riquezas, había en su testamento dejado por herederos á César y á dos hijas suyas, pareciéndole que con esta demostración de amor para con el príncipe aseguraba el reino y su casa de toda injuria. Mas salióle tan al revés, que por esta misma causa los centuriones destruyeron el reino, y los esclavos saquearon su casa como si fueran despojos de enemigos. Y antes de esto,

la reina Boudicea, su mujer, había sido azotada y violadas sus hijas. Y como si de toda aquella región se hubiera hecho un presente á los romanos, fueron despojados los principales icenos de sus antiguas posesiones, y los parientes del rey puestos en el número de los esclavos. Movidos, pues, con estas afrentas, temerosos de otras mayores, y viéndose ya reducidos á sujeción en forma de provincia, arrebatan las armas después de haber incitado á la rebelión á los trinobantes (1) y á otros pueblos no habituados aún á la servidumbre, y en sus secretas juntas jurado de comprar la libertad con la vida; mostrando particular aborrecimiento á los soldados veteranos, porque llevados poco antes á poblar la colonia de Camaloduno, los echaban de sus casas, les quitaban sus heredades y posesiones, llamándoles cautivos y esclavos. Favorecían también los demás soldados la insolencia de los veteranos jubilados, por la conformidad de la vida y por la esperanza de tener la misma licencia. A más de esto, el templo poco antes edificado en honra del divo Claudio era mirado de ellos como por una señal y muestra de nuestro perpetuo dominio; y los sacerdotes señalados para servicio del mismo templo, so color de religión, les consumían todos sus bienes. Y no les parecía cosa dificultosa á los ingleses el apoderarse de una colonia mal fortificada; habiendo nuestros capitanes faltado en esto, mientras pensaron antes en la amenidad del sitio que en la necesidad que se les podía ofrecer de defenderse.

Entre otras cosas, en Camaloduno cayó una estatua que allí había de la Victoria, sin ninguna causa apa-

---

(1) Pueblo situado al norte del Támesis, cuya capital era Londinum (Londres), y que ocupaba lo que son actualmente los condades de Middlesey y Essex.

rente, vuelta con el rostro en contrario de donde podía venir el enemigo, como cediendo y dándole lugar; y las mujeres, llevadas de un furor desatinado, cantaban que estaba ya cerca la destrucción de aquellos pesados huéspedes. Y el ruido y bramidos espantosos que se oyeron en las casas del ayuntamiento, el eco de terribles aullidos en el teatro, y cierta visión ó fantasma (1) que se vió en el reflujó del mar, amenazando la total destrucción de aquella colonia. Tras esto, el ver al Océano de color de sangre, y las figuras como de cuerpos humanos que iba dejando impresas en la arena el agua á su menguante, así como los ingleses lo tomaban por buen agüero, asimismo causaban en los veteranos particular terror. Mas porque Suetonio se hallaba lejos, pidieron socorro á Cato Deciano, procurador de la provincia, el cual les envió solamente doscientos hombres mal armados; y en la colonia habia pocos soldados, asegurados, á su parecer, con la fortaleza del templo; aunque por estorbarlo, los que se entendían secretamente con los rebeldes, no abrieron fosos, no levantaron trincheras, ni acabaron de resolverse en descargarse de la gente inútil y quedarse solamente con la juventud para resistir con ellos al enemigo. Estando, pues, así desproveídos y descuidados como en tiempo de paz, los rodea, acomete y entra de improviso una gran multitud de bárbaros, y en aquel primer ímpetu fué saqueado y abrasado todo. El templo donde se retiraron los soldados se tomó por asalto con sola la resistencia de dos días. Los ingleses, victoriosos, saliendo al encuentro á Petilio Cerial,

---

(1) Aquí el traductor se separa del original, sin que gane claridad este pasaje. Tácito dice que se vió en el Támesis la *imagen de una colonia destruída (speciem subersæ coloniæ)*, y que esta visión, unida á los demás prodigios, eran motivos de esperanza para los bretones y de temor para los veteranos.

legado de la novena legión, que venía en socorro de los romanos, rompieron la legión y degollaron toda la infantería, salvándose Cerial con los caballos dentro de los alojamientos por beneficio de las trincheras. Atemorizado de esta rota el procurador Cato, y del aborrecimiento concebido contra él por toda la provincia, á quien su avaricia habia hecho tomar las armas, se retiró á la Galia.

Mas Suetonio, con maravillosa constancia, pasando por medio de los enemigos, llegó con la gente á Londres, lugar no ennoblecido con el nombre de colonia, aunque harto célebre por el concurso de mercaderes y por la abundancia de mantenimientos; donde estando en duda si haría allí el asiento de la guerra, considerado el poco número de soldados con que se hallaba y escarmentado en el suceso que tuvo la temeridad de Petilio, determinó de salvar las demás cosas con daño de una sola ciudad, y sin dejarse vencer de lamentos y llantos de los que le pedian ayuda, dió la señal de marchar, no rehusando de recibir en el ejército á todos los que le quisieron seguir. La gente inútil por sexo ó por edad, ó los que detenidos por la dulzura y afición de la tierra se quedaron en Londres, murieron á manos del enemigo. En la misma calamidad cayó el municipio verulamio; porque los bárbaros, dejando los castillos y tierras donde había gente de presidio, saquearon los lugares más ricos, y puesta en salvo la presa, iban alegres la vuelta de los otros más insignes. Es cosa cierta que en los dichos lugares murieron setenta mil personas entre ciudadanos y confederados, que no habiéndose usado entonces el tomar en prisión, vender ó rescatar los presos, no se puso en práctica ningún otro género de contratación de buena guerra; todo era muertes, tormentos, fuegos y cruces, y anteviendo que habian de padecer el

mismo castigo, vengaron las injurias hechas y por hacer.

Ya Suetonio, entre la legión décimacuarta, los jubilados de la veintena y los socorros de los lugares vecinos, tenía juntos al pie de diez mil soldados, cuando se resolvió á no diferir más el dar la batalla, habiendo escogido un puesto con la entrada estrecha y cerrado por los costados de bosque, seguro de que el enemigo no le podía acometer sino por la frente y que la campaña rasa quitaba toda sospecha de emboscadas. Formando, pues, un escuadrón de los legionarios, le rodeó de la gente armada á la ligera, poniendo en alas la caballería. Pero la gente inglesa iba por toda la campaña á escuadras y á tropas saltando y haciendo fiesta; no se vió jamás junto tan gran número de esta gente, y venía con ánimo tan feroz, que para tener testigos de la victoria, traían consigo á sus mujeres en carros, que pusieron de retaguardia en lo llano.

Y Boudicea en el suyo, llevando consigo á sus hijas, según se iba acercando á las escuadras de aquellas naciones, les decía: «Que no era cosa nueva á los britanos pelear debajo del gobierno de mujeres; mas que, sin embargo, quería ella entonces proceder, no como descendiente de tan famosos y ricos progenitores, sino vengar como una de las demás mujeres del vulgo la libertad perdida, el cuerpo molido á azotes y la virginidad quitada á sus pobres hijas; habiendo pasado tan adelante los apetitos desordenados de los romanos, que ni á los cuerpos, ni á la vejez, ni á la virginidad perdonaban, violándolo y contaminándolo todo. Mas que los dioses favorecían más á las venganzas justas, como lo mostraba bien la legión degollada que se atrevió á pelear. Los demás—decía ella—, ó escondidos en sus alojamientos, ó buscando caminos por donde huirse, no sufrían el estruendo y vocería de tanto número de soldados, cuanto



y más el impetu y las manos. Vosotros, si consideráis bien la cantidad de la gente de ambas partes y las causas de la guerra, haréis resolución de vencer ó morir en esta batalla; las mujeres, á lo menos, hecha tenemos esta cuenta. Vivan los varones, si quieren, en perpetua servidumbre.»

No callaba Suetonio en tan gran peligro; el cual, aunque confiaba mucho en el valor de sus soldados, no por eso dejaba de mezclar exhortaciones y ruegos, incitándolos á que «menospreciasen las vanas y resonantes amenazas de aquellos bárbaros; mostrándoles como había entre ellos mayor número de mujeres que de juventud; que era gente vil, desarmada y muchas veces vencida. Cederán sin duda—decía él— en viendo las armas y el valor de los vencedores. Hasta en los ejércitos de muchas legiones son pocos los que desbaratan al enemigo, y nosotros añadiremos esto más á nuestra gloria, si con este poco número que somos ganamos fama como de ejército entero. Advirtióles que procurasen ir bien cerrados, y de que en habiendo arrojado los dardos, continuasen la matanza con las espadas, cubriéndose bien con los escudos, sin acordarse de la presa, pues ganada la victoria había de ser todo suyo». Seguía á las palabras del capitán tal ardor en la gente y estaban tan apercebidos y dispuestos á arrojar los dardos aquellos soldados viejos y experimentados en tantas peleas, que Suetonio, seguro de tener buen suceso, dió al punto la señal de la batalla.

Estuvo firme al principio la legión, teniendo en lugar de reparo la estructura del puesto; mas después que llegados los enemigos á tiro de dardo hubieron los nuestros gastado, y no en vano, todas sus armas arrojadizas, cerraron impetuosamente en escuadrón apiñado. No fué menor el impetu con que embistió la gente de soco-

rro, y la caballería con las lanzas en ristre, rompe y atropella cuanto topa y le hace resistencia. Volvieron los demás las espaldas, aunque podían escapar con dificultad, habiéndose ellos mismos cerrado el paso con sus propios carros. No se abstuvieron los nuestros de matar hasta las mujeres, y los caballos, atravesados con nuestros dardos, hacían mayor el número de los cuerpos muertos. Grande y esclarecida gloria fué la que se ganó este día, digna de compararse á las antiguas y más nobles victorias; porque hay quien escribe que con la pérdida sola de cuatrocientos de los nuestros y de pocos más heridos, quedaron en el campo degollados al pie de ochenta mil ingleses. Boudicea acabó su vida con veneno, y Penio Postumo, prefecto del campo de la segunda legión, viendo el suceso próspero de las legiones catorce y veinte, por haber defraudado de la misma honra á los de la suya, no habiendo, contra las órdenes militares, cumplido las que le dió el general, se atravesó el pecho con su propia espada.

Recogido después todo el ejército, se tuvo debajo de tiendas con intento de fenecer la guerra, aumentando César las fuerzas de él con enviar de Germania dos mil legionarios, ocho cohortes de auxiliares y mil caballos, con cuya venida se rehizo de legionarios la novena legión; las cohortes y bandas de caballos se pusieron en nuevos alojamientos, con orden de hacer la guerra á fuego y á sangre á todos los pueblos que en aquellos tumultos habían sido contrarios ó neutrales. Mas ninguna cosa les afligía tanto como la hambre, habiendo, por acudir chicos y grandes á la guerra, olvidado del todo el uso de cultivar y sembrar los campos, fiados en que no les podían faltar nuestras vituallas; gente feroz y de las que con dificultad se inclinan á la paz. Desayudaba también Julio Glasicano, enviado por sucesor de Cato,

mostrándose enemigo de Suetonio y haciendo poco caso del bien público, á trueque de fomentar sus pasiones particulares. Éste echó voz que convenía esperar al nuevo legado, el cual, sin ira de enemigo ni soberbia de vencedor, trataría con clemencia á los que se nos fuesen rindiendo. Escribía á más de esto á Roma que no esperasen el fin de aquella guerra si no se enviaba sucesor á Suetonio; atribuyendo todos los sucesos adversos á sus maldades, y los prósperos á la fortuna de la República.

Y así se envió á Policleto, uno de los libertos de César, con orden de visitar el estado en que estaban las cosas en Inglaterra, con gran esperanza de Nerón de que con la autoridad de éste no solamente se pacificarían el legado y el procurador, mas que sería posible inclinar los ánimos fieros de aquellos bárbaros á la paz. Y no faltó por su parte Policleto en atemorizar hasta nuestros propios soldados, pasada la mar, después de haberse mostrado cargoso y molesto á Italia y Francia con su terrible y soberbio acompañamiento. Mas á los enemigos todo aquello era ocasión de burla y escarnio; entre los cuales, viviendo aún el nombre de libertad y menospreciando la grandeza y poder de los libertos, se esparitaban de ver que el general y el ejército victorioso en una guerra tan importante se consolaban de obedecer á esclavos. Refiriéronse con todo esto al emperador estas cosas más blandamente de lo que pasaban, y Suetonio continuó en el gobierno de la provincia; al cual, porque después perdió en aquellas costas algunas galeras con toda la chusma, se le ordenó, como si todavía durara la guerra, que entregase el ejército á Petronio Turpiliano, que acababa de dejar el consulado. Éste, sin provocar al enemigo ni ser provocado de él, honró á su ociosidad floja y perezosa con honesto nombre de paz.

En este año se cometieron en Roma dos notables maldades, una por atrevimiento de un senador, y otra por osadía de un esclavo. Domicio Balbo, varón pretorio, por hallarse viejo, sin hijos y con mucho dinero, vivía sujeto á mil asechanzas; en cuya prueba, Valerio Fabiano, pariente suyo, nombrado ya para ejercer oficios públicos, hizo en su nombre un testamento falso, acompañándose de Vinicio Rufino y Terencio Leontino, caballeros romanos, los cuales añadieron á Antonio Primo y á Asinio Marcelo; Antonio, atrevido y pronto, y Marcelo, ilustre por la fama de su bisabuelo Asinio Polión, ni por sus costumbres era digno de menosprecio, salvo en tener á la pobreza por el mayor mal de los males. De éstos, pues, y de otros de menos renombre se sirvió Fabiano para autenticar el testamento; de que al fin, convencido en el Senado, fueron Fabiano, Antonio, Rufino y Terencio condenados en virtud de la ley Cornelia. Marcelo, por la memoria de sus antepasados y por los ruegos de César, fué librado de la pena harto más que de la infamia.

Quedó aquel día infamado también Pompeyano Eliano, mancebo que había sido cuestor, como cómplice en el delito con Fabiano, y por eso fué desterrado de Italia y de España, donde había nacido. El mismo castigo se dió á Valerio Pontico por haber denunciado los delinquentes ante el pretor, para que, quitado el conocimiento de la causa al prefecto de la ciudad, primero so color de las leyes, y después usando mal de ellas, se desvaneciese la acusación y se evitase el castigo. Añadióse con esta ocasión un decreto del Senado: «Que cualquiera que comprase ó vendiese su favor para semejantes cosas, fuese castigado con la misma pena que si hubiera sido condenado por público juicio de calumnia.»

No mucho después de este caso, Pedanio Secundo,

pretor de Roma, fué muerto por uno de sus esclavos, ó por haberle negado la libertad después de avenidos en el precio, ó por celos de cierto mozo, no pudiendo sufrir á su amo por competidor; y porque, según la costumbre antigua (1), era menester hacer morir á todos los esclavos del señor que al tiempo de su muerte se hallasen debajo del techo de la misma casa, concurriendo el pueblo á la protección de tantos inocentes, faltó poco que no llegase la cosa á general tumulto y sedición. Había también en el mismo Senado quien favorecía á los que vituperaban tan excesiva severidad; votando los más que no se mudase cosa alguna de lo que antiguamente se acostumbraba. Uno de los cuales, es á saber, Cayo Casio, llegándole la vez de dar su voto, le declaró en esta substancia :

«Muchas veces me he hallado en este lugar, padres conscriptos, cuando se han pedido nuevos decretos del Senado contra los estatutos y leyes de nuestros antecesores, y ninguna se ha hecho por mi parte contradicción, no por poner duda en que se ha proveído en todos los negocios mejor y más justamente por lo pasado, ni en que el mudar las cosas sirve de más que de empeorarlas, sino por no parecer que procuro mi propia estimación mostrando demasiado afecto á las costumbres antiguas. Tras esto no juzgaba por acertado destruir y arruinar nuestra autoridad, tal cual es, con perpetuas contradicciones, procurando guardarla entera para cuando lo

---

(1) En tiempo de la República libre hubo este uso, como se prueba de una carta de Servio Sulpicio, que habla de la muerte de Marcelo: *Ego tamem*, etc. Esta rigurosa costumbre antigua se confirmó después por decreto del Senado en tiempo de Augusto y después por el neroniano. Añádase á esto que no se exceptuaban ni las mujeres, como dice más abajo Tácito, y además el rescripto de Adriano.— (*Nota de la E. E.*)

necesitase el servicio público en los casos semejantes al que hoy ha sucedido, habiendo sido muerto un ciudadano consular en su propia casa por traición de sus esclavos, sin que ninguno le haya defendido ni revelado el delito, estando todavía fresca la tinta con que se escribió el decreto del Senado que amenaza á toda la familia en este caso con pena de muerte. Decretad ahora, por Hércules, que no se castigue este delito; veremos á quién defiende su dignidad; si no le ha sido de provecho á Pedanio el ser prefecto de Roma; ¿á quién el número de esclavos, si cuatrocientos que tenía el prefecto no han sido para defenderle? ¿A quién dará ayuda su propia familia, pues ni aun por su mismo temor se mueve á reparar nuestros peligros? Supongamos, como no se avergüenzan de decir algunos, que el homicida ha querido vengar su agravio por haber comprado su libertad con dineros de su patrimonio, ó porque se le quería quitar por fuerza un esclavo heredado de sus abuelos. Concedamos, finalmente, que Pedanio ha sido muerto con razón.

»Quiero ir arguyendo ahora sobre lo que movió á los antiguos legisladores, más sabios, sin duda, que nosotros, á establecer semejante ley, como si tratásemos de establecerla. ¿Paréceos acaso posible que un esclavo se resuelva en matar á su señor sin que primero se le escape alguna amenaza, ni sin que se le oiga alguna palabra desconsiderada? Sea así que haya podido tener encubierta su traición y preparar el cuchillo escondidamente; mas pasar entre las guardias, abrir las puertas de los aposentos, llevar la luz y cometer el homicidio, ¿puedese haber hecho con ignorancia de todos los demás? Suelen antever los esclavos muchos indicios de la maldad que se quiere cometer; los cuales, si una vez no los advierten, podremos vivir solos entre muchos, seguros

entre los malintencionados; y cuando no lo hagan y sea necesario morir, nos servirá de consuelo el saber que ha de ser también vengada nuestra muerte. Nuestros antepasados tuvieron siempre por sospechosos el ingenio y natural de los esclavos, aunque fuesen nacidos en sus propias casas y heredades, por más que se pudiese esperar de ellos que en naciendo habían de recibir y alimentar en sí el amor y afición para con sus señores; pero ahora que recibimos en nuestras casas naciones enteras, y tenemos por esclavos gentes de diversas costumbres, de extrañas religiones, y por ventura de ninguna, ¿con qué podremos refrenar mejor las insolencias de esta canalla que con tenerlos en perpetuo temor? Diránme que forzosamente habían de morir muchos inocentes; pregunto: cuando se diezma un ejército en castigo de haber mostrado vilezas y cobardía, ¿no suele tocar también la suerte á los valerosos? Todo gran ejemplo trae consigo su porción de injusticia en particular, que al fin se recompensa con el provecho público.»

Al parecer de Casio, así como no se atrevió á contradecir ninguno á solas, así también en general se respondían las voces discordantes y confusas de los que tenían compasión al número, á la edad, al sexo y á la inocencia indubitada de muchos. Prevaleció con todo eso la parte que votaba la sentencia de muerte contra todos; aunque no se podía obebecer el mandamiento del Senado, á causa de haberse amontonado gran muchedumbre de pueblo en su defensa, los cuales amenazaban con piedras y con fuego. Entonces César reprendió al pueblo con públicos pregones, é hizo guarnecer de gente de guerra todas las calles por donde habían de pasar los sentenciados. Había votado Cingonio Varrón que también los libertos de la misma casa fuesen desterrados de Italia, mas no lo consintió el príncipe, por no alterar



con la crueldad aquella antigua costumbre á quien no había podido moderar la misericordia.

Ante los mismos cónsules, á instancia de los de la provincia de Bitinia, fué condenado por la ley de residencia Tarpicio Prisco, con gusto grande de los senadores, que se acordaban de cuando él mismo acusó á su procónsul Estilio Tauro. Cobraron este año los tributos de las Galias Quinto Volusio, Sextio Africano y Trebelio Máximo; y mientras los dos primeros, conteniendo entre sí de nobleza, se desdeñan de tener á Trebelio por compañero, le hicieron más estimado que ellos.

Murió este mismo año Memmio Regulo, harto ilustre y esclarecido en autoridad, en fama y en prudencia, cuanto se concedía en aquellos tiempos, obscurecidos por la grandeza del Imperio; tanto, que enfermando Nerón y adulándole los que le estaban cerca con decir «que se acabaría el Imperio si por desgracia muriese Nerón», respondió «que á la República no le faltaría quien la sustentase». Y preguntándole tras esto «que en quién particularmente podían fundar sus esperanzas», añadió «que en Memmio Regulo». Sin embargo, vivió Regulo después de esto defendido de su natural quietud y de no ser su nobleza muy antigua, ni sus riquezas tan grandes que mereciesen ser envidiadas. Dedicó aquel año Nerón el Gimnasio (1), y dió el aceite

---

(1) Dábase el nombre de Gimnasio al edificio público en el cual se formaba á la juventud griega en uno de los ramos de su educación, cual era el que tenía por objeto el desarrollo de las fuerzas físicas por medio de los ejercicios gimnásticos. La disposición de esos edificios, según Vitruvio, que ha destinado á su descripción todo un capítulo de su obra (V. 11), era muy semejante á la de las *Termas* de Roma, que sin duda alguna fueron construídas según el plan de aquéllos. Era costumbre untarse los que luchaban las carnes con aceite, y de ahí el que añade Tácito que Nerón dió el aceite á los senadores y caballeros, siguiendo la costumbre griega.

á los senadores y caballeros, siguiendo la costumbre y facilidad griega.

Hechos cónsules Publio Mario y Lucio Asinio, Antistio, pretor, que, como dije, se gobernó tan mal en el oficio de tribuno del pueblo, compuso algunos versos en vituperio del príncipe, y los publicó en un solemne banquete que se hacía en casa de Ostorio Escapula; poco después fué acusado por la ley de majestad ofendida por Cosuciano Capitón, admitido no mucho antes á la dignidad senatoria por intercesión de Tigelino, su suegro. Creyóse que entonces primeramente se había vuelto á introducir y poner en práctica aquella ley; la cual no fué tanta causa de la ruina de Antistio, cuanto de gloria al emperador, que, condenado Antistio por los senadores, le libró, haciendo que se interpusiese la contradicción de los tribunos. Y aunque examinado Ostorio por testigo afirmaba no haber oído cosa, se dió crédito con todo á los que testificaban lo contrario; y Junio Marcelo, nombrado para cónsul, votó que el reo, desgraduado del oficio de pretor, fuese muerto conforme á la costumbre antigua; y conformándose con él todos los demás, Peto Trasea, después de haber hablado muy en favor de César y reprendido ásperamente á Antistio, dijo «que no convenía en tiempo de un príncipe tan benigno, y sin haber necesidad alguna que obligase al Senado á mostrar rigor, dar al condenado toda la pena merecida por sus culpas; que había ya mucho tiempo que no se hablaba de verdugos ni de lazos, sin que por esto faltasen otras penas ordenadas por las leyes, con las cuales, sin crueldad de los jueces y sin infamia de los tiempos, se podían decretar los castigos; que antes le desterrasen á una isla y le confiscasen los bienes, donde cuanto más le durase la vida infame, tanto más tardaría en salir de su infelicidad y miseria, y entretanto servi-

ría al mundo de un nobilísimo y público ejemplo de clemencia». La libertad de Trasea rompió el servil silencio de los otros; y habiendo el cónsul dado licencia para que se declarasen los votos por discesión, todos se pasaron de su parte, salvo algunos pocos, entre los cuales Aulio Vitelio se mostró prontísimo en la adulación; hombre que de ordinario provocaba con injurias á los mejores, y que no se avergonzaba de callar con quien le mostraba el rostro, como es propio de ánimos viles. Mas los cónsules, no atreviéndose á establecer el decreto del Senado, escribieron de acuerdo á César todo lo que pasaba. Él, suspenso entre la vergüenza y la ira, respondió, finalmente, «que Antistio, sin ser provocado por él con alguna injuria, había dicho grandes oprobios contra su persona, de los cuales, habiendo pedido el castigo ante los senadores, hubiera sido justo castigarle conforme á la gravedad del delito. Pero que así como él no hubiera impedido la severidad y rigor del juicio, así tampoco quería prohibir la moderación; que lo juzgasen como quisiesen, que hasta para absolverle les daba licencia». Leídas en el Senado estas ó semejantes cartas, y siendo claro y manifiesto el enojo del príncipe, no por esto mudaron los cónsules la determinación que tenían hecha, ni Trasea retractó su parecer; parte, por no cargar al príncipe toda la nota y aborrecimiento que podía ocasionar el rigor; los más, seguros con el número de los que habían concurrido con el mismo voto; y Trasea, por su acostumbrada constancia y por no descaecer de la reputación que había ganado.

Por otro delito semejante á éste fué trabajado y afligido Fabricio Veyentón (1), habiendo escrito en ciertos

---

(1) Se cree ser el mismo á quien llama Dión A. Fabricio. Fué

libros, llamados por él Codicilos, cosas muy feas de senadores y de sacerdotes. Añadía el acusador, Talio Gemino, que había vendido las mercedes del príncipe y el derecho de alcanzar honores y oficios públicos, cosa que movió á Nerón á querer ser él mismo juez de esta causa; y habiendo sido convencido Veyentón, le desterró de Italia é hizo quemar todos los libros, que se buscaron y leyeron con gusto y curiosidad mientras no se podían tener sin peligro, hasta que la libertad de tenerlos fué causa de que no se buscasen ni estimasen.

Mas creciendo cada día y haciéndose por momentos mayores los males públicos, iban en contrario faltando al mismo paso los remedios. Acabó sus días Burrho, no se sabe de cierto si de enfermedad ó de veneno. Hacíase conjetura de que murió de enfermedad, porque hinchándosele las agallas poco á poco, y apretándosele el paso al respiradero, le iba faltando el espíritu. Muchos afirmaban que por orden de Nerón, como para aplicarle algún remedio, se le tocó el paladar con licor atosigado, y que Burrho, entendida la maldad, cuando le visitó en su casa el príncipe, le volvió las espaldas sin quererle mirar; y preguntado por él cómo estaba, no respondió sino solas estas palabras: « Bueno estoy. » Dejó Burrho gran deseo de sí en la ciudad por la memoria de sus virtudes y por respeto de la vil inocencia del uno de sus sucesores y de las maldades grandes y adulterios del otro. Porque César, dividido entre dos el cargo de las cohortes pretorias, es á saber, en Fenio Rufo, en gracia del pueblo, en quien era amado porque trataba el manejo de las provisiones universales sin mostrarse intere-

---

también pretor y el que en los juegos del circo sacó los carros tirados por perros en lugar de caballos.—LIPSIO.—Más adelante fué uno de los instrumentos de la tiranía de Domiciano.

sado ni codicioso, y en Sofonio Tigelino (1), amado y favorecido del príncipe por su antigua infamia y deshonestidad y por la semejanza de costumbres. El de mayor autoridad para con César era Tigelino, como persona á quien había escogido por compañero para sus más secretos vicios y deshonestidades. Rufo estaba más bienquisto con el pueblo y con los soldados; cosa que le era de harto daño para conservarse en gracia de Nerón.

La muerte de Burrho echó por tierra la grandeza y poder de Séneca, no teniendo ya para con Nerón las buenas artes, el lugar y fuerzas que antes, habiendo perdido al uno de los dos que le servían como de cabeza y guía, inclinándose él cada día más á los peores. Éstos, pues, con varias acusaciones y calumnias, toman á su cargo el derribar á Séneca, diciendo: «Que no se cansaba jamás de ir aumentando sus grandes riquezas, con exceder de mucho á lo que convenia á persona particular; que procuraba granjear el favor de los ciudadanos; que con la hermosura y regalo de sus jardines y magnificencias de sus palacios y casas de placer, casi se aventajaba al mismo príncipe; que se atribuía á sí solo el loor de la elocuencia, y que se había dado á componer versos después que Nerón había mostrado afición á este ejercicio, como una emulación y competencia suya;

---

(1) Era hijo de un habitante de Agrigento, y había sido desterrado en tiempo de Calígula por crimen de adulterio con Agripina, hermana de este príncipe. (Dión, LIX, 23.) En el escoliástico al verso 155 de la Sát. I de Juvenal se lee que pasó parte de su juventud en el destierro y en la indigencia en Scillacium, en el Brucio (Esquilache, en la Calabria ulterior), donde vivía ejerciendo el oficio de pescador. Cayóle una herencia, con cuyo producto compró pastos en la Apulia y la Calabria (la Pulla y los Abruzos), en los cuales criaba caballos para el circo, y á cuyo comercio debió sus relaciones con Nerón. En las *Historias*, de Tácito, hallarán nuestros lectores el retrato de este personaje y la relación de su muerte. (Tác. I, 72.)

que era contrario público de los gustos del príncipe; que hacía escarnio de su mucha fuerza en regir y gobernar caballos, y se burlaba de su voz las veces que cantaba; todo para que no parezca que hay en la República cosa buena que no sea inventada por Séneca; que era acabada la niñez de Nerón, y que ya entonces se hallaba en la flor y nervio de su juventud; que era tiempo de dejar el maestro, pues de buena razón, debía estar bastantemente instruido con ejemplo y memoria de tan prudentes preceptores como sus pasados.»

Pero Séneca, advertido por algunos en quien todavía quedaba algún rastro de honestidad de que no dormían los malsines, viendo por otra parte que César se apartaba cada día más de su trato y comunicación, pedida y alcanzada audiencia, comenzó así: «Catorce años ha, ¡oh César!, que me arrimé á tus esperanzas, y este que corre es el octavo después que posees el imperio. En este tiempo has multiplicado en mi tantas honras y tantas riquezas, que no le falta otra cosa á mi felicidad para llegar á su colmo que el saberla yo moderar. Serviréme de grandes ejemplos, no de gente de mi fortuna, sino de la tuya. Tu rebisabuelo Augusto concedió á Marco Agripa el poderse retirar á Mitilene, y á Cayo Mecenas el vivir en ociosidad y reposo en esta misma ciudad, como si estuviera en un lugar muy apartado; de los cuales el uno compañero suyo en las guerras y el otro habiendo trabajado mucho por él en Roma, si á la verdad alcanzaron grandes mercedes, fueron sin duda ocasionadas también de grandes servicios; mas yo, ¿qué otra cosa puedo alegar por causa de tu liberalidad, que mis estudios, criados, por decirlo así, en el regalo y á la sombra, de los cuales me ha resultado tanta reputación, que he merecido enseñarte las primeras letras y componer tu juventud, precio excesivo á tan honrado trabajo? Mas

tú hasme hecho mercedes sin medida, hasme dado riquezas sinnúmero, y de tal manera, que cuando retiro á mí el pensamiento, me digo muchas veces á mí mismo: ¿Qué es esto, Séneca? ¿Eres tú aquel cordobés que, aunque nacido de un linaje ordinario de caballeros, te cuentan hoy entre los mayores grandes de Roma? ¿Eres tú aquel cuya moderna nobleza resplandece entre las más ilustres y antiguas de esta ciudad? ¿Dónde está aquel ánimo que solía contentarse con cosas moderadas? No veo sino que adornas jardines, que te recreas en las quintas y casas de placer que has hecho fuera de la ciudad, que gozas de infinitos campos y heredades y, finalmente, que no cesas de amontonar innumerables sumas de dineros. Una sola cosa me puede servir de excusa, y es que no me estaba bien mostrarme porfiado en no recibir tus dádivas.

»Pero ambos á dos habemos hinchido nuestras medidas: tú dándome cuanto un príncipe puede dar á un amigo, y yo recibiendo cuanto un amigo puede recibir de su príncipe. Todas las demás cosas no sirven sino de acrecentar la envidia, la cual, como todas las demás de los mortales, está rendida á los pies de tu grandeza; mas prevaleciendo contra mí solo, yo solo soy el que necesita de remedio. Y de la manera que si me hallara cansado de la milicia ó de algún viaje pidiera ayuda y socorro, asimismo en este camino de la vida, viejo ya é incapaz hasta de muy leves cuidados, no pudiendo sostener más el peso de mis riquezas, pido ayuda y socorro. Manda, señor, que sean administrados por tus procuradores, y que se reciban en cuenta de hacienda tuya, y no me empobreceré por esto; antes, dando de mano á aquellas cosas cuyo resplandor me deslumbra, el tiempo que hasta aquí empleaba en el cuidado de los jardines y de las quintas, emplearé en la recreación del ánimo.



Tienes ya vigor y fuerzas bastantes, y la grandeza de tu imperio está ya muy bien fundada con la posesión de tantos años; con que podemos tus criados más viejos procurar de tu clemencia quietud y reposo, y más habiendo de redundar esto también en gloria tuya, pues verá el mundo que supiste engrandecer á personas que saben contentarse con poco.»

Á estas palabras respondió Nerón casi de esta suerte: «Que yo de repente sepa responder á tu oración estudiada, lo tengo por uno de los mayores dones que de ti he recibido, pues me has enseñado á desembarazarme no sólo de las cosas muy pensadas, pero también de las imprevistas y repentinas. Mi rebisabuelo Augusto concedió á Agripa y á Mecenas el gozar del ocio después de los trabajos; pero estando él con tal edad que podía defenderse su autoridad por sí misma. Por mucho que fué lo que les dió, no se hallará que quitase á ninguno los premios una vez concedidos. Verdad es que los habian merecido en la guerra y en los peligros, ejercicios en que empleó Augusto su mocedad; mas ni á mí tampoco me faltaran tus armas ni tus manos si me empleara en ellos. Pero tú, conforme lo han ido necesitando los tiempos, con la razón, con el consejo y con mil buenas instrucciones, has gobernado primero mi niñez y después mi juventud. Los bienes que de ti he recibido me serán eternos mientras me dure la vida. Los que tienes de mí, conviene saber, dineros, campos, jardines y heredades, son todos sujetos á los accidentes de la fortuna, y aunque parecen muchos, hay muchos también que sin igualárete en virtud ni en ciencia han poseído mucho más. Avergüénzome de nombrarte los libertinos que se ven en Roma mucho más ricos que tú, y más de que siendo Séneca la persona á quien más amo y estimo, no sobrepuje á todos en estado y fortuna.

»Estás todavía en edad robusta, capaz de atender á las cosas del gobierno, y de gozar y poseer el fruto de tus bienes, donde yo apenas hago más que acabar de entrar en el imperio, si no es que te estimas en menos que Vitelio porque fué tres veces cónsul, y á mi me postpones á Claudio; porque no te ha de poder dar mi liberalidad tanto como ha dado á Volusio (1) su continua parsimonia y escasez. Fuera de esto, si en alguna cosa se aparta de lo justo mi juventud resbaladiza, tú me vas á la mano y me reduces á buen camino, templando con tu consejo mi vigor descompuesto y desordenado. Si me restituyes la hacienda que te he dado, no dirá el mundo que lo causa tu modestia, ni si desamparas al príncipe juzgarán que lo haces por descansar; antes se atribuirá, lo primero á mi avaricia, y lo segundo al miedo de mi crueldad. Y cuando bien quede por ese camino alabada tu continencia, no es acción digna de un varón sabio procurar gloria para sí con lo que sabe ha de ocasionar á su amigo infamia y vituperio.» Acompañó estas últimas palabras con mil abrazos y besos, hecho de la naturaleza y habituado del uso á encubrir el aborrecimiento con estas falsas caricias. Séneca le da infinitas gracias; que así se acaban todos los diálogos que se tienen con el que manda. Pero mudando el estilo que solía tener cuando se conservaba en su privanza, prohíbe la muchedumbre de visitas, huye los acompañamientos, dejándose ver raras veces por la ciudad y estándose casi siempre en su casa, como detenido por falta de salud ó por atender á los estudios de Filosofía.

Descompuesto Séneca, fué fácil cosa el derribar también á Rufo Fenio, los que acriminaban en él la amis-

---

(1) Fué el senador más rico de aquellos tiempos. — (Nota del T. E.)

tad que habia tenido con Agripina. Crecia entretanto por momentos la autoridad de Tigelino, el cual, considerando que los infames medios por donde solo se habia alzado con la privanza serian sin duda más aceptos al principe haciéndosele compañero en sus maldades, no cesaba de ir escudriñando con gran atención lo que le causaba sospecha. Y conociendo que Plauto y Sila, Plauto poco antes enviado á Asia, y Sila á la Galia Narbonense, eran principalmente temidos por él, le pone por delante la nobleza de entrambos, «y que el uno estaba cercano á los ejércitos de Oriente, y el otro no lejos de los de Germania. Que él no tenia, como tuvo Burrho, otras esperanzas y otros fines que la salud de Nerón, el cual era verdad que podia con su presencia evitar las asechanzas que se le armasen en Roma; pero ¿cómo evitaría los tumultos apartados? Que las Galias se alborotaban ya con el nombre de dictatorio (1), y que no estaban menos atentos los pueblos de Asia por el esplendor del abuelo Druso (2). Que Sila era pobre, de donde principalmente le procedia el atrevimiento; el cual se fingia medroso y para poco, hasta que llegase la ocasión de poder ejecutar su temeridad. Que Plauto con sus riquezas excesivas, no sólo no fingia deseo de ociosidad, antes se preciaba de imitador de los antiguos romanos, tomada á más de esto la arrogante gravedad de los estoicos, cuya secta hace á los hombres inquietos y deseosos de ocuparse en negocios grandes». Con esto, sin más dilación fué muerto Sila en Marsella, adonde los matadores le hallaron comiendo, llegados en seis dias allí desde Roma, y previniendo con diligencia á la

---

(1) Dícelo porque Sila era rebiznieto del otro Sila que fué dictador.—(Nota del T. E.)

(2) Plauto era nieto de Druso el más viejo.—(Nota del T. E.)

fama de su venida. Nerón, cuando se le presentó la cabeza, se burló de ella como de hombre que había encaecido antes de tiempo.

No se le pudo esconder con tanta facilidad á Plauto que se le trazaba la muerte, habiendo muchos que cuidaban de su vida; y el estar la mar de por medio y ser necesario tiempo para tan largo camino, dió ocasión á la fama para divulgar el caso, y el vulgo la tuvo de discurrir, como suele, diciendo «que Plauto había acudido á Corbulón, general entonces de gruesos ejércitos, advirtiéndole de que, si se permitía el dejar matar de aquella manera á los hombres ilustres, sin que les aprovechase su inocencia, era él el que corría mayor peligro. Añadian que la misma Asia había ya tomado las armas en favor de Plauto, y que los soldados enviados para esta maldad, viéndose pocos de número y no bien dispuestos á cometerla, después que no pudieron ejecutar á su salvo las órdenes que llevaban, habían pasado con él á nuevas esperanzas». Estas cosas, puestas en boca de la fama, eran aumentadas por los ociosos que les daban crédito. Mas un liberto de Plauto, ayudado de vientos prósperos, con los avisos y advertimientos de su suegro Lucio Antistio previno al centurión, los cuales contaban «que huyese la muerte vil; que no se fiase en el ocioso descuido con que había pasado su vida, ni pusiese la esperanza de salvarse en buscar escondrijos, y mucho menos en que había de mover á compasión su gran nobleza; porque, sin duda, si mostraba valor, hallaría muchos buenos que le acompañarian, como hombres animosos y atrevidos; que entretanto no menospreciase cualquier pequeña ayuda, con tal que bastase á poder resistir á sesenta soldados, que tantos, y no más, eran los que se enviaban á matarle; y que vueltas á Nerón las nuevas de su residencia, mientras despachaba fuer-

zas mayores y llegaban segunda vez á hacer el efecto, se podían ofrecer tales cosas que le estuviese bien ponerse en guerra descubierta. Y, finalmente, que siendo muy posible el salvar la vida por este camino, no aventuraba perder más con el valor que aquello á que él mismo se condenaba con la flojedad y bajeza de ánimo».

No movieron estas persuasiones á Plauto, ó porque, desterrado y sin armas, no viese modo de ayudarse, ó enfadado y cansado ya de dudosas esperanzas; sino es que por el amor que tenía á su mujer y á sus hijos, se persuadió á que se aplacaría el príncipe tanto más presto con ellos cuanto él le diese menos ocasión de cuidado y solicitud. Algunos dicen que recibió otros despachos de su suegro en que le aseguraba que no había ya de qué temer; mas que Cerano, de nación griega, y Musonio, toscano, famosos filósofos, le persuadieron á esperar antes una muerte constante que vivir una vida incierta y llena de temores. Lo cierto es que fué hallado desnudo en mitad del día que trataba de ejercitar el cuerpo, y estando así, le mató el centurión en presencia de Pelagón, eunuco, á quien Nerón había dado como por ministro real de aquellos matadores, y hecho cabeza del centurión y de todo el manipulo; y llevóse á Roma la cabeza de Plauto, á cuya vista dijo el príncipe (referiré las mismas palabras): «¿Qué hace ahora Nerón, que no efectúa las bodas de Popea, diferidas por estos vanos asombros, y no repudia y echa de sí á su mujer Octavia, que, aunque modesta, es insufrible y enojosa por la memoria de su padre y por los favores del pueblo?» Escribió luego al Senado, sin confesar la muerte de Sila y de Plauto, diciendo solamente que ambos dos eran de naturales inquietos, y que á él le daba particular cuidado la seguridad de la República. Decretóse por esto que se hiciesen plegarias públicas, y que Sila y Plauto fuesen

privados de la dignidad senatoria, con harto mayor escarnio de quien lo hizo que daño de quien lo padeció.

Nerón, pues, advertido de este decreto del Senado, y viendo que todas sus maldades se calificaban por acciones egregias, repudia á Octavia diciendo que era estéril, y cácase tras esto con Popea. Esta mujer, apoderada mucho antes de Nerón como manceba y después en calidad de mujer propia, persuade á un cierto oficial de la casa de Octavia á que la acuse de que trataba amores con un esclavo, y eligen por delincuente á Euzero, de nación alejandrino y gran tañedor de flauta. Fueron por esto atormentadas las esclavas, y vencidas algunas de la violencia de dolor, otorgaron falsedades. Las más estuvieron firmes en defensa de la santidad de su señora; entre las cuales respondió una á Tigelino, que la apretaba á que dijese lo que él pretendía, «que las partes mujeriles de Octavia eran mucho más castas que su boca de él». Con todo eso, al principio la sacaron de casa de Nerón so color de un divorcio legítimo, y después se le dieron la casa que había sido de Burrho y las posesiones de Plauto; dones infelices y de mal agüero. Enviáronla tras esto á la provincia de Campania con buena guardia de soldados. Comenzaron de aquí muchas quejas, doliéndose clara y descubiertamente el vulgo, como incapaz de prudencia, y que por la medianía de su estado está sujeto á menos temores y peligros.

Movido Nerón de este sentimiento universal, aunque sin arrepentirse de su mal intento, dió muestra de querer llamar á su mujer Octavia; con que llena de alegría sube la plebe al Capitolio, y dando todos gracias á los dioses, derriban las estatuas de Popea, toman sobre sus hombros las imágenes de Octavia, y adornadas de flores, las ponen en la plaza y en los templos. Comienzan tras esto á decir grandes loores del principe, y de hecho van

á venerarle como en acción de gracias. Ya se hinchía el palacio de voces y de muchedumbre, cuando enviadas para esto escuadras de soldados, dándoles con palos y amenazando de ejercitar las armas, derramaron por diferentes partes la gente alborotada, con que se volvieron á su primer estado las cosas alteradas por la sedición. Restituyósele su honra á Popea, la cual, instigada siempre del aborrecimiento y entonces también del temor, dudando de que no la acometiese el vulgo con mayor violencia, ó que Nerón no mudase de ánimo con la inclinación que había mostrado el pueblo, echándose á sus pies, dijo: « Que no estaba en tal término el estado de sus cosas que se litigase ya de matrimonio, dado que lo estimaba en más que su vida, sino de la vida misma, puesta ya en el último peligro por obra de los allegados y esclavos de Octavia; los cuales, cubriéndose con nombre de pueblo, se habían atrevido á intentar en tiempo de paz cosas que apenas podían suceder en la guerra; que aquellas armas no se habían tomado contra otro que contra el príncipe; que sólo les había faltado cabeza, cosa que hallarían con facilidad en alterándose las cosas de la República; que no faltaba ya sino que saliese de la provincia de Campania y viniese á Roma aquella á cuyo volver de ojos, aun estando ausente, se encendían tumultos y sediciones. ¿En qué he errado yo, señor mio —decía ella—, ó en qué te ofendí jamás? ¿Por ventura, porque quiero dar verdadera sucesión á la casa de los Césares, querrá antes el pueblo ver en el trono imperial á la raza de un flautero egipcio? Añadió, finalmente, que si convenía así para el provecho público, llamase y trajese á su casa, antes de su voluntad que forzado, á la señora de ella; ó si no, que proveyese con justo castigo á la seguridad del Imperio y suya; que los primeros movimientos se habían podido apaciguar con leves reme-



dios, mas que en perdiendo la esperanza de que Octavia habia de volver á ser mujer de Nerón, sabrian ellos muy bien buscarle marido.»

Las palabras de Popea, acomodadas variamente á infundir temor y enojo, atemorizaron al que las escuchaba y juntamente le encendieron en cólera, mas era de poco momento la sospecha en el esclavo, y más después de purgada con el tormento que se dió á las criadas, que acabó de desvanecerle del todo. Parecióles, pues, el mejor camino buscar alguno que, á más de la confesión personal del adulterio, se le pudiese imputar con algún color el haber aspirado á cosas nuevas contra el Estado; y para ello no hallaron persona más á propósito que el mismo Aniceto que trazó y ejecutó la muerte de Agripina, prefecto, como tengo dicho, de la armada de Miseno; el cual, cometida aquella maldad, habia recibido liviano agradecimiento al principio, y después caido con Nerón en un odio mortal; porque los ministros de tan crueles hazañas, todas las veces que los ve el que dió la comisión, parece que las traen á su memoria y se las vituperan y reprenden. Llamado, pues, éste por César, «le acuerda su primer servicio, y le confiesa haber sido solo él el que habia mirado por su salud, librándole de las asechanzas de su madre; que ahora se ofrecia ocasión de mayor merecimiento si hallaba camino cómo quitarle de delante á su mujer Octavia, tan justamente aborrecida por él; que para esto no era menester valerse de las manos ni de las armas; bastaba sólo confesar que habia cometido adulterio con ella; y para animarle le prometé grandes premios, ocultos por entonces, y lugares amenos y deleitosos donde retirarse, y tras esto, si rehusa el obedecerle, le amenaza con la muerte». Aniceto, por su natural locura y por la facilidad con que habia salido de las otras maldades, finge mucho más de

lo que se le mandaba, confesándolo también entre los amigos que le había dado el príncipe como para su consejo. Entonces le destierra á Cerdeña, adonde pasó su perpetuo destierro no pobre, y murió al fin de su muerte natural.

Mas Nerón publica por un edicto que Octavia, con intento de valerse para sus designios de la armada, había ganado la voluntad al capitán de ella; y olvidado de que poco antes la había repudiado por estéril, añadió que por esconder su trato deshonesto había hecho diligencias para malparir. Con esto la desterró á la isla Pandataria. Ninguna mujer desterrada se vió jamás que moviese á mayor piedad á los que la veían. Había quien se acordaba de Agripina, desterrada por Tiberio, y estaba aún más fresca la memoria de Julia, que lo fué por Claudio. Mas aquéllas estaban ya en edad perfecta y habían antes gozado de algún contento, con que en cierta manera podían dar algún alivio á la crueldad presente con la memoria de la felicidad pasada. Á ésta, el primer día de sus bodas lo fué también de sus exequias, entrando en una casa donde no vió otra cosa sino llanto y luto; habiéndole arrebatado á su padre con veneno, y poco después á su hermano; luego una esclava de más autoridad que ella, y Popea después, casada sólo para su total ruina. En último, la calumnia, aunque falsa, del pecado, mucho más grave para ella que cualquier linaje de muerte; una moza de veinte años entre soldados y centuriones, sacada ya de entre los vivos, con el anuncio de los males que se le aparejaban, aún le faltaba dicha para descansar con la muerte. Con todo eso, se la notificaron de allí á pocos días, protestando ella que era ya viuda y no más que una hermana del príncipe (1),

---

(1) Octavia era hija natural de Claudio, el cual era á su vez

invocando el nombre de Germánico, común á entrambos á dos (1), y finalmente el de Agripina, durante cuya vida había sufrido aquel infelice matrimonio sin llegar á peligro de muerte violenta. Apriétansele, pues, las sogas con que estaba atada, y ábrensele las venas por muchas partes, y porque la sangre, detenida por el temor, salía despacio, la meten en un baño muy caliente, cuyo vapor le acabó la vida. Añadióse esta crueldad á las demás: que traída su cabeza á Roma, sirvió de espectáculo á los ojos de Popea. Decretó por esto el Senado que se ofreciesen dones á los templos; lo que se dice para que todos los que por nuestro medio ó de otros escritores tuvieron noticia de los sucesos de aquellos tiempos, presupongan que todas las veces que el príncipe ordenaba destierros y muertes, se daban por ello gracias á los dioses, y que lo que antiguamente solía ser indicio de sucesos prósperos, entonces lo era de públicas calamidades. Mas no por esto dejaremos de referir, cuando se ofrezca, algún decreto del Senado de nueva adulación ó de sobrado sufrimiento. Creyóse aquel año que hizo morir con veneno á sus más principales libertos: á Doriforo, porque contradijo el casamiento con Popea; á Palante, porque con su larga vejez ocupaba y detenía demasiado sus infinitas riquezas. Romano fué el que acusó á Séneca con secretas calumnias, como compañero de Cayo Pisón, aunque el mismo Séneca le

---

padre por adopción de Nerón. Así, pues, repudiada como esposa, no era más que hermana del príncipe.

(1) Tanto Claudio, padre de Octavia, como Druso, padre de Nerón—dice Burnouf—, llevaron el sobrenombre de *Germánico*. Por otra parte, Nerón era, por su madre Agripina, nieto del gran Germánico, hermano de Claudio, é hijo de Druso. Así, pues, el primero que tomó el nombre de Germánico era abuelo de Octavia y bisabuelo de Nerón.

redarguyó más vivamente, imputándole el mismo delito, de donde tuvo principio el temor de Pisón, y se levantó aquella gran máquina de asechanzas contra Nerón, aunque de infeliz suceso.

---

## LIBRO DÉCIMOQUINTO

### ARGUMENTO

Vologeso, rey de los partos, acomete el reino de Armenia.—C6brale cauta y valerosamente Corbul6n.—Llega Cesonio Peto por general de Armenia, cuya ignorancia y temeridad empeora el estado de las cosas.—Hace infames conciertos con Vologeso.—Soc6rrele, aunque tarde, Corbul6n.—N6cele 6 Ner6n una hija de Popea y muere luego.—Embajadores de los partos vienen 6 Roma, sobre la retenci6n de Armenia.—Vuelven mal despachados, orden6ndose 6 Corbul6n que renueve la guerra; el cual entra en el reino, donde, medrosos los partos, negociaban vistas y tratan de deponer las armas; y depuestas, pone Tiridates la corona real 6 los pies de la estatua de Ner6n, el cual canta p6blicamente en N6poles, y vuelto 6 Roma, ejercita todo g6nero de maldades.—6br6sase la misma Roma, 6 por caso fortuito, 6 por maldad del pr6ncipe; el cual quiere cargar esta culpa 6 los cristianos y los castiga, inventando contra ellos enormes y b6rbaras maneras de muertes.—Conjuran contra Ner6n y desc6brese el trato.—M6tanse 6 esta causa muchos hombres ilustres, y entre ellos S6neca.—Da el Senado gracias 6 los dioses por este suceso, como por caso alegre y venturoso.

Todo esto en poco m6s de tres a6os.

### C6NSULES

A6o de Roma 816.	De J.-C.	63	{ C. Memmio Regulo. L. Virginio Rufo.
—	817.	— 64	{ C. Lecanio Basso. M. Licinio Crasso.
—	818.	— 65	{ P. Sillio Nerva. C. Julio Attico Vestino.

Entretanto, Vologeso, rey de los partos, sabidos los progresos de Corbul6n y que habia puesto en Armenia por rey 6 Tigranes, hombre extranjero, y echado del rei-

no á su hermano Tiridates, aunque deseaba vengar la afrenta que se había hecho al esplendor de los Arsacidas, considerando por otra parte la grandeza romana, y teniendo respeto á la antigua confederación que había conservado con nosotros, era combatido de varios pensamientos, hombre de ingenio tardo y que holgaba de dilatar las resoluciones, fuera de que se hallaba ocupado en muchas guerras por causa de habersele rebelado los hircanos, gente poderosa y fuerte. En esta suspensión de ánimo, el aviso de otra nueva injuria se le acabó de encender á la venganza; porque, saliendo Tigranes de Armenia, había talado y destruído las tierras de los adiabenos, confinantes suyos, aunque vasallos de Vologeso, en más lugares y más tiempo de lo que se acostumbra en corredurias. Y sufrían esto muy mal los principales de aquella nación, teniendo á particular vituperio el ser tratados así, no por el capitán romano, sino por la temeridad de un hombre que había sido dado en rehenes y tenido tantos años entre esclavos. Aumentaba este sentido Monobazo, su gobernador, preguntando que «de dónde ó á quién acudirían por socorro; que ya no había que tratar del reino de Armenia; que todas las tierras circunvecinas iba llevando el enemigo á su devoción; y que advirtiesen los partos, caso que no tomasen resolución de defenderlos, que para con los romanos libran mucho mejor los rendidos que los conquistados». Pero nadie le era tan molesto como el desposeído Tiridates; el cual, con silencio murmurador y tal vez dejándose caer las palabras como al descuido, decía «que no se conservaban los grandes imperios con flojedad y vileza de ánimo; antes era menester llegar á hacer experiencias de los hombres y de las armas; que en la suma fortuna de los reyes, aquel es tenido por más justo que se hace conocer por más poderoso; que el conservar uno

lo que es suyo es alabanza tan digna de casas particulares, como de reyes el pelear por lo ajeno».

Movido de estas cosas Vologeso, junta su Consejo, y hecho sentar á su lado á Tiridates, comenzó así: «Á éste, engendrado conmigo por un mismo padre, cediéndome él en honra de la edad el imperio de nuestra casa, le di el reino de Armenia, que se tiene por el tercer grado de nuestra potencia, habiendo ya Paroco ocupado antes el señorío de los medos. Parecíame con esto haber acomodado muy bien las cosas de nuestra casa contra los odios antiguos y diferencias que suele haber entre hermanos. Esto impiden los romanos ahora; y la paz nunca rompida por ellos con felicidad, la rompen ahora para su ruina. No niego que he deseado siempre más conservar lo que nos dejaron ganado nuestros mayores antes con justicia y equidad que con armas y sangre; mas lo que he pecado con la tardanza, yo lo enmendaré con el valor. Vuestra fuerza y vuestra gloria están todavía en pie, aumentadas con la fama de modestia y mansedumbre, calidades tan dignas de ser estimadas por los reyes y principes, cuanto es cierto que las estiman los mismos dioses.» Dichas estas palabras, ciñe la cabeza de Tiridates con la diadema real, y entrega á Moneses, varón ilustre, las bandas de caballos que, según la costumbre de los partos, suelen acompañar al rey, añadiéndole la gente de socorro de los adiabenos. Encárgale con esto el peso de la guerra, dándole orden que procure echar á Tigranes de Armenia, mientras él, compuestas las diferencias que tenía con los hircanos, juntaba las fuerzas interiores del reino y le seguía con ejército capaz de acometer con él las provincias romanas.

Avisado de todas estas cosas Corbulón, envía en socorro de Tigranes dos legiones con Verulano Severo y Vecio Volano, ordenándoles secretamente que proce-



diesen en todo antes con maduro consejo que con peligrosa precipitación; porque él no estaba tan resuelto en hacer la guerra como en sufrirla. Había antes de esto escrito á César que para sólo atender á la defensa de Armenia era necesario que asistiese un capitán particular; porque Siria era la que corría más peligro si Vologeso se resolvía en acometer por aquella parte. Y entretanto aloja las demás legiones sobre la ribera del Éufrates, y junta diversas tropas de gente levantada tumultuariamente en la provincia, y ocupa con buenos presidios todas las entradas que podía tener el enemigo. Y porque aquella región es falta de agua, mandó fortificar las fuentes con castillos y cubrir algunos arroyos con montes de arena.

Mientras hace Corbulón estas preparaciones en defensa de Siria, Moneses, llevando su gente con gran diligencia por entrar en Armenia antes que la fama de su venida, no halló á Tigranes desapercibido ni ignorante de ella, antes se había apoderado ya de Tigranocerta, ciudad muy fuerte por el número de defensores y por la grandeza de los muros (1), ayudada de las aguas del río Niceforio (2), de razonable grandeza, que la baña por una parte, y de un buen foso por la que no alcanza á asegurar el río. Había soldados dentro y bastante provisión de vituallas. Y saliendo algunos pocos más adelante

---

(1) Apiano dice de ellos que tenían 50 codos de altura y que debajo de los mismos había sitio para las caballerizas. — (*Nota de la E. E.*)

(2) Según d'Anville, es el Khabur, y pasa cerca de una ciudad llamada Sereh, la cual, según el mismo geógrafo, ocupa acaso el sitio de la antigua Tigranocerta. Conviene tener presente que hay dos Khabur, y que el Niceforio es el del Norte, que nace en el pacalicato de Van y desagua en el Tigris por su izquierda. El otro, llamado antiguamente Chaboras, es uno de los afluentes del Éufrates.

de lo que conviniera en busca de ellas, fueron acometidos al improviso y rotos por el enemigo, cosa que causó en los ánimos de los otros antes ira que temor. Mas los partos, que no tienen osadía ni práctica para poner de cerca el sitio á una tierra, gastaron mucho tiempo en vano tirando flechas á los que estaban en defensa de las murallas, sin causarles daño ni temor alguno. A los adiabenos, que comenzaban á arrimar escalas y otros ingenios militares, hicieron los de dentro apartar con facilidad, y saliendo fuera con gran ímpetu, degollaron muchos.

Corbulón, aunque se le encaminaban sus empresas con felicidad, juzgando con todo esto por más seguro el moderarse en la buena fortuna, envió á quejarse á Vologeso «de que hubiese entrado por fuerza en la provincia, y de que un rey amigo y confederado como él sitiase á las cohortes romanas. Que levantase luego el sitio; donde no, que él también pasaría con su ejército á tierras enemigas». Casperio, centurión, elegido para esta embajada, halló al rey en la villa de Nisibe (1), doce leguas de Tigranocerta, adonde le declaró sus comisiones con gran imperio y valor. Tenía mucho antes hecha resolución Vologeso de excusar cuanto pudiese el tomar las armas contra los romanos; y entonces no corría la fortuna de las cosas á su favor, habiéndole salido vano el sitio de Tigranocerta, y hallándose Tigranes proveído de gente y vituallas, la afrenta del asalto, las dos legiones en socorro de Armenia y las que habían quedado en defensa de Siria, puestas á punto para entrar con resolución por su reino. Hallábase él, en contrario, con su

---

(1) Ciudad fuerte de la antigua Migdonia que formaba parte de la Mesopotamia. Quedan escasísimos restos de ella en el pequeño pueblo ó aldea de Nesbin.

caballería debilitada por falta de forrajes, habiendo consumido una infinita multitud de langostas que sobrevino no sólo las hierbas de los campos, pero hasta las hojas de los árboles. Con estas consideraciones, Vologeso, disimulando en su pecho el temor, con capa de desear la quietud, respondió al centurión: «Que enviaría sus embajadores al emperador romano sobre pedir el reino de Armenia y confirmar la paz.» Manda tras esto á Mone-ses que levante el sitio de Tigranocerta, y desalojando él también, se retira á su reino.

Engrandecían muchos estas cosas como efectos del temor del rey y de las amenazas de Corbulón; otros lo atribuían á que secretamente habían acordado entre sí que se suspendiesen las armas de ambas partes, y retirándose á su casa Vologeso, dejase también Tigranes el reino de Armenia. «¿Porque, á qué efecto —decían— se pudo haber sacado el ejército romano de Tigranocerta, desamparando en la paz lo que había defendido en la guerra? Pues no era ni podía ser por pensar invernar mejor en los desterraderos de Capadocia debajo de barracas, que en la ciudad, silla de un reino recién ganado, sino con intento de diferir la guerra para que Vologeso la hubiese con otro que con Corbulón, y que Corbulón recusase el poner otra vez al tablero la reputación que había ganado en tantos años.» Porque, como dije arriba, había pedido un capitán particular para defender á Armenia, y ya había nuevas de que estaba cerca Cesonio Peto, proveído de aquel cargo; el cual, llegado, se dividieron de esta manera las fuerzas orientales: las legiones cuarta y duodécima con la quinta, que poco antes se había hecho venir de Mesia, y los socorros de Ponto, Galacia y Capadocia obedecieron á Peto. La tercera, sexta y la décima, con los soldados que estaban antes en Siria, quedaron á Corbulón; las demás cosas quedó acor-

dado que se mancomunasen ó dividiesen, según lo necesitasen los negocios. Mas ni Corbulón podía sufrir competidor, ni Peto, dado que pudiera contentarse con ser tenido en segundo lugar, cesaba de menospreciar las acciones de Corbulón, diciendo «que no se habían visto en su tiempo muertes ni presas, y que las expugnaciones de las ciudades no habían sido sino sólo en el nombre; que él quería dar leyes, imponer tributos, y en lugar de aquellos reyes de sombra que tenían entonces, asentar sobre las cervices de los vencidos las leyes romanas».

Por este tiempo los embajadores que dije haber ido al príncipe de parte de Vologeso, volvieron sin resolución alguna, y los partos con esto emprendieron al descubierto la guerra. No la rehusó Peto, antes con dos legiones, es á saber, la cuarta, gobernada por Funisulano Vectoniano, y la duodécima por Calavio Sabino, entró en Armenia con triste agüero; porque al pasar del Éufrates por la puente, el caballo que llevaba las insignias consulares, espantado sin alguna causa aparente, dió vuelta para atrás: la víctima, en los alojamientos de invierno que se iban fortificando, se escapó de en medio del sacrificio, y rompiendo por todos, huyó saltando al foso por encima de la palizada. Y los dardos de los soldados romanos ardieron de suyo, prodigio más notable por causa de pelear los partos enemigos con armas arrojadas.

Mas Peto, menospreciando estos agüeros, no acabados aún de fortificar los alojamientos ni hecha provisión bastante de granos, pasa arrebatadamente con su ejército de la otra parte del monte Tauro, para cobrar, como él decía, á Tigranocerta y saquear el país que Corbulón había dejado entero. Y ganados algunos castillos, hubiera adquirido reputación y presa si supiera usar de lo

primero con medida y guardar lo segundo con providencia. Porque discurriendo con largo viaje alrededor de tierras que no se podían tomar, consumidas las vituallas ganadas y acercándose el invierno, retiró el ejército y escribió á César cartas como si ya hubiera acabado la guerra, con palabras tan magníficas cuanto llenas de vanidad.

Corbulón en tanto, aunque había cuidado siempre, como era justo, de la ribera del Éufrates, asentó sobre ella nuévos presidios. Y por que la caballería enemiga, cuyas tropas en gran número se veían discurrir ya por aquellas campañas, no impidiesen el echar del puente, juntó cantidad de navíos muy grandes, trabándolos con gruesas vigas unos de otros, y armando sobre ellos algunas torres, desde las cuales, con sus balistas y catapultas (1) ofendían mucho á los bárbaros, alcanzando de más lejos las piedras y lanzas que se arrojaban con los ingenios que lo que ellos podían alcanzar con sus saetas. Echado el puente, ocuparon las cohortes auxiliares los

---

(1) La *balista* era una máquina de que se hacía uso en los sitios para disparar piedras de mucho peso. Ni las descripciones que de ellas nos dan los autores antiguos, ni los monumentos del Arte bastan á darnos una idea cabal y distinta del modo como estaban construídas. Sábese, sin embargo, que las había de diferentes dimensiones, y se las distinguía en *majores* y *menores*. Las había que servían como máquinas de campaña, y se las colocaba sobre carros tirados por caballos ó mulos, de suerte que se las pudiese trasladar con facilidad á cualquier punto del campo de batalla; dábales el nombre de *carrobalista*, y de ellas existe una representación en la columna de Marco Aurelio. — La *cata-pulta* era también un ingenio destinado especialmente á lanzar dardos ú otras armas arrojadas. Dábale también á veces este nombre al dardo disparado por la máquina. Vitruvio lo describe muy detalladamente, y como además de esto se ve representada hasta seis veces en la columna Trajana, conocemos mejor su mecanismo que el de la balista. Lo mismo que ésta, se la colocaba á veces en un carro para llevarla de una parte á otra del combate.

collados de la otra parte del río, y pasando las legiones, plantaron en ellos sus alojamientos con tanta presteza y demostración de grandes fuerzas, que los partos, dejando las prevenciones que habían hecho para acometer á Siria, volvieron toda su esperanza al reino de Armenia; adonde estaba Peto tan ignorante del peligro que se le aparejaba, que tenía apartada en Ponto la legión quinta, y las otras debilitadas por las muchas licencias que sin consideración ni tiento había dado á la gente de guerra, hasta que tuvo aviso que Vologeso se le venía acercando con grueso y terrible ejército. Con esto hace llamar á la legión doce, y donde esperaba ganar fama de haber aumentado su ejército, no hizo otra cosa que mostrar cuán deshechas y flacas estaban las legiones. Sin embargo, hubiera podido conservar con ellas los alojamientos, y alargando la guerra burlarse de los partos, si supiera tener constancia en sus propios consejos ó en los ajenos. Mas cuando los hombres prácticos en la milicia le habían dado advertimientos contra los casos urgentes, aunque mostrase quedar resuelto en ejecutarlos, por que no pareciese que necesitaba de consejo ajeno, mudaba luego de propósito hasta resolverse en lo peor. Siguiendo, pues, este estilo, dejó los alojamientos de invierno, y dando voces «que no se le habían entregado á él fosos ni estacadas, sino hombres y armas para pelear con el enemigo», sacó las legiones en campaña, como si estuviera para dar la batalla. Después, habiendo perdido un centurión con algunos soldados que había enviado á reconocer el enemigo, vuelve medroso á los alojamientos; y porque Vologeso no le había seguido con mucha furia, vuelto á sus vanas confianzas, pone en el más cercano yugo del monte Tauro tres mil soldados escogidos con intento de impedir por allí el paso al rey, y en una parte del llano las tropas de caballos panonios,

que eran el nervio de su caballería. Retiró á su mujer y á un hijo á un castillo harto fuerte, llamado Arsamosata (1), con presidio de una cohorte; y teniendo divididas de esta manera sus gentes, que juntas hubieran podido defenderse del enemigo vagabundo y que jamás paraba en un lugar, dicen que con gran dificultad se pudo acabar con él que escribiese á Corbulón confesando la necesidad en que se hallaba, y que tampoco Corbulón acudió á socorrerle con la diligencia que podía, por que la alabanza del socorro se acreditase por tanto mayor cuanto lo hubiese sido el peligro de que le librasen. Con todo eso, mandó apercibir para enviar á Peto tres mil infantes, mil de cada legión, ochocientos caballos de confederados y otro tanto número de las cohortes.

Vologeso, aunque supo que Peto le tenía tomados los pasos, de una parte con infantería y de la otra con caballería, con todo eso, sin mudar de propósito, con fuerza y con amenazas, hizo retirar los caballos panonios, y rompió la infantería de las legiones, sin que hubiese otra resistencia de consideración que la que hizo un centurión llamado Tarquicio Crecente tratando de defender una torre en donde estaba de guardia; el cual, después de haber hecho varias salidas y muerto muchos de aquellos bárbaros que se le acercaban, combatido y rodeado de fuegos arrojados, hubo de ceder á su destino. De los infantes, si algunos quedaron sanos, tomaron el camino largo y desierto de los bosques, y los heridos se volvieron á los alojamientos, engrandeciendo el valor del rey, la fiereza y cantidad de la gente, aumentado todo por el

---

(1) Plaza considerable, cuyo nombre cree encontrar d'Anville en el de Simsai ó Shimshat. Se supone fundada por Arsamés, que reinaba en Armenia por los años 245 antes de J.-C.



miedo y creído con facilidad por los que igualmente temían. Ni el capitán tampoco sabía resistir á aquella adversidad; antes, desamparados ya por él todos los oficios militares, envió á rogar por segunda vez á Corbulón «que apresurase el venir á defender las banderas y águilas romanas, junto con las reliquias y el nombre solo de aquel desdichado ejército, mientras él mantenía la fe cuanto le durase la vida».

Corbulón, sin pereza ni temor, dejada parte de los soldados en Siria con orden de guardar los fuertes que habían fabricado sobre el Éufrates, siguiendo el camino más corto y más acomodado de vituallas, por Comagena (1) y después por Capadocia, entró finalmente en Armenia. Seguía al ejército, demás de los ordinarios impedimentos de la guerra, una cantidad grande de camellos cargados de trigo, para poder ahuyentar á un mismo tiempo al enemigo y la hambre. El primero de los desbaratados que habían huído con quien encontró fué Pactio, centurión primipilar, y tras él otros muchos soldados, á los cuales, después de haberles escuchado varias disculpas con que procuraban dar algún color á su huída, les amonesta que vuelvan atrás á sus banderas y que prueben la clemencia de Peto, porque él era implacable con los que no vencían; y junto con esto, visita y exhorta á sus legiones, acordando los hechos pasados y mostrando la nueva ocasión de gloria que se le aparejaba; porque no tenían ahora por medio las villas y ciudades de los armenios, sino los alojamientos romanos, con dos legiones de ellos. «Si á cualquier soldado particular—decía él— que salva en la guerra á un ciu-

---

(1) Llamábase así la parte más septentrional de la Siria, al este y al sur de los montes Amán y Tauro y al oeste del Éufrates. Su principal ciudad era Samosata, hoy Semisat.

dadano romano suele darle el general la más noble corona, ¿qué tal será la honra que ganaréis, no siendo menor el número de los que recibirán la vida de vuestras manos que el de vosotros que se la habéis de dar?» Confortados y animados todos con estas ó semejantes razones, y muchos movidos también del amor y del peligro en que sabían estar sus hermanos y parientes, marchaban de día y de noche sin hacer alto; y por esta misma causa apretaba tanto más Vologeso á los sitiados, acometiendo unas veces las trincheras con que se cubrían las legiones, y otras el castillo donde estaba retirada la gente inútil; acercándose más de lo que acostumbran los partos, por ver si con aquella temeridad podia inducir al enemigo á dar la batalla. Mas los nuestros, saliendo apenas de las tiendas, no se atrevían á otra cosa que á defender las trincheras; parte por obedecer al capitán, parte por su propia cobardia, como gente que esperaba el socorro de Corbulón, y que estaba consolada, cuando el poder de los enemigos los apretase demasiado, á renovar el ejemplo de las calamidades caudinas y numantinas (1); alegando que ni los samnitas, pueblos de Italia,

---

(1) Alude á los dos desastres sufridos por los romanos, el uno en Caudium, en 433 de Roma, y el otro cerca de Numancia, en 617. En el primero, las tropas romanas, al mando de T. Valerio Calvino y Sp. Póstumo Albino, se dejaron encerrar en los desfiladeros de Caudio, al sudeste de Capua, entre Benevento y Calatia, por el general samnita Poncio Herenio, el cual las obligó á pasar por debajo del yugo (horcas caudinas). En el segundo, el cónsul Mancino, al retirarse del sitio de Numancia, escarmentado en diferentes encuentros, se vió sorprendido por sus contrarios en unos desfiladeros no lejos de dicha ciudad, y puesto en tan apurado trance, que no le quedó más recurso que firmar con ellos una capitulación, de cuyo cumplimiento se constituyeron en fiadores él y sus oficiales. Llamado á Roma, el Senado, que no tuvo á bien cumplir lo estipulado, lo entregó á los burlados numantinos, quienes más generosos con el infeliz Mancino que sus conciudadanos, le despidieron libre y sin vengar en él la mala fe de la República.

ni los cartagineses (1), émulos del Imperio romano, eran tan poderosos como los partos; y con todo eso, aquella tan valerosa y alabada antigüedad había sabido mirar por su salud todas las veces que se le mostraba la fortuna contraria. Forzado el capitán de la flaqueza y poco ánimo de su ejército, se resolvió en escribir á Vologeso. Con todo eso, las primeras cartas no fueron humildes, sino como quien formaba quejas «de que hubiese movido la guerra por ocasión de Armenia, que siempre había estado debajo de la jurisdicción romana, ó con rey elegido por el emperador; que la paz era igualmente provechosa á los unos y á los otros; que no considerase sólo el estado presente, sino que había venido en persona con todas las fuerzas de su reino contra dos legiones, y que los romanos tenían en su favor todo lo restante del mundo para sustentar la guerra».

No respondió directamente á estas cosas Vologeso, sino que «le convenia esperar á sus hermanos Pacoro y Tiridates, siendo aquel el lugar y el tiempo señalados para consultar lo que se había de hacer del reino de Armenia, pues, como era conveniente al honor del linaje Arsacida, había determinado de resolver con ellos lo que había de hacerse de las legiones romanas». Peto después despachó nuevos mensajeros pidiendo vistas al rey, el cual envió en su lugar á Vasaces, general de su caballería. Entonces Peto le trae á la memoria los Lúculos, los Pompeyos y los demás capitanes que habían conquistado y dado el reino de Armenia; respondiéndole

---

(1) Freinshenio enmienda *aut Hispanis*, porque aquí alude á la destrucción de Numancia, en que no tuvieron parte los cartagineses; pero si no satisficiese esta corrección, léase: *Nec eadem vim Samnicibus Italico populo aut Hispanis quam Parthis Romani Imperii æmulis.* (Grenovio.) Nuestro autor siguió la versión corriente. — (Nota del E. E.)

Vasaces «que sólo habían tenido los romanos la apariencia de tenerle y darle; mas que de hecho la autoridad y la fuerza de disponer de él había sido siempre de los partos». Y después de largas altercaciones vuelven á juntarse al día siguiente, añadiendo á Monobazo Adiabeno por testigo de las capitulaciones. Concluyóse, finalmente, que levantasen los partos el cerco que tenían puesto á las legiones, y que todos los soldados romanos saliesen de los términos de Armenia, entregando las fortalezas y vituallas á los partos, y que, efectuado esto, se diese lugar á Vologeso para enviar embajadores á Nerón.

Hizo entretanto Peto un puente sobre el río Arsanias, que corría por delante de los alojamientos romanos, so color de que quería hacer aquel camino; mas lo cierto fué que se le mandaron hacer los partos en señal de la victoria; porque al fin les sirvió á ellos, tomando los nuestros diferente derrota. Añadió á esto la fama que las legiones habían pasado debajo del yugo, y otras cosas de las que se suelen inventar en las adversidades, á que dieron ocasión los armenios; porque entrados dentro de los alojamientos antes que los romanos se moviesen, en conociendo los esclavos y caballos que los nuestros les habían ganado á buena guerra, se los quitaban, y con ellos los vestidos, dejándolos con solas las armas; de todo lo cual hacían poco caso los rendidos, por no dar ocasión de venir á las manos. Vologeso, haciendo amontonar las armas y cuerpos de los muertos en testimonio de nuestra calamidad, no se curó de ver las legiones fugitivas, deseando ganar fama de moderado después de haber hartado su soberbia. Pasó el río Arsanias sobre un elefante, y sus parientes y privados con él, que procuraban romper con sus caballos la fuerza del agua; porque había pasado la voz que el puente

estaba fabricado con engaño, y que no era bastante á sostener el peso; aunque los que se arriesgaron á servirse de él le hallaron harto firme y seguro.

Cierta cosa es que á los sitiados les sobró tanto trigo, que á su partida quemaron los graneros del campo; y en contrario dejó escrito Corbulón (1) que los partos padecían notablemente de vituallas, y que en cambio, consumidos los pastos, hubieran sin duda levantado brevemente el sitio; á más de que no se hallaba él más lejos que tres jornadas. Y añadió más: que Peto había ofrecido con juramento que hizo sobre las banderas, en presencia de los diputados que el rey había enviado por testigos de aquel acto, que ningún romano entraría en Armenia antes que llegasen cartas de Nerón sobre el aprobar la paz. Mas así como estas cosas se inventaron para crecer la infamia, así es cierto que fueron verdaderas todas las demás; es á saber, que Peto caminó en un día trece leguas, dejando por el camino desamparados los heridos, espanto no menos vergonzoso que si en el ardor de la pelea hubiera vuelto las espaldas. Corbulón, que con sus gentes los encontró á la ribera del Éufrates, no hizo ninguna señal con las armas ni con la bandera de darle en rostro, ni afrentarle con la diversidad de sus fortunas; antes mostrándose todas las compañías tristes y llenas de compasión por la infelicidad de sus compañeros, no podían detener las lágrimas, tal, que apenas, con el llanto, se pudieron saludar unos á otros. Cesaba del todo la competencia del valor y ambición de gloria, afectos de hombres dichosos, teniendo entonces lugar solamente la misericordia, y más entre los menores.

---

(1) Lipsio cree que Corbulón escribió los comentarios ó la historia de estas guerras. Lo cierto es que Plinio le cuenta entre los escritores. — (Nota de la E. E.)

Pasaron entre sí los capitanes pocas palabras, doliéndose Corbulón de haberse apresurado y tomado tanto trabajo vano, y más de la ocasión que se había perdido de acabar la guerra con sólo ahuyentar á los partos. Respondióle Peto «que las cosas estaban todavía enteras; que volviesen las águilas y acometiesen juntos á Armenia, flaca y sin fuerzas por la partida de Vologeso». Replicó Corbulón «que no tenía tal orden del emperador; que había salido de su provincia obligado del peligro de las legiones, y que estando en duda de la parte adonde cargaría el enemigo, determinaba volverse á Siria; que aun haciendo aquello, era necesario rogar por favor á la buena fortuna, para que su infantería, cansada de tan largas jornadas, pudiese caminar más que los partos, gente de á caballo y tan suelta, que, ayudada de la comodidad de la campaña, los llevarían de vanguardia siempre». Con esto se fué Peto á invernar á Capadocia. Mas Vologeso envió á decir á Corbulón que desmantelase los fuertes que había hecho de allá del Éufrates, dejando que fuese como antes el río límite de ambos Imperios. Respondióle Corbulón que sacase él la gente que tenía de presidio en el reino de Armenia; y viniendo, finalmente, en esto el rey, hizo también Corbulón desmantelar los fuertes, quedando los armenios en su libertad.

Veíanse entretanto en Roma los trofeos que se habían levantado por la victoria alcanzada de los partos, y estaban en pie todavía los arcos en el monte Capitolino; cosas que, aunque las decretó el Senado durante la guerra, no dejaron de permanecer después, más por satisfacer á la hermosura que causaba su vista, que á la verdad de su conciencia. Antes, por disimular Nerón el trabajo de las cosas de fuera, hizo echar en el Tíber el trigo que se guardaba para la plebe y se comenzaba á gastar

de viejo, por mostrar la seguridad con que se estaba de abundancia; y esto sin consentir mudanza en el precio, aunque por causa de una tempestad se anegaron casi doscientas naves dentro del mismo puerto cargadas de trigo, y se quemaron desgraciadamente otras ciento al subir por el Tiber. Nombró después de esto tres hombres consulares, es á saber, Lucio Pisón, Ducenio Gemino y Pompeo Paulino, para que asistiesen á las administraciones de los derechos públicos, culpando á los príncipes, sus antecesores, de que con sus grandes gastos habian excedido de las rentas del Imperio; dando él todos los años á la República un millón y quinientos mil ducados (sesenta millones de sestercios).

Habiase introducido en aquel tiempo una malísima costumbre; y era que, acercándose el tiempo en que se hacían las elecciones para los oficios públicos ó se sorteaban los gobiernos de provincias; muchos que no tenían hijos los adoptaban fingidamente (1), y después de haber obtenido las preturas ó provincias como padres, echaban al punto de su familia á los que para sólo defraudar la ley habian prohijado. Quejáronse de esto en el Senado los que eran verdaderamente padres, con grande afrenta y vituperio de los fingidos, equiparando

---

(1) La ley Apia Popea, promulgada en tiempo de Augusto, en el año 762 de Roma, que renovaba y completaba la ley Julia publicada unos veintiséis años antes, concedía ó confirmaba ciertos privilegios á los ciudadanos casados y que tenían hijos. Así, por ejemplo, eran preferidos para las magistraturas y los gobiernos de provincia, y cuando se presentaban varios candidatos debía ser preferido el que era padre de más hijos; podían aspirar á las dignidades antes de tener la edad prescrita por la ley; gozaban plenamente del derecho hereditario, mientras que los casados sin hijos no podían percibir más que la mitad de lo que se les dejaba en testamento, y que los celibatarios no percibían nada, á menos que no les viniesen los legados de parte de sus más próximos parientes, ó que se casasen dentro de los cien días después de la muerte del testador.



la obligación natural y el trabajo de criar los hijos con el engaño, artificio y brevedad de esta adopción, diciendo que era demasiada comodidad para los que no tenían hijos el esperar sin ningún trabajo ni obligación los favores, las honras y todo lo demás que podían desear; convirtiéndoseles á ellos en burla y escarnio las promesas de las leyes, si los que podían ser padres sin cuidado y perder los hijos sin llanto y sin tristeza se igualaban en un punto con los largos deseos de los verdaderos padres. Hizose por esta causa un decreto en el Senado, que la adopción fingida no aprovechase de ninguna manera para obtener cargos públicos, ni aun para heredar en virtud de ella.

Después de esto fué acusado Claudio Timarco, natural de Creta, de aquella suerte de delitos de que lo suelen ser los hombres más poderosos y ricos de las provincias, á quien su sobrada riqueza les induce más fácilmente á la opresión de los menores. Ofendióse gravemente el Senado de ciertas palabras que dijo: «Que estaba en su mano hacer que se diesen ó se dejasen de dar gracias en el Senado por el buen gobierno de los procónsules de Creta.» Y sirviéndose de esta ocasión Peto Trasea para el bien público, después de haber votado que el reo fuese echado de su patria, añadió estas palabras: «Probado está ya con larga experiencia, padres conscriptos, que las buenas leyes y honrados ejemplos nacen entre los buenos de los delitos de otros que no lo son. Así, la libertad de los oradores produjo la ley Cincia; la ambiciosa negociación de los pretendientes, las leyes Julias, y la avaricia de los magistrados, las ordenanzas llamadas Calpurnias (1). Porque la culpa pre-

---

(1) La primera ley contra los cohechadores fué promulgada por el tribuno L. Calpurnio Pisón, en el año 605 de Roma; por

cede á la pena, como el pecado á la corrección. Tomemos, pues, contra la nueva soberbia de los provinciales un partido digno de la fe y de la constancia romana; con el cual, sin derogar á la protección y defensa de los confederados, se acabe entre nosotros la opinión que se tiene de que la estima y calificación de nuestras personas la pueden hacer otros que nuestros propios ciudadanos.

»Antiguamente no sólo se enviaba á las provincias pretor ó cónsul, pero también gente ordinaria que las visitase y refiriese después en el Senado con particularidad la obediencia y fidelidad de cada uno; temblando las naciones y los pueblos del juicio y relación que hacia de ellos un solo particular. Mas ahora somos nosotros los que honramos y lisonjamos á los extranjeros. Y así como á instancias de algunos se dan las gracias en el Senado por el buen gobierno, así también y con mayor prontitud se fraguan las acusaciones. Decrétese que de aquí adelante no puedan por este camino los provinciales hacer ostentación de su poder, y reprimase la falsa y mendigada aprobación, como se reprimen la malicia y la crueldad. Más pecados se hacen mientras procuramos complacencias, que mientras determinadamente nos arrojamamos á ofender. Antes por esto suelen ser aborrecidas algunas virtudes, como son una severidad obstinada y un ánimo invencible contra los favores. De aquí viene que los principios de nuestros gobiernos son por la mayor parte mejor que sus fines; en los cuales vamos como pretendientes y opositores, mendigando sufragios y granjeando votos; que si esto se quitase, no

---

ella se daba á los habitantes de las provincias el derecho de pedir en Roma la restitución de las sumas arrancadas por cohecho por los magistrados, y se estableció un Tribunal permanente (*Quæstio perpetua*) para entender en estos asuntos.

hay duda en que se gobernarían las provincias con más equidad y con mayor entereza y constancia. Porque así como con el temor de la ley de residencia se ha refrenado mucho el delito de la avaricia, así, ni más ni menos, se refrenaría el de la ambición si se quitase el uso del dar gracias.»

Fué loado con general aplauso este parecer; mas no se pudo hacer el decreto, oponiéndose los cónsules con decir que no se había hecho proposición sobre aquel punto. Pero no pasó mucho tiempo que por orden del príncipe determinaron que nadie propusiese en los Consejos provinciales el dar gracias al Senado por el buen gobierno de los vicepretos ó procónsules, y que ninguno se atreviese á venir con semejantes embajadas. En este mismo consulado cayó un rayo en el Gimnasio, que era el lugar donde se hacían los ejercicios de las luchas, y abrasándose todo, se derritió la estatua de bronce de Nerón que estaba en él, hasta quedar en un pedazo de metal sin forma ni figura alguna. En Campania, la famosa ciudad de Pompeya fué en gran parte arruinada de un terremoto. Y habiendo muerto Lelia, virgen vestal, se recibió en su lugar Cornelia, de la familia de los Cosos.

Siendo cónsules Memmio Regulo y Virginio Rufo, tuvo Nerón una alegría extraordinaria, por causa de una hija que le nació de Popea, á quien llamó Augusta, dando también á su madre el mismo sobrenombre. Fué el parto en la colonia de Ancio, donde él también había nacido.

Ya de antes había el Senado encomendado á los dioses la preñez de Popea, y hecho públicos votos, que se cumplieron y multiplicaron con el parto, añadiendo procesiones y rogativas, y por decreto un templo á la Fecundidad y un torneo á ejemplo de la religión de Ate-

nas (1); que se pusiesen en el trono de Júpiter Capitolino las estatuas de oro de las Fortunas; que así como en Boville se hacían fiestas circenses en honra de la familia Julia, así también se celebrasen en Ancio en honor de la Claudia y de la Domicia: que fueron todas cosas de poca dura, muriendo, como murió la niña, antes de cumplir los cuatro meses. Nacieron otra vez de aquí nuevas adulaciones, decretándole honores divinos, altar, simulacro, templo y sacerdotes. Nerón, así como se mostró extremado en el contento, asimismo lo fué en la muestra de dolor. Notóse que habiendo ido á Ancio todo el Senado á regocijarse con el príncipe por el nacimiento de su hija, sólo se le prohibió á Trasea, y que recibió él aquella afrenta con ánimo entero y sosegado, aunque la conoció bien y la tomó por verdadero anuncio de la muerte que ya se le acercaba; aunque se dijo después que César se había alabado con Séneca de haberse reconciliado con Trasea, y que Séneca le había dado las gracias por ello; tal, que á los hombres ilustres y señalados en la República les venía de una misma causa el peligro y la reputación.

Entretanto, al principio de la primavera llegaron á Roma los embajadores de los partos con las comisiones de Vologeso y cartas en la misma substancia, donde decía: «Que dejaba ahora el rey de tratar de las cosas dichas y alegadas otras veces sobre la posesión de Armenia, pues que los dioses, como soberanos y absolutos jueces de todas las naciones, por poderosas que fuesen,

---

(1) Léase, en vez de Atenas, Accio. El autor alude en este pasaje á la ciudad de Nicópolis, edificada por Augusto en memoria de la batalla de Accio, y á los juegos quinquenales instituidos en dicha ciudad en honor de Apolo. La palabra *torneo* que usa aquí el traductor, no es, como comprenderán nuestros lectores, la más propia. A cada cosa su nombre.

habian puesto en posesión de ellas á los partos, no sin ignominia del pueblo romano. Que poco antes habian tenido encerrado á Tigranes, y después, pudiendo oprimir á Peto con las legiones, las había dejado ir libres y salvas; dando á un mismo tiempo bastantes muestras de su poder y de su blandura y mansedumbre. Que Tiridates no rehusara el venir á tomar la corona á Roma si no le detuviera la religión del sacerdocio que administraba. Mas que con todo eso iría á las insignias y estatuas del príncipe, donde en presencia de las legiones tomaría la investidura y administración del reino.»

Oídas estas cartas de Vologeso, porque Peto habia escrito diferentemente, como si las cosas estuvieran en buen estado, se preguntó al centurión que habia venido con los embajadores en el término que quedaba lo de Armenia; respondió que habian salido de ella todos los romanos. Entendido entonces el menosprecio y escarnio con que aquellos bárbaros pedian lo que habian ya usurpado, juntando Nerón á consejo los principales de la ciudad, sobre cuál era mejor, la guerra con peligro ó la paz con deshonra, se resolvió la guerra; y por que no se errase segunda vez por causa de la poca experiencia de otro alguno, arrepentido César de haber enviado á Peto, hizo dueño de todo á Corbulón, como tan ejercitado y práctico en aquella milicia y contra aquellos mismos enemigos. Los embajadores fueron despachados sin resolución, aunque no sin muchos dones, para alimentar las esperanzas de los partos y darles á entender que si Tiridates venia en persona á pedir las mismas cosas no sería en vano su venida. El gobierno de Siria se dió á Cincio y el cargo de la gente de guerra á Corbulón, añadiéndole la legión quinta de Panonia, gobernada por Mario Celso. Escribióse á los tetrarcas, á los reyes, á los prefectos, procuradores y pretores de las provincias

comarcanas que obedeciesen las órdenes de Corbulón, con autoridad casi tan ancha como dió el pueblo romano á Gneo Pompeyo en la guerra que emprendió contra los cosarios. Vuelto Peto á Roma, aunque con temor de más grave castigo, se contentó César con hacer burla de él diciéndole por vía de donaire «que teniéndole por hombre que se espantaba presto, se resolvía en perdonarle de golpe, por que el temor no le causase más larga y congojosa enfermedad».

Corbulón, enviadas á Siria las legiones cuarta y duodécima, á las cuales, por haber perdido la mejor gente y estar los demás amedrentados, juzgaba por poco aptas para las acciones militares, llevó en su lugar á Armenia á la sexta y á la tercera, llenas de buenos soldados y ejercitadas en continuos y prósperos trabajos; añadía la quinta, que por estar en Ponto no se halló en la rota, y con ella la quincena, que poco antes trajo Mario Celso. Las banderas levantadas en el Ilirico y en Egipto, y todas las alas de caballos, infantería de cohortes confederados y socorros de los reyes, de toda esta gente se hizo la masa de Meliteno (1), por donde se hacía cuenta de pasar el Éufrates. Tomada allí la muestra y purificado el ejército conforme á los ritos de la patria, le llamó al Parlamento; en el cual, habiendo con mucha gravedad (que en aquel hombre militar servía de elocuencia) engrandecido de los principios de su generalato las cosas hechas por él, sin tocar en el mal gobierno de Peto, comenzó á marchar por el mismo camino que antiguamente había llevado Lucio Lúculo, haciendo abrir lo que había vuelto á cerrar el discurso del tiempo. No rehusó entretanto de oír á los embajadores de Tiri-

---

(1) Ciudad de Capadocia, hoy Malatié. Meliteno — dice Bur-nouf — no era á la sazón más que un campamento romano.

dates y Vologeso, que habían venido á tratar la paz; y envió con ellos después algunos centuriones con comisiones harto moderadas, «que aún no estaban las cosas en tal término que fuese necesario llegar á la última prueba de las armas; que habían tenido los romanos muchos sucesos prósperos, y algunos los partos; documento provechosísimo para no ensoberbecerse; que le convenia por esto á Tiridates recibir el reino antes de verle destruído y arruinado con las guerras; y que Vologeso haria más por la nación de los partos con la amistad romana, que con los daños que forzosamente habria de tener de una parte y otra; que sabia muy bien el mismo Vologeso cuántas y cuáles eran las discordias intestinas que habia en su reino, y cuán indómitas y feroces eran las naciones que señoreaba; donde, en contrario, gozaba su emperador de una segura y universal paz, sin tener otra guerra que aquélla». A estos consejos añadió al mismo tiempo el terror de las armas, asaltando á los pueblos armenios llamados megistanos, que fueron los primeros que se nos rebelaron, echándoles de la tierra, derribando sus castillos y amedrentando igualmente á los llanos y á los montes, á los valerosos y á los viles.

No escuchaban con disgusto aquellos bárbaros el nombre de Corbulón, ni les era odioso como de enemigo; antes tenian á sus consejos por sanos y por fieles. Y así, Vologeso, sin mostrarse obstinado en el punto principal, pide treguas por algunos Gobiernos fronterizos, y Tiridates lugar y dia señalado para llegar á vistas. Señalóse un tiempo breve; y escogiendo los bárbaros el puesto donde poco antes habian tenido sitiado á Peto con sus legiones, por memoria de su felicidad, no le rehusó Corbulón, por aumentar su gloria con la desigualdad de las fortunas; fuera de que no se le daba mucho por la



infamia de Peto, como principalmente se echó de ver mandando, como mandó, á su hijo el tribuno que llevase los manipulos á hacer enterrar las reliquias de aquella infeliz batalla. Al dia diputado, Tiberio Alejandro, ilustre caballero romano, dado á Corbulón por ministro y consejero en aquella guerra, y Bibiano Annio, yerno de Corbulón, no aún en edad de poder ser senador y vicelegado de la legión quinta, fueron al campo de Tiridates para hacerle esta honra y asegurarle de todo engaño con tan buenas prendas. Tras esto, cada uno con veinte de á caballo llegaron al lugar de las vistas. En viéndose los dos, fué el rey el primero á saltar del caballo, haciendo luego lo propio Corbulón, y ambos, así á pie como estaban, se dieron y entrelazaron las manos.

Tras esto alaba el romano al joven Tiridates el haber dejado los consejos precipitosos, siguiendo los seguros y saludables. El parto, después de haber hablado muy largo de su nobleza, trata de las demás cosas modestamente, diciendo «que iria á Roma y llevaría una honra nueva á César; pues lo era ver á uno del linaje Arsacida en su presencia con humildes ruegos, y esto en tiempo que los partos no padecian adversidad». Resolvióse entonces que Tiridates dejase las insignias reales, y que las púiese á los pies de la estatua de César y no las volviese á tomar sino de mano de Nerón. Con esto se despidieron dándose el beso de paz. De allí á pocos dias se juntaron los dos ejércitos con gran pompa y ostentación. Veíase de aquella parte la caballeria repartida en tropas, cada una con las insignias de su nación; y de ésta los escuadrones de las legiones romanas con sus águilas resplandecientes, y con las banderas y simulacros de dioses, con que formaban una cierta manera de templo. Estaba en medio del Tribunal la silla curul que sustentaba la estatua de Nerón; á la cual, llegándose Tiridates

después de haber sacrificado algunas víctimas, quitándose la corona de la cabeza, la puso á los pies de la imagen con gran conmoción de ánimo de todos los circunstantes, que, acordándose del reciente estrago y peligroso cerco de los ejércitos romanos, veían ahora, trocada la fortuna, hacerse Tiridates espectáculo del mundo, yendo á Roma poco menos que cautivo.

Añadió á su gloria Corbulón la cortesía con que le recibió y un famoso banquete que le hizo. Y cuando el rey preguntaba á Corbulón la razón por qué se hacían muchas cosas nuevas para él, como el avisar el centurión al general siempre que se mudaban las postas, despedir el banquete con son de trompetas y el pegar fuego él mismo á la leña que estaba aparejada delante del augural con una hacha encendida, engrandeciéndoselo todo mucho más de lo que era, le aumentaba la admiración de aquellas antiguas costumbres. El día siguiente pidió Tiridates á Corbulón que le diese tiempo bastante para poder ir á visitar á su madre y hermanos. Y concediéndoselo, dejó á una hija suya en rehenes y cartas muy humildes para Nerón.

Y partido de allí, halló á Pacoro en Media y á Vologeso en Ecbatana (1), con tanto cuidado de su hermano, que con embajadores expresos había enviado á pedir á Corbulón «que no sufriese que Tiridates llevase alguna apariencia de servidumbre; que no le hiciese dejar las armas cuando entrase á hablar con algún magistrado,

---

(1) Capital de la Media, situada al pie del monte Orontes (Elbend), y al sudoeste del mar Caspio. Según los historiadores griegos, fué fundada por Dejoces en 705, y reedificada ó engrandecida por Seleuco, bajo cuyos descendientes, que le despojaron de todas sus riquezas y destruyeron sus principales monumentos, comenzó su decadencia y ruína. Créese que estaba situada en el sitio que ocupa hoy Hamadán, ciudad importante del Irak-Adjemí.

ni le vedasen el abrazar á los gobernadores de provincias; que no le difiriesen las audiencias, haciéndole aguardar á sus puertas, y, finalmente, que en Roma se le hiciese tanta honra como á uno de los cónsules». Hizo Vologeso esta diligencia como persona que acostumbrado á la soberbia extranjera no estaba informado de nuestro modo de proceder; pues dejando aparte todo aquello que no trae consigo más que vanidad, no hacemos caso ni estimamos otra cosa que la gloria y derecho del mandar.

Este año mismo concedió César á las naciones de los Alpes marítimos que gozasen de los privilegios y derechos que gozaban los latinos. Y en el circo mandó poner los lugares y asientos para los caballeros romanos delante del de los plebeyos, porque hasta aquel día habían estado indistintos y confusos, no habiendo la ley Rosia (1) proveído á más que hasta catorce órdenes del teatro. Hiciéronse este año mismo los juegos de gladiadores con la misma grandeza que los pasados, no avergonzándose algunas mujeres ilustres y muchos senadores de comparecer en aquel cercado.

Hechos cónsules Cayo Lecanio y Marco Licinio, no

---

(1) Se trata aquí del circo hasta el tiempo de Augusto. El Senado, caballeros y plebe tenían en este espectáculo interpolados los asientos y sin orden. Las leyes Rosia y Julia teatrales sólo habían dado orden en cuanto á la escena, pero no en cuanto á los juegos curules, aunque en éstos se guardó siempre la costumbre antigua, acaso por causa de religión, por no enajenar la plebe. Finalmente, Augusto, siendo cónsules Cornelio Cina y Valerio Mesala, á los 763 de la fundación de Roma, mandó que el Senado y los caballeros estuviesen separados; pero sin señalarles lugar determinado, de suerte que ya se ponían en una parte, ya en otra; hasta que por evitar la confusión el emperador Claudio asignó al Senado lugar fijo, y Nerón á los caballeros... Después de haberse hecho esta división, era permitido á los senadores concurrir á estos espectáculos, pero con vestido particular.

-- (Nota de la E. E.)

pudiendo Nerón refrenar más el ardentísimo deseo que tenía de hacerse ver en los tablados públicos, habiendo ya cantado en casas, en jardines y en los juegos juveniles, menospreciaba estos lugares como poco frecuentados y estrechos para el concurso que merecía tan excelente voz, y teniendo todavía un no sé qué de empacho de comenzar en Roma, escogió á Nápoles, como á ciudad griega, para que, pasando de allí en Acaya y ganadas las insignes coronas del canto, tenidas antiguamente por sagradas, pudiese después de haber adquirido mayor fama incitar á hacer lo mismo á los ciudadanos de Roma. Y así, habiéndose juntado el pueblo de aquella ciudad y los que de las colonias y municipios vecinos había llamado la fama de tan gran fiesta, junto con los que le seguían, ó por honrarle ó por otros negocios, y, finalmente, los manipulos enteros de soldados, hinchen el teatro de Nápoles.

Acaeció allí un caso, á juicio de muchos de mal agüero, aunque al de Nerón muy venturoso, y sucedido por providencia divina; porque en saliendo el pueblo del teatro, vino al suelo todo aquel edificio sin hacer daño alguno. Por lo cual Nerón, componiendo canciones á este propósito, dió gracias á los dioses, celebrando la buena fortuna de aquel acaecimiento. Y después, encaminándose para pasar el mar Adriático, se entretuvo en Benevento, donde Vatinio celebraba una solemnisima fiesta de gladiadores. Era Vatinio uno de los sucios monstruos de aquella corte: su origen fué ser aprendiz y hechura de un zapatero, su cuerpo torcido y contrahecho, y sus donaires viles y abufonados. Al principio fué recibido en palacio para injuriar y morder á todos con sus gracias maliciosas, y después llegó á poder y valer tanto por el camino de acusar y malsinar á todo hombre de bien, que en privanza con el príncipe, en riquezas y en autoridad

para hacer mal se la ganaba aun á los más perversos de aquella escuela.

Hallándose, pues, Nerón en las fiestas que le hacía Vatinio, ni aun entre los deleites y pasatiempos cesaba de cometer maldades; que hasta en aquellos mismos días fué constreñido Torcuato Silano á quitarse la vida, porque á más del esplendor de la familia Junia, tuvo al divo Augusto por rebisabuelo. Mandóse á los acusadores que le imputasen que daba y hacía mercedes con prodigalidad, y que fundaba sus esperanzas en novedades; en cuya prueba tenia ya cerca de sí personas nobles con títulos de cancilleres, secretarios, contadores, nombres de designios y pensamientos que aspiran á la suma grandeza. Fueron luego presos y encarcelados también sus libertos más favorecidos. Y viendo ya cercana Torcuato su condenación, se abrió las venas de los brazos, diciendo Nerón después de sabida su muerte, como lo tenia de costumbre, «que aunque Torcuato estaba tan culpado, cuanto justamente había desconfiado de sus defensas, lo hubiera vencido todo si aguardara la sentencia del juez».

No mucho después, diferida la ida de Acaya sin que se supiese la causa de ella, volvió á Roma, teniendo en secreto algún pensamiento de visitar las provincias de Oriente, y en particular á Egipto. Y después, habiendo asegurado al pueblo por un edicto que no seria larga su ausencia, y que por su medio gozaría la República de allí adelante de mayor quietud y felicidad, subió al Capitolio, y por la prosperidad de este viaje adoró allí á los dioses. Y como entrase también en el templo de Vesta, sobreviniéndole repentinamente un temblor en todos los miembros, ó porque se espantó de aquella deidad, ó porque nunca le dejase estar libre de temor la memoria de sus maldades, dejó la empresa comenzada, diciendo

muchas veces después «que no había cuidado ni deseo que pudiese con él tanto como el amor de la patria; que había visto la tristeza que mostraban en sus rostros los ciudadanos, y oído las secretas quejas de que hubiese de hacer tan largo viaje aquel cuyas cortas ausencias sufrían aún con dificultad, estando, como estaban, acostumbrados á recrearse en sus adversidades fortuitas con sola la vista del príncipe; y que así como en las casas y linajes particulares se suelen estimar más los parientes más cercanos en sangre, así tenía para con él más fuerza y autoridad el pueblo romano, y se hallaba obligado á obedecerle siempre que gustase de tenerle consigo». Oía el vulgo estas ó semejantes cosas de buena gana, como amigo de deleites y pasatiempos, y temiendo (como quiera que éste era su mayor cuidado) alguna gran carestía en los mantenimientos con la ausencia del príncipe. El Senado y los principales de la ciudad no se determinaban en dónde se mostraría más fiero y cruel para con ellos, ausente ó presente. Y á la postre, tal es la naturaleza y calidad de los grandes temores, temían á lo que sucedía por lo peor que les podía suceder.

Él, pues, para ganar crédito de que en ninguna parte estaba tan alegre y con tanto gusto como en Roma, hacía banquetes en los lugares públicos, y se servía de toda la ciudad como de su propia casa. Referiré aquí uno de sus más celebrados y espléndidos banquetes que hizo aparejar por Tigelino, lleno de mil viciosas superfluidades y abominables lujurias, el cual nos podrá servir de ejemplo para excusarnos de contar muchas veces semejantes prodigalidades. Hizo, pues, fabricar en el estanque de Agripa una grande y capacísima balsa de vigas, sobre cuya plaza se hiciese el banquete y ella fuese remolcada por bajeles de remo. Eran estos bajeles barreados de oro y marfil, de encaje, y los remeros

mozos deshonestos y lascivos, compuestos y repartidos según su edad y abominables cursos de lujuria. Había hecho traer aves y fieras de diferentes tierras, y peces hasta del mar Océano. Á las orillas y puntas del estanque había burdeles llenos de mujeres ilustres, y por otra parte se veían públicas rameras desnudas y haciendo gestos y movimientos deshonestos; y llegada la noche, el bosque, las casas y cuanto había alrededor del lago comenzó á resonar y á responder con ecos de infinitas músicas y voces, resplandeciendo todo con hachas, y el mismo Nerón, discurriendo aquellos días y revolcándose á sus anchuras por todo género de vicio y sensualidad natural y contra natura, no le faltó otra cosa por cometer, para calificarse por el más abominable de todos los hombres, que la que hizo pocos días después casándose públicamente, en calidad de mujer, con uno de aquel nefando rebaño, llamado Pitágoras, y usando de todas las solemnidades y ceremonias que se suelen hacer en los casamientos. En éste se le puso al emperador el velo llamado flameo (1); viéronse los agoreros auspices, señalóse dote á la novia, aparejóse la cama á los desposados, encendiéronse las hachas con los ritos que se acostumbra en las bodas, y juntamente se vió en él todo aquello que hasta en los casados verdaderos suele encubrir la noche.

Siguióse después en la ciudad un estrago, no se sabe hasta ahora si por desgracia ó por maldad del príncipe, porque los autores lo cuentan de entrambas maneras(2),

---

(1) Velo nupcial que llevaban las mujeres romanas el día de su casamiento. Era de color amarillo obscuro y brillante como la llama, de cuya circunstancia traía su nombre, y de dimensiones bastante grandes para cubrir toda la persona desde la cabeza á los pies. (Lucan., II, V. 361.)

(2) Tácito refiere con cierta desconfianza la opinión que atri-



el más gráve y el más atroz de cuantos han sucedido en Roma por violencia de fuego. Salió de aquella parte del circo que está pegada á los montes Palatino y Celio, donde comenzó á prender en las tiendas en que se venden aquellas cosas capaces de alimentarle. Hizose con esto tan fuerte y poderoso, que con mayor presteza que el viento que le ayudaba, arrebató todo lo largo del circo; porque no había allí casas con reparos contra este elemento, ni templos cercados de murallas, ni espacios del cielo abierto que se opusiesen al impetu de las llamas; las cuales, discurriendo por varias partes, abrasaron primero las casas puestas en lo llano, y subieron después á los altos, y de nuevo se dejaron caer á lo bajo con tanta furia, que del todo prevenia su velocidad á los remedios que se le aplicaban. Ayudóle al fuego el ser la ciudad en aquel tiempo de calles muy angostas y torcidas á una parte y á otra, todo sin orden ni medida, cual fué el antiguo edificio de la vieja Roma. Á más de esto, las voces confusas de las mujeres medrosas, de los viejos y niños, y de los que, temerosos de su peligro ó del ajeno, éstos se apresuran para librar del incendio á los débiles y aquéllos se detienen para ser librados, lo impiden y embarazan todo; y muchas veces, volviéndose unos y otros á mirar si les seguía el fuego por las espaldas, eran acometidos de él por los lados ó por el frente. Y cuando pensaban ya estar en salvo con retirarse á los barrios vecinos, á quienes antes habían juzgado por seguros, los hallaban sujetos al mismo trabajo. Al fin, ignorando igualmente lo que habían de huir y lo que habían de buscar, hinchían las calles y se echaban por

---

buía al emperador el incendio de Roma. Suetonio es más explícito, y Dión Casio lo da como cosa cierta. A pesar de todo, sin embargo, el hecho es dudoso.

aquellos campos. Algunos, perdidos todos sus bienes y hasta el triste sustento de cada día, y otros por el dolor que les causaba el no haber podido librar de aquel furor á sus caras prendas, se dejaban alcanzar de las hambrientas llamas voluntariamente. Ninguno se atrevía á remediar el fuego, habiendo por todas partes muchos que no sólo prohibían con amenazas el apagarle, pero arrojaban públicamente tizones y otras cosas encendidas sobre las casas, diciendo á voces que no hacían aquello sin orden, ó que fuese ello así, ó que lo hiciesen para poder robar con mayor libertad.

Hallábase Nerón entonces en Ancio, y no volvió á la ciudad hasta que supo que el fuego se acercaba á sus casas por la parte que se juntaban con palacio y con los huertos de Mecenas (1); y con todo eso no fué posible librar del incendio al mismo palacio, á las casas y á todo cuanto estaba alrededor. Mas él, para dar algún alivio al pueblo turbado y fugitivo, hizo abrir el campo Marcio, las memorias de Agripa y sus propios huertos, y fabricar de presto en ellos muchas casas donde se recogiese la pobre muchedumbre. Trajéronse de Ostia y de las tierras cercanas muebles y alhajas de casa, y bajó el precio del trigo hasta tres nummos. Todo lo cual, aunque provechoso y deseado del pueblo, le era con todo eso muy poco acepto, por haberse divulgado por toda la ciudad y corrido voz de que en el mismo tiempo que se estaba abrasando Roma había subido Nerón en un tablado que tenía en su casa, y cantado en él el incendio y destrucción de Troya, comparando los males presentes con aquellas antiguas calamidades.

---

(1) Estos huertos de Mecenas estaban en el monte Esquilino, y en donde edificó Nerón una casa por dos veces, y llegaba hasta el principio del monte Esquilino, como dice Suetonio: *Domum a palatio Esquilias usque fecit*, etc. —(Nota de la E. E.)

Al cabo de seis días tuvo fin el fuego en la parte más baja del monte Esquilino, habiéndose hecho derribar por largo trecho las casas y otros edificios, para que la violencia de las llamas se parase en aquel espacio de campo vacío y descubierto. No había aún cesado el temor, cuando volvió á encenderse otra vez el fuego, aunque más levemente y en lugares los más desavahados de la ciudad, que fué causa de que pereciese menos gente; pero quien padeció más fueron los templos de los dioses, las galerías, lonjas y soportales fabricados para el recreo y deleite de los ciudadanos. Fué este incendio más infame que el primero, habiendo salido su violencia de las casas y huertos de Tigelino, que estaba en el arrabal Emiliano; creyéndose que Nerón deseaba ganar para sí la honra de edificar otra nueva ciudad y llamarla de su nombre (1). Dividióse la ciudad de Roma en catorce regiones, de las cuales solas cuatro quedaron enteras, tres asoladas del todo, y en las otras siete poquísimas casas, y ésas sin techos y medio abrasadas.

No se puede decir con certidumbre el número de las casas, de los barrios aislados y templos que perecieron; mas es cosa cierta que de antiquísima religión se abrasaron: los que Servio Tulio dedicó á la Luna; el templo grande y altar que Evandro de Arcadia consagró á Hércules vivo y presente entonces; el templo de Júpiter Estator, hecho por voto de Rómulo; el palacio de Numa y el templo de Vesta, con los propios dioses penates del pueblo romano. Quemáronse también las riquezas ganadas con tantas victorias, las obras admirables de los griegos, las memorias antiguas y trabajos insignes de aquellos buenos ingenios, y otras cosas semejantes con-

---

(1) Según Suetonio, la pensaba llamar Noropoli. — (Nota del T. E.)

servadas hasta allí sanas y enteras, á muchas de las cuales lloraban los más viejos como incapaces de remedio, aun después de haber visto la grandeza con que Roma volvió á resucitar. Notaban algunos que este incendio comenzó el día de los diez y nueve de julio, en el cual, muchos años antes, los galos senones tomaron y quemaron á Roma; otros más curiosos contaban tanto número de años como de meses y días entre el un incendio y el otro.

Mas Nerón, sirviéndose de las ruinas de la patria, fabricó una casa, en que no se admiraban tanto las piedras preciosas y el oro, cosas muy usadas ya de antes y hechas comunes por la gran prodigalidad y vicio de Roma, cuanto las campañas, los estanques, y como en forma de desiertos de una parte bosques, y de otra espacios de tierra descubiertos apaciblemente á la vista; siendo los trazadores y arquitectos de estas obras Severo y Celere, hombres de tal ingenio y de tan gran atrevimiento, que emprendían el dar con su arte lo que había ganado la misma Naturaleza, y burlarse del poder y fuerzas del príncipe. Éstos habían ofrecido el abrir un foso navegable desde el lago Averno hasta las bocas del Tiber, trayéndole por la seca costa, ó al través de los montes, sin que en todo aquello hubiese otra humedad capaz de producir las aguas necesarias para ello, sino las lagunas Pontinas, siendo todo lo demás tierra seca, despeñaderos tan grandes, que cuando se pudiera romper por ellos, fuera el trabajo insufrible y el provecho ninguno. Mas con todo eso Nerón, como deseoso que era de cosas imposibles, insistió en hacer cortar las cumbres de aquellos montes vecinos al lago Averno; y aun hoy en día quedan los vestigios de aquellas sus vanas esperanzas.

Pero las casas abrasadas del fuego no se reedificaron

sin distinción y acaso, como se hizo después del incendio de los galos, antes se midieron y partieron por nivel las calles, dejándolas anchas y desavahadas, tasando la altura que habían de tener los edificios, ensanchando el circuito de los barrios y añadiéndoles galerías ó soporales que guardasen el frente de los aislados. Estas galerías prometió Nerón que fabricaría á su costa, y que entregaría á los dueños los solares limpios y desembarazados, y señaló premios, conforme á la calidad y hacienda de los que edificaban, con tal que se acabasen las casas y aislados dentro del término establecido por él. Mandó que las calcinadas y despojos de aquellas ruinas se echasen en las lagunas de Ostia, y que lo cargasen y llevasen allá los navíos que habían subido por el Tíber cargados de trigo. Ordenó también que en ciertas partes se hiciesen los edificios sin trabazón de vigas y otros enmaderamientos, rematándolos con bóvedas hechas de piedra de Gabi y de Alba, las cuales resisten valerosamente al fuego. Y para que el agua de las fuentes, que hasta allí se divertía mucha parte de ella en uso de particulares, pudiese abundar más en beneficio público, puso guardias para que pudiesen todos tener más á la mano la ocasión de reprimir el fuego en semejantes desgracias. Mandó también que cada casa se fabricase con paredes distintas y propias, y no en común con las del vecino. Todas estas cosas hechas por el útil, ocasionaron también grande hermosura á la nueva ciudad; aunque creyeron muchos que la forma antigua era más sana, respecto á que la estructura de las calles y altura de los tejados servía de defensa contra los rayos del sol: donde ahora al ser las calles tan anchas y descubiertas, y á esta causa privadas de sombra, ocasiona más ardientes calores.

Hechas estas diligencias humanas, se acudió á las di-

vinas con deseo de aplacar la ira de los dioses y purgarse del pecado que había sido causa de tan gran desdicha. Viéronse sobre esto los libros sibilinos, por cuyo consejo se hicieron procesiones á Vulcano, á Ceres y á Proserpina, y las matronas aplacaron con sacrificios á Juno, primero en el Capitolio y después en el mar cercano á la ciudad, y sacando de él agua, rociaron el templo y el simulacro de la diosa: las mujeres casadas, tendidas por devoción en el suelo del templo, velaron toda la noche. Mas ni con socorros humanos, donativos y liberalidades del príncipe, ni con las diligencias que se hacían para aplacar la ira de los dioses era posible borrar la infamia de la opinión que se tenía de que el incendio había sido voluntario. Y así, Nerón, para divertir esta voz y descargarse, dió por culpados de él y comenzó á castigar con exquisitos géneros de tormentos á unos hombres aborrecidos del vulgo por sus excesos, llamados comúnmente cristianos. El autor de este nombre fué Cristo, el cual, imperando Tiberio, había sido justiciado por orden de Poncio Pilato, procurador de la Judea; y aunque por entonces se reprimió algún tanto aquella perniciosa superstición, tornaba otra vez á reverdecer, no solamente en Judea, origen de este mal, pero también en Roma, donde llegan y se celebran todas las cosas atroces y vergonzosas que hay en las demás partes. Fueron, pues, castigados al principio los que profesaban públicamente esta religión, y después, por indicios de aquellos, una multitud infinita, no tanto por el delito del incendio que se les imputaba, como por haberles convenido de general aborrecimiento á la humana generación (1). Añadióse á la justicia que se hizo de éstos la

---

(1) El original dice: *haud perinde in crimine incendi quam odio humani generis convicti sunt*. Ignoramos qué motivo pudo

burla y escarnio con que se les daba la muerte. Á unos vestían de pellejos de fieras, para que de esta manera los despedazasen los perros; á otros ponían en cruces; á otros echaban sobre grandes rimeros de leña, á quien, en faltando el día, pegaban fuego, para que ardiendo con ellos sirviesen de alumbrar en las tinieblas de la noche. Había Nerón diputado para este espectáculo sus huertos, y él celebraba las fiestas circenses; y allí, en hábito de cochero, se mezclaba unas veces con el vulgo á mirar el regocijo, otras se ponía á guiar su coche, como acostumbraba. Y así, aunque culpables éstos y merecedores del último suplicio, movían con todo eso á compasión y lástima grande, como personas á quien se quitaba tan miserablemente la vida, no por provecho público, sino para satisfacer á la crueldad de uno solo.

En tanto, para sacar dineros fué necesario saquear á Italia, arruinar las provincias y pueblos confederados y las ciudades llamadas libres. Entraron también los dioses en el número de esta presa, despojándose en Roma los templos y sacando de ellos todo el oro que por triunfos y por votos se había ofrecido y consagrado en todas las edades del pueblo romano por prosperidad ó por miedo; y en Asia y en Acaya no sólo se arrebatában de los templos los dones ofrecidos á los dioses, sino hasta sus mismas estatuas, habiendo enviado á estas provincias á un liberto de César, llamado Acrato, y á Secundo Carinate: Acrato, hombre acomodado y pronto para cualquier maldad; y Carinate, docto en las

---

tener nuestro Coloma en traducir el *odio humani generis* por aborrecimiento á la humana generación, en vez de *por aborrecimiento al género humano*, que además de ser la versión más natural y ajustada al texto, no da lugar á dudosas interpretaciones.



letras griegas, aunque sólo en la lengua, sin vestir el ánimo de las buenas artes á que endereza aquella doctrina.

Dijose que Séneca, por librarse de la infamia y cargo que se le hacia de este sacrilegio, pidió licencia para retirarse á una heredad suya bien apartada, y que negándose, fingiéndose enfermo de la gota, no salió más de su aposento. Otros han escrito que por orden de Nerón le preparó el veneno un liberto del mismo Séneca, llamado Cleonico, y que le evitó por aviso del mismo liberto ó por su propio temor, á causa de haber dado en hacer una vida sencillísima, no comiendo otra cosa que frutas silvestres, ni bebiendo sino cuando le apretaba la sed, y agua de fuente á quien él mismo viese correr.

Por este mismo tiempo, tentando de escaparse los gladiadores que estaban en la villa de Preneste, fueron detenidos por la guarnición que los guardaba, y comenzándose á alborotar ya el pueblo, cuya naturaleza es desear novedades y juntamente temerlas, refería en sus corrillos y conversaciones los males que causó Spartaco y otras calamidades antiguas de este género. Poco después llegó nueva de un naufragio que padeció la armada, no por ocasión de guerra (porque nunca se gozó de tan firme y segura paz), sino porque Nerón, no exceptuando los casos fortuitos del mar, había señalado el día en que forzosamente había de hallarse de vuelta en Campania; á cuya causa los que la gobernaban, no obstante que el golfo estaba alborotado, se resuelven en partir de Formi, y sobreviniendo con gran furor un viento del Mediodía, travesía de aquella costa, mientras hacen fuerza por doblar el cabo de Miseno, arrojados á la playa de Cumas, dieron en tierra, perdiéndose muchas galeras y otros navíos menores.

Á la fin del año se divulgaron muchos prodigios que fueron anuncios de los males que se aparejaban. Una violencia de rayos la más frecuente que jamás se vió. Mostróse un cometa, cuya siniestra interpretación procuró Nerón purgarla, como otras veces, con sangre de hombres ilustres. Viéronse arrojados en público partes humanas y de animales con dos cabezas; y lo mismo se vió en los sacrificios en que es costumbre que las bestias que se sacrifican sean hembras y estén preñadas. En el territorio de Plasencia, junto al camino, nació un becerro que tenía la cabeza en una pierna. Interpretaron luego los adivinos arúspices que se aparejaba otra cabeza para el imperio del mundo; mas que no sería poderosa ni vendría secreta; lo primero, porque el monstruo había sido reprimido en el vientre de su madre, y lo segundo, porque había nacido junto al camino.

Entrado después de esto en su consulado Silio Nerva (1) y Atico Vestino, comenzó y se aumentó juntamente una conjuración contra el príncipe, en que á porfia se escribían senadores, caballeros, soldados y hasta mujeres; tanto por aborrecimiento contra Nerón, como por la voluntad y amor que tenían todos á Cayo Pisón. Éste, descendiente del linaje de los Calpurnios, y abrazando con la nobleza paterna muchas familias principales, gozaba para con el vulgo de esclarecida fama por sus virtudes, verdaderas ó aparentes; porque él ejercitaba su elocuencia en defender causas de ciudadanos, daba con liberalidad á sus amigos, y era apacible en la conversación y en el trato hasta con los que no conocía. Tenia también grandes dones naturales, gentileza de cuerpo y hermosura de rostro; mas estaba muy

---

(1) De los fastos y lápidas consta que éste se llamaba *Silano Nerva*. — (Nota de la E. E.)

lejos de poseer gravedad de costumbres y de saberse ir á la mano de los deleites y pasatiempos; dándose demasiadamente al regalo y magnificencia, y algunas veces al vicio deshonesto. Eran con todo eso agradables esas cosas á muchos, especialmente á los que en tiempos tan relajados temian un Gobierno apretado y demasiado severo.

No fué motivo de Pisón ni deseo que tuviese de reinar el dar principio á la conjuración, ni sería fácil hallar el autor de una cosa de que se encargaron tantos: la constancia que tuvieron hasta la postre mostró que Subrio Flavio, tribuno de una cohorte pretoria, y Sulpicio Aspro, centurión, fueron los que se mostraron más prontos; y Lucano Aneo y Plaucio Laterano, nombrado para cónsul, trajeron consigo al trato más vivos y crueles aborrecimientos contra Nerón. Lucano, encendido de causas suyas particulares, porque impedía Nerón la fama de sus versos (1), vedándole por vana emulación el publicarlos; y Laterano sin mostrar queja de alguna injuria, sino sólo por el bien de la patria. Mas Flavio Cevino y Africano Quinciano, entrambos senadores, se encargaron de dar principio á tan gran hazaña, muy contra la opinión en que generalmente eran tenidos. Porque Cevino, como hombre de ánimo remiso y para poco, rendido del todo á sus deleites, vivía una vida floja y soñolienta; y Quinciano, infamado de haber usado mal de su cuerpo, reprendido de ello por Nerón con

---

(1) No obstante, después de su muerte permitió que se publicasen y leyesen, como parece indicarlo la siguiente inscripción:

M. ANNEO LUCANO  
CORDUBENSI POETÆ  
BENEFICIO NERONIS  
FAMA SERVATA.

(Nota de la E. E.)

ciertos versos llenos de oprobio y vituperios, iba con esa ocasión procurando su propia venganza.

Estos, pues, mientras discurren entre sí y con otros amigos de las maldades del príncipe, de la cercana ruina del Imperio, y que convenia elegir otro que amparase el Estado y le defendiese de tan inminente peligro, agregaron al número de los conjurados á Tulio Seneción, Cervario Proculo, Vulcacio Ararico, Julio Turgurino, Munacio Grato, Antonio Natal y Marcio Festo, caballeros romanos; de los cuales Seneción, á causa de la estrecha familiaridad que había tenido con el príncipe, por quedarle todavía una cierta apariencia de ella, estaba sujeto á peligros. Natal sabia todos los secretos de Pisón; á los demás movía la esperanza de cosas nuevas. Fuera de esto, Subrio y Sulpicio, de quien traté arriba, trajeron á su opinión otro buen golpe de soldados, es á saber: Granio Silvano y Estacio Proximo, tribuno de las cohortes pretorias; y Máximo Escauro y Veneto Paulo, centuriones; mas el nervio y fuerza principal de esta empresa parecia á todos que consistía en Fenio Rufo, uno de los prefectos del pretorio, el cual, aunque alabado comúnmente por su buena vida y fama, se le anteponía en la gracia del príncipe con grandes ventajas Tigelino por su crueldad y vicios sensuales; y no cesaba de revolverse con Nerón y procurar atemorizarle con él, queriéndole persuadir á que, habiendo sido Fenio adúltero de Agripina, la viva memoria que conservaba de ella le incitaba continuamente el ánimo á la venganza. Pues como los conjurados vieron de su parte á uno de los prefectos del pretorio, y por los ordinarios razonamientos que se oían hacer sobre el caso se acabaron de asegurar de que no había fingimiento, comenzaron á tratar con mayor libertad del tiempo y lugar de la ejecución. Dijose que Subrio Flavio estuvo

resuelto en acometer á Nerón cuando cantando en el teatro, ó cuando ardiendo su casa de luminarias y fuegos, iba él sin guardia alguna discurriendo por diversas partes de la ciudad; moviendo su generoso ánimo á lo primero la ocasión de cogerle solo, y á lo segundo la muchedumbre de gente que acudía á la fiesta, á quien deseaba tener por certísimos testigos de su valor; mas que al fin le atajó entrambos caminos el deseo de quedar sin castigo, cosa que suele oponerse muchas veces á grandes y nobles resoluciones.

Entretanto, pues, que los conjurados iban poniendo lárgas al negocio y fluctuando entre la esperanza y el temor, una cierta mujer llamada Epicaris, la cual no se sabe por qué vía tuvo noticia de este negocio, no habiendo tenido hasta entonces cuidado alguno de apetecer cosas honestas, incitando al principio y después reprendiendo la larga dilación de los conjurados, á lo último enfadada de tanta flema, y hallándose en la provincia de Campania, imaginó en corromper y llevar á su opinión á los principales de la armada de Miseno, comenzando así á urdir su tela. Había en aquellas galeas un tribuno llamado Volusio Proculo, uno de los ministros que se hallaron en la muerte de Agripina, madre de Nerón, mal satisfecho á su parecer por no haber recibido de él recompensa proporcionada con tan gran maldad. Éste, ó conocido antes de la mujer, ó admitido de nuevo á su amistad, mientras le descubre sus grandes méritos y la cortedad de los premios recibidos, añadiendo quejas y mostrando firme propósito de tomar venganza siempre que se le ofreciese comodidad, dió esperanzas á Epicaris de inducirle con facilidad á sus designios y de que traeria consigo á otros muchos. Era grande el valor que podía dar la armada para conseguir estos intentos, por ofrecerse en ella muy á menudo

ocasiones de ejecutarlos, deleitándose mucho Nerón en pasear aquel pedazo de mar que hay entre Puzol y Miseno. Epicaris, pues, le cuenta todas las maldades del príncipe, y le dice «que aunque el Senado cuidaba bastante de un negocio de tanto peso y tenía ya resuelto el modo de hacer pagar á Nerón la pena merecida por la ruina de la República, hacia con todo eso él muy bien en meterse á la parte de aquella empresa, y más si procuraba llevar á su opinión algunos valerosos soldados; y que no dudase de que sacaría digna remuneración por tan gran servicio». Callóse con todo eso los nombres de los conjurados, cosa que hizo desvanecer el aviso de Proculo, aunque refirió á Nerón todo lo que de esta mujer había entendido, porque llamada Epicaris y careada con él, le confundió con facilidad, faltando testigos con quien comprobar el indicio. Fué con todo eso detenida en la cárcel, creyendo Nerón que no eran del todo falsas aquellas cosas, aunque no se acababan de probar por verdaderas.

Los conjurados, medrosos de verse descubiertos, determinaron de solicitar lo tratado y de ejecutar la muerte de Nerón en Baya y en la quinta de Pisón, de cuyo sitio ameno y deleitoso, prendado extremadamente César, acudía allí muy á menudo, deleitándose en baños y en banquetes, dejando su guardia ordinaria y el acompañamiento y grandeza imperial. Mas no lo consintió Pisón, excusándose «con el vituperio que se le siguiera manchando con la sangre del príncipe, por más malo que fuese, los sacrificios de la mesa y los dioses del hospedaje. Que era mejor matarle en Roma en aquella su casa aborrecible, fabricada con los despojos de los ciudadanos; fuera de que no era bien ejecutar en secreto lo que se emprendía por servicio público». Esto decía en común á los cómplices; mas interior-

mente temía que Lucio Silano, varón cuya señalada nobleza y la disciplina de Cayo Casio, con quien se había criado, le tenían en gran reputación, no usurpase el Imperio para sí, ayudado por los que no se hallasen interesados en el trato y por los que se compadeciesen del suceso de Nerón como de hombre muerto alevosamente. Creyeron también muchos que temió Pisón el natural levantado y áspero del cónsul Vestino, pareciéndole que en tal caso procuraría encaminar las cosas al antiguo estado de libertad, ó por lo menos escoger otro emperador á su gusto á quien obligar con entregarle en don á la República. Porque el cónsul no entró ni tuvo parte en la conjuración, dado que, so color de este delito, desfogó después Nerón contra su inocencia el antiguo aborrecimiento.

Finalmente, escogieron para la ejecución el día de las fiestas circenses que se celebran en honra de Ceres (1); porque César, aunque salía pocas veces en público y se estaba retirado casi siempre en casa ó en sus huertos, acudía con todo eso muy á menudo á los juegos del circo, donde ofrecía mayor comodidad para llegarse á él en medio del regocijo de aquellas fiestas. La orden de ejecutar la traición fué ésta: «Que Laterano, con achaque de pedir alguna merced para ayuda de sustentar su estado, se le postrase á los pies dando muestras de humildad, y abrazándose con sus rodillas diese con él en tierra, que le sería fácil, por cogerle de improviso y por ser Laterano hombre de gran cuerpo y de gallardo ánimo; y que teniéndole así apretado con el suelo, acudiesen luego los tribunos y centuriones y los otros conjurados á quien más ayudase el corazón, y allí, finalmente, le hiciesen pedazos, pidiendo Cevino con gran

---

(1) Duraban desde el día 12 hasta el 19 de abril.



instancia que se le diese el primer lugar, como quien para este efecto había tomado un puñal del templo de la Salud en Toscana, ó según otros, del de la Fortuna en la villa de Ferento, y le traía siempre consigo como consagrado para una gran empresa.» Había de esperar en aquel medio Pisón en el templo de Ceres, de donde el prefecto Fenio y los demás conjurados le habían de llevar á los alojamientos militares acompañado de Antonia, hija de Claudio César, para ganar el favor del vulgo; así lo cuenta Cayo Plinio. Yo, de cualquier manera que se haya escrito, no lo he querido callar, aunque me parece disparate y liviandad creer que Antonia quisiese prestar su nombre á Pisón con tanto peligro, ó que Pisón, que sabe todo el mundo lo mucho que amaba á su mujer, viniese en obligarse á otro matrimonio, si ya no es que el deseo de reinar vence á todos los demás afectos del ánimo.

Mas lo que causa maravilla grande es ver que entre tanta diversidad de gente, ricos y pobres, de diversos linajes, edades y sexos, se pudiese tener oculta esta resolución hasta que comenzó á descubrirse en casa de Cevino. Éste, pues, el día antes del que se había señalado para el efecto, habiendo tenido una larga plática con Antonio Natal, vuelto de allí á su casa, selló su testamento, y sacando de la vaina el puñal arriba dicho, quejándose de que con el tiempo había perdido los filos, mandó que le afilasen muy bien sobre una piedra y que le sacasen la punta, encargándolo á un liberto suyo llamado Melico. Hizo tras esto aparejar la cena con mayor abundancia de lo acostumbrado; dió libertad á los esclavos más amados y á otros dió dineros, y él, melancólico y triste, daba muestras de tener pensamientos y cuidados grandes, aunque con varias pláticas y discursos fingía estar alegre. Finalmente, ordena al mismo Meli-

co que apareje vendas para curar heridas, y las demás cosas con que se suele restañar la sangre; ó que Melico fuese también cómplice de la conjuración y fiel hasta entonces, ó que, á la verdad, no sabiendo cosa alguna de ella le pusiesen en sospecha tales prevenciones, como muchos han escrito, lo cierto es que considerando entre sí mismo aquel ánimo servil el precio de la traición, y representándosele las inmensas riquezas y poder con que ya se figuraba, hizo poco caso de toda razón, de la vida de su amo y de la libertad recibida. Habiale confirmado en esta opinión su mujer, á quien pidió consejo, animándole á escoger lo peor, condición propia de mujeres, y diciéndole en orden á ponerle temor «que no era él solo el que se había hallado presente á ver las cosas que le decia, habiéndolo visto también otros muchos esclavos y libertos, con que no sería de algún provecho el silencio de uno solo, pudiéndole ser de mucho el adelantarse y prevenir á los demás descubriendo él la conjuración».

Con esto, al nacer del día se va Melico á los huertos servilianos, donde estaba Nerón, y negándosele la audiencia, comienza á decir á grandes voces que traía cosas importantísimas y atroces que revelar al príncipe. Y entonces los porteros le llevan á Epafrodito (1), libertino de Nerón, y éste después al príncipe, á quien dando cuenta del urgente peligro en que estaba por causa de la conjuración y de las demás cosas que había oído y conjeturado, le muestra también el puñal mismo preparado para quitarle la vida, instando en que se asegurasen de Cevino; el cual, arrebatado por los soldados y traído á la presencia de César, comenzó á defenderse, dicién-

---

(1) Secretario de Nerón (Suetonio, *Nerón*, 4) y el mismo de quien fué esclavo Epicteto. — (Nota de la E. E.)

do: «Que el puñal con que le argüían había sido tenido en gran veneración por su padre, guardándole en el propio aposento en que dormía, de donde con engaño se le había robado el liberto; que otras muchas veces había sellado su testamento sin observancia alguna de días; que otras veces también había dado libertad y dineros á sus esclavos, y si entonces se había mostrado con ellos más liberal era porque, hallándose ya con poca hacienda y más apretado que nunca de sus acreedores, desconfiaba de que se pudiesen cumplir sus últimas voluntades; que siempre había procurado comer espléndidamente y pasar una vida alegre y regocijada, aunque murmurada por esto de los severos jueces de nuestras acciones; que no se habían aparejado por su orden vendas ni medicamentos para curar heridas, sino que resolviéndose el liberto de imputarle cosas notoriamente falsas, le había parecido añadir aquella en que se podía notar alguna apariencia de delito y en que él pudiese á un mismo tiempo hacer oficio de acusador y de testigo.» Dijo todas estas palabras con un ánimo tan constante y tan franco, acusándole de hombre infame y abominable con tanta seguridad de voz y poca mudanza de rostro, que comenzaba á desvanecerse el indicio y á vacilar el acusador, si no le advirtiera su mujer de que Antonio Natal había tenido largas y secretas pláticas con Cevino, y que entrambos eran íntimos amigos de Cayo Pisón.

Traído, pues, para esta averiguación Natal, y examinados separadamente sobre lo que habían hablado y conferido entre sí, como no se conformasen en las respuestas, entrando Nerón en vehemente sospecha, mandó que los pusiesen en hierros y poco después á cuestión de tormento, á cuya primera vista y amenazas confesaron sin dificultad el delito. Fué con todo eso Natal el

primero, como más bien informado de toda la conjuración y como tal podía argüir mejor á los conjurados; y comenzó de Pisón, nombrando después á Aneo Séneca, ó que él hubiese servido de tercero entre Pisón y Séneca, ó por granjear la gracia del príncipe, el cual, aborreciendo á Séneca, buscaba todos los medios que podía para acabar con él. Cevino entonces, sabida la confesión de Natal, con la misma flaqueza de ánimo, ó entendiendo por ventura que todo estaba descubierto y que no le podía ser ya de algún provecho el callar, descubrió á todos los otros; de los cuales, Lucano, Quinciano y Seneción al principio estuvieron firmes; pero dejándose vencer después con las promesas del perdón, por excusarse de lo que habían tardado en confesar, nombraron Lucano á su madre Atila, Quinciano á Glicio Galo, y Seneción á Annio Polión, sus mayores amigos.

Entretanto Nerón, acordándose que por la denuncia que hizo Volusio Proculo estaba todavía presa Epicaris, persuadiéndose á que, como mujer, no sufriría el dolor de los tormentos, mandó que la hiciesen pedazos en ellos; mas ni los cruelísimos azotes, ni el fuego, ni la rabia de los que, por no verse burlados de una mujer, la atormentaban con mayor fiereza, fueron parte para que ella dejase siempre de negar lo que se le imputaba. Con este menosprecio pasó Epicaris la tortura del primer día. Venido el siguiente y trayéndola á los tormentos en una silla (porque teniendo hechos pedazos todos los miembros no podía tenerse de pie), quitándose la faja con que traía ceñido el pecho, haciendo un lazo de ella y atándola á uno de los arcos de la silla, puso el cuello dentro del lazo, y haciendo fuerza con todo el peso del cuerpo, acabó de arrancar el poco espíritu que le quedaba, con ejemplo tanto más ilustre de una mujer libertina, puesta en tanto aprieto por defender á perso-

nas extrañas para ella y por ventura no conocidas, cuanto los hombres libres, caballeros romanos y senadores, tocados apenas de los tormentos, descubrían y acusaban á sus más caras prendas, esto es, á sus mayores amigos y cercanos parientes. Porque Lucano, Quinciano y Seneción no cesaban de ir nombrando poco á poco todos los cómplices del trato, amedrentándose por momentos más y más Nerón, aunque reforzadas las guardias de su persona, se hubiese hecho rodear por todas partes de soldados, mandando ocupar con diferentes cuerpos de guardia los muros de la ciudad, riberas del río y costa marítima, y puesto como en prisión á Roma.

Corrían por las plazas, por las calles, quintas y aldeas comarcanas gran número de infantes y caballos, mezclados con los germanos de la guardia, en quien se fiaba más el príncipe como en gente extranjera; resultando de aquí el traerse continuamente tropas y recuas de presos, siguiéndose unos á otros hasta llegar á las puertas de los huertos, donde se veían infinitos tendidos por aquellos suelos. Y admitidos á ser interrogados, el haberse casualmente hablado con alguno de los del trato, encontrándose de improviso, comido ó estado en su compañía en fiesta ó regocijo público, era todo calificado por delito. Y á más de las terribles y crueles preguntas que hacían á los reos Nerón y Tigelino, los apretaba también con gran violencia Fenio Rufo, no habiendo sido nombrado aún por los que declaraban la conjuración; y deseando acreditarse por ignorante del caso, no cesaba de mostrarse riguroso contra sus compañeros. Y el mismo Fenio detuvo á Subrio Flavio, que estaba allí presente y le hacía señas si entretanto que se ventilaba la causa echaría mano á la espada y acabaría con Nerón, interrumpiéndole y refrenando aquél impetu

cuando ya Subrio tenía la diestra sobre la empuñadura.

Algunos, después de descubierta la conjuración, mientras estaban oyendo á Melico y mientras Cevino estaba suspenso entre el negar y el confesar, exhortaban á Pisón «que se fuese á los alojamientos pretorianos, ó á la plaza llamada de los Rostros, y en una parte ó en otra con alguna oración procurase ganar el favor de los soldados ó del pueblo; porque si se juntaban todos los conjurados y sus cómplices en ayuda de sus intentos, era cierto que les seguirían también otros muchos, aunque ignorantes del caso, por la fama grande que traía consigo este movimiento, cosa que suele valer mucho en los consejos nuevos y arrebatados. Alegaban que no había hecho Nerón contra esto prevención alguna; y que si hasta los ánimos valerosos suelen perderse en los accidentes repentinos, ¿cuánto mejor se podría esperar de aquel farsante, acompañado de Tigelino y de sus mancebas, y más si les había de ser necesario empuñar las armas? Que muchas cosas que parecen imposibles á los cobardes, suelen hallarlas muy fáciles los valerosos con sólo resolverse en intentarlas; que era disparate pensar que podía conservarse el silencio y la fe entre tanto número de conjurados, y que al fin se vencería todo con tormentos ó con premios; que se desengañase que habría también para él prisión, tormentos y una muerte infame y vergonzosa. ¿Con cuánta mayor alabanza—decían—acabaréis la vida mientras abrazáis la República y pedis socorro para restituirle su libertad, y mientras aunque os falten los soldados y os desampare el pueblo, ve el mundo que no os desampara el ánimo y el valor que heredasteis de vuestros antecesores, y que á todo mal librar habéis sabido escoger una honesta y honrada muerte?» No haciendo algún movimiento con todas estas razones Pisón, y habiéndose

dejado ver algún tanto en público, se retiró después solo á su casa, adonde atendió á fortalecer el ánimo para sufrir la muerte, hasta que llegó una tropa de soldados poco antes recibidos á sueldo, á quien escogió Nerón por no fiarse de los viejos, como gente que podía estar sobornada. Murió, pues, Pisón cortándose las venas de los brazos, y dejó un testamento lleno de vergonzosas adulaciones para con Nerón. Atribuyóse al gran amor que tenía á su mujer, á la cual, sin tener en sí otra cosa digna de alabanza que la hermosura y gallardía corporal, habia quitado Pisón á un amigo suyo con quien estaba casada. Llamábase esta mujer Arria Gala, y el primer marido Domicio Silio. Este con su sobrada paciencia y ella con su deshonestidad, acrecentaron la infamia de Pisón.

El primero á quien después de este hizo matar Nerón fué Plaucio Laterano, nombrado cónsul, y con tanta prisa, que no se le permitió el abrazar á sus hijos ni aquella breve dilación de escoger la forma de muerte que se daba á otros; antes llevado al lugar donde suelen justiciarse los esclavos (1), fué allí muerto cruelmente por manos de Estacio, tribuno, conservando con gran constancia un generoso silencio, sin dar en rostro al tribuno con la conciencia de la misma culpa. Siguió á esta muerte la de Aneo Séneca, muy agradable al príncipe; no porque se hallase contra él culpa alguna en la conjuración, sino por ejecutar con hierro lo que no habia podido con veneno; porque hasta entonces no habia sido nombrado más que por Natal solo, de que Pisón le habia enviado á visitar á Séneca estando en-

---

(1) Había, en efecto, un sitio destinado para el castigo de los esclavos y plebeyos, fuera de Roma, en el cual estaban fijas las cruces y patíbulos, y donde se echaban los cadáveres corrompidos, etc.—(Nota de la E. E.)



fermo, y á dolerse con él de que no consentía que le visitase, añadiendo que era mejor poner nuevas raíces á su amistad, tratándose y comunicándose familiarmente, y que Séneca había respondido «que el conversar entre sí y verse á menudo no era conveniente á ninguno de los dos; pero que su salud pendía de la salud y seguridad de Pisón». Estas palabras mandó el príncipe que refiriese á Séneca Gravino Silvano, tribuno de una cohorte pretoria, y que le preguntase si era verdad que hubiese pasado aquel coloquio entre él y Natal. Había casualmente Séneca (otros dicen que de industria) vuelto aquel día de Campania, y alojándose en una quinta suya una legua de la ciudad, donde cerca de la noche llegó el tribuno; y después de haber hecho cercar la quinta de escuadras de soldados, hallando á Séneca cenando con Pompea Paulina, su mujer, y dos amigos, le notificó las comisiones que llevaba del emperador.

Respondió Séneca: «Que era verdad que había venido á él Natal de parte de Pisón, quejándose de que queriendo visitarle se le había negado la entrada; que á esto se había excusado con su enfermedad y con el deseo que tenía de quietud; y que en lo demás nunca había tenido causa para anteponer á su propia salud la de un hombre particular; ni él de su naturaleza era inclinado á lisonjas, como mejor que otro alguno lo sabía el mismo Nerón; el cual había hecho más veces experiencias de la libertad de Séneca que de su servil adulación.» Referida por el tribuno esta respuesta al príncipe en presencia de Popea y de Tigelino, que era el Consejo secreto con quien resolvía el modo de ejercitar su crueldad, le preguntó si Séneca se preparaba para tomar una muerte voluntaria, y afirmando el tribuno que no había conocido en él señal alguna de temor ni de tristeza en palabras ni en rostro, se le manda que vuelva y que

le notifique la muerte. Escribe Fabio Rustico que no volviendo el tribuno por el mismo camino por donde había venido, torció por casa del prefecto Fenio, y que dándole cuenta de la orden que llevaba de César y preguntándole si la obedecería, con vileza y cobardía fatal de todos, le respondió que la obedeciese; porque también Silvano era de los conjurados, aunque ahora acrecentaba aquellas maldades, en cuya venganza había consentido con los demás. Con todo eso no quiso ver ni hablar á Séneca; antes envió en su lugar á un centurión que le notificase la última necesidad.

Séneca, sin temor alguno, pidió recado para hacer testamento, y negándosele el centurión, vuelto á sus amigos les dice «que pues se le impedía el reconocer y gratificar sus merecimientos, les dejaba una sola recompensa, aunque la mejor y más noble que les podía dar, que era el espejo y ejemplo de su vida, del cual, si tenían memoria, sacarían una honrada reputación y el loor de haber conservado y sabídose aprovechar del fruto de tan constante amistad». Y juntamente, ya con amorosas palabras, ya con severidad á manera de corrección, les hacía dejar el llanto y los procuraba reducir á su primer firmeza de ánimo, preguntándoles «que dónde estaban los preceptos de la sabiduría; dónde la disposición preparada con el discurso de tantos años para oponerse á cualquier accidente y eminente peligro? Porque á todos era notoria la crueldad de Nerón, á quien no quedaba ya otra maldad por hacer, después de haber muerto á su madre y hermano, sino el quitar la vida á su ayo y maestro».

Después de haber dicho en general estas y semejantes cosas abraza á su mujer, y habiéndole mitigado algún tanto la fuerza del temor presente, la exhórta y la ruega que trate de templar y no de eternizar su dolor,

procurando con la contemplación de su vida pasada virtuosamente tomar algún honesto consuelo y en su manera olvidar la memoria de su marido. Ella en contrario, afirmando que también tenía hecha resolución de morir entonces, pide con gran instancia la mano del matador. Con esto, Séneca, no queriendo impedirle su gloria, y juntamente amándola con ternura, por no dejar á tan caras prendas en poder de tantas injurias y tan crueles destrozos, le dijo: «Yo te había mostrado los consuelos que había menester para entretener la vida; mas veo que tú escoges la gloria de la muerte. No pienso mostrar que te tengo envidia al ejemplo que has de dar de ti, ni estorbarte esa honra. Sea igual entre nosotros dos la constancia de nuestro generoso fin; aunque es cierto que el tuyo resplandecerá con mayor excelencia.» Después de esto se cortaron á un mismo tiempo las venas de los brazos. Séneca, porque siendo ya muy viejo y teniendo el cuerpo muy enflaquecido con la larga abstinencia despedía muy lentamente la sangre, se hace cortar también las venas de las piernas y tobillos. Y cansado de la crueldad de aquellos tormentos, por no quebrantar con las muestras de su dolor el ánimo de su mujer, y por no deslizar él en alguna impaciencia, viendo los que ella padecía, la persuade á que se retire á otro aposento. Y sirviéndose de su elocuencia hasta en aquel último momento de su vida, llamando quien le escribiese, dictó muchas cosas que, por haber quedado en el vulgo con las mismas palabras, excusaré el referirlas.

Mas Nerón, no teniendo odio particular contra Paulina y por no hacer más aborrecible su crueldad, mandó que se le estorbese la muerte. Y así, á persuasión de los soldados, sus propios esclavos y libertos le vendan las incisiones de las venas y le restañan la sangre, no se sabe si con su consentimiento; porque como quiera que

el vulgo se inclina siempre á los peores juicios, no faltó quien creyese que mientras juzgó por implacable á la ira de Nerón, deseó la fama de imitar y acompañar en la muerte á su marido; mas que habiéndosele ofrecido después más blandas esperanzas, se dejó vencer de la dulzura de la vida; á la cual añadió después bien pocos años, con una loable memoria de su marido y con un color pálido en el rostro y miembros, que se mostraba bien haber perdido mucha parte del espíritu vital. Séneca, entretanto, durándole todavía el espacio y dilación de la muerte, rogó á Statio Aneo, en quien tenía experimentada gran amistad y no menor ciencia en la Medicina, que le trajese el veneno ya de antes prevenido, que era el que solían dar por público juicio los atenien-ses á sus condenados; y habiéndosele traído, le tomó, aunque sin algún efecto, por habersele ya resfriado los miembros y cerrado las vías por donde pudiese penetrar la violencia de él. Á lo último, haciéndose meter en el aposento donde había un baño de agua caliente, y rociando con ella á sus criados que le estaban más cerca, añadió estas palabras: «Este licor consagro á Júpiter librador.» Metido de allí en el baño, y rindiendo el espíritu con aquel vapor, fué quemado su cuerpo sin pompa ó solemnidad alguna, como antes lo había ordenado en su codicilo, mientras hallándose todavía rico y poderoso iba pensando en lo que se había de hacer después de sus días.

Hubo fama que Subrio Flavio había tratado secretamente con los centuriones, y no sin sabiduría de Séneca, que después de haber muerto á Nerón con el favor y ayuda de Pisón, fuese muerto también el mismo Pisón y se entregase el imperio á Séneca, como á hombre inculpable y por el esplendor de sus virtudes merecedor de aquella suprema grandeza; y hasta las palabras

mismas de Flavio andaban también en boca del vulgo. «Honrado trabajo fuera el nuestro—decía él—si para remedio de la afrenta pública quitásemos el imperio á un tañedor de cítara para darle á un farsante de tragedias.» Decía esto Flavio, porque así como Nerón acostumbraba á cantar al son de la cítara, así también Pisón cantaba en el tablado vestido en hábito trágico.

Tampoco pudo estar más tiempo secreta la conjuración de los soldados, encendiéndose por momentos los ánimos de los que se veían descubiertos contra Fenio Rufo, no pudiendo sufrir que siendo cómplice en el delito fuese á un mismo tiempo riguroso examinador de los acusados. Y así, mientras Rufo instaba y amenazaba á Cevino, le respondió sonriéndose «que ninguno sabía con mayor particularidad lo que le preguntaba que él mismo». Y tras esto le exhorta á que pague de su voluntad lo mucho que debe á la de tan buen príncipe. No tuvo á esto Fenio palabras que responder, ni supo tampoco tener silencio; antes, embarazándose con la repentina turbación, dió bastantes muestras de que estaba medroso; y haciendo gran fuerza los demás por convencerle, especialmete Cervario Proculo, caballero, asíó de él por orden de César un soldado llamado Casio, que le tenían allí para aquello como hombre de fuerzas extraordinarias, y al momento le puso en hierros.

Luego, por confesión de los mismos, fué derribado Subrio Flavio, tribuno; el cual, defendiéndose al principio con mostrar la diversidad que había de costumbres y profesiones entre él y los conjurados, y que siendo como era hombre criado entre las armas, no había de tomar por acompañados para una empresa tan grande á gente afeminada y sin armas, viéndose después apretado, tuvo por acción de gloria el confesar. Y preguntado por Nerón la causa que había tenido para olvidar-

se del juramento que le tenía prestado, respondió: «Teníate ya aborrecido; y advierte que mientras mereciste ser amado ninguno de tus soldados te fué más fiel que yo; pero comencé á aborrecerte desde que mataste á tu madre y á tu mujer, y te hiciste cochero, representante, y, finalmente, abrasaste tu propia patria.» He referido las mismas palabras de Flavio por no haberse divulgado tanto como las de Séneca, y porque no me parecen menos dignos de ser sabidos estos conceptos de un hombre militar, llenos de gallardo espíritu, aunque declarados en estilo tosco; y es, sin duda, que no le sucedió á Nerón cosa tan pesada en toda aquella conjuración, ni que más le ofendiese los oídos; porque aunque era pronto en cometer las maldades, no gustaba de que se las trajesen á la memoria, ni estaba acostumbrado á que se le diese en rostro con ellas. Cometióse el ejecutar el castigo de Flavio á Veyano Nigro, tribuno; el cual mandó cavar un hoyo donde meterle en cierto campo allí cercano, y viéndole Flavio, considerando que le había dejado muy estrecho y poco hondo, volviéndose á los soldados circunstantes, dijo: «Ni aun esto ha sabido hacer Nigro conforme á las reglas militares.» Y amonestándole el mismo á que extendiese animosamente el cuello para recibir el golpe, le respondió: «Ojalá hirieses tú con tanto ánimo.» Y él, todo temblando, habiéndole cortado la cabeza apenas de dos golpes, se alabó después con Nerón de que por usar de crueldad con él le había hecho morir de golpe y medio.

Sulpicio Aspro, centurión, dió el segundo ejemplo de constancia; que preguntándole Nerón la causa por qué había conspirado contra él, le dió esta breve respuesta: «Porque no era posible poner de otra manera remedio á tus maldades.» Y dicho esto, se ofreció á la pena que le estaba ordenada. No degeneraron los demás centu-

riones de su valor en dejar de morir con valerosa constancia; aunque faltó esta fortaleza de suerte en Fonio Rufo, que hasta su testamento hinchó de lamentaciones. Esperaba también Nerón á que fuese nombrado entre los conjurados el cónsul Vestino, teniéndole por hombre violento y conocidamente su enemigo. Mas ellos no habían confiado de él sus intentos, algunos por competencias viejas, y muchos porque le tenían por insoportable y arrojadizo. Tuvo principio el aborrecimiento de Nerón con Vestino de la estrecha familiaridad que hubo entre los dos, mientras éste, habiendo acabado de conocer la vileza y poco ánimo del príncipe, le menospreciaba; y Nerón, en contrario, temía la fiereza de ánimo de Vestino, que muchas veces le solía motejar con donaires mordaces, los cuales, en arrimándose mucho á la verdad, dejan siempre de sí desapacible y áspera memoria. Añadiase á esto la reciente ocasión de haber tomado Vestino por mujer á Estatilia Mesalina (1), sabiendo muy bien que César era uno de sus adúlteros. Pero faltando delito y acusadores, y no pudiendo valerse del color de la justicia como señor, se resolvió en usar de la fuerza como tirano, enviándole á casa á Gerelano, tribuno, con una cohorte de soldados, y mandándole que previniese los intentos del cónsul y se apoderase de la fortaleza y de la escogida juventud que tenía consigo; porque Vestino tenía sus casas muy altas y eminentes sobre la plaza y buen número de pajes hermosos y casi todos de una misma edad. Había cumplido Vestino por aquel día con todos los negocios de su oficio de cónsul, y sin temor alguno, si ya no era que lo hacía por disimularle, celebraba un banquete, cuando

---

(1) Descendía de Estatilio Tauro, cónsul en tiempo de Augusto, y fué tercera mujer de Nerón.



entrados dentro los soldados, le dijeron que le llamaba el tribuno. Él se levanta al mismo punto de la mesa, y haciendo prevenir con gran presteza todos los aparejos necesarios para quitarse la vida, se cierra en su aposento, viene el cirujano, le cortan las venas, y estando todavía con harto vigor se hace meter en el baño, adonde sin dar alguna muestra de dolerse de sí mismo murió zabullido en aquella agua caliente. Entretanto estuvieron rodeados de buenas guardias los convidados, y no los dejaron salir hasta que pasó gran parte de la noche, en que tuvo Nerón harta ocasión de reirse y burlarse de la alarma falsa y del miedo que habían pasado. Y después, cuando le pareció que tenían ya bien tragada la muerte, mandó que los dejasen salir, diciendo «que harto caro les había costado el banquete consular».

Mandó después que se ejecutase la muerte de Marco Aneo Lucano; el cual, mientras le salía la sangre de las venas, cuando echó de ver que se le iban resfriando los pies y las manos y poco á poco se le retiraba el espíritu de las partes extremas, teniendo todavía caliente el pecho y sano el entendimiento, acordándose de ciertos versos compuestos por él (1) en que pintaba la muerte de un soldado herido, los recitó desde el principio y con las últimas palabras expiró. Murieron después Seneción, Quinciano y Cevino, no conforme el regalo y vicio de su vida pasada, y tras ellos los demás conjurados, sin haber hecho ó dicho cosa digna de memoria.

Henchíase entretanto la ciudad de mortuorios y el Capitolio de víctimas; y aunque unos habían perdido hijos, otros hermanos, otros parientes y otros amigos,

---

(1) Sin duda son éstos:

Scinditur avulsus, nec sine vulnere sanguis.

se hallaban todos necesitados á dar por ello gracias á los dioses, enramar sus casas de laureles, arrodillarse á los pies de César y romperle la mano á besos, y él, creyendo que procedía de general contento, con perdonar á Antonio Natal y Cervario Proculo, remuneró la prisa que tuvieron en confesar el delito. Melico, enriquecido con los premios que se le dieron, tomó un nombre que significaba en lengua griega conservador. De los tribunos, Granio Silvano, aunque había sido absuelto, se mató con sus manos, y Estacio Proximo con la vanidad de su muerte frustró el perdón que había alcanzado del emperador. Fueron después privados del oficio de tribunos Pompeyo, Cornelio Marcial, Flavio Nepote y Estacio Domicio; no porque estuviesen convencidos de aborrecer al príncipe, sino porque se tenía esta opinión de ellos. Á Novio Prisco, Glicio Galio y Anio Polión, más por la amistad que tenían con Séneca que porque fuesen convencidos de este delito, se condenó en destierro perpetuo, en el cual acompañó á Prisco su mujer Antonia Flacila, y á Galo, Egnacia Maximila, no con menos amor después que se les quitaron sus grandes riquezas que cuando las poseían, redundando entrambas cosas en particular gloria suya. Con la misma ocasión fué desterrado también Rufo Crispino, aunque de antes aborrecido de Nerón porque había sido casado con Pópea. Á Virginio y Musonio Rufo desterró de la ciudad el esplendor de su nombre; porque Virginio con su elocuencia y Musonio con los estudios de Filosofía habían ganado gran nombre y el favor de la juventud romana. Cludio Quieto, Julio Agripa, Blicio Catulino, Petronio Prisco y Julio Altino fueron echados á las islas del mar Egeo, como para hacer mayor la tropa y montón de los conjurados. Cadicia, mujer de Cevino, y Cesonio Máximo fueron desterrados de Italia, sin haber sido conocidos

culpados en otra cosa que en la pena. Con Atilia, madre de Lucano, se disimuló sin castigarla ni absolverla.

Después de haber ejecutado todas estas cosas Nerón, y tras una oración muy larga que hizo á los soldados, dió á cada uno sesenta ducados (dos mil sestercios), y añadió que se les diese el trigo para su provisión de balde, donde antes se les solía dar á la tasa; y luego, como si hubiera de referir los sucesos que había tenido en alguna guerra, convoca al Senado y concede en él los honores triunfales á Petronio Turpilano, varón consular, á Coceyo Nerva (1), nombrado para pretor, y á Tigelino, capitán de los pretorianos; ensalzando de tal manera á Tigelino y á Nerva, que fuera de las estatuas triunfales que se les dedicaron en el Foro, hizo poner también sus imágenes en palacio. Dió las insignias consulares á Ninfidio, de quien, pues no se ha ofrecido antes ocasión, referiré algunas cosas, siquiera porque ha de ser éste también gran instrumento de los estragos y calamidades romanas. Tuvo Ninfidio por madre á una libertina, la cual entregó su cuerpo, harto dotado de hermosura, muchas veces á los libertos y esclavos de los emperadores; aunque él se alababa de que era hijo de Cayo César, ó porque acaso se le parecía, por ser alto de cuerpo y de aspecto airado y feroz, ó porque Cayo César, como amigo que era de tratar con mujeres ruines, engañase también á ésta como á otras.

Mas Nerón, después de haber hecho juntar el Senado y recitado una oración en él sobre lo sucedido, dió cuenta de todo al pueblo por un edicto, é hizo escribir en los libros públicos los cargos de los condenados y sus propias confesiones. Porque de ordinario le infamaba el vulgo culpándole de que había hecho morir á muchos

---

(1) El mismo que fué después emperador.

varones inocentes por odio ó por temor. Pero en que esta conjuración se tramó al principio, ni en que después creció y cobró fuerzas hasta llegarse á descubrir y convencer, como hemos dicho, ni entonces se puso duda por los que procuraron investigar la verdad, ni se atrevieron á negarlo después los que con la muerte de Nerón pudieron volver á la patria. Mas en el Senado, mientras estaban rendidos y sujetos todos á la adulación, y más los que tenían mayores causas de sentimiento, medroso Junio Galión á causa de la muerte de su hermano Séneca, y encomendándose por esto en los ruegos de los senadores, fué reprendido ásperamente por Salieno Clemente, llamándole rebelde y parricida; y pasara más adelante si no le fueran á la mano todos los demás, cargándole también de que quisiese abusar de las calamidades públicas y servirse de ellas contra sus aborrecimientos y pasiones particulares, renovando la memoria de las cosas que tenía olvidadas ya la benignidad y mansedumbre del príncipe, y aplicándolas de nuevo á materia de nuevas crueldades.

Decretáronse tras esto gracias y dones á los dioses, particularmente en honra del Sol, cuyo es un antiguo templo que hay junto al circo donde se había de ejecutar la maldad, á título de que con su deidad había aclarado y descubierto los secretos de la conjuración. Que las fiestas de los juegos circenses que se celebraban á la diosa Ceres se hiciesen cada año por mayor circuito y con más número de caballos. Que el mes de abril se llamase de allí adelante neronio, y que se edificase un templo á la Salud en el lugar donde Cevino había tomado el puñal, que consagró después el mismo Nerón en el Capitolio, con esta inscripción sobre él: «Á JÚPITER VENGADOR.» Lo cual no se consideró por entonces; mas después que tomó las armas contra Nerón Julio Vindice,

que quiere decir vengador, se tomó por un presagio y agüero de la venganza que se esperaba. Hallo en los comentarios del Senado que Cerial Anicio, electo para cónsul, propuso cuando llegó á dar su voto que de gastos públicos se edificase lo más presto que fuese posible un templo al divo Nerón, entendiéndolo él verdaderamente en honra de aquel príncipe, que en su opinión había ya subido de la cumbre mortal á merecer ser adorado de los hombres, para que también se convirtiese después en agüero de su muerte; porque al príncipe no se le dan honores divinos hasta que deja de vivir entre los mortales.

---



cubiertas tantas riquezas muchos siglos antes para que sirviesen de aumento á las presentes felicidades; pudiéndose alcanzar fácilmente por conjeturas que la fenicia Dido, echada de Tiro, después de haber edificado á Cartago, escondió allí aquel tesoro, por que su nuevo pueblo no se entregase á los deleites y al ocio con tan sobrada abundancia, ó por que los reyes númidas, con quien ya tenia enemistad, no se encendiesen más á hacerle guerra con la codicia del oro.

Nerón, pues, sin considerar la fe que se debía dar al autor ni la calidad del negocio, sin enviar personas que cuidadosamente apurasen la verdad, iba él mismo acrecentando la fama, y sin reparar en cosa, despacha quien le traiga el tesoro, como si no hubiera cosa más segura. Y para que pueda venir con mayor brevedad, se le dan á Baso galeras escogidas por las más veloces; y por la sobrada credulidad de los que lo iban publicando, no se trataba de otra cosa en aquellos días por el vulgo. Celebraban acaso entonces los juegos quinquenales por el segundo lustro, en que sirvió de materia harto á propósito á los oradores y poetas para exagerar las alabanzas del príncipe. Decían que no sólo se engendraban para él los frutos acostumbrados de los campos y el oro mezclado con otros metales, sino que concurría con nueva fertilidad la tierra, y los dioses ofrecían liberalmente sus riquezas sin buscarlas, y otras cosas semejantes que componían y fingían con tanta elocuencia como sérvil adulación, seguros de que habian de ser creídos con facilidad. Iban creciendo entretanto con esta vana esperanza la excesiva prodigalidad y superfluos gastos, consumiéndose largamente los tesoros viejos, como si se tuviera ya en las manos materia que poder desperdiciar por muchos años; y hasta sobre esta consignación daba Nerón, de manera que la esperanza de sus riquezas particulares



fué una de las mayores causas de la pobreza pública. Porque Baso, habiendo cavado en su heredad y en los campos alrededor de ella, mientras afirma ser este ó aquel el lugar de la cueva prometida, siguiéndole no solamente los soldados que le acompañaban, sino también gran cantidad de villanos que se traían para el ministerio, dejada finalmente su locura, y admirándose de que no habiéndole salido hasta entonces falsos sus sueños le burlasen en aquella ocasión, huyó de la vergüenza y del castigo que se le aparejaba con darse la muerte. Escriben algunos que fué preso y poco después libre, quitándole sus bienes en lugar de los tesoros reales que ofrecía.

Acercándose entretanto el concurso de las fiestas quinquenales, el Senado, por apartar de una afrenta y vergüenza tan grande al emperador y echar un honesto velo á la bajeza de comparecer en el teatro, le ofrece sin disputa la victoria del canto y la corona de la elocuencia. Pero diciendo Nerón que no tenía necesidad de favores ni la autoridad del Senado, y que quería concurrir con sus émulos sin ventaja y alcanzar la merecida loa con buena conciencia de los jueces, recita ante todas cosas sus versos en el tablado; y después, gritando el vulgo que publicase todas sus ciencias (usaron de estas mismas palabras), entra en el teatro obedeciendo y sujetándose á todas las leyes de los músicos de citara, es á saber, no sentarse aunque estuviese cansado, no limpiarse el sudor sino con el vestido que traía, no echar excremento ó superfluidad alguna por boca ó narices; finalmente, hincado de rodillas y haciendo con la mano reverencia y sumisión á la muchedumbre de gente que le escuchaba, fingía estar con gran temor esperando la sentencia de los jueces. Y la plebe romana, como acostumbrada á favorecer hasta los visajes y meneos de los

histriones, le respondió con cierto estruendo músico, haciendo un sonoro y concertado aplauso. Creyérase verdaderamente que se alegraba, y por ventura era así, no por otra cosa que por injuria y afrenta pública.

Mas los extranjeros de las villas y ciudades apartadas que conservan todavía aquella gravedad y antiguas costumbres de Italia, y otros que habían venido de provincias remotas con embajadas ó negocios suyos particulares y no estaban acostumbrados á tanta disolución, no podían sufrir aquella vista, ni sabían acudir á tan vergonzoso trabajo con dar palmadas á compás; antes embarazando á los prácticos y diestros en esto, recibían muy buenos palos de los soldados, que estaban repartidos por escuadras en los asientos, con orden de no dejar pasar un solo punto con aplauso y vocería desconcertada, ó con silencio flojo y descuidado. Es cosa muy cierta que muchos caballeros, mientras hacían fuerza y procuraban salir rompiendo por la estrechura del paso y muchedumbre y apretura de gente, quedaron ahogados; y otros, continuando el estar sentados á ver las negras fiéstras de día y de noche, habían salido de ellas con enfermedades incurables. Porque era mucho mayor el daño que tenían de dejar aquel espectáculo, habiendo muchas personas que en público, y más en secreto, notaban los nombres, los rostros, la alegría ó la triseza de los que allí se hallaban, y de todo advertían á Nerón. Contra la gente de baja mano se procedía con graves y resolutos castigos; mas contra los ilustres y poderosos se disimulaba por entonces, guardando para después la ejecución de aquel aborrecimiento. Dijose que Vespasiano, porque se dejó vencer algún tanto del sueño, fué reprendido ásperamente de Febo, liberto, y acusado á César; librándole entonces con dificultad de la culpa de ese delito los ruegos de muchos buenos que se interpusie-

ron, y después, de la ruina que le amenazaba, la fuerza de su buena fortuna que le guardaba para mayores cosas.

Al fin de estas fiestas sucedió la muerte de Popea por un enojo casual de su marido, que estando preñada la mató de una coz. Porque no tengo por verdad que la hiciese morir con veneno, como lo escriben algunos, más por odio contra Nerón que porque merezcan ser creídos en esta parte, hallándose él con gran deseo de tener hijos y muy aficionado y rendido á su mujer. No fué quemado su cuerpo, según la costumbre romana, mas como usan los reyes extranjeros, embalsamándole con cosas olorosas (1), se puso en el sepulcro de los Julios. Hiciéronsele con todo exequias públicas, y en ellas el mismo Nerón, en la plaza llamado de los Rostros, que es donde se suelen hacer semejantes oraciones, alabó su gran hermosura, que había merecido ser madre de una niña divina y de otros dones de fortuna en lugar de virtudes.

La muerte de Popea, que así como fué aparentemente triste y dolorosa á todos, fué asimismo alegre y regocijada á los que se acordaban de su crueldad y deshonestidad, la hizo Nerón aún más aborrecible prohibiendo á Cayo Casio el intervenir en sus exequias, primer indicio de su ruina, que se le difirió poco tiempo. Añadido también Silano, sin ninguna otra culpa sino que Casio por antiguas riquezas y gravedad de costumbres, y Silano en claridad del linaje y modesta juventud, se aventajaban á los demás ciudadanos. Enviando, pues, Nerón sobre esto una oración al Senado, trató larga-

---

(1) «Aseguran personas instruídas—dice Plinio— que no produce el Africa en un año tantos perfumes como quemó Nerón en los funerales de su esposa Popea...»

mente en ella de lo mucho que convenia desarraigar á entrambos á dos de la República, imputando á Casio que entre las imágenes de sus mayores veneraba también la de Cayo Casio, á quien tenia con este título: CAPITÁN DEL BANDO, como que con aquello quisiese dar á entender que conservaba la semilla de las guerras civiles y aspirase á introducir en la República una rebelión contra la casa de los Césares; y que por no servirse en la sediciones y discórdias que pensaba mover de sola la memoria de este nombre odioso y aborrecible, habia tomado por compañero á Lucio Silano, mozo de noble linaje y de ingenio arrojado y precipitoso, para hacer ostentación de él en caso de novedades.

Acusó también á Silano de las mismas cosas de que fué inculpado su tio Torcuato, como que ya dispusiese de los cargos del Imperio, repartiendo entre sus libertos los oficios de contadores, cancilleres y secretarios, cosas todas vanas y falsas; porque á Silano, fuera de que el miedo le traía recatado y medroso, la muerte de su tio le habia enseñado á vivir. Procuró tras esto Nerón inducir á algunos á que, so color de descubridores del delito, acusasen falsamente á Lepida (1), mujer de Casio, tia de Silano, de incesto con un sobrino suyo, hijo de su hermano, y que habia hecho sacrificios crueles y abominables. Estaban detenidos por cómplices del delito Vulcasio Tuliano y Marcelo Cornelio, senadores, y Calpurnio Fabato, caballero romano; los cuales, apelando para el principe, escaparon entonces la condenación; y después, ocupándose Nerón en mayores maldades, se quedó entre renglones ésta como cosa de menor cuantía.

Por decreto del Senado fueron desterrados Casio y Silano, remitiendo á César el determinar la causa de

---

(1) Era hija de Apio Silano y de Emilia Lepida.

Lepida. Casio fué á la isla de Cerdeña hasta que el Senado dispusiese otra cosa de él, y á Silano, llevado á Ostia, como que le querían embarcar para la isla de Naxo, dieron con él en Barro (1), ciudad de Pulla, donde sufriendo aquel caso indigno y no merecido por él con gran prudencia, llegó el centurión que se enviaba para matarle; y persuadiéndole éste que se abriese las venas, respondió: «Que estaba tan dispuesto y aparejado á morir, como á no consentir que tuviese parte en esta obra el que se las abriese.» Con esto, viéndole el centurión sobradamente fuerte, aunque sin armas, y mucho más airado que temeroso, manda á los soldados que le prendan. Mas él no dejó de defenderse y ofender cuanto podía con las manos desarmadas, hasta que cayó muerto atravesado de muchas heridas que le dió el centurión, todas por delante, como en batalla.

No recibieron con menos resolución la muerte Lucio Vetere, Sextia, su suegra, y su hija Polucia, aborrecidos del príncipe, como si sólo con vivir le diesen en rostro y le inculpasen el homicidio perpetrado en la persona de Rubelio Plauto, yerno de Vetere. Mas quien dió la causa de que Nerón descubriese su crueldad contra éstos fué Fortunato, liberto de Vetere, que habiendo administrado mal la hacienda que le encomendó su señor, se resolvió en anticiparse él y acusarle, acompañándose para ello con Claudio Demiano; el cual, habiendo sido preso por sus delitos de orden del mismo Vetere, mientras era procónsul de Asia, le soltó y libró el príncipe. Sabido esto por el reo, y que había de estar á su juicio igualmente con su liberto, se retira á una heredad suya que tenía junto á Forme. Pusiéronle allí con gran secreto guardias de soldados, que al punto le ro-

(1) Barí.

dearon la casa, hallándose presente á esto su hija Antistia, la cual, á más del peligro presente, estaba rabiosa y terrible con el largo dolor que habia sufrido desde que ella misma vió los matadores de su marido Plauto. Y habiendo abrazado entonces su cabeza ensangrentada, guardaba todavía su sangre y los vestidos bañados en ella, y pasaba su miserable viudez sepultada en continuo llanto, sin tomar otro alimento que el que le bastaba para no morir. Ésta, pues, á ruego de su padre va á Nápoles, y porque se le negaba la audiencia de Nerón, le acecha cuando sale fuera, y usando unas veces de llantos y lamentos mujeriles, y excediendo á la capacidad de su sexo, daba grandes voces en tono airado y ofendido, diciendo «que escuchase al inocente, y que no entregase en manos de un liberto á un hombre que habia sido compañero suyo en el consulado», hasta que el príncipe se declaró inmóvil á todo género de ruegos y obstinado en el aborrecimiento.

Ella, vuelta á su padre, le advierte que despida de sí toda esperanza, y le exhorta á disponer el ánimo y usar de la necesidad. Avisanle después que se había remitido el conocimiento de la causa al Senado, y que se esperaba una cruel sentencia. Y no faltó quien le persuadiese á que dejase heredero á César de la mayor parte de sus bienes, para asegurar de esta manera el resto á sus nietos. Mas él, dando de mano á este consejo, por no manchar su vida, pasada hasta allí poco menos que en libertad, con hacer al fin de ella este acto tan bajo y servil, da á sus esclavos todo el dinero de contado con que se hallaba, y manda que de los muebles y alhajas de casa se lleve cada uno lo que pudiese, dejando solamente tres camillas en que poder hacer con sus cuerpos los últimos oficios. Entonces en el mismo aposento y con un mismo hierro se abren todos tres las venas; y cubriéndose cada

uno de ellos con sus vestidos todo lo que era necesario para conservar su honestidad, se hacen meter en baños de agua caliente, y mirando el padre á la hija, la abuela á la nieta y ella á entrambos, pedían al Cielo á porfía unos de otros les concediese el acabar de arrancar el alma, que ya poco á poco se les iba despidiendo, antes que los suyos, para consolarse siquiera con dejarlos vivos, aunque por tan breve espacio como el que podia dilatárseles la muerte. Observó en esto la fortuna el orden de naturaleza, expirando primero el más viejo y siguiendo los otros por su ancianidad. Acusáronlos después de enterrados, y decretóse que fuesen castigados conforme á la costumbre de los antiguos. Mas interponiendo Nerón su autoridad, se moderó el decreto, concediéndoles que escogiesen la manera de muerte que les diese gusto. Tales eran las burlas y escarnios que se añadían á los consumados y públicos homicidios.

Publio Galo, caballero romano, por haber sido estrecho amigo de Fenio Rufo y no enemigo de Vetere, fué condenado en destierro con la ordinaria prohibición de fuego y el agua. Al liberto y al acusador, en premio de esta buena obra, se concedió lugar en el teatro entre los maceros de los tribunus. Al mes de mayo, que sigue al de abril, llamado también neronio, se le puso el nombre de Claudio, y á julio el de Germánico; afirmando Cornelio Orfito, que lo votó, que acordadamente se había dejado á junio, porque el haber sido muertos en aquel mes por sus maldades dos Torcuatos, hacía infausto y desdichado el nombre Junio.

Á este mismo año, señalado con tan notables maldades, señalaron también los dioses con tempestades y pestilencia, quedando destruida la provincia de Campania con grandes torbellinos y vientos que echaron por tierra las casas, arrancaron los árboles y destruyeron



los frutos, hierbas y plantas de la tierra. La violencia de la tempestad llegó hasta los contornos de Roma, en la cual, sin que se echase de ver señal alguna de des-templanza de aire, arrebatava la furia de la pestilencia á toda suerte de gente, hinchiendo las casas de cuerpos muertos y las calles de mortuorios. No había sexo ni edad exento ni seguro de este peligro. Con la misma prisa morían los libres y los esclavos. Entre los llantos y lamentos de las mujeres y de los hijos sucedía topar la muerte con los que parecían más sanos, y arrebatándolos, dar con ellos en las hogueras que habían ellos mismos aparejado para sus difuntos. La muerte de los caballeros y senadores, aunque tan descortés y arrebatada con ellos como con el infimo vulgo, no era tan digna de llanto, pues con un fin común y natural prevenían á la crueldad del príncipe. En aquel año se hicieron nuevas levvas de soldados en la Galia Narbonense, en África y en Asia para rehacer las legiones del Ilírico, de las cuales se habian despedido muchos con licencia por viejos y enfermos. El daño que á esta causa padecieron los leoneses mandó satisfacer el príncipe, dándoles cien mil ducados (cuatro millones de sestercios) para restaurar lo que había perdido aquella ciudad, la cual, en las turbulencias pasadas de la República, voluntaria y prontamente nos dió la misma suma.

En el consulado de Cayo Suetonio y Lucio Tiselino, Ansitio Sosiano, que, como he dicho, fué desterrado perpetuamente por ciertos versos que hizo en vituperio de Nerón, viendo cuán honrados eran del príncipe todos aquellos que, haciéndose fiscales, le daban ocasiones de ejercitar su crueldad, siendo él hombre inquieto y pronto en aprovecharse de las ocasiones, se hace gran enemigo de Pamenes, desterrado en el mismo lugar, y hombre que, por ser famoso astrólogo, tenía estrecha familiari-

dad con muchos, valiéndose de la semejanza de sus fortunas para domesticarse con él. Y juzgando que no sin causa le venían tantos despachos y consultas, viene á saber que Publio Anteyo le dada para su sustento cada año cierta provisión de dinero, no ignorando que Anteyo, por la amistad que habia tenido con Agripina, era aborrecido de Nerón, ni que sus grandes riquezas, causa de la ruina de muchos, eran muy á propósito para encenderle en codicia de ellas. Con esto, habiendo procurado haber á las manos ciertas cartas de Anteyo, y hurtando los papeles donde estaba levantada la figura de su nacimiento, que los guardaba Pamenes entre los más secretos, y viendo casualmente en ellos algunas cosas que habia también escritas sobre el nacimiento y vida de Ostorio Escapula, escribe al príncipe que si le alzaba el destierro por un breve tiempo le contaría grandes cosas tocantes á su propia salud; porque Anteyo y Ostorio tenían designios de Estado, y andaban investigando sus hados y los de César; el cual, en recibiendo el aviso, manda despachar una ligera liburnica (1) en que con gran presteza fué traído Sosiano á Roma. Divulgada en tanto la acusación, eran tenidos Anteyo y Ostorio antes por condenados que por reos; tal, que nadie se atreviera á sellar y firmar el testamento de Anteyo si Tigelino no se encargara de la culpa en que por ello se podía incurrir; pero no se olvidó de advertirle ante todas cosas que procurase vivir lo

---

(1) Especie de nave de guerra construída conforme á un modelo inventado por los piratas de Iliria y adoptado por la marina romana después de la batalla de Accio. Era de forma prolongada y terminaba por ambos extremos en punta; tenía, según sus divisiones, uno ó varios órdenes de remos y una ó muchas velas, con el mástil en el centro y vela latina, en vez de la cuadrada que se usaba en las demás embarcaciones.

menos que pudiese después de cerrado el testamento. Y él, habiendo tomado el veneno, enfadado de su lenta operación, se apresuró la muerte cortándose las venas.

Hallábase en este tiempo Ostorio en cierta heredad suya harto apartada en los confines de Liguria, donde se envió un centurión con orden de matarle sin dilación alguna; y la causa era porque teniendo Ostorio nombre de soldado valeroso, habiendo sido honrado en Inglaterra con una corona cívica y siendo de gran fuerza de cuerpo y destreza en las armas, temía Nerón el ser acometido por él si se le daba tiempo; como quien vivía siempre medroso, y más después que se descubrió la conjuración. El centurión, pues, habiendo tomado todos los pasos de la quinta para que no se pudiese escapar, declaró á Ostorio el mandamiento imperial, el cual usó entonces contra sí mismo el valor que muchas veces había ejercitado contra los enemigos. Y porque las venas cortadas echaban de sí poca sangre, sirviéndose en aquella ocasión de la mano de un esclavo suyo, mandándole que tuviese bien firme el puñal, apretando él y llevando para sí la diestra del esclavo, le fué á encontrar con la garganta, y se degolló.

Verdaderamente que aunque yo contase las guerras extranjeras y las muertes sucedidas por servicio de la República con tanta semejanza en los sucesos, no sólo me causaría á mí mismo enfado; pero daría bastante ocasión de tenerle á todos los que me escuchan. Porque no sé yo á quién puede dejar de causar horror el ver tantas y tan continuas muertes de ciudadanos, aunque recibidas con constancia y valor, y por remate de ellas una paciencia tan servil como la que vamos notando, y tanta sangre derramada y perdida dentro de casa; cosas que fatigan el ánimo y le aprietan y afligen de dolor. Y no pediré otra cosa á los que llegaren á leer estos escri-

tos, sino que no aborrezcan á los que se dejaban matar tan bajamente, porque no eran acciones suyas, sino una ira cruel de los dioses contra el Imperio romano, que no pudo desfogarse de un golpe y de una sola vez, como en rotas de ejércitos ó ruinas de ciudades. Concédase esto á la descendencia de los hombres ilustres; que así como se diferencian con la solemnidad de los mortuorios y entierros de la gente común, asimismo en la relación de sus postrimerias tengan una memoria propia y particular.

Fueron hechos morir como en tropa dentro de breves días Anelo Mela, Cerial Anicio, Rufo Crispino y Cayo Petronio. Mela y Crispino eran caballeros romanos, y en autoridad y riquezas iguales á cualquier senador. Crispino, que había sido prefecto del pretorio y recibido las insignias consulares, poco antes desterrado á Cerdeña por el delito de la conjuración, advertido de que estaba ya decretada su muerte, se la dió él mismo. Mela, hermano de Galión y Séneca, se había siempre abstenido de pedir oficios y honores públicos por una nueva manera de ambición, deseando ser solo, entre los caballeros romanos, igual en poder y autoridad á los hombres consulares. Pensó también enriquecerse más presto con la procura y factoria de los negocios del principe, ayudando mucho al aumento de su esplendor el haber tenido por hijo á Aneo Lucano. Muerto Lucano, mientras con gran vehemencia y rigor va buscando su hacienda, provocó por acusador contra sí á Fabio Romano, uno de los amigos más íntimos de Lucano. Fingió éste que el padre y el hijo habian intervenido juntos en la conjuración, contrahaciendo unas cartas de Lucano, las cuales, vistas por Nerón, mandó que se llevasen á Mela, deseoso de entregarse en sus riquezas; pero Mela se abrió las venas, que en aquel tiempo era el camino

más pronto y usado para dejar voluntariamente la vida, dejando otorgado un codicilo en que legaba gran suma de dinero á Tigelino y á su yerno Cosuciano Capitón, para asegurar las mandas que hacía de lo restante. Añadióse á sus codicilos, como si lo hubiera dejado escrito así, «quejándose de la injusticia de su muerte, que él moría sin culpa, y que vivían Rufo Crispino y Anicio Cerial, enemigos declarados del príncipe». Creyóse que se compuso esta mentira tanto por justificar la muerte de Crispino, como porque se matase Cerial, el cual, poco después, se privó de la vida. Y no se tuvo de él tanta compasión como de los otros, por acordarse todos de que fué él quien reveló á Cayo César la conjuración que se le armaba (1).

De Cayo Petronio (2), aunque traté de él arriba, referiré aquí algunas cosas más. Tenía Petronio por costumbre dormir los días, y valerse de las noches para hacer en ellas sus negocios y tomar sus deleites, regalos y pasatiempos. Y como otros por su industria y habilidad, éste por su negligencia y descuido había ganado reputación; y con todo eso no era tenido por tabernero y desperdiciador, como lo suelen ser muchos que por este camino consumen sus haciendas, sino por hombre que sabía ser vicioso con cuenta y razón. Sus dichos y hechos, cuanto por vía de simplicidad y descuido se mostraban más libres y disolutos, tanto se recibían y solemnizaban con mayor gusto. Pero, sin embargo de esto,

---

(1) El autor de esta conjuración, de la cual apenas hablan Suetonio y Dión, era ese Emilio Lépidó que fué cuñado de Calígula y amante de dos de sus hermanas.

(2) No se sabe si éste es el Tito Petronio Arbíter, autor del *Satiricón*, ó ese otro de quien dice Plinio que rompió antes de morir un vaso murrino que valía trescientos talentos (6.338.400 reales vellón), y que era uno de los adornos más ricos de la mesa de Nerón.

cuando fué procónsul de Bitinia y después cónsul, dió buena cuenta de sí y se mostró vigilante en los negocios públicos. Vuelto después á los primeros vicios ó á su imitación, fué recibido de Nerón por uno de sus más íntimos familiares, para ser árbitro y juez de las galas y términos cortesanos, no teniendo Nerón por gustoso ni agradable en aquella gran abundancia y avenida de vicios sino sólo aquello que aprobaba Petronio, de donde tuvo origen el aborrecimiento de Tigelino, como contra émulo y competidor suyo y más privado que él en las materias deleitosas y sensuales. Tigelino, pues, tomó para derribarle el camino de la crueldad del príncipe, inclinación á que se rendían en él todas las demás, imputando por delito á Petronio la amistad que había tenido con Cevino y sobornando á uno de sus esclavos para que sirviese de acusador. Con esto, por quitarle la comodidad de defenderse, hizo arrebatár la mayor parte de su familia y ponerla en estrechas prisiones.

Acaso había ido César aquellos días á la provincia de Campania, y llegando Petronio hasta Cumas, fué detenido allí; y aunque tomó luego resolución de no sufrir más las dilaciones en que le tenían el temor y la esperanza, no quiso dejar la vida precipitadamente, antes haciéndose abrir las venas y vendar después para poderlas soltar á su voluntad, se estaba en conversación con sus amigos, tratando, no de cosas graves ni cuales se suele decir para ganar fama de constancia, antes, en vez de gustar que le tratasen de la inmortalidad del alma y de las opiniones de los sabios, oía con gusto poesías insubstanciales y versos fáciles y leves. De sus esclavos, á unos hizo dar dineros y á otros azotes. Paseóse por las calles, dejóse después vencer del sueño para que su muerte, aunque forzada, tuviese semejanza de fortuita. No quiso en sus codicilos, como habían hecho

muchos, adular á Nerón ni á Tigelino ó á otro alguno de los poderosos, antes debajo de nombres de mozuelos deshonestos y de mujeres ruines, escribió en ellos todas las maldades del príncipe con la novedad de los estupros que había cometido, y después de sellado lo envió á Nerón, habiendo al punto roto el anillo para que no pudiese servir de poner á otros en peligro.

Considerando después Nerón el modo con que habían podido venir á noticia de todos las disoluciones y gustos de sus noches, se le ofreció al pensamiento Silia, mujer harto conocida por serlo de un senador de quien él se había servido para todo género de deshonestidades, amiga estrecha de Petronio. Á ésta, pues, añadido el título y color de no haber callado lo que había visto y sufrido en su persona al propio y particular aborrecimiento, condenó en perpetuo destierro. Y por dar gusto á Tigelino, hizo morir á Numicio Termo, que había sido pretor, porque un liberto suyo había dicho algunas cosas malsonantes de Tigelino, las cuales pagó el liberto con los tormentos excesivos que se le dieron, y su señor con la muerte no merecida que padeció.

Después de haber quitado la vida Nerón á tantos hombres señalados, quiso últimamente extirpar del mundo á la misma virtud con la muerte de Barea Sorano y de Trasea Peto, aborrecidos por él mucho tiempo antes, y en particular Trasea, por estas ocasiones más; es á saber: porque salió del Senado cuando se trataba la causa de Agripina, como dije arriba, y porque había hecho poco caso de los juegos juvenales y asistido á ellos con poca atención, penetrando más altamente en su ánimo esta ofensa porque Trasea, en la ciudad de Padua, donde había nacido, en ciertos juegos llamados cesticos, instituidos por el troyano Antenor, había cantado en hábito trágico, y también porque



en el día que se condenaba á muerte al pretor Antistio por los versos hechos en vituperio de Nerón, propuso que se le mitigase la pena y salió con ello, y, finalmente, porque cuando se decretaron á Popea las honras como á persona divina, no quiso hallarse presente ni intervenir á las exequias. Todas las cuales cosas no dejaba pasar en olvido Capitón Cosuciano, siendo de su condición inclinado á todo mal y enemigo particular de Trasea, por cuya autoridad habia sido condenado en la causa de residencia que traian contra él los embajadores silicios.

Antes, fuera de las culpas ya dichas, añadía: «Que Trasea se excusaba de prestar el juramento solemne que se hacía al principio del año; que no se hallaba presente á los votos, aunque era uno de los quince sacerdotes; que no se sacrificaba jamás por la salud ni por la voz angélica del príncipe; que acostumbraba asistir siempre con tanta puntualidad, que hasta en las consultas de poca importancia solía mostrarse adversario ó fautor, y, finalmente, que cuando todos los senadores á porfia concurrían contra Silano y Vetere, él sólo había querido más atender á los negocios particulares de sus clientes; que esto no era ya otra cosa que división y bandos en la República, de que con facilidad se pasaría á guerra descubierta si muchos se atreviesen á hacer lo mismo. Como ya se hablaba antiguamente de Cayo César y de Marco Catón—decía él—, así ahora, ¡oh Nerón!, habla de ti y de Trasea esta ciudad, deseosa de discordias. No pienses que le faltan secuaces, ó por mejor decir, ministros que no sólo le van imitando en la contumacia de sus opiniones, pero hasta en el hábito y en el aspecto, mostrándose severos y melancólicos para darte en rostro á ti con tu liviandad. ¿Este solo no ha de hacer caso de tu salud, ni honrar tus artes? ¿Este solo

ha de menospreciar las cosas prósperas del príncipe, sin acabarse de hartar jamás de tantos llantos y dolores? El no creer que Popea sea diosa es acción del mismo ánimo y saeta de la misma aljaba, del que no quiere jurar los actos públicos del divo Julio y del divo Augusto, y de quien absolutamente se atreve á menospreciar las religiones y derogar las leyes. Las gacetas de Roma se leen con mayor atención en las provincias y en los ejércitos, sólo por saber lo que ha hecho ó ha dejado de hacer Trasea. Ó pasémonos nosotros á sus leyes, si son mejores, ó quítese la ocasión y la cabeza á tantos como hay deseosos de novedades. Esta secta también en la antigua República engendró los odiosos nombres de Tuberones y de Favonios (1). Éstos, para arruinar el Imperio, se sirven del nombre de libertad; y si salen con la suya, darán también con la libertad en tierra. En vano te has quitado de delante á Casio, si sufres que crezcan y cobren vigor los émulos de Bruto. Finalmen-

---

(1) «Q. Elio Tuberón — dice Cicerón, *Brut.*, 31 — no sólo practicaba en toda su severidad los principios de la filosofía estoica, sino que los llevaba hasta la exageración. Su lenguaje era, como sus costumbres, duro, austero y descuidado, y por lo tanto no pudo alcanzar la gloria á que llegaron sus antepasados. Por lo demás, fué un ciudadano de gran resolución y animoso, y uno de los más constantes adversarios de los Gracos.» El mismo Cicerón refiere en su arenga *pro Murena* que habiéndose encargado á Tuberón que hiciese los preparativos para un convite funerario que daba Q. Máximo al pueblo en honor de Scipión Africano, dispuso que las camas, de una forma común, estuviesen cubiertas con pieles de macho cabrío, y mandó servir la comida en vajilla de barro. Tan intempestiva economía desagradó al pueblo, y ese hombre íntegro, excelente ciudadano, nieto de Paulo Emilio y sobrino del Africano, se vió desairado al pretender la pretura, á causa de sus pieles de macho cabrío: *hædini pelliculis prætura disjectus est.* — Favonio, amigo de Catón, se gloriaba de imitar en todo á ese romano de una virtud tan rígida, y muchas veces no hacía más que exagerar sus principios de una manera más perjudicial que útil á la causa de la libertad.

te, no deliberes ni escribas tú cosa alguna de Trasea, sino deja que lo alterquemos nosotros en el Senado.» Alaba Nerón el ánimo airado de Cosuciano, y añádele por compañero para seguir la acusación á Marcelo Eprio, hombre de mordaz y aguda elocuencia.

En tanto Ostorio Sabino, caballero romano, habia ya acusado á Barea Sorano por cosas de su proconsulado de Asia, en el cual, con su industria y entereza, aumentó el enojo y ofensas del príncipe, que en particular sintió que se encargase abrir el puerto de Éfeso, y que dejase sin castigo á los vecinos de la ciudad de Pérgamo de la violencia que cometieron contra Acrato, liberto de César, impidiéndole el llevarse todas las estatuas y pinturas que en ella habia, aunque el delito que más se le acriminaba era la amistad de Plauto y la ambición con que habia procurado granjear el favor de la provincia para nuevas esperanzas. Escogióse para hacer estas condenaciones el tiempo en que Tiridates habia de entrar en Roma para recibir el reino de Armenia, para que con aquel rumor de cosas extranjerías se disimulasen mejor las maldades de casa, si ya no lo hizo Nerón para dar muestras de su grandeza imperial con la muerte de dos varones tan insignes, como con una hazaña digna de reyes y de monarcas.

Concurriendo, pues, toda la ciudad á recibir al príncipe y á ver al rey, se le prohibió á Trasea el salir al recibimiento; mas no por esto se perdió de ánimo, antes hizo un memorial á Nerón pidiéndole declarase lo que se le imputaba y ofreciendo justificarse si se le daba noticia de las culpas y tiempo de defenderse. Tomó Nerón muy aprisa el memorial, creyendo que Trasea, medroso de lo que se trataba contra él, diría alguna cosa que redundase en gloria del príncipe y en mengua de su reputación; y como esto no le salió según se imagi-

naba, temiendo el rostro, el espíritu y la libertad de este varón inocente, manda juntar los senadores. Consultando entretanto Trasea con sus parientes y amigos si debía tentar ó dejar la defensa, los halló de vario parecer.

Los que alababan el ir al Senado decían: «Que estaban seguros de su constancia y tenían por cierto que no diría cosa que no le pudiese servir de aumento de gloria. Los viles y tímidos — decían éstos — se encierran y esconden para morir. Vea el pueblo á un hombre que sale á recibir á la muerte; oiga el Senado sus palabras más que humanas y como procedidas de alguna deidad tan eficaz que pueda la grandeza de este milagro mover hasta el ánimo fiero del mismo Nerón. Y cuando demos que perseverare en su crueldad, ¿quién ignora que no diferenciarán nuestros descendientes con otra cosa la muerte generosa y noble de la infame y vil que con la bajeza de los que supieren que acabaron con silencio?»

Al contrario, los que eran de parecer que debía esperar el suceso en su casa, cuanto á la persona de Trasea decían lo mismo: «Mas que yendo se ponía en manifiesto peligro de padecer mil afrentas y vituperios, de que era bien apartar los oídos un hombre tan grave como Trasea; que no eran solos Cosuciano y Eprio los que estaban prontos á ejecutar contra él cualquier maldad, pudiéndose creer que no faltaría quien se atreviese á ponerle las manos y herirle, pues hasta los buenos, llevados del temor, suelen seguir la fiereza y crueldad del mal príncipe; que antes debía, para quitarle al Senado, por cuya reputación había mirado siempre, la ocasión de poder incurrir en tal vil hazaña, dejar en duda lo que hubiera resuelto después de ver á Trasea como culpado delante de sí; que eran muy vanas esperanzas las que se fundaban en que pudiese Nerón aver-

gonzarse de sus maldades, debiéndose antes temer que aquello mismo serviría de moverle á ejercitar nuevas crueldades contra su mujer, contra su familia y contra sus prendas más caras. Y que así, sin sufrir ultrajes ni afrentas, procurase seguir en la muerte la gloria de aquellos cuyas pisadas y estudios había seguido en la vida.» Estaba presente á este consejo Rustico Aruleno (1), mozo de ardiente espíritu, el cual, deseoso de honra, se ofreció á oponerse al decreto del Senado, por ser, como era, tribuno del pueblo; y lo hubiera hecho si Trasea no refrenara aquellos espíritus levantados, rogándole «que no emprendiese vanamente cosas que, no habiendo de aprovechar al reo, podían ocasionar la ruina del intercesor; pues él, que se veía haber llegado ya al fin de sus días, no pensaba mudar la forma de vivir que había continuado por tantos años, donde Rustico estaba entonces en el principio de los magistrados y entera todavía para con él la esperanza de los honores y oficios venideros, en que se podía gobernar como mejor le pareciese y advertir muy despacio el tiempo en que comenzaba á encargarse de los negocios públicos». Cuanto á si le estaba bien ir al Senado, tomó algún tiempo para consultar consigo mismo.

Al asomar del siguiente día, dos cohortes pretorias armadas ocuparon el templo de Venus engendradora, y una tropa de gente de toga, no con armas secretas, sino descubiertas, se puso á la entrada del Senado, viéndose esparcidos por las plazas y por las lonjas de

---

(1) Era pretor cuando tuvo lugar en las calles de Roma el sangriento combate entre los dos bandos de Vitelianos y Flavios. Fué muerto en tiempo de Domiciano por haber escrito una *Vida de Trasea*, y el delator Régulo, no contento con haber contribuído á su desgracia, insultaba su memoria llamándole en un escrito público *mono de los estoicos*.

los templos escuadras de gentes de guerra. Entre cuyos semblantes fieros y amenazas bárbaras, entrados los senadores en la curia, se oyó la oración del príncipe recitada por su cuestor (1), en la cual, sin nombrar á alguno en particular, reprendía y culpaba á los senadores, diciendo «que desamparaban los cuidados de la República, y que con su ejemplo se daban también al ocio los caballeros romanos; y que así no era maravilla que viniesen á ocupar los oficios públicos de Roma gentes de las provincias más remotas, pues que muchos de los naturales, en alcanzando el consulado ó la dignidad sacerdotal, querían antes ocuparse en los regalos de sus huertos que en pagar su debida y natural obligación á la República».

Tomaron al punto los acusadores este pensamiento como por armas de su pretensión, y habiendo comenzado Cosuciano, le interrumpió Marcelo, gritando con mayor vehemencia: «Que en aquello se trataba del punto más importante de cuantos se podían ofrecer en la República, y que con la contumacia y obstinación de los inferiores se disminuía la benignidad del emperador; que habían sido los senadores hasta aquel día demasiado sufridos, pues dejaban sin castigo á Trasea, rebelde al Imperio, y á su yerno Helvidio Prisco, llevado del mismo furor, junto con Paconio Agripino (2), heredero del paternal aborrecimiento contra los principes, y

---

(1) No á todos los que componían el colegio de los cuestores — dice Lipsio — se les daba esta comisión, y sí sólo á los candidatos de los principes. Por esto dice claramente Tácito: *Quæstorem ejus*, y en algunas inscripciones se halla de este modo: *QUESTOR. AUG.* — (*Nota de la E. E.*)

(2) Su padre, después de haberse constituido en acusador de Silano, procónsul de Asia, de quien había sido cuestor, fué acusado á su vez de crimen de lesa majestad y sacrificado á la recelosa crueldad de Tiberio.

Curcio Montano, inventor de versos abominables; que si Trasea, contra los institutos y ceremonias de los antepasados, no se hubiera vestido descubiertamente en traje de enemigo y de traidor á la patria, él procurara hallarse como varón consular en el Senado, como sacerdote en los votos, y como ciudadano en el juramento. Finalmente, que aquel hombre, acostumbrado á hacer de senador y á defender á los que murmuraban del príncipe, viniese allí personalmente y declarase lo que quería mudar ó corregir; que más fácilmente le sufrirían el ir reprendiendo las cosas de una en una, que no el condenarlas á todas con su silencio. ¿Desagrádale — decía — por ventura la paz universal del mundo, ó las victorias sin daño de los ejércitos? No se permita que un hombre que se entristece con el bien público; que tiene por solitarios desiertos á las plazas, á los teatros y á los templos, y que le parece una gran amenaza el decir cada día que se quiere condenar á perpetuo destierro, venga á conseguir el fin de su ambición maligna. Si no le parecen á él decretos ya los que el Senado determina, ni los magistrados magistrados, ni Roma Roma, apártese de ella y vaya á vivir fuera de una ciudad de cuyo amor despojado primero, quiere ahora también privarse de su vista.»

Mientras Marcelo, con estas y semejantes invectivas, ceñudo y amenazador, se iba más y más inflamando en la voz, en el rostro y en los ojos, no mostraba el Senado exteriormente la tristeza acostumbrada por la continuación de los peligros; antes entrando en los ánimos de todos otro más nuevo y más profundo espanto, miraban las manos y las armas de los soldados, y juntamente tras esto se les representaba ante los ojos el venerable aspecto del mismo Trasea; y había muchos que se compadecían también de Helvidio, figurándoseles que había



de pagar la pena de la inocente afinidad. «¿Qué otra cosa — decían — se le imputó á Agripino que la mala fortuna de su padre, el cual, con tan poca culpa como ahora el hijo, murió también á manos de la crueldad de Tiberio? Y verdaderamente, Montano, varón de honesta y loable juventud, había sido desterrado, no por haber infamado á nadie con sus versos, sino porque se atrevió á mostrar su ingenio y agudeza.»

Entretanto Ostorio Sabino, acusador de Sorano, comenzó por la amistad que Sorano había tenido con Rubelio Plauto, y prosiguió diciendo: «Que cuando fué procónsul de Asia, no había puesto la mira tanto al provecho público como al aumento de su reputación, y que á este fin alimentó las discordias y alborotos de la ciudad.» Estas eran las cosas viejas; mas de nuevo, para causar mayor peligro al padre, comenzó á acusar á su hija, culpándola de que había repartido mucho dinero entre mágicos. No hay duda en que esto fué así, y que lo causó el excesivo amor que Servilia (este era el nombre de la moza) tenía á su padre, y no menos el haberse dejado llevar de la inconsideración y poca prudencia de su edad; pero no sobre otra cosa que sobre la salud de su casa, ó si se aplacaría Nerón, ó si el Senado, en cuyas manos estaba la causa, tomaría contra él alguna terrible resolución. Traída, pues, al Senado, estaban en pie los dos delante del Tribunal de los cónsules; el padre, á una parte, de mucha edad, y la hija, menor de veinte años, viuda, sola y desamparada de su marido Anio Polión, que poco antes había sido desterrado, sin osar mirar á su padre, pareciéndole haber con sus propias culpas aumentádole las cargas de los peligros.

Entonces, preguntándole el acusador si había vendido los atavíos y vestidos dotales y quitádose del cuello las cadenas, collares y otras joyas para juntar dineros con

que poder hacer los sacrificios mágicos, ella, arrojándose primero en tierra, llorando un gran espacio sin hablar palabra, abrazando después los altares y el ara, dijo: «Yo no invoqué jamás á ninguno de los dioses crueles ni hice encantamientos ni conjuros, ni encaminé á otro fin mis infelices ruegos, sino á que tú, César, y vosotros, senadores, me conservaseis salvo y seguro á este mi buen padre. Para esto, no lo niego, he dado las joyas, los vestidos y las insignias de mi nobleza, así como dierra mi sangre y mi propia vida si me la pidieran. Éstos, á quienes no conocí antes de ahora y cuyos nombres jamás supe, ni el arte que ejercitan, pueden decir si cuando se ofreció nombrar al príncipe traté de él sino como de uno de los demás dioses; pero nada de esto sabe mi infelice padre. Y así, si esto es al fin delito, yo sola le he cometido.»

Á esto tomó su padre la mano, cortándola el hilo de sus razones, y á grandes voces dijo: «Que no habiendo estado Servilia con él en la provincia, ni conocido á Plauto, ni por su poca edad podido interesarse en los delitos de su marido, no hallándose en ella otra culpa que exceso de amor, debían separarse las causas de padre é hija, fuese bueno ó malo el suceso de la que se trataba contra él.» Dichas estas palabras, saliendo á recibir los brazos que le ofrecía su hija, se lo impidieron los liectores poniéndoseles delante. Dióse después lugar á que dijese los testigos, y cuanto había movido á lástima la crueldad de la acusación, tanto movió á ira la deposición de Publio Egnacio. Éste, siendo uno de los clientes de Sorano, comprado en esta ocasión para oprimir al amigo, se acreditaba con profesar la secta estoica, y con el traje y el rostro ejercitado en parecer amador de toda cosa virtuosa y honesta, aunque en lo secreto de ánimo engañoso y traidor, cubría su avaricia

y sus apetitos deshonestos. Mas pudiendo al fin más el dinero que su disimulación, nos dió un ejemplo nobilísimo y un provechoso escarmiento para guardarnos y recatarnos más de los falsos profesores de virtud que de los declaradamente perjudiciales y manchados de vicios.

Diónos también este mismo día otro ejemplo harto honrado en Casio Asclepiodato; el cual, siendo el más principal por sus grandes riquezas entre los de la provincia de Bitinia, siguió y celebró á Sorano en la adversidad y con el mismo respeto y obediencia que le habia celebrado y seguido en la próspera fortuna, á cuya causa fué despojado de todos sus bienes y condenado en destierro. Tal es la benignidad de los dioses, que dan á un mismo tiempo estos documentos y ejemplos de bien y de mal. Á Trasea, á Sorano y á Servilia se les concedió que pudiesen elegir la manera de muerte que quisiesen. Á Helvidio y á Poconio desterraron de Italia. De Montano se hizo gracia á su padre, inhabilitándole primero para los oficios públicos. Á cada uno de los acusadores Eprio y Cosuciano se dieron ciento y veinte mil ducados (5.000.000 de sestercios), y á Ostorio treinta mil (1.200.000 ídem), con privilegio de poder usar de las insignias que usaban los cuestores.

Aquel mismo día, al anochecer, se envió el cuestor del cónsul á Trasea, que se estaba en sus huertos en continua conversación y concurso de hombres y mujeres ilustres que iban á visitarle, atendiendo él particularmente á Demetrio, hombre docto y de la secta cinica, con el cual, por lo que podía conjeturar de las acciones del rostro y de algunas palabras que se oyeron por haberlas dicho en voz más alta, iba discurriendo de la naturaleza del alma y de la separación que hace el espíritu del cuerpo; hasta que, llegado Domicio Ceciliano, uno

de sus mayores amigos, le refirió la deliberación del Senado; y comenzando á llorar todos los que se hallaban presentes, Trasea les persuadió á partirse luego de allí por no mezclar su fortuna con la desdicha del condenado. Y queriendo su mujer Arria morir con él y seguir el ejemplo de su madre Arria (1), la ruega que conserve la vida, por no privar de aquel único socorro y amparo á la hija común.

Entonces, saliendo á los corredores de su casa le halló allí el cuestor harto alegre por haber entendido que á su yerno Helvidio no le daban otra pena que desterrarle de Italia. Y recibiendo después el decreto del Senado, lleva consigo al aposento donde dormía á Helvidio y á Demetrio, donde extendiendo entrambos brazos, después que comenzó á salir la sangre, derramándola por el suelo, y llamando al cuestor que se llegase más cerca: «Sacrifiquemos — dijo — á Júpiter librador. Y tú, mozo, advierte, no plegue á los dioses que yo diga esto con mal agüero tuyo, que has nacido en tal tiempo que es necesario fortalecer el ánimo con ejemplos de constancia.» Después, por el gran dolor que le ocasionaba la dilación de la muerte, vuelve los ojos hacia Demetrio... (2).

---

(1) Arria, suegra de Trasea, era mujer de Peto Cecina, el cual tomó parte en el levantamiento de Escriboniano contra Claudio. Condenado á darse la muerte, preparábase á ella, cuando hiriéndose la primera su esposa, le alargó el ensangrentado puñal que acababa de arrancarse del pecho, diciéndole: «Toma, eso no hace daño.» Marcial echó á perder esta expresión, casi sublime, creyendo acaso mejoraría cuando pone en boca de Arria las siguientes palabras:

... vulnus quod feci non dolet, inquit,  
sed tu quod facies, hoc mihi, Pæte, dole.

(2) Mr. Burnouf une los *Anales* á las *Historias* por medio de un sumario cronológico que hace más sensible la pérdida de lo que falta de la primera de las obras de Tácito, en cuanto deja adivinar los brillantes colores que derramaría sin duda este exce-

lente pintor de los hechos humanos sobre tan rica tela. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán que continuemos aquí dicho sumario, siquiera sea para llenar el vacío que se nota en nuestras traducciones del grande historiador latino.

Año de Roma 819. De J.-C. 66.

Destierro del filósofo estoico Cornuto, maestro de Perseo y de Lucano.

Tiridates recibe de Nerón la corona de Armenia. Celébranse con este motivo magníficas fiestas, en las cuales el emperador toca la lira y baja á conducir su carro en el circo delante del príncipe asiático. Tiridates lleva operarios de Roma para reedificar Artaxate.

Nerón es aclamado *imperator*, y cierra el templo de Jano. Apasionado por la magia, obliga á los magos venidos con Tiridates á que le den lecciones de este arte, que no logra, sin embargo, aprender.

Insta también á Vologeso para que vaya á Roma, y como éste se niegue á complacerle, propónese declararle la guerra. Proyecta al propio tiempo una expedición á Etiopía.

Hace matar á Antonia, hija de Claudio, que se negaba á darle su mano, y toma por esposa á Estatilia Mesalina.

Levantamiento de los judíos; dase á Vespasiano el encargo de reprimirlo.

A fines de este año parte Nerón para Grecia, donde permanece todo el siguiente. Durante su ausencia gobierna en Roma el liberto Helio.

Año de Roma 820. De J.-C. 67.

Consulado de L. Fonteyo Capito y de C. Julio Rufo.

Nerón se da en espectáculo en todos los juegos de Grecia, donde alcanza mil ochocientas coronas.

Declara á la Grecia libre, al par que la devasta con sus robos y crueldades.

Emprende cortar el istmo de Corinto, y después de haberlo verificado en una longitud de cuatro estadios, abandona de repente su propósito.

Helio aterroriza á Roma con sus asesinatos, á la vez que Policles la saquea con sus robos.

Nerón invita á Corbulón á que pase á Grecia por medio de una carta en que le llama su protector y su padre; mas apenas llega á Cencrés, le envía orden de que se mate. Manda también á los dos hermanos Escribonios que se abran las venas.

Condena á muerte al pantomimo Paris, que no había podido lograr que aprendiese su arte.

Cecina Tusco, prefecto de Egipto, es desterrado por haberse servido en Alejandría de unos baños construidos para el príncipe.

Nerón entra en Roma en el carro triunfal de Augusto. Es descubierta en Benevento una conjuración tramada por Vinicio.

Año de Roma 821. De J.-C. 68.

Consulado de C. Silio Itálico y de M. Galerio Tracalo. Al volver Nerón á Nápoles para representar en el teatro, llega á su noticia la sublevación de Vindex en las Galias.

Este escribe repetidas veces á Galba, gobernador de la provincia Tarraconense en España, quien después de haber estado vacilando algún tiempo, se declara lugarteniente del Senado y del pueblo romano. Este suceso tuvo lugar á principios de abril.

Regresa Nerón á Roma. Su terror al saber que Galba acaba de tomar aquel título. Pone á precio la cabeza de Vindex, y hace declarar á Galba enemigo público. Mientras que procura sacar dinero de todos y reunir tropas, abandonan su causa los que ejercen algún mando en las provincias.

Virginio, que había permanecido fiel, no á Nerón, sino á la República, marcha contra Vindex. Las legiones romanas y el ejército galo llegan á las manos sin orden de sus generales, y Vindex, completamente derrotado, se da la muerte. Virginio se niega á aceptar el imperio para sí y á apoyar á Galba.

Perplejidad de este último, que renuncia por un momento á su empresa.

Nerón duda si huir á Egipto ó refugiarse entre los partos, ó ponerse en manos de Galba, ó subir á la tribuna y pedir perdón al pueblo romano.

En esto Ninfidio Sabino, uno de los prefectos del pretorio, persuade á sus soldados que abandonando á Nerón proclamen á Galba.

Nerón huye de noche, casi desnudo, y se refugia en una casa de su liberto Phaon, á cuatro millas de Roma.

El Senado le declara enemigo público, le condena á muerte y reconoce á Galba emperador.

Nerón se decide por fin á morir, y manda hacer los preparativos de sus funerales, exclamando de vez en cuando: «¡Qué triste fin para tan grande artista! *Qualis artifex pereo!*»

Al momento en que iban á cogerlo los caballeros enviados en su seguimiento, se atraviesa el cuello con un puñal, que su liberto Epafrodito le ayuda á clavarse. Así murió Nerón el 11 de junio, extinguiéndose en él la familia de Augusto.

Icelo viene á España á anunciar á Galba la muerte de Nerón y el decreto del Senado en favor suyo.

Virginio rehusa de nuevo el imperio y hace que sus legiones reconozcan á Galba.

Vespasiano envía á su hijo Tito á ofrecer sus homenajes al nuevo emperador.

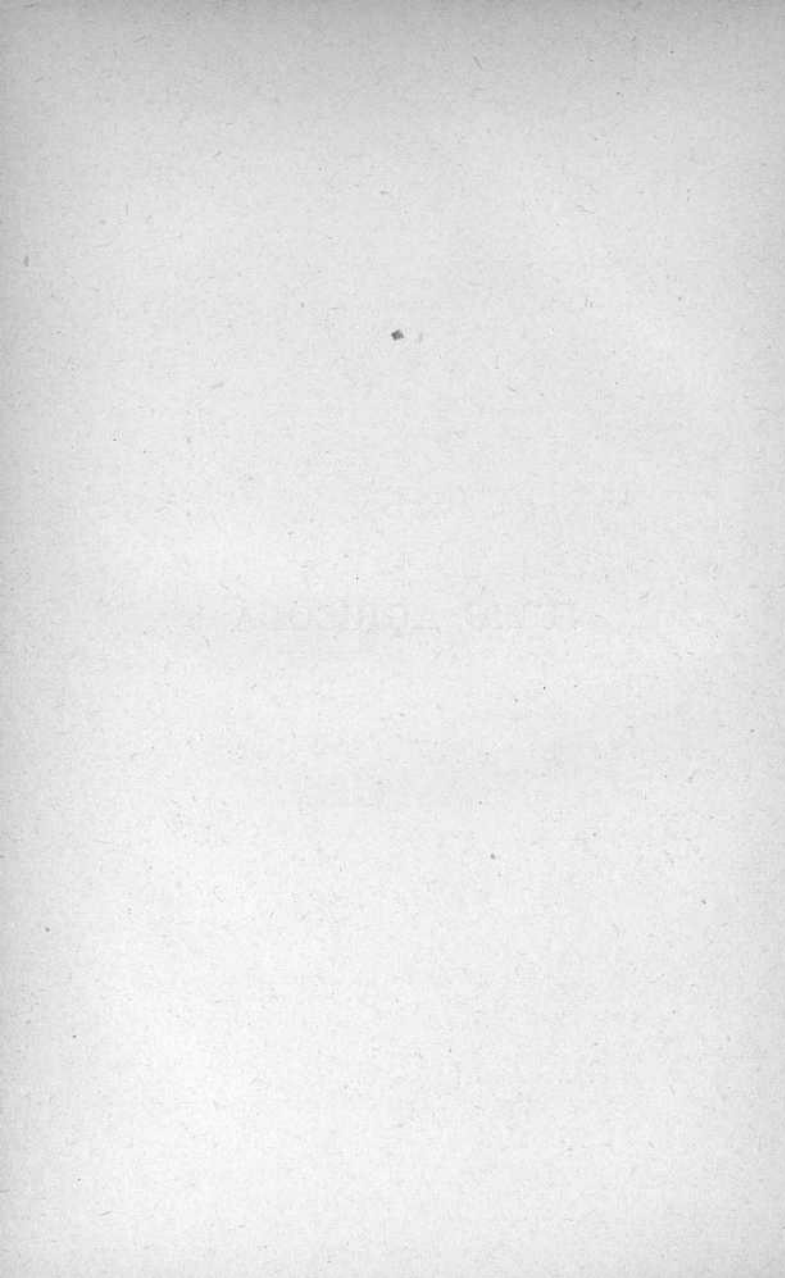
Aprovechándose de la ausencia de Galba, Ninfidio intenta usurpar el imperio; pero es asesinado por los pretorianos.

Llega Galba á Roma.





VIDA  
DE  
JULIO AGRÍCOLA



---

---

## VIDA DE JULIO AGRÍCOLA

---

Aquella costumbre antigua de escribir y dejar en memoria para los descendientes los hechos y costumbres de los varones esclarecidos, aun no ha dejado en nuestros tiempos esta edad, aunque poco curiosa de los suyos, siempre que alguna grande é ilustre virtud venció y sobrepujó la ignorancia, envidia y aborrecimiento de lo bueno; vicio común á las pequeñas y á las grandes ciudades. Mas entre los pasados, asi como habia más inclinación para hacer cosas dignas de memoria, y más ocasión y aparejo para ello, y se podían hacer más al descubierto, asi también cualquiera de famoso ingenio se movía á dejar memoria de la virtud, por el precio que sacaba de cumplir con la buena conciencia, y sin ser llevado de favor ni ambición. Y muchos hubo á quien les pareció que el contar ellos mismos su vida era más confianza que tenían de sus costumbres que arrogancia. Ni esto fué causa en Rutilio y Escauro (1) de que no se

---

(1) Prisco Rutilio Rufo, gobernador en Asia, había sido siempre un modelo de desinterés y de equidad; y sin embargo, vióse á su vuelta acusado de cohecho y de robo por los caballeros romanos, cuyas vejaciones se había atrevido á reprimir, á pesar de ser entonces, gracias á sus riquezas, la clase más poderosa del Estado, y de que, dueños de las provincias cuyas rentas tenían arrendadas, lo eran de los Tribunales en Roma. Rutilio, desterrado de su patria, escogió para su retiro la misma provincia que

les diese crédito, ni de murmuración. Que tanto como esto se juzgan bien las virtudes en los tiempos que se producen fácilmente. Pero yo, habiendo de contar ahora la vida de un hombre muerto, tuve necesidad de licencia; la cual no habria pedido si no hubiera de topar en tiempos tan crueles y tan enemigos de las virtudes.

Hemos leído que fué delito capital en Arulena Rustico (1) haber alabado á Peto Trasea, y en Herenio Seneción (2) á Helvidio Prisco, y que la crueldad no sólo paró en los mismos autores, sino que también se extendió contra sus libros, habiendo cometido á los tres varones (3) el cargo de que se quemasen en la plaza y en el lugar de las juntas públicas las memorias de aquellos esclarecidos ingenios. Y era que les parecía que con

se le acusaba de haber oprimido, y donde recibió el premio de sus virtudes con las distinciones y honores que á porfía le prodigaron los pueblos del Asia y los reyes aliados.

Marco Emilio Escauro, que escribió, lo mismo que Rutilio, las memorias de su vida, fué veinticinco años consecutivos príncipe del Senado. Salustio es el único escritor que se haya atrevido á echar algún borrón sobre la fama de ese grande hombre, de quien Cicerón y Tácito hablan con el mayor respeto.

(1) Siendo tribuno del pueblo en tiempo de Nerón, quiso oponerse, en calidad de tal, á la sentencia que iba el Senado á pronunciar contra Trasea; mas el acusado rehusó este socorro que, ineficaz para salvarle, hubiera podido comprometer á su generoso amigo. Como más adelante escribiese el elogio de Traseas, fué condenado á muerte en tiempo de Domiciano, quien parecía haberse encargado de satisfacer las venganzas de Nerón. (V. ANN., lib. XVI, cap. XXVI; HIST., lib. III, cap. LXXX.)

(2) Fué cuestor de España bajo el reinado de Domiciano. Escribió la vida de Helvidio Prisco á ruegos de Fannia, su viuda. Esta obra, y sobre todo una animosa denuncia de los latrocinios de un procónsul que gozaba de mucho crédito, fueron causa de su muerte.

(3) Estos triunviros estaban encargados de la guardia de los presos y de las ejecuciones. La costumbre de condenar los escritos á las llamas data del tiempo de Augusto, en el cual fué entregada á ellas una obra detestable de un faccioso sin nombre.

aquel fuego habian de quitar la voz del pueblo romano, la libertad del Senado, y la sabiduría de sus obras del linaje humano, habiendo demás de esto échado de la ciudad los profesores de la Filosofía, y desterrado de ella todas las buenas artes, para que en ninguna parte se encontrase con cosa honesta. Verdaderamente dimos gran testimonio y ejemplo de paciencia; y así como la antigua edad vió todo lo último que podía haber en la libertad, así nosotros cuanto se podía ver en la servidumbre, habiéndonos quitado por medio de las pesquisas el trato común, aun de hablar y oír unos á otros. Y también hubiéramos perdido la misma memoria con el habla, si estuviera tan en nuestra mano el olvidar como el callar.

Ahora, al fin nos vuelve el ánimo y espíritu perdido. Y aunque el emperador Nerva luego en el primer nacimiento del siglo bienaventurado haya mezclado cosas que antiguamente eran incompatibles y que no podían tener compañía entre sí, el principado y la libertad, y que Nerva Trajano vaya aumentando cada día la facilidad del Imperio y que la seguridad pública haya alcanzado; no sólo su esperanza y deseo, sino también la confianza y firmeza de su mismo deseo; sin embargo, por la calidad de la flaqueza humana son más tardíos y espaciosos los remedios que los males. Y así como los cuerpos van creciendo lentamente y se acaban y perecen aprisa, así también oprimirás más fácilmente que restituirás los ingenios y estudios. Porque también nos ceba y se nos entra en los ánimos el dulzor de la misma ociosidad, y estarse holgazanes, sin hacer nada; y la pereza y flojedad que al principio era aborrecida al cabo se ama. Pues ¿qué será, si en quince años, grande espacio del siglo mortal, muchos acabaron por casos fortuitos, y todos los muy animosos y hombres de más valor

y presteza de ingenio murieron por crueldad del príncipe? Pocos hemos quedado vivos y escapado de esto; y quiero decirlo así, no sólo después de otros, mas aun de nosotros mismos; habiéndonos quitado tantos años del medio de nuestra vida, con que los mozos hemos llegado á la vejez, y los viejos con silencio casi á los últimos términos de la edad humana. Pero con todo eso no me pesará de haber ordenado y escrito, aunque sea en lengua grosera y mal compuesta, la memoria de la servidumbre pasada y el testimonio de los bienes presentes. Y entretanto este libro, dedicado á la honra de mi suegro Agrícola, ó será alabado, ó excusado á lo menos, porque la piedad y amor que le debo me mueve á esto.

Gneyo Julio Agrícola, nacido en la antigua y esclarecida colonia de Forjulio (1), tuvo ambos abuelos procuradores de los Césares, que es dignidad que se da á personas del estado de los caballeros. Su padre Julio Grecino (2) fué senador y muy conocido por su elocuencia y sabiduría. Y con estas virtudes granjeó la ira de Cayo César; porque habiéndole mandado que acusase á Marco Silano (3), fué muerto por haberlo rehusado. Su madre fué Julia Procila, mujer de rara castidad. Y criado en el regalo y obediencia de su madre, pasó su niñez y adolescencia en todo ejercicio de buenas artes. Y apartábale de las blanduras y lazos en que caen y se enredan los viciosos, demás de su bueno y entero

---

(1) Frejus.

(2) Según Séneca, fué condenado á muerte por Calígula por la sola razon de haber ejercido el edilato con honradez. Grecino había escrito un tratado *sobre la viña*, y no falta quien atribuye el nombre de Agrícola, que lleva el hijo, al gusto del padre por la agricultura.

(3) Tuvo la desgracia de tener por yerno á Calígula, quien con sus persecuciones le redujo al extremo de degollarse con una navaja.

natural, que luego desde muy pequeño había tenido á Marsella por asiento y maestra de sus estudios, que es un lugar mezclado y bien compuesto de la cortesía y apacibilidad griega, y de la templanza de las provincias. Acuérdomé que solía él contar que en su primera juventud se había dado al estudio de Filosofía con más fervor de lo que se permite á un romano y senador; sino que la prudencia de su madre detuvo y enfrenó aquel su ánimo encendido y ardiente. Que aquel ingenio sublime y levantado codiciaba la hermosura y apariencia de una grande y excelsa gloria con mayor vehemencia que recato. Pero después mitigó esto la razón y la edad, y retuvo y conservó una mediocridad; que es lo más dificultoso de la sabiduría poseerla con medida.

Comenzó á ser soldado en Bretaña con aprobación de Suetonio Paulino (1), capitán diligente y moderado, que por conocerle y estimarle, le escogió por su camarada. Y no procediendo Agrícola licenciosamente, como suelen los mozos, que convierten la milicia en disolución, ni tampoco fría y flojamente, dándose á deleites y valiéndose de licencias para no asistir en el campo, volvió con el título de tribuno y no con ignorancia, sino que procuraba conocer la provincia, ser conocido del ejército, aprender de los hombres de experiencia, y seguía á los buenos y valerosos; no apetecía ninguna cosa por jactancia; ninguna rehusaba de miedo, y procedía en en todo con solicitud y cuidado juntamente. Jamás Bretaña estuvo más ejercitada ni más en duda y peligro que entonces. Los soldados viejos hechos pedazos, la colonia quemada, los ejércitos rotos y desbaratados.

---

(1) Contemporáneo y rival de Corbulón. Alcanzó grandes victorias en Mauritania en el reinado de Claudio. Plinio el antiguo cita con elogio las memorias de su vida. Sobre sus hazañas en Bretaña, véanse los *Anales*, libro XIV, caps. XXIX-XXXIX.



Primero pelearon por la vida y después por la victoria. Las cuales cosas todas, aunque se hacian con el nombre, gobierno y consejo de otro, y que el supremo estado de los negocios, y la gloria de haberse recobrado la provincia tocase y fuese del general, con todo eso enseñaron al mozo el arte y experiencia de la guerra y le pusieron espuelas para procurar llegar á lo mismo; y metiósele en el ánimo la codicia de la honra y gloria militar; cosa desagradable en tiempos que se hace ruin interpretación de sus obras contra los hombres excelentes y que se aventajan á los demás, y en que no se corre menos peligro por la grande fama que por la mala.

Y habiéndose desde aquí venido á Roma á recibir y administrar los magistrados de ella, se casó con Domicia Decidiana, mujer nacida de ilustre linaje. Y este matrimonio sirvió de honra y fuerzas á quien aspiraba á mayores cosas. Vivieron en admirable concordia con recíproco amor, y anteponiéndose de la misma suerte el uno al otro en lo que se ofrecía; salvo que en una buena casada es tanto mayor la alabanza por esto, cuanto es mayor la culpa en la mala. Cúpole por suertes el oficio de cuestor de la provincia de Asia, y tener en ella por procónsul á Salvio Ticiano (1). Y con ninguna cosa de éstas se estragó, aunque la provincia era rica y muy aparejada para los que quisiesen pecar, y el procónsul, inclinado á toda manera de codicia, con cuanta facilidad se quisiera comprara la disimulación recíproca en sus excesos. Nacióle allí una hija en lugar de hijo y de consuelo, porque el hijo que antes había tenido perdióle brevemente. Después el tiempo que hubo entre el oficio de cuestor y de tribuno de la plebe, y aun el mismo año

---

(1) El hermano de Otón, que perdió la batalla de Bedriaco.

del tribunado pasó en ocio y sosiego, conociendo los tiempos del imperio de Nerón, en los cuales la ociosidad y no ocuparse en nada sirvió de sabiduría. Al mismo tono y en el mismo silencio pasó siendo pretor, porque no le cupo tener jurisdicción. Los juegos y vanidades de sus oficios reglólos con la medida que debía de la razón y abundancia de ellos; y así como se alejó de superfluidad, así se acercó más á la fama. Siendo entonces escogido por Galba para reconocer los dones de los templos, procediendo en ello con diligentísima pesquisa, hizo que la República de ninguno otro hubiese sentido sacrilegio sino de Nerón.

El año siguiente maltrató y afligió su ánimo y casa una gran pérdida. Que la armada de Otón, que andaba por la costa licenciosamente destruyendo como tierra de enemigos un lugar llamado Templo (1), que es parte de Liguria, mató la madre de Agrícola en su granja, y robó la misma granja y gran parte de su hacienda, que había sido causa de su muerte. Partido, pues, Agrícola de Roma para hacerle las obsequias, topándole la nueva de que Vespasiano pretendía el imperio, luego se volvió de su bando. Muciano gobernaba á los principios el principado y el estado de la ciudad, siendo muy mozo Domiciano, y que de la fortuna y grandeza de su padre solamente usurpaba la libertad y disolución. Éste dió á Agrícola, que había sido enviado á hacer gente de guerra y había procedido con diligencia, valor y entereza, el cargo de la legión veinte, que se pasó tarde á la obediencia y juramento de fidelidad en favor de Vespasiano, donde se decía (2) que su predecesor procedía sedi-

(1) Léase Intemelio. Intimilia, en los Estados sardos.

(2) Este pasaje, tal como está en la versión, es sumamente obscuro. El primer traductor debió de conocerlo, ya que puso al pie del mismo la siguiente nota aclaratoria: «Quiere decir Táci-

ciosamente, porque aun para los legados consulares era demasiado pesada y temerosa. Y el legado pretorio no era bastante para refrenarla, siendo incierto si procedía esto de su condición ó de la de los soldados. Y así, eligiéndole por sucesor y vengador con una moderación rarísima, quiso más que pareciese haberlos hallado buenos que no haberlos hecho tales.

Gobernaba entonces á Bretaña Vectio Bolano, más blandamente de lo que se debe en una provincia feroz. Templó Agricola su ímpetu y refrenó su ardor para que no se aumentase, como diestro y experimentado en obedecer, y que sabía mezclar las cosas útiles con las honestas. Poco después recibió Bretaña por gobernador á Petilio Cerial (1), varón consular. Tuvieron las virtudes en su tiempo espacio, lugar y ejemplo. Pero Cerial comunicaba con él al principio sus trazas y consejos, y á veces los trabajos y peligros, y después la gloria de ellos. Muchas veces le encargó parte del ejército para probarle, y algunas, visto el suceso, se lo encargó todo. Ni Agricola jamás por cosas que hiciese se alegró y regocijó demasiado, aplicándolas á fama suya, sino que como ministro atribuía la fortuna de ellas al autor y capitán. Y así, con valor en obedecer y modestia en publicar y engrandecer sus cosas, estaba ajeno de causar envidia y de no ganar gloria.

---

to que era tanta la gallardía y el brío de los soldados de esta legión, que llevaba tras sí la voluntad de su capitán, y le hacía proceder sediciosamente y como en motines; porque aun para los gobernadores de mayor autoridad, como los que habían sido cónsules, era esta legión demasiado pesada y temerosa; y el que no la tenía más que de pretor, no bastaba para refrenarla, ó por su flojedad y poco brío, ó por el demasiado de su gente. Y por esto escogió Muciano á Agricola, para que la gobernase y castigase los sediciosos con su entereza y valor.»

(1) Había guerreado con gloria contra Civilis y los galos sublevados.

Volviendo del cargo de legado de la legión, el divo Vespasiano le eligió y puso entre los patricios, y después le dió el gobierno de la provincia de Aquitania, con administración lo primero de ilustre dignidad, y con esperanza también del consulado que había determinado darle. Creen muchos que á los soldados falta sutileza por ser la jurisdicción militar segura y sosegada, y más grosera y cerrada, y que haciendo muchas cosas con las manos no ejercitan la astucia de los que andan en las audiencias. Agrícola, con su natural prudencia, aunque entre gente de paz, procedía fácil, apacible y justamente. Tenía también divididos los tiempos para entender en negocios y para descansar. Cuando se requería en las juntas y juicios era grave, atento y severo, y las más veces misericordioso; y en cumplimiento con su oficio dejaba la representación del cargo, se despojaba de toda melancolía, arrogancia y avaricia, sin que, lo que es rarísimo, la facilidad de ser tratado le disminuyese la autoridad, ni la severidad el amor. Querer contar la integridad y abstinencia en tan gran varón, sería injuria de las virtudes; pues ni aun la fama, de que también los buenos muchas veces tienen cuidado y se inclinan á ello, no la procuró haciendo ostentación de su virtud ó con artificio. Estuvo lejos de tener competencias con sus compañeros en los cargos, y lejos de contiendas con los procuradores. Y tuvo por poco honroso el vencerlos, y por caso feo el ser hollado de ellos. Detúvose menos de tres años en aquel cargo, que administró con título de legado; y luego fué llamado á Roma á la esperanza del consulado, habiendo con esto opinión de que se le daba el gobierno de Bretaña, no porque él hablase de ello nada, sino por parecer suficiente para aquel cargo. No siempre yerra la fama, que algunas veces también elige. Siendo cónsul desposó conmigo,

que era mozo, su hija, de grande esperanza entonces, y después del consulado nos casó; y luego le hicieron gobernador de Bretaña, dándole también el pontificado.

Referiré aquí el sitio y pueblos de Bretaña de que muchos escritores han hecho memoria, no para que se haga comparación de mi ingenio y diligencia con ellos, sino porque entonces fué cuando primero se acabó de sojuzgar. Y así, las cosas que no siendo aún sabidas adornaron los pasados con elocuencia, ahora se contarán con verdad.

La Bretaña, la mayor de las islas de que los romanos tienen noticia, se extiende al Oriente hacia Germania, al Occidente hacia España, del Mediodía la miran también los galos, y la parte septentrional, sin tener enfrente ningunas tierras, es batida de un mar muy ancho y abierto. Livio y Fabio Rustico (1), autores de los más elocuentes, aquél de los antiguos y éste de los modernos, dijeron que toda la Bretaña se parece á una artesa ó á una hacha de dos cortes. Y en efecto, tiene esa figura de esta parte de la Caledonia, de donde se esparció en toda ella la fama. Pero el grande y desmesurado espacio de tierras que se extienden ya á la última ribera del mar, se va estrechando como una cuña. Habiendo entonces la armada de los romanos rodeado la primera vez la costa de aquel último mar, afirmó ser la Bretaña isla, y juntamente con esto halló y conquistó unas islas no conocidas hasta aquel tiempo, á las cuales llaman Orcadas. También se descubrió Thule (2), que hasta allí la nieve y el invierno la escondían. Pero dicen

---

(1) Contemporáneo de Claudio y de Nerón y amigo de Séneca.

(2) La mayor de las islas de Shetland, llamada en el día Mainland, esto es, *tierra principal*, y que dos siglos atrás conservaba todavía el nombre de *Thil-insel*.

ser aquel un mar perezoso, y grave para los remeros, y que ni aun con los vientos tampoco se alborota. Greo que la causa de esto sea porque hay pocas tierras y montañas, que son causa y materia de las tempestades, y que aquella profunda masa de perpetua mar es muy tarda y espaciosa en moverse. Inquirir ahora la naturaleza del Océano y la causa de sus crecientes y menguantes, ni conviene á esta obra y muchos lo han referido. Solamente añadiré una cosa: que en ninguna parte se extiende más el señorío del mar; lleva acá y allá muchedumbre de ríos, y no crece hasta las orillas y se resuelve en sí mismo, sino que entra todo por la tierra y la rodea; y aun en los riscos y montes se entremete, como en cosa suya.

Demás de esto es poco sabido, como entre bárbaros, qué gentes hayan poblado al principio á la Bretaña, si fueron naturales ó extranjeros. Tienen diferentes talles de cuerpos, y de ahí se toman diferentes conjeturas. Porque los cabellos rubios de los que habitan la Caledonia y sus grandes miembros dan testimonio de ser su origen germánico; los rostros morenos de los siluros (1), y por la mayor parte los cabellos crespos, y el sitio de su tierra que mira hacia España, hacen que se crea que los antiguos iberos pasaron allí y ocuparon aquella parte. Los que son más vecinos á los galos son también semejantes á ellos; ora sea que aun dure la fuerza del origen, ora que extendiéndose la tierra á diferentes partes, el aspecto del cielo haya dado el talle y disposición á los cuerpos. Con todo esto, si se considera en general, es creíble que los galos ocuparon aquella tie-

---

(1) Habitaban al mediodía del principado de Gales. Según Lingard, habían llevado sus armas desde las orillas del Wye, su primera residencia, hasta el Dee y el Océano.

rra vecina. Hallaréis allí los sacrificios de éstos con la misma persuasión y crédito de las supersticiones. El lenguaje, no muy diferente. La misma osadía en buscar los peligros, y en viéndose en ellos el mismo miedo para rehusarlos; pero tienen más ferocidad los bretones, como aquellos á quien no ha ablandado una larga paz; porque habemos oído decir que también los galos florecieron en la guerra. Mas después entró en ellos con el ocio la pereza y flojedad, habiendo perdido juntamente el valor y la libertad; lo cual también aconteció á los bretonos vencidos antiguamente, que los demás quédandose y son como los galos fueron.

Su fuerza consiste en la infantería; algunas naciones pelean también en carros; el que guía el carro es el más honrado; los vasallos y allegados de éste combaten y le defienden. Antiguamente obedecían á reyes; ahora andan y proceden por bandos y parcialidades, de que tienen sus príncipes y cabezas; y ninguna cosa nos es más provechosa contra gente poderosísima que no atender á sus cosas en común. Pocas veces se juntan y concuerdan dos ó tres ciudades para resistir al común peligro; y así, mientras pelea cada uno de por sí, todos vienen á ser vencidos. El cielo es obscuro con las muchas lluvias y nieblas. Los fríos no son recios. Los días son mayores que los nuestros, y la noche clara, y en la última parte de Bretaña tan corta, que con poca diferencia vendréis á conocer el principio y el fin de la luz. Y dicen que si las nubes no lo impiden, se ve de noche el resplandor del sol, y que no se pone y sale, sino que pasa. Y ello es que las últimas partes de la tierra, como son llanas, no levantan tinieblas con su sombra, y la noche cae debajo del cielo y de las estrellas. La tierra lleva todo género de mieses, y es abundante de ellas, excepto olivas, vides y lo demás que suele nacer en tierras más



calientes. Maduran tarde y crecen presto; y de ambas cosas es una misma la causa: la mucha humedad de las tierras y del cielo. Produce la Bretaña oro y plata y otros metales; precio de la victoria. El Océano engendra perlas, pero morenas y sin lustre. Algunos piensan que es por la ignorancia de los que las sacan, porque en el mar Bermejo se arrancan de las peñas vivas y con espíritu, y en Bretaña se cogen como el mar las arroja de sí. Yo con más facilidad creería que la naturaleza falta á las perlas, que á nosotros la avaricia.

Los mismos bretones obedecen sin pereza ni dificultad la elección y saca de soldados, la paga de tributos y las mayores cargas del Imperio, si se hace sin agravios: que éstos súfrenlos mal, y no los llevan en paciencia, como ya domados para obedecer, mas aun no para servir. El primero de todos los romanos que entró con ejército en la Bretaña fué el divo Julio. El cual, aunque peleando prósperamente haya atemorizado los habitantes y héchose señor de la marina, puede parecer que la mostró, pero no que la entregó á los descendientes. Luego se siguieron las guerras civiles, y las armas de los grandes se volvieron contra la República, y hubo un largo olvido de Bretaña, aun habiendo paz. Augusto llamaba esto consejo, y Tiberio mandamiento. Bien cierto es haber tratado Cayo César de entrar en Bretaña, sino que era hombre de veloz ingenio y mudable de parecer, arrepintiéndose luego de cualquiera que tenia, y que los grandes aparatos que hizo contra los germanos fueron en vano y sin efecto. El divo Claudio fué autor de esta empresa, pasando allí las legiones y la gente de socorro, y tomando á Vespasiano por compañero en ella. Lo cual fué principio de la fortuna que después le habia de venir. Domáronse naciones, cautiváronse reyes, y fué Vespasiano mostrado á los hados.

Aulo Plaucio (1) fué el primer gobernador consular, y después Ostorio Scapula, ambos varones valerosos y esclarecidos en la guerra; y fué poco á poco reducida en forma de provincia la parte de la Bretaña más vecina á nuestro señorío. Y añadióse demás de esto una colonia de soldados viejos en ella. Diéronse algunas ciudades al rey Cogiduno. Y éste, hasta nuestra memoria, fué fidelísimo; siendo antigua costumbre del pueblo romano, y recibida de mucho tiempo atrás, tener también reyes por instrumento de la servidumbre. Después Didio Galo conservó lo que los demás habían adquirido, haciendo algunos muy pocos castillos más adelante en la isla, para ganar fama de que había aumentado su cargo. Veranio sucedió á Didio, y murió dentro de un año (2). Después de éste, Suetonio Paulino tuvo prósperos sucesos en dos años, habiendo sujetado algunas naciones y fortificado los presidios, en cuya confianza acometiendo la isla de Mona (3), como á quien daba fuerzas á los rebeldes de Bretaña, dejó las tierras que quedaban atrás abiertas á la ocasión.

Porque perdido el miedo con la ausencia del gobernador, los bretones discurrían entre si de los males de la servidumbre, hacían comparación unos con otros de los agravios que recibían, y aun los encendían y hacían mayores con interpretarlos mal. «Que ninguna cosa se medraba con la paciencia, sino que, como á hombres que sufren fácilmente, se les manden cosas más graves; que antiguamente solían tener un rey sólo, y que ahora

---

(1) Hizo la guerra en Bretaña de 796 á 800, habiendo merecido los honores de la ovación.

(2) Para todos estos sucesos, véase al mismo Tácito, *An.*, libro XIV.

(3) La de Anglesey, á la cual todavía los galeses llaman en su lengua *Mon*. Era el asiento principal de la religión druidica.

se les ponian dos, de los cuales el legado procedia cruelmente contra las personas, y el procurador contra las haciendas. Que la discordia y la concordia de los gobernadores era igualmente perniciosa á los súbditos. El uno se vale de soldados y centuriones para lo que quiere; el otro mezcla la fuerza y las afrentas (con lo que puede por derecho). Ya nada hay reservado á su codicia, nada á su deshonestidad. En la batalla el más fuerte es el que despoja; ahora, muchas veces los cobardes y que no valen para la guerra son los que roban las casas, quitan los hijos, reparten los soldados y hacen saca y elección de ellos, como á hombres que por su patria solamente no saben morir. Porque ¿cuánto número de soldados habian pasado á la isla si se cuentan á sí mismos los bretones? Que de esta manera habian las provincias de Germania echado el yugo de sí; con que las defendía un río, y no el Océano; que ellos tenían por causas de la guerra la patria, las mujeres y los padres; los romanos, la avaricia y la lujuria; que se volverian como se volvió el divo Julio, sólo con que ellos imitasen las virtudes de sus pasados y con que no se amedrentasen con el suceso de una ó dos batallas; que mayor impetu y mayor constancia tienen los afligidos y miserables; que ya aun los dioses se apiadan de los bretones, que tienen ausente el capitán romano y desterrado el ejército en otra isla; que ya ellos habian entrado en consulta del caso, que era lo más dificultoso. Y que realmente, en semejantes consejos, es más peligroso ser descubiertos que atreverse.»

Movidos y animados unos de otros con estas y otras tales razones, siendo su caudillo Baudica (Boadicea), mujer de sangre real (porque en el reinar no hacen diferencia del sexo), comenzaron todos la guerra. Y habiendo perseguido y habido á las manos los soldados

esparcidos por los castillos y tomado los fuertes en que los romanos tenían guarnición, acometieron la colonia misma, como asiento de servidumbre. Ocupáronla, y de ningún género de crueldad se olvidaron los bárbaros airados y vencedores. Y si Suetonio Paulino, sabido aquel alboroto de la provincia, no hubiera socorrido aprisa, perdiérase la Bretaña; que restituyó á la antigua paciencia la ventura de una batalla, quedando muchos puestos en armas movidos de la conciencia que les ponía la rebelión y del miedo particular que tenían al gobernador, y porque él, con ser en lo demás hombre excelente, procedía con arrogancia con los rendidos y los trataba con más aspereza de lo que convenia, como vengador también de su propia injuria, se envió en su lugar á Petronio Turpiliano, como más tratable y que se dejaria vencer más de los ruegos, y que siendo nuevo en los delitos de los enemigos, sería por esto más blando con los arrepentidos. El cual, habiendo compuesto las revueltas pasadas, no se atrevió á más, y entregó la provincia á Trebelio Máximo (1). Trebelio, más flojo y perezoso y sin experiencia de guerra, gobernó la provincia con una cierta humanidad de trato, con que la conservó. Y los bárbaros han aprendido ya á perdonar también los vicios que regalan y acarician. Y las guerras civiles que hubo entonces dieron justa excusa á su negligencia y flojedad; pero túvose trabajo con la discordia de los soldados, que acostumbrados á ocuparse en facciones de guerra, lozanearon y se estragaron con la ociosidad. Y Trebelio, escapándose con huir y esconderse de la ira del ejército, después le gobernó por merced y á voluntad de su gente con baja y sin reputa-

---

(1) Mandó hasta 822, en cuyo año, arrojado por su ejército, se refugió al lado de Vitelio. (V. las *Hist.*, libros I y II.)

ción, y de la misma suerte que si hubieran capitulado entre sí que el ejército quedase con libertad y el capitán con la vida. Este motin fué sin sangre; y Vectio Bolano (sucesor en el gobierno á Trebelio), por durar aún las guerras civiles, no ejercitó en la disciplina militar á la Bretaña. El mismo descuido y flojedad hubo con los enemigos (sin ocuparse ni ejercitarse con ellos), y la misma disolución en los alojamientos que en lo pasado, salvo que Bolano, inocente y no aborrecido por algún delito, había granjeado amor en lugar de autoridad.

Pero cuando Vespasiano recibió á Bretaña con lo demás del mundo, hubo grandes capitanes, ejércitos excelentes y disminuyóse la esperanza de los enemigos, y luego les puso temor Petilio Cerial, acometiendo la ciudad de los brigantes, que dicen ser la más populosa de toda la provincia. Peleóse muchas veces, y algunas no sin sangre, y ganó la mayor parte de los brigantes, ó con la victoria ó con la guerra. Y como quiera que Cerial obscureciese el cuidado y fama de su sucesor, también sostuvo el peso de la guerra Julio Frontino (1), gran varón, cuanto era licito en aquel tiempo, y sojuzgó por armas la valiente y belicosa nación de los siluros, habiendo vencido demás del valor de los enemigos las dificultades de los lugares.

Pasando Agrícola á Bretaña ya en medio del estío, halló este estado en ella y estas mudanzas de guerra, cuando los soldados, como habiendo dejado ya las facciones de ella, atendían á su reposo, y los enemigos á buscar y tomar ocasión de mejorarse. La ciudad de los

---

(1) Autor de las *Estratagemas*, general tan sabio en la teoría como diestro en el campo de batalla, gran jurisconsulto, filósofo virtuoso y uno de los hombres más eminentes del reinado de Trajano.

ordovicos (1), no mucho antes de su llegada, había muerto casi toda una banda de caballería que alojaba en su tierra. Y levantada de ánimo con este principio la provincia, como quien gustaba de la guerra, aprobaba este ejemplo ó esperaba á ver qué ánimo mostraria el nuevo legado. Entonces Agrícola, aunque ser pasado el estío y estar los soldados esparcidos por la provincia, y que pensaban descansar aquel año, parecían cosas que causasen dilación y fuesen contrarias á quien había de comenzar guerra, y que muchos creían ser mejor guardar los lugares sospechosos, con todo eso se determina en salir al camino del peligro; y habiendo juntado las banderas de las legiones y alguna poca gente de socorro, porque los ordovicos no osaban salir á lo llano ni venir á las manos, poniéndose él delante del escuadrón, para que los demás en igual peligro tuviesen igual ánimo, movió su escuadrón contra ellos. Y habiendo muerto casi toda la gente (de los enemigos), no ignorando que se debe apretar en la fama, y que conforme á los primeros sucesos viene á ser todo lo demás, puso su ánimo en reducir á su poder la isla de Mona, cuya posesión he referido que desamparó Paulino con la rebelión de toda la Bretaña, que le hizo volver á ella. Mas, como suele en los consejos y resoluciones repentinas, faltándole navíos, la industria y constancia del capitán halló modo de pasar á la isla; que habiendo dejado todo el bagaje, envió con tanta presteza y metió tan de repente en la tierra gente escogida de los de socorro, que saben los vados y tienen el uso de nadar de su tierra, con que gobiernan en el agua á sí, á sus armas y caballos, que admirados los enemigos que esperaban armada, que esperaban navíos, y que con ellos

---

(1) En el norte del país de Gales.

se hubiese de pasar el mar, creyeron no haber cosa dificultosa ó invencible para hombres que de aquella manera venian á la guerra. Y así, pedida la paz y entregada la isla, comenzó Agrícola á ser tenido por famoso y grande; como hombre que entrando en la provincia le había agradado el trabajo y peligro en el tiempo que otros gobernadores gastan y se ocupan en ostentación y recibimientos. Ni Agrícola tampoco usando de su buena fortuna para vanidad llamaba jornada ó victoria haber refrenado los vencidos, ni acompañó tampoco sus hechos con la honra del laurel, sino que con la disimulación misma de su fama la aumentó, haciendo juicio todos de las cosas que pensaba hacer y cuánta esperanza tenía de lo venidero quien las callaba tan grandes.

Pero conociendo los ánimos de la provincia y enseñado por ajenas experiencias que se aventaja y adelanta poco con las armas si tras esto se siguen agravios de los súbditos, determinó quitar de raíz las causas de las guerras. Y comenzando de sí y de los suyos, refrenó y reformó su casa la primera; que para muchos es cosa menos dificultosa que gobernar la provincia. Nada de las cosas públicas se hacía por sus libertos ó esclavos; no por particulares aficiones, ni por recomendación ó ruego de los centuriones recibía los soldados, sino al que era mejor tenía por más fiel. Todas las cosas sabía; no todas las ejecutaba; en las pequeñas faltas usaba de perdón, en las grandes de severidad; y no siempre estaba contento con la pena y castigo, sino las más veces con el arrepentimiento. Más holgaba de dar oficios y cargos á los que no habian de errar, que condenarlos después que errasen. Hizo más liviana y mejor de llevar la paga del trigo y de los tributos con la igualdad del repartimiento, y cercenando las cosas que se habian inventado para ganañicia, que eran más graves de su-



frir que el tributo mismo, porque solían tenerlos por burla y escarnio suyo (1) sentados cabe los alholies cerrados, y forzábanlos á comprar demás de esto trigo

(1) Cada provincia pagaba al Estado un tributo en granos; en las que eran tratadas con menos rigor por haberse sometido voluntariamente al Imperio, los labradores satisfacían tan sólo el décimo de sus cosechas. Llamábase á esto *frumentum decumanum*.

En los países conquistados, tales como la Bretaña, cada propietario estaba obligado á dar una cantidad fija de grano, á razón de un tanto por medida de tierra, *frumentum stipendiarum*.

Además del trigo del diezmo y del impuesto, los propietarios tenían la obligación de proporcionar por dinero los granos que les pedía el Gobierno, ya fuese para la subsistencia de las tropas, ya para otras necesidades, y de llevarlo al sitio que se les designaba. Llamábase al trigo que se daba de esta suerte *frumentum emptum*.

La provincia estaba además obligada á proporcionar á su gobernador, para el uso de su casa, un número fijo de medidas de trigo, cuyo precio fijaba él mismo. Por lo regular era esto objeto de una mutua avenencia, y según lo que se pactaba se le daba el valor del trigo en dinero, *frumentum aestimatum*.

Con motivo de estas diferentes cargas, y en especial de la última, se cometían enormes abusos, entre los cuales Tácito cita tan sólo los más inicuos. Verificada la cosecha, los encargados de percibir los tributos mandaban cerrar los graneros del labrador, y no le permitían sacar ni un grano antes de que hubiese satisfecho lo que debía al Estado. Lo que más deseaba el labrador era satisfacer pronto esta deuda; mas como los recaudadores no tenían tiempo de ir á entenderse con él, le dejaban que se consumiese de fastidio á la puerta de su granero hasta que se comprometía á dar á aquéllos una cantidad de dinero ó de trigo mayor que el tributo mismo. Los infelices agricultores pedían como una gracia un desembargo que les vendían carísimo.

Los agricultores, según dejamos apuntado, estaban obligados á proporcionar el trigo para las legiones, que se pagaba, es verdad, pero á un precio siempre más bajo del de su valor. Por último, y para colmo de iniquidad, por lo general no eran los agricultores que estaban más cerca, sino los que residían más lejos de los campamentos, los que recibían la orden de acarrear á ellos el trigo, para que, siéndoles más costoso el acarreo, pagasen, á fin de redimirse de esta obligación, una suma más crecida á los arrendadores, quienes hacían de esta suerte su agosto...—LA BLETTERIE.

y venderlo á cierto precio. Señalábanles rodeos de caminos y tierras muy apartadas, para que las ciudades que tenían cerca los invernaderos llevasen el trigo á partes remotas y fuera de camino, hasta que lo que estaba á mano para todos redundase en provecho de pocos.

Reprimiendo estas cosas luego el primer año, puso en escogida fama y opinión la paz, la cual, ó por descuido ó por sufrimiento y disimulación de los gobernadores pasados, era temida no menos que la guerra. Pero como llegó el estio, habiendo juntado el ejército, alababa á los soldados que iban con modestia en el escuadrón y refrenaba los desmandados; él mismo escogía los sitios para asentar el real; él era quien primero reconocía los pantanos del mar y los bosques, y entretanto no consentía que los enemigos tuviesen nada con sosiego sin que lo destruyese todo con correrías y entradas repentinas. Y después que los había amedrentado bastante, tornándolos á perdonar otra vez, los convidaba á la paz y hacía demostración de cosas que les moviesen á ella. Con lo cual muchas ciudades que hasta aquel día se habían tenido firmes y procedido como iguales con nosotros, dando rehenes, dejaron la ira que tenían; y fueron cercadas de fuertes y castillos con tan buena disposición, industria y cuidado, que ninguna parte de Bretaña no conocida de antes quedó sin ser acometida.

El invierno siguiente se gastó en consejos y resoluciones muy provechosas. Porque para que aquellos hombres derramados por la tierra y rústicos, y por eso fáciles para moverse á la guerra, se acostumbraesen con los regalos y pasatiempos á la ociosidad y sosiego, los amonestaba en particular y los ayudaba en público que edificasen templos, plazas y casas, alabando á los

diligentes y reprendiendo á los flojos y perezosos. De esta manera la competencia de la honra servía de fuerza. Allende de esto hacía enseñar las artes liberales á los hijos de los principales de la tierra, y anteponía los ingenios de los bretones á los estudios de los galos, de tal manera, que los que poco antes despreciaban la lengua romana ya deseaban la elocuencia. De ahí comenzaron á honrar nuestro hábito y traer muchas veces toga, y poco á poco pasaron á las blanduras y regalos de los vicios, á las lonjas, baños y policía y curiosidad de los banquetes. Y esto entre los necios y no experimentados se llamaba humanidad, siendo parte de servidumbre.

El tercer año de estas empresas descubrió nuevas gentes, habiendo destruido las naciones que están hasta el Taus (1), que es un brazo de mar. Y asombrados con este miedo los enemigos, no se atrevieron á molestar el ejército, aunque muy trabajado con crueles tempestades; de manera que aun hubo espacio para hacer algunos fuertes en aquella tierra. Notaban por cosa particular los que de esto saben que ningún otro capitán hubo escogido más sabiamente los lugares, y que fuerte hecho por Agricola, no fué tomado por fuerza de los enemigos, ni desamparado por trato ni por huida. Hacían muchas correrías, pero contra las dilataciones y espacio del cerco se proveían para un año. Y así el invierno se pasaba allí sin miedo, y cada cual se defendía y amparaba á sí mismo, quedándose los enemigos sin poder hacer nada contra ellos, y por esto sin esperanza; porque estando acostumbrados á recompensar los daños del verano con los sucesos del invierno, en-

---

(1) Probablemente el Twede, que corre entre el Northumberland y la Escocia y desagua en el mar del Norte, en Berwick.

tonces hallaban igual resistencia en invierno que en verano. Ni Agrícola jamás tuvo codicia de atribuirse los hechos de los otros: ó fuese centurión ó prefecto, siempre de sus hechos tenía en él un testigo no corrompido. Algunos decían que era algo acedo en sus reprensiones, porque así como era apacible con los buenos, así contra los malos era desabrido, pero no le quedaba rastro de la cólera. Su secreto y silencio no era de temer: pensaba ser más honesto ofender que aborrecer.

El cuarto verano se gastó en conquistar y asentar las tierras que había corrido de paso. Y si el valor de los ejércitos y la gloria del nombre romano lo sufriera, hallándose había término y paradero en la misma Bretaña, porque Clota y Bodotria (1) revuelven tanto hacia atrás con la creciente de diferentes mares, que los aparta un angosto espacio de tierra; lo cual entonces estaba asegurado con fuertes y guarnición de gente de guerra, y todo el golfo más cercano poseíamos nosotros, quedando apartados los enemigos como en otra isla.

En el quinto año de sus empresas, habiendo Agrícola pasado en el navío primero que llegó á aquella tierra, domó con muchas y prósperas batallas aquellas gentes no conocidas hasta aquel tiempo, y puso guarniciones en aquella parte de Bretaña que mira á Hibernia, más con esperanza que por miedo. Porque Hibernia, puesta en medio de Bretaña y España, y á propósito también para el mar de las Galias, viene á mezclar y á juntar con grandes comodidades de una y otra una parte poderosísima del Imperio. Su grandeza, si se compara con Bretaña, es menor, pero mayor que las islas de nuestro

---

(1) Hoy día el Clyde y el Forth, en cuyas cercanías vense todavía ruinas romanas que se creen restos de la muralla construída por el emperador Severo.

mar. La tierra, el cielo, las condiciones, tratos y atavíos de los hombres no difieren mucho de Bretaña. Las entradas y puertos de ella son mejor conocidos por causa del comercio y mercaderes. Agrícola había recogido uno de los príncipes de aquella gente, echado de ella por una sedición doméstica, y so color de amistad, le guardaba para la ocasión. Muchas veces le oí decir que con una legión y poca gente de socorro se podía conquistar y conservar Hibernia. Y que esto aprovecharía también contra Bretaña si se viesen por todas partes las armas romanas y si la libertad se quitase como delante de los ojos.

Mas en el verano que comenzaba el sexto año de su oficio, porque habiendo una gran ciudad de la otra parte de Bodotria se temía el levantamiento de todas las gentes de allende, y que los caminos fuesen impedidos por el ejército de los enemigos, reconoció los puertos con la armada, que siendo entonces tomada por Agrícola la primera vez por parte de sus fuerzas, le seguía con grande apariencia, pues juntamente por tierra y por mar se hacía la guerra. Y muchas veces habiéndose juntado en unos mismos alojamientos la infantería y caballería y los soldados de la armada, y mezclado sus fuerzas, y la demostración de su alegría por ellas, cada uno engrandecía sus hechos y sus aventuras, y con jactancia soldadesca á veces comparaban entre sí la grandeza inmensa de los montes y selvas, y á veces las adversidades de las olas y las tempestades del mar; y de esta parte la tierra y el enemigo, y de aquélla el Océano vencido por su valor. También los bretones, según decían los prisioneros, vista la armada, quedaban atónitos y asombrados, como si, descubierto el secreto de su mar, se les cerrase á los vencidos la última acogida donde se salvarsen. Los pueblos que habitan la Celedo-

nia (1), habiéndose vuelto á las manos y á las armas, vinieron de su voluntad á combatir contra nosotros con grande aparato y mayor fama, como acontece en las cosas no sabidas ni conocidas, y acometiendo nuestros fuertes, habían puesto miedo, como suelen los que desafian y acometen primero. Y los cobardes, so color de prudentes, aconsejaban que se volviese de esta parte de la Bodotria y que era mejor retirarse que ser echados por fuerza, cuando habiendo en este medio entendido Agrícola que los enemigos habían de acometer en muchos escuadrones, porque sobrepujando en número y con el conocimiento que tenían de los lugares no los cercasen, él también marchó, dividido su ejército en tres partes.

Lo cual, sabido por el enemigo, mudando de repente consejo, acometen todos de noche á la novena legión, como la más flaca; y muertos los que estaban de guarda entre el sueño y el temor, rompieron por las trincheras. Y ya peleaban dentro del mismo real, cuando avisado Agrícola por los corredores y descubridores de la tierra del camino que llevaban los enemigos, y habiéndolos ido siguiendo por el rastro que dejaban, manda que los más ligeros de la caballería é infantería diesen por las espaldas en los que peleaban, y que luego alzasen todos vocería; y estando cerca del alba comenzaron á resplandecer las insignias del ejército. Y así los bretones fueron espantados con doble mal, y á los romanos les volvió el ánimo, y asegurados de la vida peleaban por la gloria; y aun antes ellos mismos de su voluntad salieron y arremetieron contra los bretones; y peleóse cruelmente en las mismas estrechuras de las puertas del real, hasta que echaron los enemigos, com-

---

(1) La Escocia desde los golfos del Forth y del Clyde.

pitiendo ambos ejércitos, éstos para que pareciese que les habían dado ayuda, y aquéllos para que no habían tenido necesidad de socorro. Y si los que huían no se hubieran escondido en las lagunas y bosques, con aquella victoria se acababa la guerra.

Con cuya constancia y fama, habiendo cobrado orgullo el ejército, bramaban y hacían estruendo, diciendo «que nada había que pudiese hacer resistencia á su valor, ni por donde éste no pudiese pasar; que se debía penetrar la Caledonia y hallar ya el término y fin de Bretaña con el continuo curso de sus batallas». Y aquellos que poco antes eran sabios y recatados, ya después del suceso se mostraban prestos para cualquier empresa y hablaban cosas grandes de sí y de sus obras y esperanzas. Esta es una calidad muy desigual de las guerras, que todos se atribuyen y aplican á sí la prosperidad; mas las adversidades y desgracias impútanse á uno solo.

Pero los bretones, pareciéndoles que habían sido vencidos no por valor, sino por la ocasión en que pelearon y por astucia del capitán romano, no perdieron nada de su arrogancia para dejar de armar los mozos y llevar las mujeres y los hijos á lugares seguros, y hacer confederación y liga contra nosotros de todas las ciudades con juntas y con sacrificios; y así de una y otra parte se partieron con los ánimos muy indignados. El mismo verano una compañía de usipios (1) hecha en Germania y que había sido enviada á Bretaña, se atrevió á un grande hecho y digno de memoria. Habiendo muerto al centurión y soldados que, mezclados por las escuadras para enseñarles la disciplina militar, servían de ejemplo y gobernadores, se embarcaron en tres navíos

---

(1) En el día los habitantes de la Westfalia.



libúrnicos, haciendo que los pilotos les obedeciesen por fuerza; mas huyéndoseles uno, y teniendo por sospechosos los otros dos, y habiéndoles muerto por esto, no habiéndose aún divulgado la nueva, iban pasando adelante, vistos y mirados como un milagro. Después, arrebatados del mar y viento y llevados acá y allá, y peleando con muchos de los bretones que defendían su hacienda, venciendo muchas veces y algunas hallando resistencia, y siendo echados de donde acometían, vinieron á tanto extremo de necesidad, que comenzaron á comer los más flacos de sí mismos, y después á quien cabía la suerte. Y de esta manera, habiendo rodeado á Bretaña y perdido los navíos por no saber gobernarlos, fueron tenidos por salteadores; y los prendieron, primero los suevos, y después los frisios. Y hubo algunos que siendo en los tratos y mercancía vendidos, y con la mudanza de los dueños que los compraban traídos hasta nuestra ribera, los ilustró dar nueva de un caso tan grande. Al principio del estío Agrícola fué herido de una llaga doméstica, y perdió el hijo que le había nacido el año antes. La cual desgracia sufrió, no ambiciosamente, como muchos varones fuertes (que muestran no sentirlo), ni tampoco mujerilmente llorando y con gran tristeza; y en el luto y dolor era la guerra uno de los remedios para pasarle.

Enviando, pues, delante la armada, para que robando en muchas partes causase un espanto incierto y grande, con un ejército desembarazado, en que había añadido los más valientes de los bretones y probados por una larga paz, llegó al monte Grampio (1), que ya habían ocupado los enemigos. Porque los bretones, no quebrantados de ánimo con el suceso de la batalla pasada, y

---

(1) El Grampian, que atraviesa oblicuamente la Escocia.

esperando ó venganza ó servidumbre, y en fin, enseñados con la experiencia que un común peligro se debe resistir y vencer con la concordia, habían juntado con embajadas y confederaciones las fuerzas de todas las ciudades. Ya se veían más de treinta mil hombres armados, y todavía iba acudiendo la juventud con los viejos que aun estaban recios y verdes, hombres esclarecidos en la guerra, y trayendo cada uno las insignias de honra que habían ganado, cuando uno de ellos llamado Calgaco, excelente y aventajado entre muchos capitanes por su valor y linaje, se dice que habló de esta manera á toda la multitud junta que pedía la batalla :

«Cuantas veces veo y considero las causas de la guerra y la necesidad en que nosotros estamos, tengo grande ánimo que este dia y vuestra conformidad será el principio de la libertad de toda Bretaña, porque todos estáis sin probar lo que es servidumbre, y no hay adelante más tierras, ni aun la mar nos es segura, estando sobre nosotros la armada romana. Y así la batalla y las armas que son honrosas para los valientes, las mismas también son más seguras para los muy cobardes. Las batallas pasadas, en que con varia fortuna se peleó con los romanos, tenían puesta su esperanza y socorro en nuestras manos; porque los más nobles de toda Bretaña y que por esto vivíamos en lo interior de ella y sin ver las costas de los que estaban en servidumbre, aun los ojos teníamos libres y no violados de la infición del señorío. Á nosotros, que somos los últimos de la tierra y de la libertad, el mismo apartamiento y estar escondidos de la fama nos ha defendido hasta este dia. Ahora ya el término y fin de Bretaña está descubierto y manifesto, y todo lo no conocido se tiene por muy grande. Pero ya ninguna gente hay adelante; nada hay sino olas y peñascos, y los romanos, más molestos y dañosos

que ellos; de cuya soberbia en balde pensaréis huir, ni escaparos de ella con obediencia y modestia. Estos robadores de la redondez del mundo, después que destruyéndolo todo les faltaron tierras, escudriñan también el mar; avarientos si el enemigo es rico, y ambiciosos si es pobre. Aquellos á quien no ha hartado ni el Oriente ni el Occidente, sólo ellos entre todos los hombres, con igual afecto codician las riquezas y la pobreza. Despojar, matar y robar los hombres llaman con falsos nombres imperio; y después que lo han asolado todo y despoblado, aquello llaman paz.

»La Naturaleza quiso que lo que cada uno más amase fuesen los hijos y los parientes, y éstos cuando se hace gente nos lo quitan para que sirvan en otra parte. Nuestras mujeres y hermanas, aunque se libren de los antojos sensuales de los enemigos, son violadas y deshonradas con nombre de amigos y huéspedes. Sácanos bienes y riquezas con sus tributos, y el trigo para su provisión; y nuestros mismos cuerpos y manos, sirviéndose de ellas para talar bosques y secar pantanos, nos muelen y quebrantan entre golpes y ultrajes. Los esclavos, nacidos para servidumbre, una vez se venden y sus amos los sustentan de allí adelante. Bretaña cada día compra su servidumbre, y cada día la sustenta. Mas así como en la casa donde hay esclavos se burlan y escarnecen del más nuevo aun sus compañeros, así también en esta antigua servidumbre del mundo, á nosotros por nuevos y viles nos buscan para destruirnos y asolarnos; porque ni tenemos heredades, ni minas, ni puertos que nos guarden para labrarlos; demás que el valor y braveza de los súbditos es desagradable á los que mandan, y el estar tan apartados y escondidos, cuanto más seguro tanto más sospechoso. Perdida, pues, la esperanza de perdón, en fin, tomad ánimo, así los

que amáis la vida, como los que la honran. Los brigantes (1), teniendo una mujer por capitán, pudieron quemar la colonia, ganar por fuerza los alojamientos romanos; y si la felicidad no se hubiera convertido en descuido, pudieran sacudir de sí el yugo de la servidumbre. Nosotros, enteros y no domados, y que no hemos de introducir ahora nuestra libertad, ¿no mostraremos luego en el primer encuentro qué hombres haya apartado de los demás la Caledonia?

»¿Por ventura pensáis que los romanos son tan valerosos en la guerra, como deshonestos y viciosos en la paz? Famosos y esclarecidos ellos con nuestras disensiones y discordias, convierten los vicios de los enemigos en gloria de su ejército; al cual, por haberse formado de gentes diferentísimas, así como le conservan y tienen entero las prosperidades, así también le desharán las adversidades. Salvo si á los galos y germanos y (lo que es vergüenza decirlo) á muchos de los bretones, que dan su sangre para sustentar el ajeno señorío, pero con todo eso más tiempo enemigos que esclavos, ¿pensáis que es fidelidad y afición la que los conserva y sustenta? Miedo y espanto es, flacas ataduras de amor, que después que las hayáis quitado, los que dejaren de temer, comenzarán á aborrecer. Todas cuantas cosas hay que inciten á victoria están por nosotros. Los romanos no tienen mujeres que los animen, ni padres que si hu-  
yen los hayan de reprender y afrentar, y los más ó no tienen patria ó la tienen en otra tierra. Á pocos en número, rodeados de temor y de ignorancia, mirando alrededor el cielo mismo, el mar y las selvas, y desco-

---

(1) En otras ediciones los trinobantes, que tenían por capital, según algunos, *Camulodunum*, hoy Cólchester, y según otros, *Lingard*, Londres.

nociéndolo todo, parece que los dioses nos los entregaron enterrados y maniatados en cierta manera. No os ponga miedo la vista vana y resplandor del oro y plata, que ni defiende ni hiere. En el mismo escuadrón de los enemigos hallaremos nuestras gentes. Conocerán su causa los bretones; acordaránse los galos de su pasada libertad; los demás germanos los desamparán, como poco ha los desampararon los usipios. Ni después hay que temer castillos vacíos, colonias de viejos, villas flacas y llenas de discordias entre hombres que obedecen mal, y otros que mandan injustamente. Aquí está el capitán; aquí está el ejército; allí los tributos, las minas y las demás penas de los que están en servidumbre; y en este campo está el continuarlas y prorrogarlas para siempre, ó vengarlas luego. Por eso habiendo de ir á pelear, poned el pensamiento en vuestros antepasados y en vuestros descendientes.»

Recibieron su razonamiento muy alegres y confiados, y con canto y estruendo, á la costumbre bárbara, y con gritos y vocería desacordada. Y ya se veían sus escuadrones y el resplandor de las armas, adelantándose los más osados, y junto con esto se ponían en orden las batallas, cuando Agrícola, aunque apenas podía con razones y consejos detener y refrenar sus soldados, con todo eso, pareciéndole que era bien incitarlos, habló de esta manera: «Este es el octavo año, soldados y compañeros míos, que con la virtud y buena dicha del Imperio romano y con vuestra fidelidad y obras vencisteis á Bretaña. En tantas batallas, en tantas jornadas ha sido menester á veces fortaleza contra los enemigos, á veces paciencia y trabajo casi contra la naturaleza misma de las cosas. Y ni á mí me ha pesado en tales ocasiones de teneros por soldados, ni á vosotros de tenerme por capitán. Habiendo, pues, pasado yo los términos de los

gobernadores antiguos, y vosotros de los ejércitos pasados, tenemos ya el fin de Bretaña no por fama y rumor como hasta aquí, sino con nuestro campo y nuestras armas. Hallóse Bretaña y sojuzgóse. Cierta que caminando el ejército, cuando os fatigaban los pantanos y los montes y ríos oía yo decir á los más valientes: «¿Cuándo veremos al enemigo? ¿Cuándo daremos la batalla?» Ya ellos vienen sacados por fuerza de sus escondrijos, y vuestros deseos y valor están para mostrarse; ocasión y aparejo hay para ello; y todas las cosas son fáciles para los vencedores, y las mismas contrarias para los vencidos. Porque así como haber hecho un tan largo viaje, salido y escapádose de las selvas, pasado los brazos de mar es cosa hermosa y honrosa para los que muestran la frente, así para los que huyen son peligrosísimas cuantas cosas son hoy muy prósperas y favorables. Porque nosotros no tenemos ni la misma noticia de los lugares, ni la misma abundancia de mantenimientos que los enemigos, sino las manos y las armas, y en ellas todas las cosas. Por lo que á mi toca, mucho ha que tengo resuelto que ni las espaldas del ejército ni las del capitán son seguras cuando huyen. Por eso la muerte honrosa es mejor que la vida torpe y afrentosa, y el quedar vivos y con honra está puesto en un mismo lugar. Y no habrá sido sin gloria haber sido muertos en el mismo fin de la tierra y de la naturaleza.

»Si se nos pusieran delante nuevas gentes y escuadrones no conocidos animáraos con ejemplos de otros ejércitos; mas ahora recontad vuestras hazañas y preguntad lo que hay á vuestros ojos. Estos son los que el año pasado, habiendo acometido á una legión en lo obscuro de la noche escondidámente, vencisteis con voces; éstos son los más huidores de todos los bretones, y que por eso han quedado tanto tiempo vivos. Así como en-

trando dentro de los bosques y selvas se echan fuera por fuerza todos los animales muy fuertes, y los tímidos y flojos con el mismo ruido de los que caminan, así los más animosos y valerosos de los bretones ha mucho que son muertos, y el número que ha quedado es de los cobardes y temerosos. Los cuales, porque en fin los hallasteis, no es que hayan resistido, sino haber sido alcanzados los postreros. Y con el último miedo han fijado sus cuerpos en estas pisadas, en que pudiédeses haber de ellos una hermosa y esclarecida victoria. Acabad ya hoy con vuestras empresas; añadid este gran día á cincuenta años de guerra. Mostrad á la República y dadle prueba de que nunca se ha podido imputar al ejército, ó la tardanza y dilaciones de la guerra, ó las causas de acabarla.»

Estando aún Agrícola hablando, se echaba de ver el ardor de los soldados; y tras el razonamiento se siguió una grande alegría, confianza y orgullo suyo, y luego corrieron á tomar las armas. Teniéndolos animados y ganosos de acometer, los ordenó de esta manera: que la infanteria de los confederados, que eran ocho mil, tuviesen el cuerpo de la batalla, y tres mil caballos se extendiesen en los cuernos de ella. Las legiones estuvieron delante de la estacada del real: grande honra de victoria pelear sin sangre de los romanos; y servían de socorro, si los otros fuesen echados del campo. Las haces de la batalla de los bretones para hacer apariencia, y juntamente con ésta causar más espanto, se habian puesto en los lugares más altos. De manera que el primer escuadrón estaba en lo llano; los demás, como si trabados unos de otros se fueran levantando por la cuesta arriba, los que pelean en carros y la caballeria con estruendo y carreras de una parte á otra henchian el medio del campo entre un ejército y otro. Entonces



Agricola, por ser más la gente del enemigo, recelándose que los suyos fuesen acometidos por el frente y por los costados, habiendo ensanchado las hileras, aunque su escuadrón había de ser con esto un poco más extendido y que muchos fuesen de parecer que se llamasen las legiones, inclinado más á la esperanza y constante en los peligros, dejando el caballo, se puso delante de las banderas, y al primer acometimiento de unos á otros se peleaba de lejos.

Los bretones, juntando la constancia con el arte, con sus grandes espadas y pequeños broqueles excusaban ó echaban de sí las armas arrojadizas de los nuestros; y ellos arrojaban gran multitud de tiros sobre nosotros, hasta que Agricola animó y persuadió á tres compañías de batavos y dos de tungros que viniesen con el enemigo á las espadas y á las manos: cosa en que ellos, como soldados viejos, estaban ejercitados, y en que los enemigos eran inhábiles por traer los escudos pequeños y las espadas disformes. Porque las espadas sin punta de los bretones no valían para la folla, ni sufrían la batalla en descubierto. Como los batavos, pues, comenzaron á redoblar los golpes y á herirles con el medio de los escudos, darles en los rostros, y rotos los que estaban y les habían resistido en lo llano, enderezar su escuadrón hacia los collados, las demás compañías de infantería, mezcladas con ellos, con el ímpetu y competencia mataban á todos los más cercanos, y con la prisa de la victoria se dejaban muchos medio muertos ó sin tocarlos. Entretanto huyeron las compañías de á caballo; y los que pelean en carros se mezclaron en la batalla de la infantería, y aunque al principio habían puesto temor, mas hallando muy espesos los escuadrones de los enemigos y el camino desigual, se paraban sin poder pasar adelante; y ésta no tenía figura de batalla de caballería,

porque los que estaban firmes á pie, repujaban los cuerpos de los caballos enemigos. Y muchas veces los carros sueltos y los caballos espantados y sin quien los gobernase, atropellaban á los suyos mismos que encontraban ó se atravesaban, según que á cada uno le llevaba el miedo.

Y los bretones, que no habiendo aún peleado estaban en lo alto de los collados y como holgados, y que no habían entrado en el peligro, menospreciaban el poco número de los nuestros, habían comenzado á bajar paso á paso, y rodear las espaldas de los que iban venciendo, sino que Agrícola, recelándose de lo mismo, había hecho que se les opusiesen cuatro bandas de caballería reservadas para las ocasiones que suelen ofrecerse en la guerra repentinamente; y cuanto más bravos y feroces habían corrido á la batalla, más ligeramente y más aprisa echados del campo, los derramó y puso en huida. De esta suerte el consejo de los bretones se volvió contra ellos mismos. Y las bandas de caballería, habiendo por mandado del capitán pasado adelante de la frente de los que peleaban, acometieron el escuadrón de los enemigos por las espaldas. Entonces, por ser la campaña rasa, se vió un grande y horrible espectáculo: seguir, herir, cautivar y matar estos mismos, habiéndoseles ofrecido otros delante. Y demás de esto los enemigos hacían según cada uno tenía la inclinación; muchos armados huían de pocos; otros sin armas se arrojaban adelante de su voluntad contra los nuestros, y se ofrecían á la muerte. Á cada paso había armas y cuerpos y miembros despedazados, y la tierra tinta en sangre. Y algunas veces también había en los vencidos ira y valor. Después que se acercaron á los bosques, habiéndose recogido, rodeaban á los que se habían adelantado considerablemente, y los seguían sin saber la tierra. Y si

Agrícola, que acudía á todas partes, no hubiera mandado que algunas compañías de infantería de las valerosas y desembarazadas fuesen como á descubrir, y que donde había algunos pasos estrechos pasase parte de la caballería dejando los caballos, y que los de á caballo reconociesen los bosques que tenían menos árboles, se hubiera recibido algún daño por la demasiada confianza. Mas después que volvieron á ver que los seguían muy en orden y con las hileras concertadas, volviendo á huir de nuevo, no en tropas como primero, ni mirando, ni curando uno de otro, derramados y procurando apartarse de los suyos mismos, se acogieron á lugares remotos y fuera de camino. Dió fin al alcance la noche, y el estar hartos de matar. Murieron de los enemigos hasta diez mil, y de los nuestros trescientos y cuarenta; entre los cuales fué Aulo Atico, capitán de una compañía, á quien el ardor juvenil y la ferocidad del caballo metieron entre los enemigos.

Y la noche con el gozo y saco fué alegre para los vencedores. Los bretones descarriados, y mezclado el llanto de los hombres y mujeres, retiraban los heridos, llamaban los sanos, desamparaban sus casas y por despecho ellos mismos de su voluntad las ponían fuego; buscaban escondrijos y luego los dejaban; comunicaban unos con otros algunos consejos, y después se apartaban y discurrían á solas; algunas veces desmayaban y se perdían de ánimo con la vista de sus prendas, y muchas más se encendían en ira. Y era bien cierto que muchos mataron á sus mujeres é hijos, como se apiadasen de ellos. El día siguiente se descubrió y pareció más la victoria; profundo silencio en todas partes, secreto y soledad en los collados. Humeaban de lejos las casas; á ninguno encontraban los corredores del campo. Y habiéndolos enviado por todas partes, como se supo ser inciertas las

pisadas de los que huían, y que en ninguna parte se rehacian ni juntaban los enemigos, y no pudiendo derramar la guerra por la tierra por ser ya pasado el estío, llevó el ejército á los confines de los horestos (1). Y habiendo allí tomado rehenes, mandó al capitán de la armada que rodease á Bretaña. Diéronsele fuerzas para esto, y el espanto había ido delante. Y él llevó á invernar la infantería y caballería, marchando muy despacio, para que los ánimos de aquellas nuevas gentes se espantasen de verlos tardar tanto en pasar. Y también la armada con tiempo y fama favorable invernó en el puerto Trutulense (2), donde había vuelto, habiendo costeadado todo el lado de Bretaña.

Aunque en las cartas de Agrícola se refirió el suceso de estas cosas sin engrandecerle con ninguna jactancia de palabras, Domiciano le recibió, según su costumbre, con cara alegre, pero congojado en su ánimo. Remordiale la conciencia que poco antes se habían reído y escarnecido del falso triunfo de Germania, habiéndose comprado por vía de mercaderes algunos hombres cuyo hábito y cabellos se aderezasen á modo de cautivos; mas ahora una grande y verdadera victoria, en que fueron muertos tantos millares de hombres, se celebraba con grandísima fama. Esto sobre todo era espantoso para él: que el nombre de hombre particular se ensalzase más que el del príncipe; que en vano se había pasado en silencio el favor que dan los negocios de justicia y la honra de las artes políticas, si ocupaba más altamente la reputación y gloria militar, y que todas las demás cosas se disimulaban más fácilmente, pero que el ser

---

(1) Mannart los coloca entre el golfo del Fort y el de Tay. Drotier, por el contrario, cree que habitaban en el condado de Angus, más allá del segundo de dichos golfos.

(2) En la actualidad Trentull.

buen capitán era virtud propiamente imperial. Fatigado con tales cuidados y, lo que era indicio de cruel pensamiento, hartándose con su secreto, le pareció por el presente ser lo mejor disimular el odio, hasta que el impetu de la fama se enflaqueciese y el favor del ejército se entibiase; porque entonces gobernaba aún Agrícola á Bretaña.

Mandó, pues, que el Senado le concediese con palabras muy honrosas los ornamentos triunfales, y la honra de ilustre estatua, y todo lo que se da por el triunfo. Y demás de esto quiso que se entendiese que el gobierno de la provincia de Siria, que entonces había vacado por muerte de Atilio Rufo, varón consular, y se conservaba para los más principales, se había de dar á Agrícola. Muchos creyeron que un liberto de los más privados y que se ocupaba en los ministerios más secretos del príncipe, que envió á Agrícola, llevó el billete en que le daba el gobierno de Siria, con orden de que si estuviese en Bretaña se le diese; y que el liberto, habiendo encontrado á Agrícola en el mismo estrecho del Océano, aun sin hablarle siquiera, se volvió para Domiciano; ora sea esto verdad, ora fingido y compuesto, según el natural del príncipe. Entretanto Agrícola había entregado al sucesor (1) la provincia sosegada y segura. Y por que su entrada en Roma no fuese notable con la solemnidad de ella y con la frecuencia de los que saliesen á recibirle, excusando los cumplimientos de sus amigos, entró de noche en la ciudad, y de noche fué á palacio, como se le había mandado. Y recibido el príncipe con un beso (2), por lo cual pasó brevemente y sin decirle pala-

---

(1) Éste fué Salustio Luculo, cuyo mérito no pudo ocultarse á la funesta envidia de Domiciano.

(2) Costumbre de los emperadores romanos recibir á los grandes con un beso en el carrillo. — (*Nota del T. E.*)

bra, se mezcló entre la multitud de los que servían. Mas para templar con otras virtudes el nombre y fama militar, pesada de llevar entre los ociosos, se dió totalmente al reposo y ociosidad. Su vestido y trato era moderado, su hablar fácil y apacible, acompañado solamente de uno ó dos amigos; tanto, que muchos que tienen por costumbre estimar y juzgar los grandes varones por su ambición, viendo y mirando á Agrícola, preguntaban por qué tenía tanta fama. Y pocos declaran la razón.

En aquellos días muchas veces fué Agrícola acusado en ausencia ante Domiciano, y en ausencia fué absuelto. La causa de este peligro no era delito alguno que tuviese, ni querella de alguno á quien hubiese ofendido, sino el príncipe, enemigo de las virtudes y la gloria y fama de tal varón, y el peor género de enemigos, que eran los que le alababan. Y siguiéronse tales tiempos para la República, que no permitieron que Agrícola pasase en silencio: tantos ejércitos perdidos en Mesia, Dacia, Germania y Panonia, ó por la temeridad, ó por la cobardía y flojedad de los capitanes; tantos hombres de guerra con tantas compañías combatidos y tomados por fuerza. Ni la contienda y duda era ya sobre el término del imperio y las riberas de los ríos, sino sobre los lugares donde invernaban las legiones, y la posesión de ellos. Y así, continuándose los daños unos tras otros y siendo cada año notable y señalado con muertes, estragos y mortandades en él, el vulgo pedía por capitán á Agrícola; comparando todos su esfuerzo, constancia y ánimo experimentado en guerras, con el descuido, flojedad y cobardía de aquéllos. Las cuales pláticas bien claro es que también herían las orejas de Domiciano, mientras que los de sus libertos, que eran hombres de bien, con amor y lealtad, y los que malos por malignidad y envidia incitaban al príncipe, inclinado á las peores re-

soluciones. De esta suerte Agrícola, así por sus virtudes como por los vicios de los otros, era llevado de golpe á la misma grandeza de la fama y á despeñarse por ella.

Ya había llegado el año en que Agrícola entrase en suertes del proconsulado de Asia ó África, y habiendo poco antes sido muerto Cívica (1), ni le faltaba consejo á Agrícola, ni ejemplo á Domiciano. Algunos que sabían los pensamientos del príncipe, llegaron entonces, y de suyo preguntaban á Agrícola quién había de ir á aquel cargo. Y al principio más encubiertamente alababan el sosiego y ociosidad; poco después se ofrecían á favorecerle, para que se aceptase y aprobase su excusa; y al fin, no ya ocultamente ni con encubiertas, sino persuadiéndole juntamente y espantándole, le llevaron delante de Domiciano. El cual, apercebido para fingir y el semblante compuesto para mostrar arrogancia, oyó los ruegos de Agrícola, que se excusaba de la aceptación del cargo; y habiendo otorgado con su demanda con la cabeza, sufrió que le diese gracias por ello, y no se avergonzó con el aborrecimiento y cargo que le resultaba del beneficio. Mas el salario que se solía dar á un proconsular, y que él mismo había dado á algunos, no le dió á Agrícola, ó por estar ofendido de que no se le hubiese pedido, ó por remordimiento de la conciencia, que no pareciese que compraba lo que había prohibido. Es propio de la condición humana aborrecer á quien has hecho daño; y Domiciano de su natural era fácil y arrojado en airarse; y cuanto más lo encubría, tanto peor era de desenojarse; mas con todo eso se templaba con la

---

(1) Cívica Cerialis, procónsul de Asia, fué muerto por orden de Domiciano, so pretexto de que maquinaba novedades contra el Estado.



moderación y prudencia de Agrícola; porque ni con rebeldía ni obstinación, ni con vana jactancia de libertad incitaba y provocaba la fama y hado contra sí. Sepan los que tienen por costumbre admirarse de las cosas no permitidas, que también en siglo de malos principes puede haber grandes hombres, y que la obediencia y modestia, si hay con ellas industria y esfuerzo, llegan al mismo grado de alabanza á que muchos subieron por despeñaderos, y que sin servir después de nada, su ambiciosa muerte los hizo esclarecidos y famosos.

El fin de su vida fué lamentable para nosotros, triste para los amigos, y no sin cuidado y congoja para los extraños y no conocidos. El vulgo también y el pueblo, que entiende y se ocupa aquí en otras cosas, vinieron muchas veces á casa, y en las plazas y corrillos hablaron de ello; ni hubo persona que, oída la muerte de Agrícola, se alegrase ó se olvidase luego de ella. Causaba mucha mayor lástima la voz, y con mucha afirmación, que corrió en el pueblo de haberle muerto con veneno. Lo que yo osaré afirmar es que nunca supimos cosa cierta; mas en toda su enfermedad fué visitado más á menudo con recaudos de lo que el principe acostumbraba; y los principales de sus libertos, y los médicos de la cámara vinieron á visitarle, ora fuese cuidado de su salud, ora por entender y saber lo que pasaba. Sabíase que el postrer día de momento á momento le avisaban por la posta cómo se iba acabando, no creyendo nadie que se diera tanta prisa en saber lo que le pesara de oír. Con todo esto, en el ánimo y rostro mostró apariencias de dolor, seguro ya de su aborrecimiento y como quien disimulaba más fácilmente el gozo que el miedo. Muy bien se sabía que leído el testamento de Agrícola, en que juntamente con su mujer, que era muy buena, y su hija, que era muy pia, dejó también por heredero á Do-

miciano, se alegró, como honra que le había dado y juicio que había hecho de él; tan ciego y estragado tenía el conocimiento con adulaciones continuas, que no sabía que un buen padre no deja por heredero sino al mal príncipe.

Había nacido Agrícola siendo Cayo César la tercera vez cónsul, á los 13 de junio; murió, siendo de cincuenta y seis años, á 23 de agosto, siendo cónsules Collega y Prisco. Y si los que vendrán desearan saber su estatura y talle, fué más de cuerpo conveniente que muy alto. Ninguna señal de miedo se le conocía en el semblante. Fácilmente creyérades que era hombre de bien, y de buena gana que era gran personaje. Y él verdaderamente, aunque fué arrebatado de la vida en el medio de la edad entera, en cuanto á la gloria y fama vivió un larguísimo siglo. Porque él había llegado á la cumbre de los verdaderos bienes, que consisten en las virtudes; y habiendo alcanzado los ornamentos consulares y triunfales, ¿qué más le podía añadir á esto la fortuna? No se holgaba con demasiadas riquezas, y las que tenía eran vistosas. Habiendo dejado vivas su hija y mujer, aun puede parecer bienaventurado en haberse escapado de los casos venideros, quedando su honra no tocada, su fama en flor y sus parientes y amigos salvos. Porque así como hablando conmigo adivinaba y deseaba quedar en la luz de este siglo dichosísimo y ver príncipe á Trajano, así también llevó gran consuelo de su apresurada muerte en librarse de aquel postrer tiempo, cuando Domiciano, ya no por intervalos y dejando á tiempos respirar los hombres, sino continuamente y como de un golpe, agotó la República.

No vió Agrícola sitiado el Consejo, y el Senado rodeado de armas, y con un mismo estrago tantas muertes de varones consulares, tantos destierros y huidas de

mujeres nobilísimas (1). Aun entonces se contaba Caro Metio (2) por una victoria; y el parecer de Mesalino hacia estruendo en el alcázar de Alba (3), y Masa Babilio (4) ya entonces era reo. Poco después nuestras manos llevaron á Helvidio á la cárcel. Nosotros vimos condenar á Mauricio y Rustico (5). Seneción nos roció con su inocente sangre. Nerón aun volvió á otra parte los ojos, y mandó hacer las maldades, pero no las miró. La principal parte de las miserias en tiempo de Domiciano era el ver y ser mirado; cuando se relataban nuestros suspiros (6) y se firmaban por él las condenaciones por ellos; cuando para notar la amarillez de tantos hombres bastaba aquel cruel semblante y la color encendida, con que se amparaba contra la vergüenza. Pero tú, Agricola, fuiste dichoso, no sólo en la fama de tu vida, sino también en la oportunidad de tu muerte. Según cuentan los que se hallaron presentes á tus últimas palabras, constantemente y de buena gana re-

(1) Gratila, Fannia y otras mujeres ilustres que nombra Plinio, lib. II, ep. 11.

(2) Sería más claro este pasaje diciendo «que aun entonces no contaba Caro Metio más que una victoria», esto es, una víctima. Caro Metio fué uno de los más famosos delatores del tiempo de Domiciano.

(3) Casa de recreo situada al pie del monte Albano, donde se reunía Domiciano con los instrumentos de su tiranía.

(4) Hallábase de gobernador en África cuando subió al trono Vespasiano, señalándose desde entonces como uno de los hombres más perniciosos de su tiempo. Más adelante fué perseguido por sus cohechos en la Bética.

(5) Personajes esclarecidos condenados y muertos por Domiciano con color de justicia y á nombre y por voto del Senado. Mauricio fué desterrado, y Helvidio, Rustico y Seneción muertos. Plinio alaba á Mauricio por su gravedad y prudencia.

(6) Tácito refiere en sus *Anales* que habia hombres apostados para tomar nota de las menores emociones, de las más insignificantes señales de interés que podían escaparse á los espectadores.

cibiste el hado, como si por lo que á ti tocaba hicieras presente de inocencia al príncipe. Mas á mí y á tu hija, demás del dolor de haber perdido nuestro padre, nos añade tristeza que ni pudimos hallarnos á tu enfermedad, ni regalarte cuando te ibas acabando, ni hartarnos de verte y de abrazarte. Yo cierto hubiera recibido tus mandamientos y palabras, que imprimiéramos bien en el corazón. Este es nuestro dolor, esta es nuestra congoja. Tanto tiempo estuvimos ausentes de ti, que ya cuatro años antes te habíamos perdido. Cuanto fué posible se hizo sin duda en honra tuya, pues estuvo cabe ti la mejor de las madres, tu muy amada mujer. Pero sepultáronte con menos lágrimas, y en la postrera luz desearon algo tus ojos (1).

Si hay algún lugar para las almas de los hombres píos; si, como quieren los sabios, no mueren con el cuerpo las ánimas grandes, reposa en paz, y á nosotros, que somos tu casa, levántanos del deseo enfermo y llanto mujeril á la contemplación de tus virtudes, que ni es lícito llorarse ni plañirse, para que con admiración y loores inmortales te honremos, y si la naturaleza nos diere fuerza para ello, te imitemos. Esta es la verdadera honra que podemos hacerte y la piedad que cualquiera más cercano pariente puede mostrar contigo. Esto también enseñaré á tu hija y á tu mujer, que de tal manera reverencien la memoria de su padre y

---

(1) Es evidente que Tácito alude aquí á su ausencia y á la de su mujer. Este pasaje es una imitación de Cicerón, quien dice hablando de Craso (*De oratore*, lib. III): «Fuit hoc luctuosum suis, acerbum patriæ, grave bonis omnibus: sed ii tamen rempublicam casus secuti sunt, ut mihi non erepta L. Crasso a diis immortalibus vita, sed donata mors esse videatur. Non vidit flagrantem bello Italiam, non ardentem invidia senatum, non sceleris nefarii principes civitatis reos, non luctum filia, non exilium generi», etc.

de su marido, que vuelvan y revuelvan en la memoria todos sus hechos y dichos, y que abracen la fama y figura de su ánimo antes que la de su cuerpo. No porque yo piense contradecir los retratos que se hacen de mármol y bronce, sino porque como los rostros de los hombres, así las figuras que formamos de sus rostros son flacas, mortales y perecederas, la forma del entendimiento es la eterna, la cual podéis conservar y representar y mostrar, no con ajena materia y arte, sino con vuestras propias virtudes. Cuanto amamos de Agrícola, cuanto admiramos de él, queda y quedará en el ánimo de los hombres y en la eternidad de los tiempos con la fama que hay de las cosas. Porque á muchos de los antiguos, como hombres sin gloria y sin nobleza, el olvido los sepultará. Agrícola, cuyos hechos se contarán y pasarán á los venideros por mi medio, quedará perpetuamente vivo.

FIN DE LA VIDA DE JULIO AGRÍCOLA



DIÁLOGO DE LOS ORADORES



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

---

## DIÁLOGO DE LOS ORADORES

---

Mucho tiempo ha que deseas saber de mí, ¡oh Justo Fabio! (1), por qué causa, habiendo florecido en los pasados tiempos en ingenio y fama tantos excelentes oradores, ahora el nuestro, falto de ellos y sin aplauso, apenas conserva el uso del mismo nombre de oradores, pues así llamamos únicamente á los antiguos; pero á los elocuentes de estos días, causidicos, abogados, patronos y cualquiera otra cosa menos oradores. Á esta tu pregunta no me atreviera ya en verdad á responder y tomar sobre mis hombros el peso de tan grande cuestión en tales términos que haya de juzgarse mal de nuestros ingenios, si á esto no llegan mis alcances, ó de mi modo de pensar, si no quiero decir mi parecer, en el caso de que solamente yo hubiera de proferir el mío, pudiendo salir de la dificultad repitiendo cierta conversación de hombres muy discretos, según las circunstancias de ahora, que siendo yo muy joven les oí, en que estaban tratando esta misma cuestión. Así que el trabajo no está en el ingenio, sino en la memoria con que poder acordarme de todas aquellas cosas que de

---

(1) Amigo de Plinio, á quien dirigió éste dos cartas y nombró en otra.

boca de estos claros varones escuché, discurridas con sutileza y dichas con gravedad, y declarar con la misma elegancia, con las mismas razones y el mismo orden las diversas causas que cada uno exponía bastante razonables, manifestando su interior modo de pensar y discurrir, pues no faltó quien tomando el partido contrario, después de haber censurado y despreciado mucho á los antiguos, antepusiera la elocuencia de nuestros tiempos á la de aquéllos.

Porque al día siguiente en que Curiacio Materno (1) había recitado su tragedia de *Cátón*, teniéndose noticia de que había ofendido los ánimos de los poderosos, como que, olvidándose él de sí, sólo había pensado como *Cátón* en el argumento de aquella tragedia, y esparciéndose sobre esto un grande murmurio en la ciudad, vinieron á su casa M. Apro y Julio Secundo (2), ingenios entonces los más excelentes de nuestro foro, á los cuales no sólo oía yo con grande afición en los Tribunales, sino que frecuentaba su casa y los acompañaba en público con un vehemente deseo de aprender y cierta viveza juvenil; de suerte que escuchaba con ansia de sus reservadas pláticas; y si bien muchos opinaban poco favorablemente, diciendo que Secundo no era expedito en el decir y que Apro había conseguido la fama de elocuente más por genio y natural que por instrucción y literatura, no tenía razón, porque ni carecía Secundo de un lenguaje puro, limado y bastante fluido, ni Apro dejaba de estar instruido en las comunes artes; pero más era en él desprecio que hacía de las letras que la

---

(1) Pagó con su vida, en tiempo de Domiciano, el haber hecho hablar con demasiada libertad los personajes de sus tragedias.

(2) Nada sabemos del primero. Quintiliano alaba al segundo como uno de los mejores ingenios de su tiempo.

falta de instrucción en ellas, aparentando conseguir mayor gloria de su aplicación y trabajo si daba á entender que su talento no había habido menester de que otras artes le prestasen sus auxilios.

Luego, pues, que entramos en el aposento de Materno, le hallamos sentado con aquel libro en las manos que el día antes había recitado. Entonces Secundo le dijo: «¿Nada, Materno, te asustan las hablillas de los malévolos, ni te impiden que te embeleses con las picanterías expresiones de tu *Catón*? ¿Por ventura has vuelto á tomar en las manos este libro para reconocerle con más cuidado, y después de corregidas algunas cosas que hayan dado ocasión de una interpretación maligna, publiques á *Catón*, si no mejor, al menos más confiado?» Entonces Materno: «Lo leerás—dijo—si tú quisieres, y examinarás aquellas cosas que has oído; y si algo dejé de decir *Catón*, lo dirá en la siguiente recitación *Thyestes*, pues ya he ordenado esta tragedia, y dentro de mí mismo la tengo ya formada, y por eso me doy prisa á dar esotra cuanto antes al público, para que, dejando á un lado este cuidado, pueda dedicarme enteramente á este nuevo trabajo». «¿No te fastidian tanto—dijo Apro—esas tragedias que, olvidando la afición á las oraciones y causas, consumas todo el tiempo, antes en la *Medea* y ahora en *Thyestes*, puesto que están llamándote al foro las causas de tantos amigos, el patrocinio de tantas colonias y municipios á quienes apenas podrías dar abasto, aunque no te cargaras de nueva ocupación con tus tragedias de *Domicio* y *Catón*; quiero decir, que agregaras á las tragedias griegas las historias y personajes romanos?»

Entonces Materno: «Me cogiera de susto tu severidad si no se hubiera hecho ya casi costumbre entre nosotros esta repetida y continuada contienda, porque ni tú dejas

de acusar é ir contra los poetas, y yo, á quien echas en cara la desidia en las defensas, ejercito este patrocinio de defender contra ti el arte de la poesía. Y ahora me alegro más por habérsenos presentado un juez que, ó me mande no hacer ya más versos, ó lo que tiempo ha estoy deseando, me precise también con su autoridad á que saliendo de las estrecheces de las cosas forenses en que sobradamente he sudado, me dedique á cultivar esta más sagrada y más augusta elocuencia.»

«Yo á la verdad — dijo Secundo —, antes que Apro me recuse por juez, haré lo que suelen los buenos y modestos jueces, que es excusarse de conocer en aquellas causas en que se echa de ver que una de las partes tiene ganada la inclinación de ellos. Porque ¿quién ignora que ninguno tiene más estrechez conmigo, ya por la amistad, ya por trato de compañeros, que Saleyo Baso (1), varón no menos bueno que consumado poeta? Y por cierto, si el arte de la poesía se acusa, ningún otro reo hallo más comprobado.» «Bien libre está — dijo Apro —, tanto Saleyo Baso como otro cualquiera que fomenta el estudio de la poética y la gloria de los poemas si no se dedica á defender causas. Mas yo, puesto que he encontrado un árbitro de esta demanda, no permitiré que sea defendido Materno con acompañamiento de muchos, sino que yo á él mismo ante vos le acusaré de que habiendo nacido para la elocuencia varonil y oratoria, con que poder al mismo tiempo adquirir y defender amistades, ganar naciones y proteger provincias, abandone un estudio en cuya comparación no puede pensarse otro en nuestra ciudad ni más copioso para la utilidad, ni más decoroso para el honor, ni más lucido

---

(1) Quintiliano elogia su fogosa y poética fantasía, que no lograron apagar ni los hielos de la vejez.

para la fama de la ciudad, ni más ilustre para la celebridad de todo el Imperio y de todas las naciones. Porque, si han de dirigirse á la utilidad de la vida todas nuestras miras y acciones, ¿qué cosa hay más aperecibida que ejercitar aquella arte con que siempre armado puedes libremente servir de defensa á los amigos, de auxilio á los extraños, de salud á los que peligran, y al contrario, poner miedo y espanto á los envidiosos y enemigos, y tú mismo estar seguro y como fortalecido con un como perpetuo poder é imperio, cuya fuerza y utilidad bien se deja ver en la defensa y patrocinio de otros, cuando las cosas suceden prósperamente; pero si llega á sentirse el ruido del peligro propio, no en verdad la loriga y la espada es en la batalla parapeto tan fuerte como la elocuencia en favor de un reo que pelagra, pues es al mismo tiempo arma defensiva y ofensiva, con que igualmente puedes defender y acometer, ya en el Tribunal, ya en el Senado, ya en presencia del príncipe. ¿Qué otra cosa más que su elocuencia, hallando contrarios á los senadores, opuso poco ha Eprio Marcelo (1), quien, arrestado y sobre sí, dejó burlada la sabiduría de Helvidio, elocuente á la verdad, pero poco experto y aun tierno en semejantes contiendas? No hablaré más acerca de la utilidad, á cuya parte creo no se oponga en nada mi amigo Materno.

»Paso á explicar el gusto que trae consigo la elocuente oratoria, cuyo deleite no se goza por un solo instante, sino casi todos los días y casi á cada hora. ¿Qué cosa más dulce para un ánimo doble y bien educado, criado, digámoslo así, para los más puros deleites, que ver llena

---

(1) Véase este hecho en el mismo Tácito, *Hist.*, IV, 6 y 43. Siendo amigo de Vespasiano, conspiró contra él con Cecina. Sorprendido y condenado á muerte, se degolló con una navaja.

y concurrida siempre su casa de los hombres más distinguidos, y saber que esto le viene, no por causa de riqueza ú orfandad, ni por la administración civil de algún empleo, sino por sí mismo? Antes bien, concurren los hijos huérfanos y poderosos á ver á un joven y pobre, para que tome á su cargo los riesgos de sus amigos ó los suyos. ¿Hay acaso algún deleite tan grande de las más copiosas riquezas y el más encumbrado poder que mirar á todos, ya ancianos y de mayor edad, ya confiados en la gracia de toda la ciudad, confesando que en medio de la abundancia de todas las cosas no tienen en sí un bien que es el mejor y más principal? Además, ¡qué acompañamientos y despedidas de togados!; ¡qué aspecto en público!; ¡qué acatamiento en los Tribunales!; ¡qué gusto al levantarse á orar y estar en pie, viéndose rodeado de silencio, y que en él sólo fijan todos su vista; apiñarse el pueblo, rodear el circo (1) y mover al oyente á cualquier afecto de que el orador se revistiere! Mas lo que hasta aquí refiero son los placeres más conocidos, y que están á la vista aun de los de pocos alcances; mayores son otros más cultos y que solamente los conocen los mismos oradores, porque ora traiga una oración bien limada y pensada, siempre percibe un como contrapeso y balanza constante, así del deleite como del mismo decir; ora traiga nuevo y reciente trabajo no sin algún sobresalto del ánimo, este mismo afán recomienda el suceso y lisonjea el gusto. Pero cuando se arresta á hablar de repente, esta misma temeridad produce mayor placer. Porque sucede con las obras de ingenio lo mismo que en el campo; y es, que aunque se siembre

---

(1) El original dice *circumfundí coronam*, rodearle, apiñarse en torno de él, formar corro, etc.



otras cosas muchas veces y se cultiven por mucho tiempo, son más gratas las que da de sí el suelo.

»Y en verdad, si he de hablar de mí mismo, aquel día en que se me presentó la vestidura de senador, ó en que, siendo yo hombre nuevo y nacido en una ciudad de ningún valor, recibí la cuestura, ó el tribunado, ó la pretura, no fué para mí más alegre que todos los demás, en que, tal cual es la mediana facultad mía de orar, me toca defender con buen suceso á un reo, ó tener algún pleito feliz ante los centumviro, ó sacar á paz y á salvo ante el príncipe á sus mismos libertos y procuradores. Entonces me parece á mí subir sobre los tribunados, las preturas y consulados, y aun tener lo que no se adquiere en otra parte sino en sí mismo, ni se hereda por codicilos, ni viene por el favor. ¿Qué comparación tiene la fama ó nombre de cualquier arte con la gloria de los oradores, que no solamente son ilustres en la ciudad entre los que tienen negocios y cuidados, sino también entre los mozos y jóvenes que desde luego tienen buen natural y dan de sí buenas esperanzas? ¿Cuáles nombres ponen antes los padres á sus hijos? ¿Á quién primero y más frecuentemente nombra por su nombre el imperito vulgo y la plebe, y los señala con el dedo? También los forasteros y viajantes, después de haber oído antes hablar de ellos en los municipios y colonias, apenas se aparearon en la ciudad, preguntan por ellos, los buscan y quieren verles la cara.

»Me atrevería á apostar que este Marcelo Eprio, de quien hablé poco ha, y que Crispo Vivio (1) (porque con más gusto me valgo de ejemplos posteriores y recientes que de los remotos y olvidados) no son menos conoci-

---

(1) V. *Hist.*, II, 10. Quintiliano le alaba por su elocuencia agradable. Díón le pone entre los compañeros de orgía de Vitelio.

dos en los extremos términos de la tierra, que en Ver-  
celi ó en Capua, de donde se dicen naturales. Ni á esto  
contribuye el que el uno ó el otro tenga tres mil sester-  
cios de renta (1), aunque á esta tan gran riqueza pueda  
pensarse que han llegado por la utilidad que les viene  
de la oratoria, sino la misma elocuencia, cuya divina  
alteza y celeste poder produjo á la verdad muchos ejem-  
plares en todos los siglos, manifestando á qué grado tan  
alto de fortuna hayan llegado los hombres con la fuerza  
de su ingenio. Pero, como he dicho arriba, estos ejem-  
plares son más cercanos á nosotros, y tales que no nece-  
sitamos saberlo de oídas, sino que los tenemos ante los  
ojos. Porque cuanto más bajo y menos conocido naci-  
miento han tenido, y cuanto más notable ha sido la  
pobreza y escasez de bienes que los rodeó al nacer, tanto  
más ilustres y esclarecidos ejemplares son para demos-  
trar la utilidad de la oratoria; pues sin el brillo del na-  
cimiento y sin patrimonio, ninguno de ellos educado con  
cuidado, y el uno de figura poco recomendable, han  
llegado á ser por espacio de muchos años los más pode-  
rosos en la ciudad, y mientras quisieron los principales  
en los Tribunales; y ahora los primeros en la amistad  
del César, casi todo lo gobiernan y son mirados por el  
mismo príncipe con grande acatamiento. Porque Ves-  
pasiano, anciano venerable y varón prudentísimo, bien  
conoce que los demás amigos suyos están apoyados sobre  
aquello que de él recibieron y en lo que está en su mano  
de aumentarles y enriquecerlos; pero Marcelo y Crispo  
trajeron consigo á la amistad del príncipe lo que no  
recibieron ni puede recibirse del príncipe. El menor  
lugar ocupan entre tantas y tan grandes utilidades los  
blasones, timbres y estatuas, lo cual, sin embargo, no

---

(1) El original dice *ter milies sestertium*, tres millones.

es de despreciar, ni menos las riquezas y el valimiento; todo lo cual más fácilmente hallarás quien lo vitupere que quien lo deseche. Vemos, por cierto, llenas de estos honores y ornamentos y facultades las casas de aquellos que se dedicaron desde su mocedad á las causas forenses y al estudio de la oratoria.

»Pero los poemas y versos, en los cuales desea Materno gastar toda su vida (pues desde aquí tomó principio su discurso), ni acarrean dignidad alguna á sus autores, ni fomentan sus utilidades, y á lo más consiguen un breve deleite y un aplauso hueco y sin fruto. Y si no, dime, Materno, aunque no sea gustoso á tus oídos esto mismo que digo y adelante diré, ¿de qué sirve el que para contigo hable con elegancia Agamemnon ó Jasón? ¿Quién, por eso, ha vuelto á su casa defendido por ti y agradecido á tu defensa? ¿Quién es el que ahora ó saluda ó acompaña á Saleyo, excelente poeta entre nosotros, ó si se le quiere dar un título más honorífico, excelente adivino? (1). Mas si un amigo suyo, si un pariente, si él mismo, en fin, se hallase en algún negocio apurado, acudiría á este Secundo ó á ti, Materno, no porque eres poeta, ni para que hagas versos en su favor, porque éstos le nacen á Baso en su casa, y muy bellos y agradables; pero cuyo suceso es que después de haber gastado un año entero y empleado todo el día y la mayor parte de la noche el tiempo en forjar un libro, disponerle á la luz pública, tiene que rogar de propio intento y halagar á algunos (2) para que se dignen escucharlo; y esto no de balde, porque tiene que buscar casa

---

(1) Tácito dice *præclarissimum vatem*, cuya palabra debe tomarse en el significado de poeta.

(2) Sobre la costumbre y la influencia funesta de las lecturas públicas, véase Nisard, *Estudios de costumbres y de crítica acerca de los poetas latinos de la decadencia*, art. *Stacio*.

prestada, levantar en ella circo para auditorio, alquilar asientos y repartir esquelas; y aunque el éxito de sus recitaciones sea el más feliz, todo aquel aplauso no dura tres días, como sucede en una planta ó flor cortada que no llega á cierto y sazonado fruto. Ni de allí saca amistad alguna ó clientela, ni lleva á su casa el gusto de haber hecho un beneficio duradero en la memoria de alguno, sino voces vagas y huecas y un gozo pasajero. Ha poco que alabamos la libertad de Vespasiano como asombrosa y eminente por haber dado á Baso quinientos sestercios (1), cosa grande á la verdad haber merecido con su ingenio el agrado del príncipe; pero ¿cuánto mejor sería, si así lo permitiesen los propios haberes, venerarse á sí mismo, obsequiar su ingenio y probar su propia liberalidad? Añádase á esto que los poetas, si han de trabajar y hacer algo digno de ellos, tienen que huir del trato de los amigos, privarse de las diversiones de la ciudad y abandonar las demás ocupaciones, y como ellos dicen, retirarse á los bosques y selvas, esto es, á los desiertos.

»Pero ni aun la fama y buena opinión, á la cual únicamente se dedican, afirmando ser el único premio de todo su trabajo, es igual entre poetas y oradores, porque hasta ahora ninguno conoció poetas medianos, y buenos pocos. ¿Cuándo llega á extenderse por toda la ciudad la fama de unas medianas recitaciones, para que digamos que pueda ser conocida en tantas provincias? ¿Quién hay que, ó bien venga de España, ó bien de la Asia, dejando en silencio á nuestros galos, y llegando á

---

(1) No habría para qué calificar de asombrosa y eminente la liberalidad de Vespasiano si sólo hubiera dado á Baso esa mezquina suma, que equivale á unos quinientos reales de nuestra moneda. En las versiones francesas se traduce el *quingenta* por 500.000 sestercios.

la ciudad, pregunte por Saleyo Baso? Y si acaso quiere verle, visto una vez pasa adelante, y con esto se contenta, como si hubiera visto alguna figura ó estatua. Ni quiero que estas mis razones se tomen en tal sentido que se entienda que yo quiero espantar de hacer versos á aquellos á quienes la Naturaleza les negó el talento oratorio, si es que con este estudio pueden pasar con gusto el tiempo ocioso y conseguir algún nombre y fama; porque yo tengo por cosa sagrada y venerable á toda la elocuencia y á todas sus partes; y no solamente creo que deben anteponerse á los estudios de las demás artes ó vuestro coturno ó la armonía del poema heroico, sino también la gracia de los versos líricos, los amores de los elegíacos, la acritud de los yambos, las agudezas de los epigramas y cualquiera otra especie que tenga la elocuencia. Sólo las he contigo, Materno, porque dirigiéndote tu naturaleza al alcázar de la elocuencia, quieres más desviarte del camino, y habiendo alcanzado lo más arduo te quedas en lo menos importante. Como si hubieras nacido en la Grecia, en donde es loable ejercitarse en las artes de la palestra, y los dioses te hubieran concedido las fuerzas y vigor de Nicostrato (1), no permitiría yo que aquellos membrudos brazos, hechos á propósito para la lucha, se aflojasen con el tiro ligero del dardo ó del disco. Así, yo, desde los auditorios y teatro, te llamo al foro y á las causas, esto es, á las verdaderas luchas; principalmente cuando no puedes acogerte al efugio que favorece á otros, de que está menos expuesto á ofender el estudio de los poetas que el de los oradores, porque hierve en ti el vigor de tu bella naturaleza, y ofendes, no por causa de algún

---

(1) Famoso atleta del primer siglo de nuestra Era, de que habla Quintiliano, II, VIII.

amigo, sino por tu *Catón*; ni esta ofensa puede paliarse ó con el cumplimiento de la amistad ó de la abogacia, ó con haberte puesto á orar con ímpetu de repente en un caso fortuito, pues no puede menos de parecer que has elegido bien de pensado un personaje notable y que hable con el carácter correspondiente á su fama. Bien sé lo que á esto puede responderse; que por esta parte se adquieren aprobaciones, y por la otra en los mismos auditorios se alaban estas cosas y se anda luego en bocas de todos. Deja, pues, á un lado la excusa de la quietud y descuido cuando te tomes un contrario superior; bástanos á nosotros conservar las controversias particulares y de nuestro siglo, en cuya imitación, si alguna vez fuese preciso ofender los oídos de los poderosos por causa de algún amigo que peligra, quedará aprobada la fidelidad del oficio y excusada la libertad.»

Habiendo dicho esto Apro con bastante acritud, como acostumbraba, y con voz fuerte, empezó Materno con voz suave y risueña. «Heme prevenido—dijo—no menos tiempo á acusar á los oradores que Apro ha gastado en alabarlos; pues juzgaba que de la laudatoria de ellos hiciese digresión para acusar á los poetas y echar por tierra el estudio de la poesía; subsanó esto con cierta industria, permitiendo que hiciesen versos aquellos que no estuviesen en disposición de ejercitar el foro. Mas yo, así como en el ejercicio de las causas puedo hacer algo, y acaso sobresalir, así también he empezado felizmente á conseguir en la recitación de tragedias alguna fama, principalmente desde que en el *Nerón* quebranté la maligna potencia de Vatinio (1), que profanaba además el sagrado de los estudios, y hoy creo, si es que

---

(1) Traducción literal del texto tal cual se hallaba en la edición española.

tengo alguna celebridad y nombre, haberlo granjeado más por la gloria de los poemas que por la de las oraciones; y así he resuelto quitarme ya de la faena del foro, ni echo menos esos acompañamientos y séquitos, ó las repetidas salutations, ni las estatuas y timbres que aun sin desearlo yo se me entraron en mi casa. Porque hasta ahora, mejor que con la elocuencia, conservo mi estado y tranquilidad con la inocencia; ni espero tener ocasión jamás de orar en el Senado sino en defensa de alguno que se halle en peligro.

»En cuanto á los *bosques* y *selvas* y lugares retirados que reprendía Apro, á mí me causa tanto placer que lo cuento entre los principales frutos de los versos; porque éstos no se componen en medio del bullicio, ni teniendo de espera al litigante ante la puerta, ni entre el luto y el llanto de los reos, sino que el ánimo se retira á los lugares puros é inocentes, y goza de los recintos sacros. Estos fueron los principios de la elocuencia, estos sus templos; con este hábito y culto, al principio tratable á los mortales, se introdujo en aquellos castos pechos aún no contaminados de vicios. Con ella hablaban los oráculos. Porque el uso de esta interesada é hidrópica (1) elocuencia es reciente é hijo de la relajación de las costumbres, y como tú, Apro, decías, substituído en lugar de arma afilada. Mas aquel venturoso, y á nuestro modo de hablar, aquel siglo *de oro*, escaso de oradores y de delitos, abunda de poetas y adivinos (2) que cantaban los generosos hechos y no defendían los rui-

---

(1) Tácito la llama con más propiedad y energía *sanguinantis*.

(2) Creemos muy difícil establecer la diferencia que existe entre los vocablos *poetis et vatibus* del texto. Sólo si diremos que no le corresponde á la segunda la aversión de adivinos, en el sentido que damos hoy á esta palabra.



nes: ni otros algunos tuvieron mayor honor ni más sagrado; en primer lugar, entre los dioses, de quienes se decía que pronunciaban sus respuestas y asistían á sus convites; en segundo lugar, entre los hijos de los dioses, los sagrados reyes, entre los cuales no hallamos á ningún abogado, sino á Orfeo, á Lino; y si más hondamente quieres apurarlo, al mismo Apolo; ó si estas cosas te parecen con exceso fabulosas y fraguadas por el capricho, al menos me concedes, Apro, que no logró menor gloria entre los hombres Homero que Demóstenes; ni que se ciñese á más estrechos confines la fama de Eurípides y Sófocles que la de Lisias y de Hipérides; aun hoy hallarás muchos que no aprecien tanto la gloria de Cicerón como la de Virgilio, ni tiene tanto nombre ningún libro de Asinio (1) ó de Mesala (2) como la *Medea*, de Ovidio, ó el *Thyestes*, de Vario (3).

»Ni yo, á la verdad, temeré comparar la fortuna de los poetas y aquella feliz cohabitación que he referido, con la vida inquieta y desasosegada de los oradores, aunque á éstos les hayan elevado á los consulados sus contiendas y la defensa de los reos. Para mí es de mayor aprecio el tranquilo y apartado retiro de Virgilio, en el cual ni estuvo privado de la gracia de Augusto, ni de la celebridad para con el pueblo romano. Testigos de esto son las cartas de Augusto, testigo el mismo pueblo,

(1) Asinio Polión, amigo de Augusto, á quien elogia Horacio como abogado, senador, poeta trágico, historiador y guerrero, fué el primero que fundó en Roma una biblioteca pública. Según Quintiliano, era inferior á Cicerón.

(2) Quintiliano alaba la limpieza y el brillo de su elocuencia.

(3) Piezas dramáticas cuya pérdida es tanto más sensible cuanto que, según Quintiliano, Ovidio había desplegado en la primera todos los recursos de su fácil y abundante vena, y que la segunda era comparable á las más bellas producciones de la tragedia griega.

el cual, oídos en cierta ocasión en el teatro los versos de Virgilio, todo él se puso en pie, y á Virgilio, que por casualidad se hallaba presente y de espectador, le veneró como hiciera con Augusto. Ni aun en nuestros tiempos habrá cedido Pomponio Secundo á Afro Domicio (1) ni en la dignidad de su carrera ni en la perpetuidad de su fama. Porque Crispo y Marcelo, ejemplares á que me provocas, ¿qué tienen en esta su fortuna que desear? ¿Acaso porque temen ó son temidos? ¿Acaso porque pidiéndoles cada día alguna cosa aquellos sobre quienes se ven encumbrados, se irritan; ó porque, atados con la adulación, ni parecen nunca bastante esclavos á los que mandan, ni á nosotros bastante libres? ¿Cuál es este tan gran poder suyo? Otro tanto suelen poder los libertos. Á mi las dulces Musas, como dice Virgilio, apartado de inquietudes y cuidados y de la necesidad de obrar algo cada día contra mi intención, llévenme á aquellos sagrados recintos y á aquellas fuentes donde no sufra más, lleno siempre de miedo, al desatinado y resbaladizo foro, y una pálida fama; llévenme donde no me despierte el rumor de los que vengan á saludarme ó del anheloso liberto; ni incierto de lo por venir escriba un testamento en lugar de una hipoteca, ni posea más que lo que pueda dejar á quien yo quiera, cuando llegue mi hora fatal y el fin de mi vida, y me pongan sobre el tumulto, no triste y espantoso, sino alegre y coronado; ni nadie por mi memoria consulte ni pida.»

Aun no bien había concluido Materno exaltado y como fuera de sí, cuando Vipsiano Mesala (2) entró en su aposento; y habiendo sospechado por la atención de

---

(1) Véase Tácito, *An.*, V, 8, 12, 28, y *An.*, VI, 52.

(2) El mismo Tácito hace honrosa mención de él en no pocos lugares de sus *Historias*.

cada uno que la plática era asunto de gravedad, dijo: «¿He venido, por ventura, á mala sazón, estando vosotros tratando alguna secreta consulta ó en la meditación de alguna causa?» «Nada menos que eso — dijo Secundo —; antes bien, me hubiera alegrado que hubieses venido más temprano, pues te hubiera causado placer no sólo el discurso elegante que ha hecho nuestro Apro exhortando á Materno á que pusiese todo su ingenio y estudio en orar causas, sino también la oración de Materno en defensa de la poesía, festiva y como convenía defender á los poetas; pero satírica y con estilo más semejante á éstos que al de los oradores.» «Á mí — dijo Mesala — me hubiera servido de indecible placer oír semejante discurso; y á la verdad me complazco en que vosotros, que sois varones excélfentes y los oradores de nuestros tiempos, empleéis vuestros talentos así en los negocios forenses y en el ejercicio de las aclamaciones, como también en unas disputas que alimenta el ingenio y facilitan un gustosísimo recreo de erudición y literatura no sólo á vosotros que disputáis de estas cosas, sino también á aquellos á cuyos oídos llegare su noticia. Así, por vida mía, no menos veo ser digno de aprobarse en tí, ¡oh Secundo!, el que habiendo escrito la vida de Julio Asiático, hayas dado á todos esperanza de componer más libros de esta especie, que plausible en Apro el no haber dejado aún de ejercitarse en las controversias, queriendo más ocupar su tiempo como acostumbra los nuevos retóricos, que como solían los antiguos oradores.»

Entonces Apro: «¿No acabas aún, Mesala, de admirar los estudios rancios y antiguos y ridiculizar y despreciar los de nuestros tiempos? Porque muchas veces oí de tí esto mismo cuando, olvidado de tu elocuencia y la de tu hermano Aquilio, te empeñabas en probar que ninguno en nuestros días era orador; y esto con tanta

mayor arrogancia, según creo, cuanto menos temías la opinión de algún maligno sobre estas cosas, negándote á ti mismo aquella gloria que otros te conceden.» «Ni yo me arrepiento—dijo—de lo que entonces proferí, ni creo tampoco que Materno ó tú mismo pensáis de otra manera, aunque alguna vez disputéis en contrario. Y deseo conseguir de alguno de vosotros que indague y dé la razón de esta enorme diferencia que yo mismo repetidas veces entre mí examino; y lo que para algunos sirve de consuelo, acrecienta en mí la dificultad de la cuestión, porque veo que aun entre los griegos sucedió, que distan más Esquines y Demóstenes de ese sacerdote Nicetas (1), y si algún otro hace resonar los recintos de Efeso ó Mitilenas con los clamores declamatorios, que lo que Afro ó Africano ó vosotros mismos distáis de Cicerón ó Asinio.»

«Habéis movido — dijo Secundo — una cuestión muy grande y digna de tratarse; pero ¿quién podrá explicarla más cumplidamente que tú, á cuya suma erudición y aventajado ingenio se llega el estudio y la meditación?» Y Mesala respondió: «Propondré mi modo de pensar, si antes hubiere conseguido de vosotros que ayudaréis mi discurso.» «Por parte de los dos—dijo Materno—, yo lo prometo; porque Secundo y yo cumpliremos las partes que entendiéremos, no que las hayas omitido, sino dejádaslas para nosotros; pues tú poco antes has dicho que Apro suele discordar en esto; y él mismo, bastante á la descubierta, ya ha rato que se prepara en contrario, y muestra que no lleva á bien este nuestro unido modo de pensar sobre la excelencia de los antiguos.» «No permitiré — dijo Apro — que nuestro siglo, sin ser

---

(1) Retórico griego contemporáneo cuyas lecciones, á la vez que las de Quintiliano, seguía Plinio el Joven.

oído y defendido, sea con esta vuestra conspiración condenado. Pero primero os haré una pregunta: ¿quiénes son los que llamáis antiguos? ¿Qué época fijáis de oradores con la significación de este nombre? Porque yo, cuando oigo decir antiguos, entiendo que son ciertos antepasados nacidos en remotos tiempos, y se me representan Ulises y Nestor, cuya edad sobrepaja á nuestro siglo casi en mil y trescientos años; mas vosotros sacáis á Demóstenes é Hipérides, los cuales está bien averiguado que florecieron en los tiempos de Filipo y Alejandro, á quienes aún les sobrevivieron. De lo cual se manifiesta que no median entre nuestra edad y la de Demóstenes más que cuatrocientos años, cuyo espacio de tiempo, si lo refieres á la pequeñez de nuestros años, acaso parecerá largo; si á la naturaleza de los siglos y proporción de esta inmensa duración, es muy breve y no hay mucha distancia. Pero si, como escribe Cicerón en su *Hortensio*, el año *magno* y verdadero es aquel en que segunda vez volverá á existir la misma constitución de cielo, y aquél comprende doce mil novecientos y cincuenta y cuatro años de los que ahora usamos, vuestro Demóstenes, á quien llamáis antiguo, empezó á existir, no sólo en el año en que nosotros, sino casi en el mismo mes.

»Pero paso á los oradores latinos, entre los cuales soléis anteponer no á Menenio Agripa, según creo, que puede parecer antiguo á los elocuentes de nuestros tiempos, sino á Cicerón, César, Celio (1), Calvo, Bruto, Asinio y Mesala, á los cuales no veo á la verdad por qué los aplicáis más bien á los tiempos antiguos que á los

---

(1) Véase Cicerón, *Bruto*, 79; *Calvum*, ibíd., 82; *Brutum*, el M. Junio á quien va dirigido el Diálogo sobre los oradores ilustres.

nuestros; porque hablando de Cicerón, fué muerto á 9 de diciembre, según escribe su liberto Tirón, siendo cónsules Hircio y Pansa, en cuyo año el divo Augusto se constituyó á sí mismo, y á Q. Pedio por cónsules en lugar de Pansa é Hircio. Pon 56 años que después el divo Augusto gobernó la República, añade 23 de Tiberio y cuasi 4 de Cayo y 28 de Claudio y de Nerón, y un año de Galba, Otón y Vitelio, y, en fin, 6 que llevamos de este feliz principado en que Vespasiano dirige la República, y suman 120 años desde la muerte de Cicerón hasta hoy día, que es la vida de un hombre. Porque yo en la Britania vi un anciano que aseguraba haberse hallado en aquella batalla en que intentaron apartar y arrojar de sus playas á César que metía la guerra en los britanos. Así que si el cautiverio ó la voluntad ó la suerte hubiera traído á Roma á este hombre que armado resistió á César, ese mismo pudo oír á César y Cicerón, y hallarse á nuestras acciones. En el próximo donativo del congiario vosotros mismos visteis á muchos viejos que contaban haber ellos recibido por dos veces el congiario del divo Augusto, de lo cual puede inferirse que pudieron ellos oír á Corvino y Asinio. Porque Corvino duró hasta la mitad del principado de Augusto, y Asinio hasta casi el fin de él. No dividas tampoco el siglo, y llaméis añejos y antiguos oradores á los que el oído de unos mismos hombres pudo conocer, y como unir y atar.

»He dicho esto de antemano, á fin de que si alguna alabanza se adquiere en los tiempos por la fama y gloria de estos oradores, pueda yo mostrar que está constituida en el medio, y aún más cercana á nosotros que á Sergio Galba ó á C. Carbón y cualesquiera otros que con razón podríamos llamar antiguos. Porque son obscuros, ásperos y toscos é inelegantes, y tales, que ojalá

no los hubieran imitado ni vuestro Calvo, ni Celio ó el mismo Cicerón. Pero ya quiero tratar el asunto con más fuerza y aliento, exponiendo también de antemano que con los tiempos se mudan los caracteres y géneros de decir; así como comparado Cayo Graco con Catón el viejo es más lleno y copioso, así también Craso es más pulido y adornado que Graco (1); así Cicerón más hermo­seado y urbano y elevado que los dos, y Corvino más suave, más dulce y más estudiado que Cicerón. Ni examino quién es el más elocuente; me contentaré por ahora con haber probado que no es uno mismo el carácter de la elocuencia; que en esos mismos que vosotros llamáis antiguos se hallan muchas especies de ella, y que no se sigue inmediatamente ser malo lo que es diverso, sino que por causa de malignidad humana lo viejo siempre se alaba y lo presente se fastidia. ¿Dudamos por ventura que hubo quien admirase más á Appio Ceco que á Catón? Bien sabido es que Cicerón tuvo también algunos que le mordiesen, á los cuales les parecía hinchado, hueco y no bastante exacto, redundante y superfluo con exceso y poco ático. Tú bien has leído las cartas de Calvo y Bruto á Cicerón, de las cuales fácil es comprender que Calvo pareció á Cicerón sin jugo y deshecho, y Bruto flojo y desatado; y al contrario, Calvo habló mal de Cicerón, pareciéndole dislocado y sin nervio, y Bruto le motejó (dirélo con sus palabras) de quebrado y sin fuerza. Si preguntas mi dictamen, todos me parece que dijeron la verdad; pero luego trataré de cada uno en particular, que ahora hablo solamente de todos en general.

»Porque en cuanto á que los admiradores de los anti-

---

(1) Sobre los oradores que nombra Tácito en este pasaje, véase á Cicerón, en *Bruto*, y á Quintiliano, X, 1, núm. 115.



guos suelen establecer por término de la antigüedad hasta Casio Severo (1), del cual dicen que fué el primero que se desvió de aquel antiguo y recto camino de orar, yo insisto en que él, no por debilidad de talento ni por falta de literatura, se mudó á este género de decir, sino con mucho juicio y discreción. Pues vió, como poco antes decía, que la forma y aspecto de la elocuencia debía mudarse con el estado de los tiempos y la diversidad de oídos; escuchaba fácilmente con paciencia este antiguo pueblo, como poco sabio é instruido, la duración larga de unas oraciones insustanciales, y aun se reputaba por digno de alabanza el que uno se estuviese orando todo el día. Así se tenía en mucha estima una larga preparación en los exordios, el tomar desde muy al principio el hilo de la narración, la vana ostentación de dividir el asunto en muchas partes, mil grados de argumentos, y todo cuanto enseñan los aridísimos preceptos de los libros de Hermagoras y Apolodoro (2); y si alguno había gustado un poco la filosofía é introducía de ella algún lugar en su oración, la levantaban hasta el cielo con sus alabanzas. Ni es de extrañar; todas estas cosas eran nuevas y desconocidas, y aun había poquitos entre aquellos oradores que hubiesen saludado los preceptos de los retóricos, ni las doctrinas filosóficas. Pero en verdad, hechas ya vulgares estas cosas, hallándose apenas uno de los que asisten al circo que no esté, si no del todo instruido en los principios de estos estudios, al menos tinturado, es ya necesario ten-

---

(1) *An.*, IV, 21.

(2) El primero era un retórico griego que enseñaba en Roma en tiempo de Augusto, y al cual no se le debe confundir con otro retórico del mismo nombre de que hablan Cicerón y Quintiliano. El otro, de Pérgamo, enseñó Elocuencia á Augusto en Apolonia.

tar otras sendas de elocuencia nuevas y exquisitas, por las cuales evite el orador el fastidio del oído, y principalmente en presencia de unos jueces tales, que más bien conocen en las causas por violencia ó poder que por ley ni derecho, y que no reciben término de tiempo, sino que lo prescriben, ni tienen que esperar al orador á que hable del asunto por el espacio que le parezca, sino que muchas veces le amonestan á su arbitrio, y si se desvía del asunto le hacen volver á él y le insinúan que se dé prisa.

»¿Quién aguantará ahora á un orador que en su exordio hable sobre su quebrantada salud, cuyo género de exordios es frecuente en Corvino? ¿Quién escuchará con paciencia los cinco libros contra Verres? ¿Quién sobre la excepción y fórmula sufrirá aquellos inmensos volúmenes que leemos en favor de M. Tulio ó A. Cecina? Ahora en estos tiempos el juez va delante del que ora; y si no se ve el juez halagado y sobornado con la velocidad de los argumentos ó el colorido de las expresiones y con la brillantez y adorno de las descripciones, le odia. También el vulgo de los concurrentes y el abundante y vago oyente está acostumbrado ya á exigir gracia y belleza en la oración; ni en las causas puede sufrir ya la triste y desgredada antigüedad, al modo que si en el teatro quisiera alguno imitar el gesto de Roscio ó de Turpión Ambivio (1). Y aun los jóvenes que están al yunque de los estudios, y que para aprender acompañan á los oradores, quieren no solamente oírlos, sino también volver á su casa instruidos con alguna cosa digna de atención y de memoria. Y se lo comunican mutua-

---

(1) El primero es el actor de quien habló con tanto elogio Cicerón, y el segundo otro actor, también famoso, contemporáneo de Terencio, cuyas comedias representaba.

mente, y lo escriben muchas veces á sus colonias y provincias, ora hayan visto brillar algún pensamiento con alguna aguda y breve sentencia, ora sobresalir con algún adorno exquisito y poético. Porque ya se pide á un orador también la elocuencia poética, no manchada con lo rancio de Atio ó Pacuvio (1), sino sacada del divino tesoro de Horacio, Virgilio y Lucano. Condescendiendo, pues, con los oídos y juicios de éstos los oradores de nuestra edad, resulta la elocuencia de ésta más hermosa y adornada. Mas no por eso son menos persuasivas nuestras oraciones, porque llegan con más deleite á los oídos de los que juzgan. ¿Acaso creerías que son menos fuertes los templos de estos días porque no están contruídos con piedras toscas y disformes tejas, sino porque brillan en mármol y en oro relumbren?

»Porque os diré llanamente lo que siento: yo apenas puedo tener la risa con algunos de los antiguos, y en otros ni aun impedir el sueño. Ni nombraré á uno del pueblo, como Canutio ó Arrio ó Furnio (2), ó cualesquiera otros que están pudriendo huesos y esqueletos en el mismo hospital (3). El mismo Calvo, que dejó escritos veintiún libros, según creo, apenas me gusta en una que otra oracioncilla; ni veo que otros sean de distinto parecer que el mío, porque ¿quién hay que lea la

(1) Atio, poeta trágico, nacido en Roma en 584 y muerto en 667. Pacuvio nació en Brindis y murió en Tarento en 624. (V. Quintiliano, X, 1, núm. 97.)

(2) Cicerón habla de ellos en diferentes pasajes de sus obras.

(3) El original dice: *Nec alios in eodem valetudinario hæc ossa et hanc maciem probantes*. El sentido es que quiere hacer caso omiso ó pasar por alto á oradores tales como Canucio, Arrio, Furnio y otros que sólo brillan por su sequedad y flaqueza, á la manera de los enfermos de una misma sala ó enfermería. De cualquier manera que se traduzca, este pasaje pierde muchísimo, pero en la versión española es ininteligible.

de Calvo contra Asitio, ó la que hizo contra Druso? Y en verdad que andan en manos de curiosos las acusaciones tituladas contra Vatinio, especialmente la segunda: está adornada de palabras y expresiones acomodadas á los oídos de los jueces, tanto, que conocerás que el mismo Calvo entendió lo que era mejor, y que no le faltó voluntad para hablar con estilo magnífico y adornado, sino el ingenio y las fuerzas. ¿Qué diremos de las oraciones de Celio? Es claro, agradan por el artificio en general; en ellas reconocemos la gracia y alteza de nuestros tiempos; pero la poca elección de palabras y la interrumpida composición y las descompuestas sentencias huelen á antigüedad; ni reputo á nadie por tan amigo de lo rancio que alabe á Celio por la parte que es antiguo. Concedamos en hora buena á C. César que en la elocuencia, por causa de la grandeza de las cosas á que tenía que atender, y por sus ocupaciones, hubiese hecho menos de lo que requería su divino ingenio; del mismo modo que á Bruto, á quien dejamos en su filosofía, pues que en sus oraciones es inferior á su fama, como lo confiesan hasta sus mismos admiradores, si no es que alguno lea la de César en favor de Decio Samnite, ó de Bruto en favor del rey Deyotaro y los demás en quienes se observa la misma lentitud y tibieza, ó admire alguno sus versos; pues los hicieron y los entregaron en las bibliotecas, no mejor que Cicerón, pero con más facilidad; porque muy pocos saben que aquellos los compusieron. También Asinio, aunque nació en tiempos más cercanos á nosotros, me parece que estudió entre los Menemios y los Apios; él ciertamente imitó á Pacuvio y Atio, así en las tragedias que hizo como en sus oraciones; tanto es duro y seco. Aquella oración, á la manera del cuerpo del hombre, es en fin hermosa en que no se ven sobresalir las venas, ni se le cuentan los

huesos, sino bien contemperada la sangre, llena los miembros y se releva en los morcillos, y á los mismos nervios cubre el rosor, y la gracia los recomienda. No quiero reprender á Corvino, porque no estuvo de su parte el que expresase el placer y brillo de nuestros tiempos; veamos, digo, si acaso á su juicio hubiera correspondido la energía del ánimo ó del ingenio.

»Vengo á Cicerón, quien tuvo la misma disputa con los de su tiempo que la que yo ahora tengo con vosotros, pues ellos admiraban á los antiguos, y él anteponía la elocuencia de sus tiempos; ni en otra cosa excede él á los oradores de aquella edad, sino en el juicio. Porque él fué el primero que pulió el modo de orar; él fué el primero que echó mano de la elegancia de las palabras y dió arte á la composición, introdujo las digresiones gustosas é inventó algunas sentencias de afectos, particularmente en aquellas oraciones que compuso ya viejo y cercano al fin de su vida, esto es, después que había hecho mayores progresos y aprendido por práctica y experiencia el mejor género de orar, porque sus primeras oraciones no carecen de los defectos de los antiguos: pesado en los exordios, prolijo en las narraciones, parado hacia los fines, conmuévase lánguidamente, rara vez entra en calor, y tiene pocos afectos... (1). Y pocas sentencias están colocadas con brillantez; nada podrás escoger, nada notar; y como en un edificio tosco, son firmes, á la verdad, y duraderas las paredes, pero no bastante amoldado y lucido. Mas yo quiero que el orador, como un rico y buen padre de familia, esté á cubierto de un edificio que no sólo le defienda de las lluvias y vientos, sino también que agrade

---

(1) Aquí hay un gran hueco. Parece que después de haber hablado más de Cicerón, discurría sobre el adorno.

á la vista y á los ojos; que esté alhajado no solamente de las precisas alhajas, sino que en sus aparadores haya también oro y piedras preciosas, que por recreo puedan tomarse en las manos y mirarse muchas veces, y algunas otras se guarden como gastadas y añejas; no haya palabra como amohecida, ni la sentencia esté formada con pesadez y pereza á manera de los anales; huya la fea é insulsa chocarrería; varíe la composición, y no acabe de una misma manera todos los períodos.

»No quiero motejar aquello de *rueda de la fortuna* (1), y el *jus Verrinum* (2), y á cada tres sentencias aquel *esse videatur*, que en boca de todos anda como estribillo; porque he traído todo esto bien á mi pesar, y he omitido otras cosas, las cuales únicamente admiran y las repiten los que se lisonjean de llamarse oradores antiguos. Á nadie nombraré: me contento con notar el carácter de los hombres. Mas á vuestra vista están aquellos que leen á Lucilio por Horacio, y á Lucrecio por Virgilio; aquellos á quienes les da asco la elocuencia de Aufidio Baso ó Servilio Noniano (3), en comparación de la de Sisena ó Varrón (4); aquellos que repugnan y aborrecen los comentarios de nuestros retóricos y admiran los de Calvo; aquellos á quienes, charlando ante los

(1) Juego de palabras que se encuentra en Cicerón, *in Pisonem*, 10. No es de la expresión *rota fortunæ* de que se burla aquí el autor; es, sí, de la comparación pueril entre la rueda de la fortuna y las piruetas ó vueltas que se hacen bailando.

(2) Chanzoneta de peor gusto que la anterior, pero más excusable, puesto que Cicerón la pone en boca del pueblo y sólo la refiere, según dice, para probar que la maldad de Verres había llegado á hacerse proverbial. El equívoco consiste en el doble sentido de las palabras *jus verrinum*, que así puede significar manteca de cerdo como justicia de Verres.

(3) V. Quintiliano, XI, 1, núm. 102.

(4) Acerca del primero, v. Cicerón, *Brut.*, 64, y sobre el segundo, á Quintiliano, X, 1, núm. 95.

jueces á la usanza antigua, no tienen oyentes, no los escucha el pueblo, y apenas pueden sufrirlos los mismos litigantes; tan tristes y desaliñados, consiguen con la debilidad y ayuno aquella misma sanidad de que se glorían. Á la verdad, los médicos no aprueban aquella salud que se adquiere con angustia de ánimo; ni basta que uno no esté enfermo; le quiero robusto, alegre y animoso: poco dista de la enfermedad aquel en quien sólo se alaba la mera sanidad. Mas vosotros, que sois elocuentísimos, ilustrad como podéis y lo hacéis á nuestro siglo con el más elegante género de orar. Porque veo, ¡oh Mesala!, que tú imitas lo más gustoso de los antiguos; y á vosotros, Materno y Secundo, que mezcláis con la gravedad lo más brillante y culto de la expresión, que hay en vosotros elección de la invención, orden de las cosas y copiosa dicción cuando la causa lo pide, brevedad cuando se requiere, decoro en la composición y claridad en los pensamientos; que de tal suerte expresáis los afectos y templáis la libertad, que aun cuando la malevolencia y la envidia impidan reconocer nuestro modo de pensar, os harán justicia nuestros venideros.»

Habiendo esto dicho Apro, replicó Materno: «¿No habéis reconocido la vehemencia y ardor de Apro? ¡Con qué torrente, con qué impetu defiende nuestro siglo! ¡Con qué verbosidad y variedad censuró á los antiguos! ¡Con cuánto ingenio y espíritu, erudición y arte tomó de ellos mismos aquellas mismas cosas con que los acometía! Ahora, Mesala, no debes dejar de cumplir tu promesa; no queremos ya defensores de los antiguos, ni comparamos con ninguno de los nuestros, aunque poco ha los alabamos, á aquellos que Apro ha motejado. Ni éste, la verdad, lo siente como lo dice, sino que, á la usanza antigua y por otra parte celebrada de vuestros



filósofos, se tomó la parte de decir en contrario. Decláranos, no la alabanza de los antiguos, pues bastante los elogia su propia fama, sino las causas por que nos hemos alejado tanto de su elocuencia, principalmente cuando desde la muerte de Cicerón hasta hoy día no van más que ciento y veinte años, como resulta por la serie de los tiempos.»

Entonces Mesala: «Seguiré, ¡oh Materno!, la propuesta que me has hecho; ni he de detenerme mucho en refutar á Apro, que primeramente movió cuestión de nombre, como que se llamasen con poca propiedad antiguos los que consta bastante que florecieron cien años antes de ahora. Mi cuestión no es de voz; llámelos como quisiere, antiguos, antepasados ó con cualquiera otro nombre, con tal que quede sentado que en aquellos tiempos fué más sobresaliente su elocuencia. Tampoco me opongo á aquella parte de su discurso en que se afirma que hubo muchas formas de elocuencia, no sólo en los mismos siglos, sino en diversos. Pero al modo que entre los áticos se da el primer lugar á Demóstenes y obtienen el próximo Esquines, Hipérides, Lisias y Licurgo, y por consentimiento general se celebra particularmente esta edad de los oradores, así entre nosotros Cicerón sobresalió entre todos los demás elocuentes del mismo tiempo. Mas Calvo, Asinio, César, Celio y Bruto con razón son antepuestos á los que le siguieron más ó menos cerca de nosotros; ni obsta que entre sí se diferencien en especie, con tal que convengan en género. Calvo es más cortado, Asinio más numeroso, César más brillante, Celio más áspero, Bruto más grave, Cicerón más vehemente, más lleno, más enérgico; pero todos tienen la misma sanidad de elocuencia; de suerte que si tomas en las manos juntamente los libros de todos, verás que aun en diversos talentos hay cierta se-

mejanza y parentesco de juicio y voluntad; y en cuanto á que unos motejaron á otros, y quedan cartas suyas en que se nota algo por donde se descubre su reciproca malevolencia, es vicio, no de oradores, sino de hombres. Porque creo que Calvo y Asinio, y aun el mismo Cicerón, acostumbraron á tener envidia y malevolencia, y fueron poseídos de otros vicios de la humana debilidad. Sólo Bruto, entre éstos, pienso que no estuvo tocado del odio ni envidia, sino que descubrió llana é ingenuamente lo interior de su ánimo. ¿Acaso tendría envidia de Cicerón, cuando, á mi parecer, no la tenía ni aun de César? En cuanto á Serv. Galba y á Lelio, y si á algunos otros antiguos no dejó quietos Apro, no necesitan de defensor, confesando yo que faltaron algunas cosas á su elocuencia, como que aun estaba en su infancia y no era bastante adulta.

»Pero si, dejando aparte aquel mejor y más perfecto género de elocuencia, se ha de escoger una forma, quisiera, en verdad, más la vehemencia de C. Graco, ó la madurez de Craso, que los afeites de Mecenas ó el retintin de Galión (1); por tanto, deseara más vestir al orador con una toga recia, que adornarle con vestidos brillantes y de mujer prostituida. Ni tampoco es oratorio, ó más bien, no es varonil ese culto de que usan los más de los actores de nuestros tiempos, expresando aires teatrales con la lozania de las palabras, poca gravedad

---

(1) El gramático Pomponio Sabino ha citado las palabras, *calamistros Mæcenatis* como propias de Tácito, y como uno de los fundamentos que hay para atribuir el Diálogo de los oradores á este escritor. La voz *calamister* ó *calamistrum* significa propiamente el hierro de rizar el pelo. Sobre la afectación de que se acusa á Mecenas, véase á Séneca, ep. 114. En cuanto á Galión, no se sabe si es el de que habla Tácito, *An.*, XV, 73, ó el que menciona Quintiliano, III, 1, núm. 21.

en las sentencias y licencia en la composición, y jactándose los más de lo que debe causar vergüenza escuchar, reputando por alabanza y gloria ó ingenio el que se canten y dancen sus comentarios. De donde tiene origen aquel feo é impropio, pero frecuente aplauso, con que se dice que nuestros oradores hablan con soltura y los histriones danzan con elegancia. No negaré que Casio Severo, al cual sólo se atrevió á nombrar nuestro amigo Apro, comparado con los que después florecieron, puede ser llamado orador, aunque en la mayor parte de sus libros haya más fuerza de jugo. Porque fué el primero que, desentendiéndose del orden de las cosas, dejado á un lado la escrupulosidad y decoro de las palabras, mal vestido aún de las mismas armas de que usa, y descubierto su flanco las más veces con el deseo de herir, no pelea con regla, sino que riñe sin arte. Pero, como he dicho, comparado con los que después vinieron, excede en mucho á los demás, ya en la variedad de la dición, ya en el chiste urbano, y ya, en fin, en el nervio de la expresión; á ninguno de aquéllos nombró Apro, ni se atrevió á sacarle como á campo de batalla. Yo esperaba que censurados Asinio y Calvo y Celio, nos presentase otro escuadrón, y citase muchos más, ó siquiera otros tantos, con que pudiésemos oponer uno á Cicerón, otro á César, y, en fin, á cada cual el suyo. Contento por ahora con nombrar á cada uno de por sí á los antiguos, no se atrevió á alabar á ninguno de los posteriores sino en general y en común, temiendo, á lo que creo, no ofendiese á muchos si escogía á pocos, por que ¿quién hay entre los que concurren á las ejercitaciones que no esté persuadido en nombrarse antes de Cicerón ó después de Gabiniano? Mas yo no recelaré nombrarlos á cada uno de por sí, para que más fácilmente, puestos á la vista los ejemplares, se vea con qué

grados se ha ido debilitando y se ha disminuido la elocuencia.»

«Date prisa—dijo Materno—, y cuida más bien de cumplir lo prometido; pues no deseamos concluir que los antiguos fueron más elocuentes, porque por mí, en verdad no lo niego; sólo buscamos las causas que tú poco antes dijiste que acostumbrabas á tratar con más apacible elocuencia, y admirando la de nuestros tiempos antes que te irritase Apro impugnando la de tus antepasados.» «No me he ofendido—dijo— con la disputa de Apro; ni tampoco será decente que os ofendáis vosotros, si alguna cosa por casualidad disonase á vuestros oídos; puesto que sabéis bien que es ley de este género de pláticas decir su parecer, sin que trascienda el daño al efecto.» «Pasa adelante—dijo Materno—, y puesto que has de hablar de los antiguos, usa de la antigua libertad, de la cual hemos degenerado más que de la elocuencia.»

Y Mesala: «No escondidas causas quieres saber, Materno, ni de ti mismo, ni de este Secundó ó de este Apro ignoradas; aunque me dais el cargo de sacar á plaza lo mismo que nosotros sentimos. Porque ¿quién ignora que no solamente la elocuencia, sino también las demás artes, se desviaron de esa antigua gloria, no por falta de hombres, sino por desidia de la juventud, descuido de los padres, ignorancia de los maestros y olvido de la usanza antigua, cuyos males, teniendo su primer origen en Roma, difundidos después por Italia, ya corren por las provincias, si bien los nuestros están más á nuestra vista? Yo hablaré sólo de la ciudad y de estos defectos propios y nacidos en nuestras casas; los cuales pasan inmediatamente á nuestros hijos, y se van amontonando por todos los grados de la vida; pero antes hablaré de la severidad é instrucción de nuestros antepasados sobre el

modo de educar los hijos y formarles el corazón. En primer lugar, desde el principio, el hijo que le daba á cada uno su casta madre, no en la choza de una alquilada nodriza, sino en el seno y entre los brazos de la buena madre era educado, cuya principal loa era saber cuidar de su casa y mirar por sus hijos. Escogíase alguna parienta de anciana edad á cuya probidad y acreditada conducta era encargado el gobierno de toda la familia, en cuya presencia ni era permitido hablar cosa que fuese notada de torpeza, ni hacer lo que pudiese parecer indecoroso, y no solamente templaba con cierta santidad y modestia los estudios y tareas, sino también los recreos y juegos de los muchachos. Así sabemos que se gobernaban en su educación Cornelia, madre de los Gracos, Aurelia de César, y Atia de Augusto; cuya enseñanza y severidad tenían por mira el que el natural de cada uno es sencillo y puro, y no viciado con ningunos siniestros, recibiese en lo íntimo de su ánimo las artes liberales; y que ya se inclinasen á la Milicia, ya á la Jurisprudencia, ya al estudio de la Elocuencia, sólo en esto se ocupase y todo entero lo aprendiese.

»Pero ahora el niño recién nacido es entregado á alguna criaduela griega, y se le agrega uno que otro esclavo, acaso el más vil de todos los de la casa y de los que nada valen para servicio alguno serio; el tierno ánimo del niño se empapa desde luego en las patrañas y errores de éstos; ni á nadie de los de la casa se le da nada de lo que se diga ó haga delante del amo niño, puesto que ni aun los mismos padres avezan á sus hijos á la bondad ni á la modestia, sino á la lascivia y libertinaje, por cuyo medio se introduce la desenvoltura y el menosprecio de lo propio y de lo extraño. Aún más: me parece que los vicios peculiares de esta ciudad se engendran en el vientre de la madre, el aprecio que se hace

de los histriones y la pasión por los gladiadores y luchadores á caballo, en cuyas diversiones ocupado y poseído el ánimo, ¿cuánto lugar deja para las buenas artes? ¿Á quién hallarás que en las casas hable de otra cosa? ¿Qué otras conversaciones de los jóvenes oímos, si alguna vez entramos en los auditorios? Ni aun los maestros gastan otras pláticas con sus oyentes más frecuentes que éstas: acarrean discípulos, no por haber examinado en ellos la buena conducta y el talento, sino por el atractivo de sus cortesías y la añagaza de la adulación. Dejo aparte el estudio de las primeras letras, en las cuales se pone poco esmero; ni se gasta mucho tiempo en la Gramática, en entender los autores y en estudiar la antigüedad; ni en el conocimiento filosófico é histórico de las cosas, ni del hombre, ni de los tiempos, sino que se apresuran para ir á oír á los que llaman retóricos, cuya profesión mostraré bien pronto cuando se haya introducido primero en Roma, y cuán poca autoridad haya tenido entre nuestros antepasados.

»Para esto es menester volver los ojos á aquella enseñanza que hemos oído haber usado aquellos oradores cuyo inmenso trabajo y cotidiana meditación y ejercicio en todo género de estudios se deja ver en sus libros. Bien conocido tenéis el libro de Cicerón intitulado *Bruto*, en cuya parte última (porque la primera se emplea en la narración de los oradores antiguos) refiere sus propios principios, sus pasos y como cierta educación de su elocuencia; que aprendió el derecho civil bajo la dirección de Q. Mucio; que recibió la instrucción en todas las partes de la Filosofía, ya de Filón, académico, ya de Diodoro, estoico; y que no contento con estos maestros, que había tenido la proporción de oír en Roma, viajó por el Acaya y el Asia para aprovecharse de todos los conocimientos de las varias artes. Así que, por vida mía, en

los libros de Cicerón es fácil advertir que no le faltó la instrucción científica ni en la Geometría, ni en la Música, ni en la Gramática, ni en ninguna arte liberal. Él tuvo conocimiento de la sutileza dialéctica, él de la utilidad de la parte moral, él de las causas físicas de las cosas y sus movimientos. Así, la admirable elocuencia de este varón esclarecido abunda y rebosa de mucha erudición, de la instrucción en muchas artes, y de todas las ciencias. Ni la energía del orador se ciñe en tan breves y estrechos límites como la de las demás artes, sino que aquél es orador que sobre toda cuestión puede hablar con lucimiento y adorno, con disposición á persuadir según el decoro de las cosas y ocasión de los tiempos, con deleite de los oyentes.

»De esto estaban persuadidos aquellos antiguos oradores. Para conseguir esto conocían que era menester, no declamar en las escuelas de los retóricos, ni ejercitar su lengua y voz en controversias fingidas, apartadas enteramente de la verdad, sino embeber su ánimo de aquellas artes en que se disputa de los bienes y males, de lo honesto ó lo torpe, de lo justo é injusto. Esta es la materia en que se ejercita el orador; porque en las causas judiciales frecuentemente hablamos de la equidad, en las deliberativas de lo honesto, pero de forma que á veces estas dos cosas se mezclan reciprocamente; acerca de las cuales ninguno puede tratar copiosamente y con variedad y ornato, sino el que tiene conocimiento de la humana naturaleza, de la fuerza de las virtudes, de la malicia de los vicios, y la inteligencia de aquellas cosas que no se colocan ni entre los vicios ni las virtudes. De estas fuentes también nace el que pueda instigar ó suavizar más fácilmente la ira del juez aquel que sabe lo que es ira, y con más presteza le impela á la compasión aquel que sepa qué es misericordia y con qué afectos



del ánimo se conmueve. Versado el orador en estas artes y ejercicios, aunque tenga que hablar en presencia de jueces airados ó codiciosos, envidiosos ó tristes, tendrá la rienda de los ánimos; y según lo requiriese la naturaleza de cada cosa, echará mano y templará la oración con los instrumentos prevenidos y aparejados para la obra. Hay jueces á quienes hace mayor impresión cierto género de decir apretado y recogido y que con prontitud cierra cada argumento; para con éstos aprovechará haberse ejercitado en la dialéctica. Á otros deleita más la oración extendida é igual y sacada de los comunes conocimientos. Para mover á éstos nos prestarán algo los peripatéticos; éstos nos darán lugares convenientes y ya dispuestos para toda disputa; los académicos la contienda, Platón la alteza, Jenofonte el gusto. Ni desdirá del orador tomar algunas exclamaciones honestas de Epicuro y Metrodoro (1), y usar de ellas según lo pidiere el asunto. Mas no instruimos á un sabio virtuoso ó á una ciudad de estoicos, sino á aquel que no ha de contentarse con saber algunas pocas artes, sino todas las liberales. Y por eso los antiguos oradores, además de comprender la ciencia del Derecho civil, al mismo tiempo estaban bien instruidos en la Gramática, Música y Geometría. Porque en las causas que frecuentemente ocurren, ó en muchas ó en casi todas es menester el conocimiento del Derecho, y en las más son necesarias estas otras ciencias.

»Ni valga la réplica de que basta que para la ocasión nos enseñen algo sencillo y uniforme. Porque en primer lugar, de un modo usamos de lo que es propio y de otro de lo que es prestado, y es claro que hay mucha dife-

---

(1) De Atenas, amigo y principal discípulo de Epicuro, que le honra dándole el nombre de sabio. (V. Cicerón, *De Finibus*, III, 2.)

rencia en proferir uno lo que posee, de lo que otro le preste. En segundo lugar, el poseer la instrucción en muchas artes, aun cuando trate otra cualquier cosa, no sirve de adorno, y cuando uno menos se piensa sobresale y se aventaja. Y esto lo entiende no sólo el docto y erudito oyente, sino que hasta el pueblo lo conoce; y de tal suerte le alaba, que le reputa por hombre que ha estudiado con solidez, que ha corrido toda la carrera de la elocuencia, y que es orador del todo; el cual afirmo no puede ser ni haber sido jamás de otra manera, sino como aquel que, prevenido de todas armas para una batalla, saliese así al foro como armado de todas las buenas artes; lo cual de tal modo se tiene en poco precio por los elocuentes de este tiempo, que dan lugar en sus causas á que se les noten la hez de su habla cotidiana y otros defectos feos y vergonzosos; por donde se conoce que, ignorando las leyes, no tienen noticia de los decretos del Senado; se burlan de intento del derecho de los ciudadanos; miran con horror el estudio de la sabiduría y los consejos de los prudentes; arrojan á la elocuencia, como echada de su reino, al pequeño recinto de pocos conocimientos y sentencias, de suerte que, la que en otro tiempo señora de todas las artes llenaba el espíritu con una brillante comitiva, ahora escatimada y cercenada, sin aparato, sin honor y, me atreveré á decir, sin nobleza, se aprende como uno de los oficios más viles. Luego esta es, á mi parecer, la primera y principal causa de habernos desviado tanto de la elocuencia de los antiguos oradores. Si se quieren testigos, ¿cuáles nombraré más fidedignos que entre los griegos á Demóstenes, de quien se sabe que fué muy frecuente en oír á Platón; y Cicerón, que dijo, si bien me acuerdo, con estas mismas palabras, que cuanto había adelantado en la elocuencia lo había adquirido en los espacios

de la Academia? Otras cosas hay grandes y de mucho peso, las cuales es justo que vosotros declaréis; porque en verdad yo he satisfecho ya mi cargo, y según es costumbre mía, ya habré ofendido á muchos que, si por casualidad oyeran esto, tengo por cierto que dirían haberme yo recreado en mis necedades, alabando como necesaria al orador la ciencia del Derecho y de la Filosofía.»

Pero Materno replicó: «No solamente me parece que no has cumplido con tu encargo, sino que apenas lo has empezado, y sólo has mostrado ciertos esbozos y primeros trazos. Porque has dicho en qué cosas solían instruirse los oradores antiguos, y has demostrado la diferencia entre nuestra desidia é ignorancia en contraposición de sus laboriosísimos y amenos estudios; mas ahora de ti espero lo que resta, y es, que así como me has hecho ver lo que ellos sabían y lo que nosotros no sabíamos, haz también que oiga en qué ejercicios los jóvenes ya introducidos en el foro solían robustecer y alimentar sus talentos; porque tú, según creo, no negarás que la elocuencia no se encierra sólo en saber el arte y la ciencia, sino que también, y aun esto es más necesario, es menester adquirir facilidad, y esto mismo parece que aprueban éstos con su semblante.» En efecto, habiendo señalado esto mismo Apro y Secundo, Mesala, como tomando de nuevo el hilo, dijo: «Puesto que he demostrado bastante, según mi juicio, los principios y semillas de la antigua elocuencia, haciendo ver en cuáles artes los antiguos oradores solían instruirse é informarse, proseguiré ahora hablando de sus ejercicios; aunque en verdad las mismas artes ya tienen su ejercicio, porque ninguno puede comprender tantas, tan varias y recónditas cosas, si no agrega á la ciencia la meditación, á la meditación la facilidad y á la facili-

dad el vigor de la elocuencia; por todo lo cual se colige que es uno mismo el camino de percibir lo que profieras y de proferir lo que percibas. Y si á alguno pareciesen estas cosas más oscuras, separando la ciencia del ejercicio, al menos concederá que un ánimo aparejado y lleno de estas artes vendrá más dispuesto á aquellas ejercitaciones que parecen propias del circo oratorio.

»Así que entre nuestros antepasados aquel joven que se preparaba al foro y á la elocuencia, instruído ya en la enseñanza doméstica, lleno también de los estudios liberales, era conducido por el padre y parientes á aquel orador más visible en la ciudad: acostumbrábase á seguir á éste, á acompañarle, á estar presente á sus oraciones, ya fuese en los Tribunales, ya en las arengas al público, de suerte que aprendía á oír las confutaciones, á verse en las competencias y, digámoslo así, á pelear en batalla. Inmediatamente adquirían así los jóvenes grande práctica, mucha firmeza y mucho más juicio estudiando en medio de la claridad y entre los mismos riesgos, en donde ninguno dice algo sin conocimiento, ó en contradicción, que no pueda tachar el juez, ó echar en cara el contrario, ó con que sean despreciados los mismos abogados. Así eran instruídos desde luego en la verdadera y pura elocuencia; y aunque imitasen á uno solo, conocían á todos los patronos de aquellos días en la mayor parte de las causas y juicios. Tenían á la vista la varia concurrencia del pueblo, de cuyos diversísimos oídos podía escucharse fácilmente qué cosa era en cada uno ó digna de alabanza ó que mereciese el desagrado. Así no faltaba tampoco un escogido y excelente maestro que presentase, no la estampa, sino el mismo bulto de la elocuencia; ni contrarios y émulos que peleasen, no con varas de esgrimir, sino con arma blanca, y un auditorio siempre lleno, siempre nuevo, compuesto de

envidiosos y favorecedores, de suerte que ni aun lo bien dicho era disimulado. Porque bien sabéis que esa grande y duradera fama de la elocuencia se adquiere no menos en diversas gradas que en las suyas (1); antes bien se levanta allí con más vigor y se corrobora con más seguridad. Y á la verdad, bajo la dirección de semejantes maestros, aquel joven de que hablamos, discípulo de los oradores y el foro, presenciando las causas, instruído y acostumbrado con la experiencia ajena, y á quien, con la continuación de oír, le eran conocidas las leyes, no le asustaban los nuevos semblantes de los jueces, era frecuente á su vista la costumbre de las asambleas, y le eran muchas veces conocidos los oídos del pueblo; entonces, ora emprendiese una acusación, ora una defensa, él solo y por sí era desde luego hombre para cualquiera causa. Á los diez y nueve años de edad acusó L. Craso contra C. Carbón; á los veintiuno, César contra Dolabela; á los veintidós, Asinio Polión contra C. Catón; Calvo contra C. Vatino, no muy desiguales en tiempo; y esto con tales oraciones que aun hoy día las leemos con asombro.

»Pero nuestros jóvenes ahora son conducidos al coliseo de los escolásticos llamados retóricos, cuyo género de hombres existió aun antes de Cicerón, y no agradaron á nuestros antepasados; como se comprueba de que siendo censores L. Craso y Domicio, les mandaron que cerrasen, como dice Cicerón (2), la *palestra del descaro*. Pero como yo decía antes, son llevados ahora los jóve-

---

(1) Traducción literal del *non minus in diversis subsellis parari quam suis*. Este pasaje es ininteligible en la versión castellana, por haber querido ajustarse el traductor al original más de lo que permite la índole de la lengua. Debería traducirse diciendo: *Las reputaciones oratorias no menos se adquieren en los bancos enemigos que en los vuestros.*

(2) *De Orat.*, III, 24.

nes á las escuelas, en las cuales no sabré decir si traen más daño á los ingenios, ó el mismo lugar, ó los condiscípulos, ó el género de los estudios. Porque en el lugar no hay respeto alguno, y además nadie entra en él sino otro ignorante como ellos. En los discípulos no hay algún aprovechamiento, pues muchachos entre muchachos y aun entre mozuelos hablan y son escuchados con igual descuido. El género de los ejercicios es entre sí por la mayor parte opuesto. Porque entre estos retóricos se tratan dos especies de materias, las suasorias y las controversias. Las suasorias se destinan á los muchachos, como de menor momento y que requieren menor inteligencia. Las controversias se señalan á los más robustos; pero tales son ellas, por vida mía, y tal es su composición llena de cosas increíbles. Y se sigue que así como la materia dista mucho de la verdad, tal se forja la declamación. Así sucede que los *premios de los tiranicidas*, ó las *elecciones de las prostitutas* (1), ó los *remedios de las pestes*, ó los *incestos de las madres*, ó cualquiera cosa de aquellas que cada día se controvierten en la escuela, ó rara vez ó nunca se tratan en el foro con tanto ahinco; y cuando llega el caso de venir ante los verdaderos jueces... (2). Pensar la cosa; no podía hablar nada con bajeza, nada con abatimiento.

»La magnífica elocuencia es como la llama; con el material se fomenta, con el impulso se aviva, y enardeciéndose brilla. El mismo medio también adelantó en nuestra ciudad la elocuencia de los antiguos. Porque aunque los oradores de aquellos tiempos consiguieron aquellas cosas que era justo se concediesen á una repú-

---

(1) Es decir, las alternativas por las cuales pasan las muchachas violadas.

(2) Aquí hay una gran laguna. Falta el resto del discurso de Mesala, puesto que lo que sigue pertenece al de Materno.

blica pacífica, quieta y feliz, no obstante, con esa perturbación y desenfreno les parecía haber conseguido muchas cosas, cuando, mezclado todo y careciendo de una cabeza que dirigiese, tanto sabía cualquier orador, cuanto podía persuadir á un pueblo desenfrenado. De aquí tanta multitud de leyes á nombre del pueblo; de aquí las arengas de los magistrados que duraban en los rostros hasta bien entrada la noche; de aquí las acusaciones de reos poderosos y las enemistades vinculadas en las familias; de aquí las facciones de los principales y las frecuentes contiendas del Senado contra la plebe; todo lo cual, aunque traía dividida la República, daba motivo á ejercitar la elocuencia de aquella edad, y parecía ser colmada de grandes premios. Porque cuanto más podía cada uno en orar, tanto más fácilmente lograba empleos, y tanto más sobresalía en los mismos empleos sobre sus compañeros; tanto más favor se adquiría de los magnates, más autoridad entre los padres, más conocimiento y fama para con la plebe. Veíanse llenos de clientes, aun de las naciones extranjeras; mirábanlos con acatamiento los magistrados al tiempo de partir á las provincias; obsequiábanlos estos mismos después de vueltos de ellas. Á éstos parece que voluntariamente convidaban las preturas y los consulados: éstos, aun estando sin empleo, no estaban sin mando, pues manejaban con su consejo y autoridad al pueblo y al Senado; antes bien se habían persuadido ellos mismos que ninguno podía conseguir ó conservar en la ciudad puesto alguno visible y eminente sin la elocuencia; ni hay que maravillarse, pues eran sacados aun contra su voluntad á orar en presencia del pueblo (1); y era poco decir

---

(1) Los tribunos tenían el derecho de citar á la tribuna de las arengas hasta á los mismos cónsules, á fin de que diesen al pue-



brevemente en el Senado su parecer, si no lo defendía con ingenio y elocuencia; y también cuando tuviesen que responder por sí mismos si eran acusados por envidia ó por algún delito; cuando eran precisados á ser testigos y dar su declaración en público, sin que valiese la excusa de ausencia, ó el darla por escrito, sino que eran obligados á orar en propia persona y delante del concurso. Así á los más altos premios de su elocuencia se agregaban grandes conexiones y utilidades; y se tenía por gran cosa y de mucha gloria ser elocuente; y al contrario, por de menos valer parecer mudo y sin lengua. Así que no menos eran estimulados por su propio honor que por los premios, ya para que las amistades heredadas de sus mayores no pasasen á otros, ya por no padecer la nota de que, reputados por desidiosos y que no valían para llenar los empleos, se viesen privados de ellos ó, conseguidos, no supiesen conservarlos.

»No sé si habrán llegado á vuestras manos estas noticias antiguas que se conservan todavía en las bibliotecas de los antiguos, y se recopilan con especialidad por Muciano, y creo que ya tiene compuestos y publicados once libros de actas y tres de cartas sobre estos asuntos. De ellos puede entenderse bien que Cn. Pompeyo y M. Craso fueron excelentes no sólo en valor y armas, sino en ingenio y elocuencia; que los Lentulos, los Metelos, los Lúculos, los Curiones y demás próceres colocaron mucho trabajo y cuidado en estos estudios, y que ninguno en aquellos tiempos llegó á gran valimiento sin la elocuencia. Á todas estas cosas se agregaban el esplendor de los negocios y la grandeza de las causas,

---

blo las explicaciones que deseaba, según puede verse un ejemplo en Cicerón, *Brut.*, 50. Cuando este ilustre cónsul pronunció su sexta filípica, fué requerido por el tribuno Apuleyo á que se presentase á justificar en el foro las deliberaciones del Senado.

lo cual contribuye mucho para la elocuencia. Porque va mucho en que tengas que orar ó sobre causa de hurto, ó sobre fórmula y entredicho, ó de soborno de comicios, ó sobre aliados saqueados y ciudadanos asesinados, cuyos delitos, aunque es mejor que no sucedan, y aquel estado de la ciudad se ha de tener por mejor en que nada de esto padezcamos, no obstante, cuando acontecían suministraban abundantísima materia á la elocuencia, pues crece la valentía del ingenio con la grandeza de los asuntos, ni puede hacer alguno una oración esclarecida y de lucimiento si no se le presenta igual causa. No á Demóstenes, según creo, hicieron brillar las oraciones que compuso contra sus tutores; ni hicieron á Cicerón grande orador las defensas en favor de P. Quintio ó de Licinio Archias; colmáronle de esta fama Catilina, Milón, Verres y Antonio. No porque importase tanto á la República sufrir los malos ciudadanos, para que tuviesen los oradores abundante materia para orar, sino que digo esto para que, como á cada paso repito, tengamos presente el punto de la cuestión y sepamos que hablamos de aquellos casos que sucedieron más fácilmente en tiempos revueltos y de inquietud. ¿Quién ignora ser más útil y mejor disfrutar de la paz que ser atormentados en guerra?, y sin embargo, más excelentes guerreros da de sí la guerra que la paz. Semejante es la condición de la elocuencia, porque cuantas más veces se presente el orador como en batalla, y cuantos más ataques diese y sostuviere, y cuanto mayor fuere el contrario, tanto más esforzado será quien tome sobre sí las luchas fuertes, y será tenido, por tanto, más eminente y ensalzado, y condecorado con aquellas causas públicas, y andará en boca de los hombres, cuya índole es tal que no quieren las cosas seguras.

»Pasó á la forma y costumbre de los antiguos juicios;

la cual, aunque ahora es más acomodada, así lo será la elocuencia (1); tanto más aquel foro ejercitaba, en el cual ninguno era precisado á perorar dentro de poquísimas horas; eran libres las prórrogas de las sentencias; cada uno se prescribía la duración de su oración, ni se tasaba el número de los días ni de los patronos. Cn. Pompeyo fué el primero que en su tercer consulado restringió y puso como freno á la elocuencia, de tal suerte, no obstante, que todo se tratase en el foro y á presencia de los pretores según las leyes, ante las cuales eran mayores los negocios que antes se acostumbraban á ejercer; de lo cual es la más cierta prueba que las causas centumvirales, que ahora obtienen el principal lugar, eran en tal extremo deslumbradas con la brillantez de aquellos juicios, que no se lee libro alguno de César, ni de Bruto, ni de Celio, ni de Calvo, ni, en fin, de ningún orador célebre dicho ante los centumviro, excepto las oraciones de Asinio, que se intitulan en favor de los herederos de Urbinia, dichas por Pilón hacia el medio tiempo de Augusto, después que el largo sosiego de los tiempos, el continuado ocio del pueblo, la tranquilidad del Senado y el gobierno de este gran príncipe había apaciguado, así como todas las demás cosas, á la elocuencia.

»De poco momento y acaso digno de risa parecería lo que voy á decir; pero lo diré por lo mismo, y para reír. ¿Cuánta vileza podremos pensar que atrajeron á la elocuencia esos ropones en que como metidos en saco y como embutidos hablamos con los jueces? ¿Cuánto vigor podremos creer que quitaron á la elocuencia. los audi-

---

(1) Este pasaje es obscuro porque lo era el texto latino de que se sirvió el traductor. Admitida la variante, debe traducirse diciendo: *Si el procedimiento actual es más favorable á la verdad, la antigua elocuencia se adaptaba más al antiguo foro.*

torios y tablados, en los cuales se exponen ya por lo común las principales causas? Porque así como los caballos generosos son probados en la carrera y largo espacio, así viene á ser de algún modo el campo de los oradores; por lo cual, si no corren libres y desembarazados, se debilita y quiebra la elocuencia; aun en el mismo cuidado y anhelo del diligente estilo la experimentamos contraria, pues muchas veces pregunta el juez *cuándo empiezas*, y á su pregunta tiénese que empezar. Frecuentemente el patrono manda callar á los documentos y testigos; ya uno, ya otro entre estas cosas se presenta y se trata la cosa como en desierto. Mas al orador le es precisa la aclamación y el aplauso, como si estuviera en un teatro; cosas que acontecian todos los días á los antiguos oradores, cuando tantos y tan nobles no cabian en el foro; cuando asistían á los que estaban en riesgo las clientelas, las tribus, los comisarios de los municipios y departamentos de Italia; cuando en los más de los juicios creía el pueblo romano ser cosa de su inspección ver lo que se decretase. Consta bastantemente que C. Cornelio, M. Escauro, T. Milón, L. Bestia y P. Vatinio fueron acusados y defendidos delante de la concurrencia de toda la ciudad, de suerte que podía avivar y enardecer á los más fríos oradores de la misma contienda del pueblo apasionado por unos ó por otros. Existen tales escritos de éstos que por ellos son juzgados los actores, no por otros.

»Además de esto, las oraciones continuas al pueblo y el derecho que le era concedido de oponerse á cualquiera poderoso, y la jactancia misma de la enemiga, cuando muchos de los oradores no se las ahorraban ni aun con P. Scipión ó con Sila, ó con Cn. Pompeyo; é introduciéndose los histriones en los oídos del pueblo, según es condición de la envidia, para provocar á los

varones más principales, ¡cuánto ardor estimulaba á los ingenios, cuánto fuego á los oradores! No hablamos de asuntos pacíficos y sosegados y que necesiten suavidad y moderación; esa grande y eminente elocuencia es hija de aquel desahogo que los necios llaman libertad, compañera de las turbulencias, aguijón de un desenfrenado pueblo sin sumisión, sin esclavitud, contumaz, temerario, arrogante, que no se cría en las bien arregladas ciudades. ¿Qué orador hemos oído citar de Lacedemonia? ¿Cuál de Creta, cuyas ciudades se reputan de una severísima educación y rigurosísimas leyes? Tampoco hemos conocido la elocuencia ni de los macedonios, ni de los persas, ni de alguna otra nación que estuviese gobernada con cierto supremo imperio. Algunos oradores hubo entre los rodios, muchísimos entre los atenienses, entre los cuales todas las cosas el pueblo, todas las no instruidos, todos, por decirlo así, lo pedían todo. También nuestra ciudad mientras anduvo suelta, mientras se acaloraba en partidos, en disensiones y discordias, mientras no hubo paz en el foro, ninguna unión en el Senado, ninguna rienda en los juicios, ningún obsequio á los superiores ni restricción en los magistrados, dió sin duda la más valiente elocuencia, así como el recio campo tiene ciertas hierbas más lozanas. Pero ni importó tanto á la República la elocuencia de los Gracos para sufrir sus leyes, ni Cicerón con igual suceso recompensó la forma de la saludable elocuencia.

»Así, la parte de antiguo que queda á los oradores, el foro, es buena prueba de no ser enmendada la elocuencia, ni á deseo de la ciudad bien arreglada; porque ninguno nos llama á la defensa, sino algún delincuente ó infeliz. ¿Qué municipio viene á nuestro patrocinio, si no es algún pueblo cercano agitado de una doméstica

disensión? ¿Á qué provincia defendemos, sino saqueada y maltratada? Y en verdad hubiera sido mejor no que-rellarse que buscar la defensa. Y si se hallase alguna ciudad en que ninguno delinquiese, sería entre los inocentes ocioso el orador, como entre los sanos el médico. Porque así como el arte de curar tiene menos ejercicio y hace menores progresos en aquellos pueblos que gozan de una salud robustísima y perfecta, así entre las buenas costumbres y entre aquellos que están dispuestos á la sujeción de un príncipe es menor y más obscura la gloria de los oradores. Y ¿qué necesidad hay de largos pareceres en el Senado, puesto que los buenos prontamente se uniforman? ¿Qué necesidad hay de largas arengas al pueblo, cuando acerca de la República no deliberan muchos, ni la plebe poco instruída, sino uno, el más sabio? ¿Qué necesidad hay de espontáneas acusaciones, cuando tan pocas veces y tan escasamente se delinque? ¿Qué necesidad hay de unas defensas encarnizadas y desmedidas, cuando la clemencia del que ha de sentenciar sale al paso á los que padecen? Creedme, ¡oh buenos y cuanto es necesario elocuentísimos varones!, si vosotros hubierais nacido en aquellos siglos, ó esos á quien admiramos hubieran florecido en éstos, y algún numen hubiera mudado de repente vuestras vidas, vuestros tiempos, ni á vosotros os habría faltado aquel extremado aplauso y gloria, ni á ellos estrechez y medida. Pero ahora, por cuanto ninguno á un mismo tiempo puede gozar de una grande fama y sosiego, goce cada cual del bien de su siglo sin murmurar del otro.»

Había dado fin Materno. Entonces Mesala dijo: «Cosas hay de que quisiera se hablase más si hubiera más día.» «Haráse después — replicó Materno — á tu gusto; y si algo te ha parecido obscuro en este mi discurso,

conferenciaremos otra vez sobre ello.» Y levantándose inmediatamente, abrazando á Apro, dijo : «Yo te delataré á los poetas.» Mesala replicó : «Y yo á los anticuarios.» «Yo á vosotros á los retóricos y declamadores.» Rieronse y nos despedimos.

FIN DEL DIÁLOGO DE LOS ORADORES



# ÍNDICE

## LIBRO UNDÉCIMO

Págs.

Valerio Asiático muere por fraude de Agripina y de Vitelio.—Tásase el premio á los abogados.—El reino de los partos inquietado con guerras intestinas.—Hácense en Roma los juegos seculares.—Añade Claudio tres letras al alfabeto.—Trátase con esta ocasión del origen de las letras.—Itálico constituido rey de los queruscos.—Corbulón en la inferior Germania, severo y valeroso capitán.—Alcanza Curcio Rufo los honores triunfales: su calidad y fortuna.—Auméntase el número de los patricios.—Cuéntanse los ciudadanos.—Mesalina, la más deshonestata de las mujeres, se casa públicamente con Cayo Silio.—Sábelo su marido, Claudio, y toma justa venganza de ella y de otros muchos por consejo de sus libertos.....

5

## LIBRO DUODÉCIMO

Claudio determina de casarse.—Propónensele mujeres, y prefiere á las demás á Agripina, hija de su hermano Germánico.—Decreta las bodas el Senado, y á su modo dispensa en el parentesco.—Mátase Lucio Silano, destinado yerno de César.—Alzase el destierro á Séneca.—Octavia, hija de Claudio, casa con Nerón.—Piden de Roma los partos por rey á Meherdates, el cual, peleando con Gotarces, queda roto.—Mitrídates tienta de recuperar el reino de Ponto, y rendido, viene á Roma.—Lolia, mujer ilustre, condenada por artificios de Agripina.—Ensancha Claudio el circuito de la ciudad.—Nerón Domicio adoptado por Claudio.—Colonia edificada en los Ubios.—Los catos corren la inferior Germania y son rotos.—Vannio, rey de los suevos, echado del reino.—Cuéntanse los sucesos de Publio Ostorio en Inglaterra y la presa del rey Caractaco.—Británico pospuesto á Nerón por engaño de Agripina.—Prodigios en Roma y carestia.—Guerra entre iberos y armenios, en que se interesan las armas de romanos y partos.—Furio Escriboniano desterrado.—*Senatus consulto* de Claudio contra las mujeres que se casan con esclavos.—Movimientos en Judea en-

tre soldados y naturales.—Claudio sangra el lago Fucino después de haber hecho en él una batalla naval.—Establece la autoridad de los procuradores de provincias.—Concede inmunidad á los coenses.—Perdona por algunos años el tributo á los bizantinos.—Lépida hecha morir.—Claudio muere con veneno por obra de su mujer Agripina, y apodérase del Imperio Nerón.....

39

## LIBRO DÉCIMOTERCIO

Silano, procónsul de Asia, muerto con veneno por fraude de Agripina.—Muere también Narciso, liberto.—Claudio, enterrado con exequias censorias, es alabado del príncipe.—Buenos principios de Nerón, que deja muchas cosas al arbitrio del Senado.—Los partos aspiran al reino de Armenia, á quien se opone Domicio Corbulón.—Ama Nerón á la liberta Acte, con enojo grande de su madre, Agripina, á cuya causa le quita el hijo mucha parte de su poder y de su gracia.—Palante, liberto, es removido de sus grandes cargos.—Británico, muerto con veneno, y su enterramiento acelerado.—Agripina, acusada de deseo de novedades y absuelta por su hijo.—Lascivias y desórdenes nocturnos de Nerón.—Contiéndese sin resolución sobre el volver á la servidumbre á los libertos ingratos.—Condenaciones y muertes de muchos hombres ilustres.—Nueva discordia con los partos sobre la Armenia, para cuya guerra restituye Corbulón en sus soldados la antigua disciplina militar.—Entra Corbulón en Armenia: gana algunos castillos: toma y quema la ciudad de Artajata.—Rehusa el rey Tiridates la batalla.—Publio Sullio es condenado en Roma.—Culpa y reprende á Séneca Octavio.—Sagita mata á su adúltera Poncia porque rehusa el casamiento.—Hácese culpado un esclavo suyo con generoso ejemplo de fidelidad.—Comienza Nerón á anar á Popea Sabina, de cuyas costumbres y vida se da cuenta.—Cornelio Sila, desterrado á Marsella, es sospechoso al príncipe.—Téplase la maldad y tiranía de los cogedores de las rentas públicas.—Levántanse en Germania los frisones, y tratan, aunque en vano, de poblar junto al Rhin.—Ocupan luego los mismos campos los angrivarios con el mismo suceso.—Pelean los catos y ermonduros con gran estrago de los catos.....

93

## LIBRO DÉCIMOCUARTO

Nerón, enfadado de su madre, al fin la mata.—Excúsase de este hecho en el Senado, que no sólo se lo perdona,

pero se lo alaba.—Quita tras esto la represa á toda maldad, vicio y bajeza.—Guía carros y canta en el teatro.—Juegos quinquenales instituidos en Roma, con varios pareceres del vulgo.—Rubelio Plauto es desterrado.—Gobiérnase en Armenia egregiamente Corbulón.—Toma á Tigranocerta y pone por rey á Tigranes.—Entra Suetonio Paulino en la isla de Mona, en Inglaterra.—Revuélvese la isla.—Acude Suetonio, y en una batalla vence al enemigo y sosiega la provincia.—El prefecto de Roma es hallado muerto en su casa.—Litigase el cumplimiento de la ley sobre el castigar la familia, y prevalece el parecer de Casio.—Modérase la ley de majestad.—Muere Burrho.—Séneca, envidiado de los malos, pide licencia á César y no la alcanza.—Tigelino, dueño del manejo de los negocios, procura acreditarse con la muerte de Plauto y de Sila.—Nerón repudia á Octavia y se casa con Popea.—Altérase por este caso el pueblo, y al fin matan á Octavia en la isla Pandataria..

149

## LIBRO DÉCIMOQUINTO

Vologeso, rey de los partos, acomete el reino de Armenia.—Cóbrale cauta y valerosamente Corbulón.—Llega Cesonio Peto por general de Armenia, cuya ignorancia y temeridad empeora el estado de las cosas.—Hace infames conciertos con Vologeso.—Socórrele, aunque tarde, Corbulón.—Nácele á Nerón una hija de Popea, y muere luego.—Embajadores de los partos vienen á Roma, sobre la retención de Armenia.—Vuelven mal despachados, ordenándose á Corbulón que renueve la guerra; el cual entra en el reino, donde, medrosos los partos, negocian vistas y tratan de deponer las armas; y depuestas, pone Tiridates la corona real á los pies de la estatua de Nerón, el cual canta públicamente en Nápoles, y vuelto á Roma, ejercita todo género de maldades.—Abrásase la misma Roma, ó por caso fortuito, ó por maldad del príncipe; el cual quiere cargar esta culpa á los cristianos y los castiga, inventando contra ellos enormes y bárbaras maneras de muertes.—Conjuran contra Nerón y descúbrense el trato.—Mátanse á esta causa muchos hombres ilustres, y entre ellos Séneca.—Da el Senado gracias á los dioses por este suceso, como por caso alegre y venturoso.....

207

## LIBRO DÉCIMOSEXTO

Ofrécenle á Nerón en África un falso tesoro.—Opónese al certamen de los juegos quinquenales en hábito de re-

	<u>Págs.</u>
presentante.—Muere Popea, y hácesele solemnes funera- lías y peregrino entierro.—Cayo Casio y Lucio Silano salen desterrados, y al fin muere el último por orden de Nerón, y tras él otros muchos.—Hay una gran tempes- tad en la provincia de Campania, que se toma por pro- digio.—Mátanse con orden del príncipe Anteyo y Osto- rio, Mela, Crispino y Petronio.—Trasea, Peto y Barea Sorano son acusados y muertos .....	271
VIDA DE JULIO AGRÍCOLA.....	303
DIÁLOGO DE LOS ORADORES.....	351







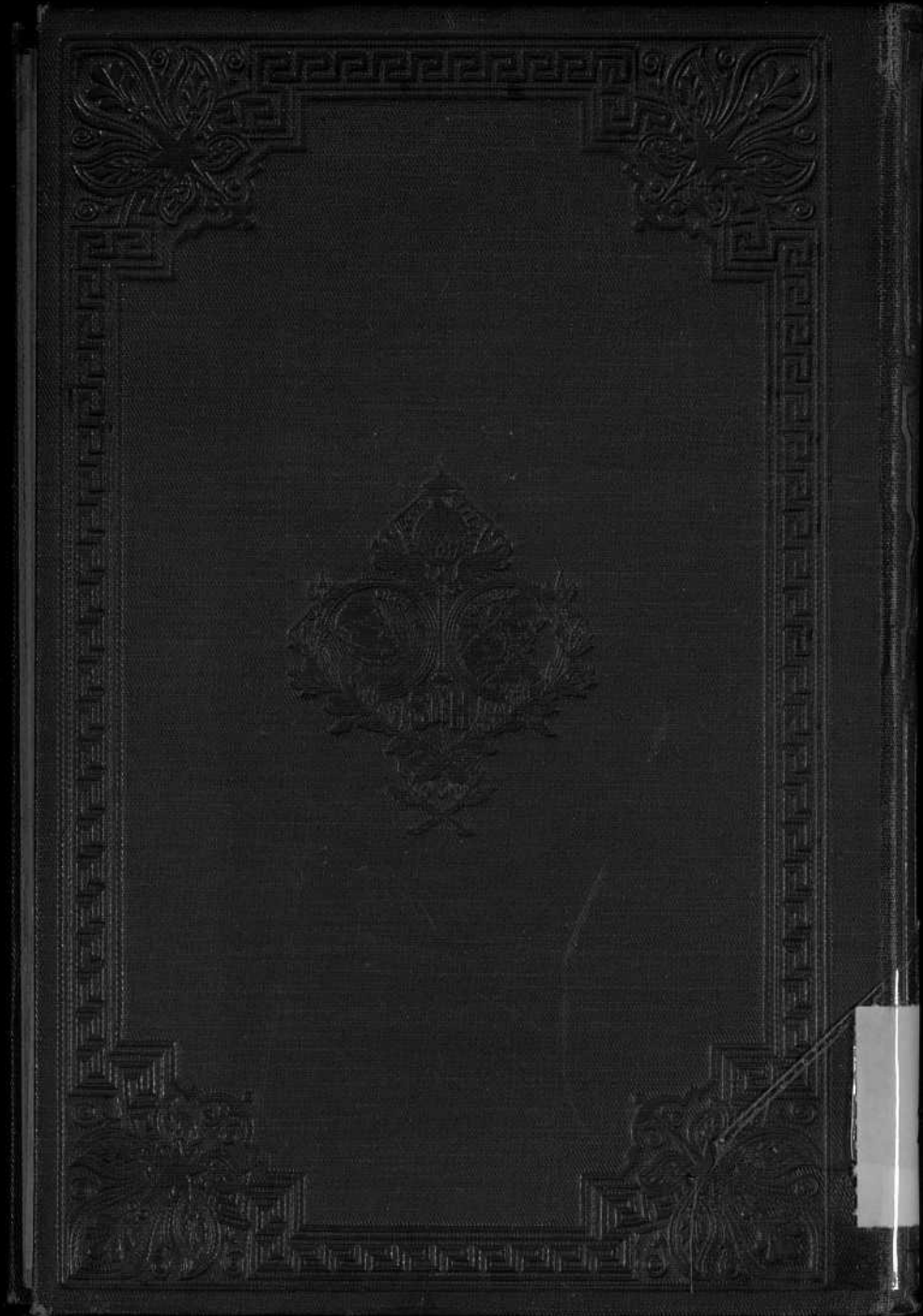




B.P. de Soria



61168501  
DR 2072



MACCITO

1885

1885

**DR**  
**2072**